



LA MENNAIS



INDIFERANCIA



BT33

L3

v. 3

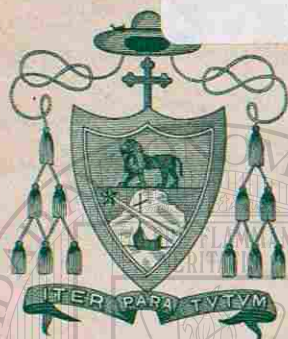
44857

008198

Ignacio



1080014808



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



INDIFERENCIA

EN MATERIA

DE RELIGION.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ENSAYO
SOBRE
LA INDIFERENCIA

EN MATERIA DE RELIGION.

OBRA ESCRITA

POR **F. DE LA MENNAIS**, PRESBITERO,

Y TRADUCIDA DE LA CUARTA EDICION FRANCESA

Por Fr. José María Tago de la Vega,

DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGIA, Y LECTOR EN S. FRANCISCO
DE LA OBSERVANCIA DE CADIZ.

REVISTA, COTEJADA, Y CONTINUADA SOBRE LA
OCTAVA EDICION

POR **DON J. M.**,

DOCTOR TEOLOGO DEL GREMIO Y CLAUSTRO DE LA
UNIVERSIDAD DE ALCALA.

Impius, cum in profundum venerit... contemnit.
Prov. XVIII, 3.

TOMO TERCERO.



PARIS, MEJICO,

LIBRERIA DE ROSA. LIBRERIA DE GALVAN.

1835.



00319
44867

Capilla Alfonsina

Biblioteca Universitaria

BT 33

L3

v. 3

ENSAJO

LA INDIFFERENCIA



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

44887



Capilla Alfonso
Reyes

ADVERTENCIA

SOBRE LA CUARTA EDICION.

Al publicar esta nueva edicion del segundo tomo del *Ensayo sobre la Indiferencia*, no volveremos a entrar en discusiones suscitadas por la publicacion de esta obra. El tiempo que todo lo juzga, porque pregunta á la razon de todos, decidirá la cuestion tan vivamente
III.

SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA
ESTADO LIBRE Y SOBERANO DE GUATEMALA

agitada. Nos limitaremos por ahora á varias aclaraciones y explicaciones breves. Cuanto á lo demas, encontrarán los lectores en la *Defensa*, cuya lectura es indispensable, todo lo necesario para conocer cuantos vicios encierra la filosofia cartesiana, y convencerse del peligro á que nos expone esta filosofia, que es una de las que combatimos; y al mismo tiempo comprenderán con mayor facilidad el método que substituímos, por ser sencillo, y muy al alcance de todos los entendimientos, á la par que es un método universal, siendo el de la sociedad universal ó *católica*.

El método opuesto, es el de todos los enemigos del Cristianismo, de los hereges, deístas, ateos. Todos buscan en sí mismos la verdad, y no admiten como verdadero sino lo que parece tal á su razon particular. Y ¿cómo podría ser puntualmente el método de que se valen todos los que niegan alguna verdad, el propio para llegar á ella con certeza? ¿cómo sería capaz de conducir á la fe perfecta el método que encamina hácia el escepticismo? En último resumen, ¿qué hace uno en el hecho de admitir una cosa cualquiera por

la autoridad de su sola razon? Creer en sí mismo. Luego es siempre forzoso admitir una *creencia*, desprovista de toda prueba. Así, ¿dónde hay mayor fundamento en razon, mayor seguridad, en decir *creo en mí mismo* ó en decir *creo al género humano*? Dado caso de conflicto entre estas dos autoridades, ¿cuál deberá prevalecer, la vuestra ó la de todos los hombres? Si la vuestra, los demas hombres no se fundarán en razon sino cuando y en cuanto crean en vós: si la suya, no seréis razonable sino dándoles crédito, por ser su razon regla de la vuestra. En la necesidad en que estamos de tener una creencia, se debe escoger forzosamente. Y por todas partes llama el sentido común *locura* á la preferencia que se concede á la razon propia sobre la de los demas; ¿de qué frase se vale uno para pintar á la tenaz estupidez, ó la loca terquedad del orgullo? *Este hombre á nadie da crédito mas que á sí mismo.*

No se ha notado bastante la union que existe necesariamente entre la certeza y la infalibilidad. No es cierta una cosa que puede ser verdadera ó falsa. Cuanto afirma como verdadero una razon falible, puede

ser falso, y lo afirmado por ella como falso puede ser verdadero. Luego nada de lo que afirma una razon falible ó capaz de equivocarse, es cierto. Con que buscar la certeza, es buscar una razon infalible; y debe ser creida su infalibilidad, ó admitida sin pruebas, pues que toda prueba supone verdades ya ciertas, y de consiguiente la infalibilidad de la razon que las afirma.

Forzados á creer la infalibilidad de una razon, sea la que fuere, ó á renunciar de toda certeza, de toda verdad, ¿ á cuál supondremos infalible, á nuestra razon individual, ó á la de todos, que es la razon humana?

Caso de suponer cada uno su propio juicio infalible, vienen á ser igualmente verdaderos y ciertos los juicios mas opuestos, los pareceres mas contradictorios, y por consecuencia ya no existe ni verdad, tampoco error, no sabiduría, locura, bien ó mal: de donde se deduce que suponiendo la razon privada infalible, se destruyen y aniquilan la razon, leyes, deberes y sociedad.

Si suponemos, por el contrario, pertenece la infali-

bilidad á la razon humana, al instante todo renace: halla la razon individual ó privada un fundamento estable y una regla invariable; las leyes reasumen su autoridad, reconoce el hombre sus obligaciones y cobra mayor firmeza la sociedad, por haber vuelto el orden á establecer sus derechos. Y ¿ cuál es este orden? La misma naturaleza, es decir lo que ha sido, es, y será, bien á pesar de nuestros fútiles sistemas, errores y pasiones. Siempre darán los hombres crédito al testimonio, como lo hicieron hasta el día; siempre ha buscado su razon un apoyo en otra razon mas general y elevada, y no se podrá indicar un solo punto de la duracion de los siglos en que haya dejado la autoridad de ser el principio conservador de la fe y la verdad, el vínculo que une los espíritus, y la base de la vida del hombre.

Considerando todos los errores que siempre existieron en el mundo, se verá que se reducen todos á una misma cosa y es la negacion de la autoridad. Niega el herege la autoridad de la Iglesia, el deísta hace lo mismo con respecto á la de Jesucristo y de todas las sociedades cristianas, y el ateo la del género humano

Acontece lo mismo en el orden político y aun en las ciencias; pues el loco que se piensa haber descubierto la obra grande, ó la relacion racional entre la circunferencia y el radio, no hace otra cosa que negar la autoridad peculiar de la ciencia, poniendo su juicio en mas que el de todos los hombres doctos.

Y si cada uno de los hombres que acabamos de citar, consiguiere á su principio que es no reconocer autoridad superior á la de su razon individual, la hace única norma de sus acciones; informada la sociedad del desorden de la inteligencia por el desarreglo de la voluntad, le castigará al instante como rebelde; ó le separará de la sociedad como un insensato, suponiéndole privado de razon por la invencible oposicion que manifiesta á la razon general. Y si sucede que un gran número de hombres, contagiados todos de esta enfermedad terrible, se rebelen contra la autoridad que imponia leyes á sus pensamientos y acciones; entonces no es un individuo sólo sino un pueblo *delirante*, quien presenta este lastimoso espectáculo; y no pudiendo ya nada detenerle ó resistirle, atormentado el Estado por

todos los desórdenes, todos los desastres, parece luego, si la desgracia ó una fuerza extraña, no reduce los espiritus á la obediencia.

Dios, en efecto, los ha formado para obedecer; y de tal modo es en ellos natural este sentimiento, que no viviendo sino por la fe, solo creen constantemente lo que les enseña la autoridad. Las sociedades modernas dan la prueba evidente de lo que decimos. Existe en su seno una raza de hombres, desconocidos á los siglos precedentes, y cuya reciente aparicion infunde tristeza y espanto, por lo mismo que da á conocer cuan agotada está la vida social y debil toda la razon humana. No son irreligiosos estos hombres, por el contrario sus pensamientos y deseos los impelen hácia la Religion, y con todo, algo les impide llegar á ella; faltantes las fuerzas, desfallecen, y no son capaces de una creencia firme é inalterable. Ven, miran, turba-seles la vista, y desaparece la verdad. Se les escapa la certeza, por mas esfuerzos que hagan para librarse de una penosa duda. Bien conocen las pruebas de la Religion; les parecen sólidas, y por lo menos no tratan de oponerles nada. Procede de desasosiego que

les atormenta de otra causa mas elevada. Un instinto vago les compele á indagar sin término; querrian pruebas de las mismas pruebas. Y efectivamente ¿qué es una prueba con respecto á nosotros? ¿qué otra cosa es mas que la conviccion de nuestro entendimiento? y ¿quién nos asegura de no poder equivocarse nuestro entendimiento cuando se juzga mas convencido? Dar crédito á la Religion únicamente porque está convencido nuestro entendimiento, es creerse á sí mismo. El autor de nuestra naturaleza no permite la perfeccion é imperturbabilidad de esta fe aislada. Tan inconstante como los pensamientos del hombre, no es ella tampoco para él mas que el sueño de la verdad, poco diferente de las ideas quiméricas que le alucinan sucesivamente; y por esto mismo nos llama Dios hácia la sociedad para que hallemos en ella un punto de apoyo, la seguridad y descanso del alma; nos precisa á reconocer lo incierto de nuestros fallos individuales; y no es otra cosa la duda que desconsuela á los infelices de que hablamos, sino un incesante testimonio de su debilidad é impotencia, que se da la razon á sí misma.

Sin embargo, nótese bien que esta impotencia y debilidad, siendo inevitable consecuencia de lo aislado de la razon, solo procede de la violacion de las leyes de su naturaleza, por quererse aislar. Cuando obedece á estas leyes, recobra todo su vigor; al volver á entrar en la sociedad se encuentra de nuevo consigo misma. Y no se crea que por depender de una razon mas elevada, se constituya inerte y pasiva. No, por cierto; no pierde ya por esto la razon la facultad de pensar, juzgar, ú obrar con arreglo al modo de accion que le es peculiar, así como ni el corazon la facultad de amar sometiéndose á las leyes que regulan sus afectos. Puede siempre buscar la verdad, hallarla; mas solamente está *asegurada* de haberla encontrado cuando se fortalece su juicio con el de una razon superior ó mas extensa; ya que Dios, al enriquecerla con sus dádivas, le ha negado la mas elevada entre todas, *la infalibilidad*. No ha querido perteneciese esta sino á la razon universal. ¿Cómo, sin ello, se hubiera podido establecer la sociedad? ¿Cómo podria subsistir? Para su posibilidad, preciso era fuese capaz el hombre de llegar á la certeza, y no lo pudiese por

si solo. Siendo infalible, en sí mismo lo hallaría todo y esto le bastaría. Reconcentrado en su orgullo, pasaría su vida entera en contemplarse y adorarse. Se trastornaría y tal vez aniquilaría el orden moral. Los ángeles mismos no eran personalmente infalibles, pues que un gran número de ellos pensaron poder vencer al Omnipotente; y dudo que ningún ser criado, y por lo mismo imperfecto necesariamente, pudiera evitar la suerte de estos espíritus altivos, si en efecto poseyese la infalibilidad. Su naturaleza se vería agobiada bajo el peso de esta prerogativa divina.

Mas si se quiere ver reunida la fuerza de la razon particular con sus limites, considérese á Bossuet, Descartes, Malebranche, Fenelon, Pascal, penetrando en lo profundo de los dogmas cristianos y recogiendo por decirlo así, cuantos rayos se desprenden aun de su santa obscuridad, á fin de que reunidos así puedan iluminar la vista mas débil. ¡Qué fuerza de discurso! ¡qué fertilidad! ¡qué sublimidad de alcances! ¿Qué otra cosa enseña mas patentemente la extension del entendimiento humano? Y con todo en la sola fe se apoyaban estos talentos gigantes, para elevarse á una

altitud tan asombrosa; y la autoridad, su juez y regla, sola les aseguraba el no extraviarse en el inmenso espacio por creer aproximarse al origen de la luz, y de no separarse, sin conocerlo, de estas verdades ciertas, cuyas consecuencias desenvuelven, al buscar las relaciones que las unen. Y por lo demas, todos podian equivocarse y en efecto muchas veces se equivocaron; y ¡no ha dicho Bossuet: « Apenas creo yo ver cuanto « veo, y tener lo que tengo, por haber hallado á mi « razon tantas veces errada ¹! » Con arreglo á esto, podemos muy bien, á lo que pienso, hacer todos, sin avergonzarnos, la misma confesion.

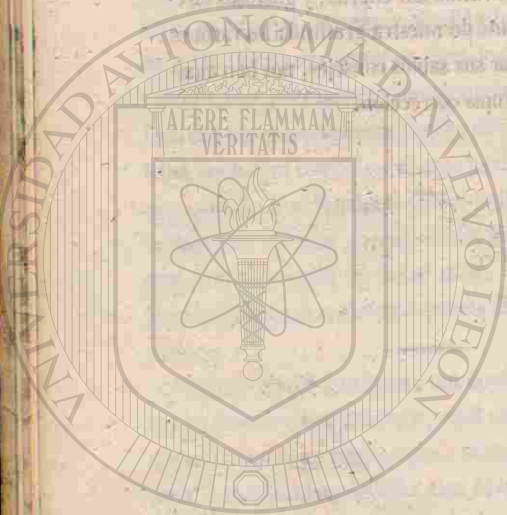
Réstanos dar cuenta de la nueva edicion de nuestra obra. Se han quejado varios de la falta que hacian algunas explicaciones necesarias, y ya hemos reconocido y confesado lo exacto de esta reconvenion, en nuestra *Defensa*. Habiamos reducido con demasia lo que era menester tratar con mayor extension y ha sido con menoscabo de la claridad. Para cubrir, en cuanto po-

¹ *Sermon pour la Fête de tous les saints*, tom. I, pág. 70. edic. de Versailles.

demostramos, este defecto muy real, hemos ampliado el texto en muchos pasajes y añadido un gran número de notas, bien para poner en claro lo que ha parecido obscuro, bien para mostrar por trozos sacados de varios Padres y otros escritores antiguos, no ser nuestra doctrina tan nueva como desde luego había parecido á varios sujetos. Con mucha facilidad hubiéramos podido multiplicar las citas, pero hubiera sido un aumento casi inútil, además de hallar estas, al menos las de mayor importancia, su lugar propio en el siguiente tomo.

Dos teólogos extranjeros, tan doctos como modestos, se han servido indicarnos, en el capítulo III de esta parte tercera dos pasajes, donde la expresión no tenía toda la exactitud apetecible. Con razón suficiente nos han hecho notar que, hablando de la naturaleza divina, no bastaba fuese ortodoxo el pensamiento; sino que en una materia tan elevada; y donde era tan peligroso el error mas leve, se debía cuidar especialmente de no separarse en modo alguno del lenguaje teológico adoptado, que es como la salvaguardia de la pureza del dogma. Hemos corregido las frases que ha-

bían motivado observacion tan cuerda, y gustosos ofrecemos aquí el tributo de nuestra gratitud á los varones respetables, que por sus sabios consejos, nos han auxiliado en nuestra propia correccion.



PROLOGO.

Dos años ha, que se publicó la primera parte del *Ensayo sobre la Indiferencia en materia de Religión*. El favor que mereció del público, manifiesta hasta qué punto reconocen los pueblos la necesidad de la verdad, y lo fácil que sería res-

tablecer su imperio, si los gobiernos facilitasen este feliz movimiento de los talentos, si apreciasen su fuerza, y si tuvieran fe del poder que Dios les ha dado.

Pero por el contrario, se creen mas endebles que todos los errores y que todas las pasiones. Tienen buenos deseos, pero les falta la voluntad. El poder siempre irresoluto y temeroso, pide al pueblo gracia, como si no supiera que nunca la concede este. El poder real descende algunos escalones por miedo de que no le arrojen precipitado, y se le ve por todas partes haciendo su postrer disposicion testamentaria. ¡ Ah! hubiera podido muy bien excusarse este último cuidado; pues no tiene ya esperanzas de que hacer legado.

Se ha pensado en nuestros dias consiste el arte de gobernar en tomar el medio entre el bien y el mal, en negociar con las opiniones y en transigir con el desorden. Partiendo de aqui, no hay ya principios ciertos, máximas ni leyes fijas, y

como no hay nada estable quanto á instituciones, tampoco hay nada decretado quanto á pensamientos. Todo es verdadero y todo falso. Está destruida la razon pública, fundamento y regla de la razon individual. ¿ Quién puede decir estas son las doctrinas de los gobiernos, estas son las creencias de los pueblos? No se percibe sino un caos de ideas enteramente discordes; en los pueblos un estado de violencia, y en los soberanos otro de flaqueza, presagios todos de un siniestro porvenir. Tan pronto se hace sensible la necesidad de la Religion y se la protege; tan pronto se dejan oír los gritos furiosos de sus enemigos, y entra la prisa por excluirla de las leyes; y se reniega de Dios como de un aliado que avergüenza por el hecho de adoptarle como tal. Si el Estado declara que es católico, los tribunales le deciden ateo. ¿ Qué se debe creer en medio de tales contradicciones? ¿Cuál es el efecto que deben producir ellas en el pueblo? Los buenos están

vacilantes, los malos bien instruidos de su fuerza, se glorian del triunfo completo, y redoblan su audacia y actividad. ¿No es esto lo que se ve? Constitúyese una nueva sociedad oculta en el seno mismo de la antigua, y muy pronto tal vez se transformará en sociedad pública. Reinará el mal: se ha dudado del orden, y se presentará toda fe al crimen. Esto no es exagerar, y la experiencia lo prueba demasiado. Cuando vagan los espíritus, están inquietos, se forman creencias horribles en sus tinieblas, en su espanto; ¿y no tenemos ya una Religión oculta que se revela por el asesinato?

El ateísmo tiene también la suya, tan fría como el orgullo, sin que por ello esté libre de fanatismo. Se tributan adoraciones á la razón humana, bajo el nombre de *ciencia*: la ciencia es para ciertos hombres el Dios del universo; no hay más fe que en este Dios, ni esperanza sino en él: su sabiduría y poder deben renovar

la tierra, y por la rapidez de sus progresos, elevar al hombre hasta un grado tal de felicidad y perfección, que no le es dado concebirlo. Desenvuélvese ya esta Religión, que tiene sus peculiares dogmas, misterios, profecias y aun milagros. También tiene su culto, sacerdotes, misioneros; y se lisonjean sus sectarios de sustituirla en lugar de todas las otras.

Considerada la sociedad bajo un punto de vista más general, es imposible no descubrir un principio de división, que se propaga por todas sus partes, y de consiguiente debe reconocerse existente una causa muy activa de su disolución. Dos doctrinas se presentan en el mundo: una, que propende á unir los hombres, y otra, que trata de separarlos; la primera conserva los individuos conduciéndolo todo á la sociedad, y la segunda que destruye la sociedad conduciéndolo todo al individuo*. Todo es general en aquella;

* Fuera de la sociedad, el hombre no puede ni conservarse ni perpetuarse. Perpetuarse es conservarse siempre; y el deseo de

autoridad, creencias, deberes; y no existiendo cada uno, sino para la sociedad, concurre á con-

perpetuarse, del mismo modo que el de perfeccionarse, no es mas que el deseo de vivir; porque ser mas perfecto es vivir mas; la perfeccion es el desarrollo, la extension completa de la vida.

El espíritu, el corazón, hasta los sentidos ó el cuerpo, en una palabra, todo lo que forma y constituye el hombre, desea naturalmente conservarse ó perpetuarse, porque naturalmente quiere vivir, y porque no está en su poder no querer vivir.

Mas en la separacion solitaria y contraria á la naturaleza en que la filosofía le pone, todos los esfuerzos que hace para conservarse caminan á destruirle. El hombre estando solo nada produce: la vida es un don del soberano Ser; las criaturas le transmiten, y nada mas. Transmitir es comunicar lo que se ha recibido. Recibir y dar, he aquí pues en lo que consiste la vida, y el medio que la conserva: luego no hay vida fuera de la sociedad; y la sociedad considerada en su existencia intelectual, se compone esencialmente de tres personas, la que recibe, aquella de quien ha recibido, y aquella á quien da ó transmite lo que ha recibido.

Todo cuanto hay en el hombre que tiene un modo de vida particular, el espíritu, el corazón, los sentidos ó el cuerpo, todo está sometido á esta ley universal de union y dependencia.

¿Qué sucede pues cuando el hombre está solo? El espíritu quiere vivir ó conservarse; vivir, para él, es conocerse ó poseer la verdad. Cuando la recibe, es pasivo; cuando la comunica ó transmite es activo; mas en estos dos estados, siempre es necesario que esté unido á un otro espíritu que obre sobre él, ó sobre el cual él obre. No pudiendo cuando está solo, ni recibir ni transmitir, y sin embargo queriendo vivir, prueba á multiplicarse ó crear en sí las personas sociales necesarias para conservar y per-

servar el orden, por medio de una obediencia constante de la razon, del corazón y los sentidos á

perpetuar la vida: trabajo inútil, esfuerzo estéril de un espíritu que, procurando fecundarse á sí mismo, quiere dar á luz sin haber concebido. Este género de depravacion, este vicio vergonzoso de la inteligencia la debilita, la consume, y conduce á una especie particular de idiotismo que se llama *ideología*.

Lo mismo sucede al corazón; quiere vivir; y vivir, para él, es amar ó unirse á otro ser. Cuando no tiene fuera de sí un objeto de amor ó término de su accion, obra sobre sí mismo; ¿y qué produce? Fantasmas vagos, así como el espíritu que está solo produce abstracciones quiméricas. El uno se alimenta con sueños, y el otro con ilusiones; ó mas bien prueban inútilmente á alimentarse. En su soledad y en sus deseos se atormenta el corazón para gozar de sí mismo. He aquí el amor de sí propio, ó el egoismo en su mas alto grado. Este género de depravacion, este vicio vergonzoso del corazón le debilita, le consume y conduce á una especie particular de idiotismo que se llama *melancolía*.

Un desorden semejante en el orden físico debilita, consume el cuerpo, degrada todas sus facultades, y conduce al idiotismo absoluto, que es la muerte de los sentidos, del corazón y de la inteligencia.

Es de notar que entre los antiguos, la ideología propiamente dicha, y la melancolía considerada como pasion, eran desconocidas, y que el vicio sensual que corresponde á estos vicios del espíritu y del corazón, era mucho menos comun que ha llegado á serlo en nuestros dias. El hombre no se separaba entonces de la familia y de la sociedad; no pretendia vivir solo. Pero muchas veces las opiniones y falsas instituciones estableciendo relaciones falsas entre las personas sociales, resultaba, tanto en el espíritu

una ley inviolable. Todo es particular en esta; no reconoce mas deberes que los intereses, y sus creencias son opiniones, y la independencia ocupa el lugar de la autoridad. Señor y árbitro cada uno de su razon, corazon y acciones, no reconoce mas ley que su voluntad, ni mas regla que sus deseos, ni otro freno que la fuerza. Cuando pues, la fuerza se debilita, comienza bien pronto la guerra; atácase todo lo existente, y la sociedad entera padece conflicto.

como en las costumbres, desórdenes análogos. Habia bajo este aspecto, entre los antiguos y los discípulos de nuestra filosofía moderna la diferencia que hay del error al *idiotismo*, que segun su etimología, designa el estado de un ser separado de la sociedad, ó que vive á parte, esto es, solo.

No nos cansáremos de repetir lo que en el prólogo del primer tomo, pág. xxvii, dijimos acerca del sentido que hoy se da comunmente á esta palabra *Filosofía*. El uso ha dado á los incrédulos el título de filósofos; mas al designar á aquellos con este nombre, no es el ánimo del autor, ni el nuestro desacreditar la filosofía verdadera, que es igualmente útil á la Religión que á la sociedad. Por quitar la máscara á los empíricos no se desacredita el arte de curar. Un sabio historiador y profundo político, testigo ocular de todos los desastres que causó la impiedad disfrazada con este honroso título de filosofía, dice: *Se ha convenido en dar el nombre de filosofismo al abuso de la filosofía, asi como el de*

Nadie se asusta de las consecuencias que deben seguirse de un estado semejante, y todos se tranquilizan diciendo, que siempre hubo en el mundo inquietudes y crímenes. No hay duda en esto, siempre hubo desórdenes entre los hombres, porque siempre hubo errores y pasiones; este es el interminable combate del mal contra el bien. Pero en otro tiempo se sabia lo que era el mal y lo que era el bien; mas en estos dias ya no se sabe nada, todo está en duda.

Aun los mas perversos, en otro tiempo se adherían solo á un mal particular, cuyo fructuoso resultado tenían á la vista, y por lo mismo el crimen era un medio, y nunca el fin. Se asesinaba

fanatismo al abuso de la Religion. Mas, como acusar la Religion de las desgracias incalculables causadas por el fanatismo, es el exceso de la sinrazon é injusticia, asi tampoco están libres de reconvencion aquellos cuyos vanos esfuerzos, con las miras de volvernos á las tinieblas del siglo doce, se dirigen sin cesar á confundir los trabajos de los filósofos con la absurda logomaquia de algunos sofistas capciosos, tan enemigos de las ideas religiosas, como de las leyes, costumbres y gobiernos. (N. D. T.)

por vengarse, ó por codicia, pero nadie proscribía por sistema; y al asesinar, no se negaba la ley eterna que dice, *no matarás*. La depravacion de la voluntad tenía su razon muy raras veces en el entendimiento. Las palabras vicio y virtud tenían uno y un mismo sentido para todos. Habia un fundo comun de verdades reconocidas, de derechos declarados, y un órden general, que nadie pensaba poderse trastornar. Cuando se violaba parcialmente tal órden, se respetaba su totalidad. Se hacia la guerra al extremo de la frontera, y tal vez ocultamente contra ciertos individuos aislados; entonces los tribunales eran bastantes para defender el Estado, y á cada uno de sus miembros.

Ahora, rotos los vínculos sociales, el hombre está solo, la fe de la sociedad desapareció; los espíritus abandonados á sí mismos no saben á que atenerse, fluctuan á la ventura en mil contrarias direcciones. De aquí el desórden gene-

ral, y una espantosa inestabilidad de opiniones y de instituciones. Fastidiándose ya del error y de la verdad, desechan ambos igualmente. Se percibe al fondo del corazon un disgusto de la vida y un insaciable anhelo por la destruccion, junto con una incomodidad espantosa. Se manifiesta este anhelo por todas partes y por todas las clases. Ricos y pobres, pueblos, magnates, los reyes mismos, todos, cual si perseguidas se vieran por los siglos de que se apresuraron á renegar, se precipitan á un porvenir desconocido. Apresurados los gobiernos por hallar su fin, se alteran ellos mismos, no tanto tal vez, ni tan pronto como quieren, y como lo quiere la muchedumbre. Todavía se deja ver en lo presente algo de lo pasado, y esta sombra fugitiva los inquieta. No hay ya límites, ni barrera que los entendimientos no traspasen. No se sueña menos que revoluciones en cada Estado y en el mundo, ni menos que la total abolicion de

cuanto existe, sin pensar en lo que deberá substituirse, se quiere una nueva religion; pero no se sabe cual, una nueva forma de sociedad; pero no se sabe cual; una nueva legislacion, nuevas costumbres, pero no se sabe cuales. ¡Sintoma lastimoso que anuncia la pérdida total del sentido, y la extincion deplorable de la razon social! El absoluto aislamiento, resultado inmediato de la independenciam absoluta, por la que tanto se afanan los hombres de nuestro siglo, destruiria el género humano, destruyendo la fe, la verdad, el amor y las relaciones que constituyen la familia y el Estado. El mismo Dios, no es independiente en el sentido que suele aplicarse á esta palabra; está sometido á las leyes que derivan de su naturaleza, leyes que son perfectas como él é inmutables como él. No está solitario en la unidad de su ser, y desde luego que, alterando su nocion real, le representan los deistas eternamente solo, le bus-

ca inútilmente el ateo en esta vasta soledad.

Mucho menos todavia puede el hombre subsistir aislado ó solitario; probad á concebirle libre de toda dependencia, concebiréis la nada; porque fuera de la nada todo se encadena, todo se apoya mutuamente. Los espíritus así como los cuerpos no tienen mas vida que la que reciben con condicion de comunicarla. No hay un ser que no se deba á los otros seres, porque les debe todo lo que él es.

De estas relaciones reciprocas nace el órden, que se conserva por la autoridad y la obediencia. Pero cansado ya el orgullo de obedecer, no quiere reconocer la autoridad. El hombre dice: yo seré dueño y señor de mí mismo. No cree mas que en *si*, no ama mas que á *si*, todo lo refiere á *si*, ¿y qué viene á ser esto mas que el trastorno de la sociedad? Porque esta consiste en la creencia de ciertas verdades por el testimonio general, en el amor de los demas, y en

el desprendimiento que produce este amor. *Sociedad* significa *union*, y donde todo se separa y hace individual, se encuentra desde luego cada uno en la imposibilidad de defenderse de todos, ó en la imposibilidad de existir: de lo que se sigue que el sacrificio de si mismo, único principio del orden, es tambien el solo medio de conservacion.

Esto nos lleva á examinar bajo un nuevo aspecto las dos doctrinas, cuyos diversos efectos hemos expuesto. La una, como se habrá observado, no es mas que el Cristianismo ó la Religion tradicional, que no todos los pueblos conocen, ó no todos admiten en toda su extension; pero á la cual deben sin embargo lo que tienen verdadero, y por consiguiente útil, en sus religiones particulares. La otra es esta reunion de opiniones incoherentes que se ha llamado filosofia, y que con una inclinacion mas ó menos rápida van á perderse en el ateismo.

Harémos ver en otro lugar que cada creencia ú opinion produce un sentimiento que la es análogo. Sirva de ejemplo esta gran ley social: *Honrarás á tu padre y á tu madre.*¹ Admitido este precepto, de él resultan el respeto y amor á los padres, superiores, y al mismo Dios, *de quien toda paternidad trae su nombre*, dice S. Pablo.² De esta máxima: *Tú á nadie debes nada mas que á tí*, dimana por el contrario el amor exclusivo de si mismo. Si se considera á los hombres en general ó en el todo, y no tal ó cual individuo, y en cada hombre el conjunto de acciones y no tal accion particular, no tiene excepcion la regla que acabamos de establecer.

No la hemos aplicado mas que á una sola ley; pero se aplica mucho mejor todavia á un sistema entero de doctrina; y como toda doctrina dimana de un principio general, del cual son conse-

¹ *Exod. XX, 12.*

² *Ex quo omnis paternitas in caelis et in terra nominatur.*
Epist. ad Eph. III, 14.

cuencias todas las demas, de ahí es que á este principio general corresponde siempre tambien un sentimiento general, que manifiesta el carácter de la doctrina.

La soberanía de Dios, razon suprema, es el principio general del Cristianismo; y de él resulta una obligacion general, que es una obediencia libre á Dios en primer lugar, y luego al poder ó autoridad politica, y al poder ó autoridad doméstica por Dios. Mas, una obediencia libre es una obediencia de amor; es un sacrificio, y no hay sacrificio sin amor, luego el amor es el sentimiento general de los cristianos.

¿Qué vemos, en efecto, entre los hombres que adoran Jesucristo, que le adoran *en espíritu y en verdad*? ¿En qué se los conoce? ¿No es precisamente en este amor inmenso, universal, que patente á nuestra vista, cada dia nos inspira tantos nuevos afectos, y que produce tantas mara-

1 JOAN., IV. 25.

villas? Amor á Dios, amor al gefe del Estado, amor *mas firme que el infierno y mas fuerte que la muerte*¹; amor al prójimo, siempre dispuesto á prodigar sus beneficios, en oficios buenos y consuelos, amor aun á los enemigos, que consiste, no en el olvido de las injurias, pues que no es el olvido virtud²; sino en una constante disposicion para perdonarlas; amor al orden, y de consiguiente, aversion á la licencia, y amor á la libertad, que consiste solamente en una plena conformidad con el orden; amor á las leyes, que mantienen este orden, amor á los magistrados, que hacen reinar las leyes; en una palabra, amor en el Estado, en la familia; amor á todos los hombres, civilizados ó salvages, hasta morir por salvarlos; amor sin reserva, y sin li-

¹ *Fortis est ut mors dilectio, dura sicut infernus æmulatio.* Cant. VIII, 6.

² *Among our crimes oblivion may be set.*

Entre los crímenes cuenta el olvido. *On the coronation of Charles II.* por Dryden.

mites, porque la perfeccion á que es llamado el hombre social, no los conoce.

Las doctrinas filosóficas, totalmente negativas, ó lo que es lo mismo totalmente destructivas, tienen por principio general la soberanía del hombre. El hombre que se declara soberano, se constituye solo por esto, en revolucion contra Dios, y contra todo poder, por Dios establecido: si; quien se revoluciona aborrece; el odio pues viene á ser el sentimiento general que engendran las doctrinas filosóficas.

¡ Y quién podrá dudarlo despues de nuestra revolucion! ¿Qué ha pasado desde treinta años á esta parte? ¿qué percibimos aun? Las pasiones que se agitan, esos levantamientos, esos delitos nunca oidos, ¿no es esto el odio en todo lo que tiene de mas violento y mas atroz? Odio á Dios: se quisiera destruir no solo su religion, su culto, sino tambien en nombre; odio á los sacerdotes, á quienes se calumnia, se insulta, se oprime en

el ejercicio de sus funciones, y á quienes ciertos hombres esperan proscibir; odio á los reyes, á los nobles, á las instituciones establecidas; odio á toda autoridad, al órden, y por consecuencia amor á la licencia, y odio á la libertad, que no existe sino en el reinado de los deberes, cuando todos los derechos y en particular los del Ser supremo, están reconocidos y se respetan; odio á las leyes, que conservan la paz, reprimiendo las pasiones; odio á los magistrados, que defienden estas leyes; odio en el Estado, en la familia*; odio universal que se manifiesta por la rebelion, por el asesinato, y por un ardiente deseo de destruccion.

¿Cuál era la doctrina del mónstruo, que acaba

* Los crímenes domésticos, los parricidios, el asesinato de las mugeres por sus maridos, de estos por aquellas, los envenenamientos, han venido á ser casi tan comunes como lo era en otro tiempo el simple robo. Y el suicidio, este crimen del *hombre solo*, este horrible y último esfuerzo de un ser, que, despues de haberse separado de sus semejantes, quisiera separarse de sí mismo, ¿cuánto no se ha multiplicado de treinta años á esta parte?

de arrebatarse á la Francia un hijo, tal vez su última esperanza*? Este hombre, cuya *alma era el crimen mismo*, este hombre que queria ir á dormir, despues de haber derramado la sangre inocente, era un ateo**.

Resultan de los sentimientos que producen las dos doctrinas opuestas, dos géneros de sacrificios: el sacrificio de sí mismo por los otros, ó el sacrificio de amor; el de los otros á sí mismo, ó el sacrificio del odio. Pero el odio tiene diferentes grados; menos terrible donde subsiste la noción de la Divinidad, está contenido por cier-

* El duque de Berry, asesinado el 15 de febrero del año 1820 por Louvel. (Nota del Editor.)

** *Dios no es mas que una palabra: nunca vino á la tierra.* Este dicho es muy á propósito, bajo mas de un aspecto, para excitar profundas reflexiones. En el entendimiento de este miserable, la existencia de Dios se concretaba en su venida á la tierra. Según él, Dios no habia venido, luego no existia. Tan cierto es que á los pueblos es necesario un Dios *en realidad presente*, un Dios que se haya manifestado de un modo sensible, que haya vivido entre los hombres, y *comerciado con ellos*. No hay deísmo para las naciones.

tos limites, porque se reconocen ciertos deberes. Con arreglo á esto, en las religiones paganas se sacrificaba el hombre individuo á la sociedad; en la religion filosófica se sacrifica la sociedad entera al individuo.

El sacrificio voluntario de cada hombre á todos los hombres, que constituye el orden perfecto, no se halla sino en la Religion cristiana, y este sacrificio es el de todo el hombre, sacrificio de sus opiniones ó de sus pensamientos particulares, sacrificio de sus inclinaciones ó de sus intereses particulares, sacrificio de su vida misma cuando el bien general lo requiere. Este es el fundamento de una sociedad durable, y la sociedad en Europa no renacerá, sino por la Religion. Por lo mismo el movimiento que arrastra hácia ella, es muy notorio en todos los que aun están adheridos al orden social, por principios de virtud y nobles sentimientos. Este movimiento crecerá de suerte, que por todas partes se formarán como

dos pueblos en el mismo pueblo, el uno que se sumergirá mas y mas en el mal, y el otro, de mas á mas elevándose al bien; y si persisten los gobiernos en procurar la salud, haciendo concesiones á lo que se llama las *luces del siglo*, es decir, á las opiniones y pasiones particulares, si rehusan aliarse sinceramente á la Religion y fundirla en todas las instituciones del Estado, caerá el mundo político en una horrible confusión, y no existirá ya otra sociedad que la Iglesia, porque no habrá en parte alguna autoridad, obediencia, verdad, amor ni espíritu de sacrificio sino en ella.

Y cuidado con no engañarse, la única religion que puede salvarnos no es esa vaga religion cristiana que nos ponderan algunos visionarios, sino la Religion católica, fuera de la cual el Cristianismo no es mas que un nombre vano. ¿De qué se trata? De reconstituir la sociedad política con el auxilio de la sociedad religiosa,

que consiste en la union de los *espíritus por la obediencia á un mismo poder*. « Las sociedades protestantes que no reconocen poder espiritual, autoridad viva que tenga derecho de ordenar la fe, de formar leyes obligatorias, sino que dejan á cada uno juez de lo que ha de creer y de lo que ha de obrar, no son por tanto una sociedad. Ellas colocan el espíritu en una independencia absoluta; y la Escritura abandonada á la interpretacion de la razon particular, variable en cada hombre, liga tan poco como la razon misma. Esto puede llamarse en punto de Religion el estado de la naturaleza, es decir, la ausencia de todo gobierno, de toda ley, de todo tribunal, de toda policia, y por consiguiente la destruccion de toda sociedad.

« La iglesia griega, si se puede dar este nombre comun á una multitud de iglesias independientes, la iglesia griega admite un poder, pero

« un poder particular, y aun confunde, especialmente en Rusia * el poder político con el poder espiritual. Luego considerada bajo el primer respecto no es mas que una sociedad particular é imperfecta; y en cuanto al segundo ni aun es una sociedad espiritual: lo que es tan verdadero que la religion de los Rusos no podria convenir á ningun otro pueblo, á no ser que pasase bajo el dominio del mismo soberano.

« Se sigue, pues, que todas las comuniones cristianas, griegas y protestantes, tienen en sí mismas un principio de division, de desorden y ruina. Sola la Religion católica forma una sociedad, pues que solo en ella se encuentra un verdadero poder, el derecho de mandar y la obligacion de obedecer; sociedad una, porque este poder es uno; sociedad general, por

* *Du Pape*, tom. I, p. 91. Se encuentran en esta excelente obra de M. el conde de Maistre noticias, muy circunstanciadas y en extremo curiosas, acerca de la iglesia rusa.

« que este poder puramente espiritual se extiende á todos los tiempos y á todos los lugares, y en todas partes es independiente del poder político, como este tambien lo es en los términos que lo circunscriben; sociedad inmutable, porque no está sometida, ni á las voluntades, ni á los pensamientos del hombre, y por que en sus dogmas y preceptos es la ley eterna de las inteligencias; y mientras que fuera de ella todo varia, todo se altera, todo pasa, ella permanece inmóvil, y, reuniendo los pueblos mas lejanos y mas diferentes en language, gobierno, usos y costumbres, los une por la misma fe, el mismo culto, las mismas obligaciones, y los perfecciona sin cesar, porque posee en sí misma un principio infinito de perfeccion. »
 Autoridad, amor, he aquí sus dos caracteres principales, y hoy mas que nunca, las dos mayo-

* *Reflexions sur l'état de l'Eglise, suivies de Mélanges religieux et philosophiques*, p. 435 et 438.

res necesidades de la sociedad. Luego defender la Religión católica es defender nuestras últimas esperanzas. Ella no acabará por que es inmortal; pero los errores contrarios pueden subsistir, propagarse, pueden destruir el género humano, y sabemos en efecto que lo han de destruir tarde ó temprano. Vive por la fe, y morirá cuando la fe debilitada esté cercana á apagarse .|

Únicamente para reanimarla y afirmarla escribimos; no tiene otro fin nuestra obra. ¿Qué nos han respondido? Nada por lo que toca á los ateos y deistas, solamente reconviniéndonos porque acusamos á estos de indiferencia, se nos ha acusado de ser intolerante, y esto con una violencia que la filosofía tolera y aun prescribe al parecer, cuando se trata de dar á un cristiano lecciones de dulzura.

En cuanto al primer punto es evidente que se

¹ Verumtamen Filius hominis veniens, putas inveniet fidem in terra? Luc. XVIII, 8.

confunden dos cosas totalmente distintas. El sentido de la palabra *indiferencia* varia segun se aplica ó á las personas ó á las doctrinas. Unas veces designa un estado del alma, otras un juicio de la razon. La indiferencia en el primer sentido es sinónimo de indolencia ó descuido. Es un estado de caimiento ó flojedad que, apoderado de la voluntad, quita al hombre hasta el deseo de conocer la verdad que no puede ignorar sin peligro, y le deja como insensible á sus mayores intereses. El nada niega, ni tampoco afirma nada, se duerme, si inquietarse por saber si ha de despertar, ni lo que le sucederá en despertando. Hemos atacado ya este género de indiferencia en el capítulo II de la parte segunda del *Ensayo*, haciendo ver su insensatez; pero no hemos dicho en parte alguna que todos los deistas estén contagiados de esta modorra funesta. Ni aun el ateo dogmático es indiferente de este modo, porque está muy pagado de su doctrina, la defiende y

procura propagarla; ella es su idolo y su Dios, del mismo modo que el Dios verdadero es su enemigo, y aun puede llevar el amor del uno y el odio al otro hasta el mas ardiente fanatismo; y yo creo conocemos bastantes ejemplos.

En materia de doctrina ó Religion la indiferencia es el juicio con que se pronuncia que tal verdad, tal creencia es indiferente para la salud, ó que hay libertad para admitirla ó desecharla. El deismo en este sentido es un sistema de indiferencia, pues que á nadie puede imponer la obligacion absoluta de creer dogma alguno, sea el que fuere. Todas las acciones que no se comprenden bajo la nocion de obligacion ó deber son indiferentes; otro tanto sucede á las opiniones, y la fe es el deber ó la obligacion del espíritu. El que destruye la fe como deber, establece la indiferencia, sea cual fuere su creencia personal; porque niega la verdad en el concepto de ley. Rousseau creia en Dios, en una vida futura,

en la cual los malos habian de ser castigados y recompensados los buenos; pero no pensaba que todos los hombres estuviesen obligados á admitir estas verdades, que eran evidentes para su razon particular, pues que despues de haberlas establecido con mucha fuerza añade: « Nada hay verdaderamente esencial mas que las obligaciones de la moral ». ¿No es esto lo mismo que decir: « Creed lo que querais con tal que obreis bien; » ó en otros términos: « La fe es indiferente, solo la moral no lo es? »

Es muy extraño que sea necesario explicar cosas tan claras, y definir palabras cuyo sentido era claramente fijo y terminante hace mas de ciento y cincuenta años. En tiempo de Luis XIV los autores católicos y protestantes, Bossuet y Jurieu hablaban de la indiferencia de religiones, y al parecer se entendian. Entonces como ahora

habia hombres empeñados por sistema en sostener que todas las religiones son indiferentes, ó que cada uno puede salvarse en la suya. Habia otros que trasladando este error monstruoso al seno mismo del Cristianismo, declaraban que se podía indiferentemente desechar ó admitir muchos de los dogmas revelados. He aquí la indiferencia dogmática; y hasta tanto que los deistas hayan adoptado un símbolo del que no sea permitido separarse, yo no sé como puedan defenderse probando no son una secta de indiferentes.

Nos proponemos tratar con alguna extension en la cuarta parte de esta obra la cuestion de la tolerancia. Entre tanto para responder á la reconvencion que se nos ha hecho de ser intolerantes, suplicamos á aquellos que tanta prisa se dan para acusarnos, expliquen su acusacion. ¿Qué quieren decir? ¿Que predicamos la persecucion? Esto es falsísimo, y ellos lo saben bien. Citen nuestras palabras, y ellas solas bastarán para

justificarnos completamente. Nadie puede estar mas convencido que nosotros de que la violencia no es un medio para atraer los hombres á la verdad. El miedo hace hipócritas y algunas veces rebeldes: la dulzura y la persuasion son las únicas que pueden hacer cristianos. Dejando á los gobiernos jueces de las medidas que el interes público les ordena tomar contra las sectas de fanáticos que se escudasen con la Religion para ser facciosos impunemente, no olvidaremos jamas que, extraño como sacerdote á estas consideraciones de pura política, nuestro deber, es la caridad, y nuestro modelo aquel *que no acababa de romper la caña ya cascada, ni apagaba la mecha que todavia humeaba*¹.

Si se quiere decir que miramos como incompatibles la verdad y el error, que creemos necesario admitir uno de los dos y desechar el otro,

¹ *Calamum quassatum non conteret, et linum fumigans non extinguet. Isai. XLIII, 3.*

que sostenemos que existen obligaciones para el espíritu del mismo modo que para el corazón, y que estas obligaciones forman ó son parte de la única Religión verdadera fuera de la cual no puede salvarse el hombre, no hay cosa mas cierta. Esto significa simple y sencillamente que somos católicos, y no indiferentes en materia de religión, lo que era á mi parecer muy fácil de presumir, y lo que no ha debido sorprender á nadie en el autor de un libro, cuyo único objeto es combatir este género de indiferencia.

Nosotros, pues, lo declaramos sin dificultad: sí; somos intolerantes, no en cuanto á las personas, sino para las doctrinas. Jamas conveniremos en que creencias opuestas sean á un mismo tiempo verdaderas; que dos hombres de los cuales el uno niega lo que el otro afirma tengan ambos razón; que sea lo mismo creer en Dios que negar su existencia; esperar una vida futura ó no aguardar mas que la nada, adorar á

Jesucristo ó á Vishnú; obedecer al Evangelio ó al Alcoran. Aun cuando tuviese la desgracia de no tener religión, no podría todavía consentir en descender á este exceso de insensatez y necesidad: nos seria imposible sofocar hasta tal punto los remordimientos del buen sentido.

Por lo demas es muy digno de notarse que habiendo atacado por el raciocinio todos los sistemas de irreligion, no se nos haya respondido sino con decir: «¿Por qué nos atacais? ¿á qué viene turbar nuestro reposo? ¿Por qué no cesar que nosotros podemos, como todo el mundo, tener razon, y que despues de todo nada importa que nos engañemos? ¿Quiere decir esto que hay verdades y errores? ¿acaso, que todas las religiones no son verdaderas? ¿tal vez que no son todas falsas? ¿De qué sirve inquietar los espíritus y alarmar las conciencias? Dejad á cada uno en su persuasion, contentándoos con insinuarle que es una tontería.

« Decid á los cristianos y á los judios que deben
 « avenirse mutuamente y convenir, los cristianos
 « en que es una obligacion blasfemar de Jesu-
 « cristo, los judios que es un deber adorarle.
 « He aqui la verdadera sabiduria; y os mostrais
 « un intolerante pretendiendo que el Si y el No,
 « acerca de un mismo objeto, son contradicto-
 « rios. »

Los protestantes nos han honrado, entrando con nosotros en una discusion un poco mas profunda sobre los puntos que particularmente les conciernen. Un ministro de Nismes ha publicado contra nosotros un libro ¹, en el que se advierte desde el principio hasta el fin una excelente y muy buena voluntad de respondernos. El autor se muestra lleno de celo por la Reforma, y no es

¹ *Observations sur l'unité religieuse en réponse au livre de M de la Mennais, intitulé: ESSAI SUR L'INDIFFERENCE EN MATIÈRE DE RELIGION, dans la partie qui attaque le protestantisme, par J.-L.-S. Vincent, l'un des pasteurs de l'Église réformée de Nismes.*

culpa suya que la Reforma no pueda ser defendida, sin abandonar todas las ideas que hasta aqui se tenian de la Religion cristiana.

La obra de M. Vincent se compone de dos partes distintísimas. En la una repite todas las antiguas reconvencciones, las objeciones añejas, las calumnias envejecidas que se inventaron de tres siglos á esta parte contra la Iglesia católica, y que han sido refutadas mil veces. Esta parte es para el pueblo, nosotros nada hablaremos de ella. Está escrita además con tanta negligencia que el ministro confunde á Bossuet con S. Gerónimo, citando en falso una sentencia de este. * Es-

* Para hacer ver hubo un tiempo en que prevaleció el arianismo en casi toda la Iglesia, cita M. Vincent como dicho de Bossuet, este de San Gerónimo: *Se admiró el universo al verse ariano.* Es cosa sabida que Ursacio y Valens, en el concilio de Rimini, engañando la buena fe de los obispos católicos, les hicieron firmar una fórmula, no ariana, mas concebida en términos equívocos que despues interpretaron los arianos en un sentido herético. Entonces se levantó en la Iglesia un grito general; y representando el dolor, asombro é indignacion de los católicos, cuando vinieron á conocer que los enemigos de la divinidad de

te no era un inconveniente para la clase de lectores á quienes por entonces se dirigia.

En la otra parte confiesa el ministro cuanto hemos dicho acerca del estado actual del protestantismo. Mucho mas tendríamos que agradecerle, si le hubiera sido posible evitar esta confesion. Entremos en algunos pormenores.

Lo que nos habiamos propuesto principalmente probar es, que el protestantismo, dejando á cada uno dueño de creer aquello que mejor se compone con su razon, no es mas que un sistema de

Jesucristo se atrevian á representarles como cómplices de su impiedad, fué cuando San Gerónimo dijo: *Gimió el universo, y se admiró de ser ariano. He aquí el pasage por entero: Cæperunt postea Valens et Ursacius, cæterique nequitie eorum socii (egregii videlicet Christi sacerdotes), palmas suas jactare dicentes, se filium non creaturam negasse, sed similem cæteris creaturis. Tunc usque nomen abolitum est. Tunc Nicæni fidei damnatio conclamata est. Invenit totus orbis, et arianum se esse miratus est.... Contestabantur (Episcopi catholici) corpus Domini, et quidquid in Ecclesia sanctum est, se nihil mali in hac fide suspicatos. Putavimus, aiebant, sensum congruere cum verbis, nec aliud in corde clausum esse, aliud in labiis proferrî timuimus. Decepit nos bona de malis existimatio. S. HIERON. Dialog. contr. Luciferian.*

indiferencia. Esta palabra indiferencia ha chocado á M. Vincent, y no sin motivo; porque si la hemos aplicado justamente á la Reforma, es claro que la Reforma no es una religion. ¿Qué dice, pues, para justificarla? Debemos oirlo á él mismo.

« M. de la Memais ha caido en un error fundamental que reina en todo cuanto ha dicho de los protestantes, y que le hace soberanamente injusto. Confunde incesantemente la tolerancia con la indiferencia. Declara los protestantes indiferentes á toda religion, porque dejan á cada uno profesar la suya, y no se meten en condenar á los que no piensan como ellos. Yo soy tolerante con respecto á otro, pero no soy indiferente en cuanto á la creencia que yo mismo debo adoptar..... Soy tolerante respecto á las opiniones ajenas, porque estoy convencido que las opiniones son del fuero de la conciencia; que los demas están persuadidos de aque-

llas que profesan, como yo lo estoy de las mias;
y que yo mismo no estoy al abrigo del error!

Resulta de estas últimas palabras, que el ministro no tiene ni puede tener certeza alguna de su fe. Sin embargo él espera salvarse, luego cree es posible salvarse en el seno del error. Mucho mas; no puede decir con seguridad de ninguno que está en el error, porque para esto seria necesario que él mismo estuviese cierto de poseer la verdad. De que se sigue que, cualquiera que sea su creencia personal, no tiene derecho para juzgarla mas verdadera ó mejor que la de otro. Creencias pues, de las cuales no se puede decir con seguridad que una es mejor que la otra, son creencias indiferentes; y la *tolerancia* del ministro, que *no se mete en condenar á los que no piensan como él**, es precisamente lo que se llama

* *Observations, etc.* p. 115 y 16.

* No parece segun esta frase sino que los católicos están todos

en el idioma admitido por todos los hombres, la *indiferencia de religiones*.

Hemos hecho ver que el principio fundamental del protestantismo conducia á esta indiferencia: ¿y no es una prueba tan singular como pública la reciente union de los calvinistas y luteranos? Los calvinistas niegan la presencia real que creen los luteranos. Unirse pues exteriormente conservando cada uno su *opinion*, ¿no es evidentemente declarar que se puede negar ó creer la presencia real sin excluirse de la verdadera Iglesia, ó que este dogma es *indiferente* á la salud? ¿El que no condena á los socinianos no dice lo mismo de la Trinidad, de la redencion, de las penas eternas? ¿Y quién se atreverá hoy entre los reformados á condenar los

empeñados en *condenar* á sus hermanos errantes. Los católicos á nadie condenan; abandonan, ó dejan para Dios este juicio, porque á él solo pertenece. Solamente dicen: Hay una ley, y esta ley impone pena de muerte á aquellos que voluntariamente la quebrantan. ¿No dicen lo mismo los protestantes con respecto á la moral?

socinianos, cuando toda Ginebra prohíbe hasta el impugnarlos*? ; Además en esta suposición, ¿qué hay que no sea *indiferente* en la doctrina cristiana? Toda se reduce cuando mas, á una fe vaga en Jesucristo y su palabra, consignada en la Escritura, cuyo único intérprete viene á ser la razon de cada uno.

No se trata de saber si tal protestante cree en

* No solo está prohibido, en la ciudad de Calvino, impugnar el socinianismo, sino que abiertamente se profesa. Es doctrina común de los ministros la enseñanza en las escuelas de teología, que de allí se difunde por todas las partes de la Europa protestante. No nos faltarian pruebas, si para un hecho tan público fueran necesarias; mas, lejos de negarlo, se glorian de ello los ministros de Ginebra; en voz alta se jactan de no ser ya cristianos. Uno de ellos, despues de haber hablado de los varios títulos de Jesucristo, y con especialidad del de Hijo de Dios, dice: « No pasemos mas adelante en tan sublime materia; contentémonos con saber, por las enseñanzas directas de la Escritura, que él es un Ser del rango más distinguido. Cuidemos de no caer, como ya ha sucedido, en uno de estos dos excesos, ó mirarlo como Dios mismo, ó reducirle á la mera calidad de hombre. » (*Cours d'Études de la Religion chrétienne, par M. Isaac Salomon Anspach, pasteur et principal du collège académique de Genève, tom. VI. Disc. 38.*) Interpretando racionalmente la Escritura, destruye el mismo ministro los misterios, profecías,

tal dogma, sino si tiene derecho de obligar á nadie á creer en él como él, ó de afirmar con certeza que es necesario admitir este dogma para salvarse. Si ningun protestante tiene este derecho, ya no hay para él simbolo alguno posible; por que todo simbolo se compone de aquello que es *necesario* creer. Digasenos ahora qué viene á ser una religion sin simbolo.

Forzado á convenir en que las *opiniones* de la Reforma han variado mil veces, y continuarán variando incesantemente*, no quiere el ministro que se le hable de la *unidad de la fe*²; y este hombre, cuya regla es la Escritura, impone silencio á S. Pablo, que dice con una concision tan enérgica: « Un Dios, una fe, un bautismo³; »

milagros, en fin cuanto no comprende su razon; y, cuando llevo á considerar donde debe conducirse este método, si algo me sorprende, es que admita Dios, y que este ciego consienta reconocer la existencia del sol.

* *Observations, etc.*, p. 139 y siguiente.

² *Ibid.*, p. 121.

³ *Unus Dominus, una fides, unum baptisma.* sp. ad Eph. IV. 5.

y á Jesucristo mismo que, cercano á morir, rogaba á su Padre estableciese una perfecta unidad entre los suyos: « Sean uno, como nosotros somos uno ». Mas como es necesario que el error se confunda por si mismo, remitiremos el ministro francés á otro ministro, que en una obra publicada recientemente en Inglaterra confiesa que *la unidad es de la esencia misma del Cristianismo* ².

Luego cuando hemos probado que no hay unidad en la Reforma, con esto mismo la hemos convencido de que no es la verdadera Iglesia, pues que carece de un carácter que es esencial á esta. M. Vincent lejos de contestar alguna de nuestras pruebas, las da un nuevo valor con sus testimonios. Confiesa que no solo está desprovisto

¹ *Pater sancte, serva eos in nomine tuo, quos dedisti mihi, ut sint unum, sicut et nos.* JOAN. XVII. 11.

² « Unity is of the very essence of Christianity. » *Reflections concerning the expediency of a council of the church of England and the church of Rome being holden, etc.* By Samuel Wice. 2 edit. with additions. Londres, 1819. Pref. p. 4.

el protestantismo de unidad, sino que hasta es imposible que jamas la haya en él; y para substraerse á las consecuencias que forzosamente nacen de semejante concesion, sostiene que la unidad de fe no puede hallarse en Iglesia alguna, es decir, niega sea posible la existencia de una verdadera Iglesia y de una verdadera religion; ¡tan desesperada le parece la causa de la suya!

¡Y qué! ¿No sabe el ministro, que la Iglesia católica tiene un símbolo universal, inmutable, que todos recitamos, que todos creemos, y del cual sabemos todos no es lícito ni permitido á nadie separarse? ¿Nos negará acaso nuestra propia creencia? ¿Nos hará dudar de que hay una ley á la cual obedecemos? ¿Nos persuadirá que, no reconociendo autoridad alguna espiritual, pensamos ser árbitros para formar nuestra fe segun se nos antoje? A la verdad, no se sabe qué responder cuando se oyen estas cosas;

y es un exceso de atrevimiento sin ejemplo, venir á insinuarnos que, porque en los puntos que la Iglesia no ha definido son libres las opiniones entre nosotros, lo es igualmente la fe.

El ministro no puede figurarse mas que tres medios por los cuales sea posible lisonjearse de establecer ó conservar la unidad de las opiniones religiosas : el camino de la enseñanza, el de la ignorancia, ó el de la violencia¹. « El camino de la enseñanza, » añade, « el único prudente y legítimo no puede conducir al fin propuesto; y la unidad religiosa que no tenga otra base, será siempre ilusoria cuando se la busque constante y completa. » Luego la *unidad religiosa será siempre ilusoria* entre los protestantes, pues que para ellos no puede darse otra base que la enseñanza. ¿Y qué otra cosa hemos dicho nosotros?

¹ *Observations, etc.*, p. 8 y sig.

² *Ibid.* p. 46.

El ministro piensa que los otros dos caminos son del mismo modo insuficientes, y nosotros pensamos como él. ¿Pero quién le ha dicho que la Iglesia católica se ha esforzado constantemente á retener los pueblos en una ignorancia profunda? Ella es á quien debemos la conservacion de las ciencias y letras en Europa; ella es la que por espacio de muchos siglos, ocupándose sola en estimular y adelantar el estudio, encargaba á los primeros pastores, como una de sus primeras obligaciones, estableciesen escuelas en todas partes^{*}. A la verdad, M. Vin-

* Para que se pueda comparar lo que con respecto á esto hacia la Iglesia católica, en los tiempos llamados de *ignorancia*, con lo que hacen en el *siglo de las luces* la política y filosofía, citaremos el texto de una disposicion del tercer concilio de Letran: « A fin de que los niños pobres, privados del auxilio de sus padres, no se vean faltos de medios para aprender á leer, y puedan seguir sus estudios, se asignará en cada Iglesia catedral, al maestro que enseña á los acólitos de aquella Iglesia, y estudiantes pobres, un beneficio competente, que le asegure subsistir, y deje abierto á sus discípulos el camino de la doctrina. Se concederá sin retribucion alguna licencia de enseñar; bajo ningun pretexto se exigirá nada de los que enseñen; y no se impedirá á

cent cuenta mas de lo que debiera con la sencillez de los suyos, cuando se atreve á hablarles de la ignorancia de la Italia en tiempo de Leon X, y de Francia en el de Luis XIV.

Lo que llama el *camino de la violencia* es lisa y llanamente la persecucion. Se muestra tan caritativo, que procura dar á entender que la deseamos con ansia. Hemos ya respondido á esta calumnia odiosa, y nos compadecemos al ver al ministro reducido á echar mano de semejantes armas. « Todos aquellos, » dice, « que han tenido

« nadie el enseñar, con tal que sea capaz y haya pedido la licencia. » *Ne pauperibus qui parentum opibus iuvari non possunt, legendi et proficiendi oportunitas subtrahatur, per unam quamque Ecclesiam cathedralem magistro, qui clericos ejusdem Ecclesie, et scholares pauperes doceat, competens aliquod beneficium assignetur, quo docentis necessitas sublevetur, et discipulis via pateat ad doctrinam. Pro licentia verò docendi nullus pretium exigat; vel sub obtentu alicujus consuetudinis, ab iis qui docent aliquid querat; nec docere quempiam, petita licentia, qui sit idoneus, interdicat.* Concil. Lateran. cap. XVIII, anno 1176. Véase tambien Concil. Vasens. III. can. 1. anno 529. — Narbon. can. 11. anno 589. Cloveshore. II. can. 7. anno 747. — Aquisgron., lib. I. c. 155. anno 816. — Trident., ses. V. de Ref., c. 1.

« la manía de la unidad en la fe, despues de haber agotado los recursos de la enseñanza y los de la ignorancia, han conocido que sin la violencia todos sus esfuerzos eran vanos; y han recurrido á ella. Los paganos la emplearon primero contra los cristianos, y derramaron en suplicios atroces la sangre mas inocente y pura que jamás honró la tierra. »

Muy triste es para la Reforma que el primero que haya tenido *la manía de la unidad en la fe....* ¿ me atreveré á decirlo despues de estas palabras?... Que el primero, repito, haya sido Jesucristo, y el segundo S. Pablo. Pero como segun parece, estos no son de aquellos que para establecerla, han derramado en suplicios atroces la sangre mas inocente y pura, á no ser la suya, es necesario hayan juzgado que además del camino de la enseñanza, el de la ignorancia y el de la violencia, todos tres insuficientes, ha-

bia otro para llegar al fin que se proponian. Abra el ministro el Evangelio, y encontrará en él indicado, casi en todas las páginas, este camino; allí verá que Jesucristo enseñaba al pueblo, no como los escribas y doctores de la ley, sino como teniendo autoridad: *tanquàm potestatem habens*.

Sabebien el ministro, que podriamos citar muchos pasages semejantes, los conoce, y esto nos basta. Pero, ¿porqué se desentiende de este gran camino de la autoridad tan claramente expreso en la Escritura, y del cual jamas se separó la Iglesia católica? ¿Acaso es por olvido? No es posible creerlo. ¿Es tal vez, porque conociéndose demasiado débil para combatir esta poderosa autoridad, ni aun ha querido pronunciar su nombre? Al menos esto seria una prueba de buen sentido. Aunque afecte incessantemente confundir las opiniones con los dogmas, no puede ignorar

que la fe de los católicos es *una*; por consiguien- te que la unidad de la fe, lejos de ser una quimera, es un hecho perpetuo y tan resplandeciente como la luz del dia; y que en fin, esta unidad se sostiene entre nosotros con el auxilio de la autoridad de la Iglesia, á quien creemos infalible, segun las promesas del Hijo de Dios, y á cuyas decisiones nos sometemos con el corazon y el espíritu, con una plena obediencia.

El ministro está de tal modo prevenido por las ideas de la Reforma, que no puede concebir la Religion cristiana bajo la nocion de sociedad. No comprendiendo, ni el poder espiritual que manda la fe, ni la fe misma que es la obediencia á este poder, no ve en los dogmas mas que *opiniones*, ni en el Cristianismo todo mas que una *ciencia*. Son muy notables sus palabras para que dejemos de citarlas. « Las indagaciones en la naturaleza, en la Escritura santa, en la historia de la Iglesia, son y permanecen, no solo permi-

« tidas, sino necesarias: y si las indagaciones
 « son permitidas, tambien es permitido, es justo,
 « es necesario admitir los resultados probados.
 « Las ciencias teológicas no pueden ya permane-
 « cer estacionarias; deben adelantar como las
 « otras ciencias, y caminar sin detencion á una
 « mayor consistencia y á una mayor pureza.
 « Asi las creencias, *purificándose* siempre, nada
 tendrán estable; variarán como las obligaciones,
 de año en año, de día en día, y la ley inmutable
 de Dios, sujeta á la razon del hombre, vendrá á
 ser tan inconstante como sus pensamientos y de-
 seos. Digámoslo otra vez: damos las gracias á
 M. Vincent por estas confesiones.

En vano prueba á ponerlas algunas restriccion-
 nes: « La teología en si misma, dice, no deja
 « por esto de ser invariable... el Evangelio no
 « deja de ser la palabra de Dios que no se muda;
 « pero se acerca mas á su pureza nativa; se en-

Observations, etc., p. 82.

« tiende mejor, se interpreta mejor á medida que
 « los recursos de la critica se multiplican, y que
 « los hechos se acumulan para ilustrarla y diri-
 « girla'. » Sin duda que el Evangelio es siem-
 pre el Evangelio, no muda materialmente; mas,
 ¿ es acaso la Religion este libro material, ó la
 doctrina que él encierra? ¿ Y cómo, variando esta
 incesantemente, será la Religion invariable?

Pero al menos variando, dice M. Vincent, se
 perfeccionará. No sabemos hasta ahora que el
 hombre pudiese perfeccionar la ley de Dios. Pe-
 ro veamos de qué modo la han perfeccionado los
 protestantes, con el auxilio de la interpretacion
 particular. Un ministro anglicano es quien va á
 hablar.

« Asegurando que la *Escritura santa contiene*
 « *todo cuanto es necesario á la salud, de modo*
 « *que no se puede exigir de ningun hombre crea*
 « *como articulo de fe, nada de cuanto no se lee en*

Observations, etc. p. 82 et 83.

« la Escritura, ni cosa alguna que por ella no se pueda probar (artículo sexto de la Iglesia anglicana); los primeros reformadores no advirtieron que llegaría tiempo en que cada individuo, con la Biblia en la mano, se creeria autorizado para formar su propia fe, y desechar todo aquello que, admitido en la doctrina de sus mayores, no conviniese con sus ideas: mas ahora esta locura, este orgullo, yo no sé qué cosa peor que la locura y que el orgullo unidos, ha hecho progresos tan singulares y temibles, que cada uno se figura es enteramente libre para formar ó escoger la fe que se le antoje, y negar toda doctrina, aunque sea claramente revelada, cuando no la puede comprender. Así, gracias á una razon profana á la que no contienen ni las lecciones de una revelacion divina, ni la antigua creencia, los artículos principales de la fe cristiana han sido negados por aquellos que se dicen discipulos del hu-

« milde Jesus. Debemos desear entrañablemente que el gran cuerpo de los protestantes salga en fin de su letargo, y vuelva á la verdadera fe, con respecto á la cual un crecido número ha caído, por grados insensibles, en una indiferencia, y en una insensibilidad brutal, mas temible que la misma infidelidad.»

« It was not contemplated by the early Reformers, who, disgusted with the multifarious errors of boasted tradition, asserted that, « Holy scripture containeth all things necessary to salvation; so that whatever is not read therein, nor may be proved thereby, is not to be required of any man that it should be believed as an article of the Faith; » (Sixth article of the Church of England.) that the time would arrive, when every individual, with the Bible in his hands, would consider himself qualified and justified to form its own faith, and to reject all that had been concluded on in the piety and learning of his ancestors, which did not accord with his own notions; but now this folly, this pride, this worse than folly and pride united, has prevailed to the alarming extent, that each person considers himself at full liberty to form or to choose whatever faith he pleases, and to deny doctrines, however plainly revealed, which are above his comprehension. Thus, in the profaneness of reason, unchastised by the admonition and teaching of divine revelation and ancient persuasion, the prominent articles of christian faith are denied by those who call themselves the disciples of the meek and

Los protestantes mas sabios no conocen, como nosotros, otro medio para evitar este escollo terrible que la obediencia á la autoridad, es decir, el abandono del principio fundamental de la Reforma. Oigamos á algunos de estos hombres á quienes la rectitud de su espíritu acerca á la verdad, de la que solo los alejan las preocupaciones de nacimiento y educacion.

« Estamos certisimos que la naturaleza, la escritura y la experiencia misma han enseñado á los hombres, á buscar el fin de las disputas en la sumision á una sentencia jurídica y decisiva, á la cual ninguna de las partes, bajo ningun pretexto pueda dejar de asentir. Este medio debe tener necesariamente mucha fuerza, y es

humble Jesus. — It is now most desirable, that the great body of protestants should arouse from their lethargy to the true faith, in which many, by insensible degrees, have sunk into an indifference, and an unmanly insincerity, more probably to be dreaded than even infidelity. Reflections concerning the expediency of a council, etc., by Samuel Wix. p. 80, 82.

« raro que sin él, los demas tengan algun buen éxito¹.

« Resistirse á admitir un punto cualquiera de la doctrina profesada *ab omnibus, ubique, semper*, en todos lugares, en todos tiempos, por todos los pastores y todos los cristianos exentos de heregia y singularidad, seria una locura « y una extrema extravagancia². »

He aquí la regla católica, y es preciso volver á ella, siempre que se quiera poner un término al desórden de los espíritus y á la division de las creencias.

« Cuando yo contemplo á los sectarios, » dice

¹ *Of this we are right sure that nature, Scripture, and experience itself have taught the world to seek for the ending of contentions, by submitting to some judicial and definite sentence, whereunto neither parties that contendeth, may, under any pretence or colour, refuse to stand. This must needs be effectual and strong. As for other means without this, they seldom prevail. Hooker's Eccles. Polit. Pref., art. 6.*

² *To resist against any thing delivered ab omnibus, ubique, semper, in all places, at all times, by all christian pastors, and people, not noted for heresy and singularity, were extreme folly and madness. Dr. Field's Church, p. 887.*

otro ministro, « no veo entre ellos nada fijo; todo fluctúa al acaso. Cuando miro la Iglesia, descubro un puerto seguro, donde puedo echar el ancla y permanecer firme y al abrigo de las tempestades. Considerad el medio que nuestro Señor empleaba para mover á los judíos, cuando les revelaba cosas concernientes al reino de los cielos: su palabra estaba llena de poder, y en esto nada hay que deba sorprender, porque enseñaba como teniendo autoridad y no como los escribas. No decia, puede ser así; ó parece que es así; sino así es. Sometiéndome, pues, á la autoridad de la Iglesia, encuentro certeza y seguridad, y me consta con evidencia que no puedo errar, cuando tengo la Escritura por guia y por comentador la Iglesia ».

When I look at the sectaries, I perceive every thing afloat, and nothing fixed; when I look at the Church, I perceive a secure harbour wherein I can fix the anchor of my soul, both sure and steadfast. Observe the way in which our Lord affected the Jews, when he opened to them the things concerning

Segun esto M. Vincent debe ya comprender en que consiste el camino de autoridad que los católicos defienden, camino pacífico y tan lejano de todo lo que él llama camino de violencia *, como un juicio doctrinal lo está de una sentencia de muerte. En una palabra, el poder propio de la Iglesia no se extiende mas que á los espíritus, y la obediencia del espíritu es lo que ella exige en todo lo concerniente á la fe ó á la doctrina, cuyo depósito la ha encargado Dios conserve. Esta autoridad santa es el vínculo de unidad, como lo

the Kingdom of Heaven; his word was with power; and no wonder, « for he taught them as one that had authority; and not as the Scribes; » not saying, so it may be, or, so it seems to be, but, so it is. I feel, therefore, certainty and safety whilst I bow to the authority of the Church, and I am satisfied that I cannot materially err, whilst I have Scripture for my guide, and the Church for my commentator. Robson's 15th Sermon, vol. II.

* La Iglesia tiene derecho para mandar y prohibir ciertas acciones en virtud de su misma autoridad espíritu-1; esencialmente posee una jurisdicción exterior, sin la que sería imposible existiese. Nada hay mas evidente; pero no por esto se debe omitir esta advertencia.

es tambien de paz. Pero no pertenece mas que á la Iglesia madre, á la verdadera Iglesia; ella sola tambien la ejerce, y ella sola la reclama. Todas las sectas que, de trescientos años á esta parte se han separado de ella, se declaran desprovistas de autoridad, y he aqui porque aquellos protestantes que conocen la necesidad de esta *ancla* para retener los espíritus arrebatados por las olas de las opiniones, procuran inútilmente fijarla en el seno de este mar sin fondo y sin orillas. Despues de haber proclamado la independenciam de la razon, ¿ con qué título se la puede mandar obedecer? Sentado el principio, ya no es posible detener las consecuencias; es necesario permitirlo todo y consagrarlo todo; es necesario en fin confesar públicamente con un obispo anglicano que « el protestantismo consiste en creer lo que se quiere, y profesar lo que se cree. » * Y si

* *Protestantism consists in believing what each one pleases, and in professing what he believes* (Bishop Watson's

esta definicion que supone una creencia cualquiera no parece asegure todavia una libertad suficiente á la razon, M. Vincent cercenará lo que envuelve la necesidad de la fe, y dirá que « la Religion es un negocio del corazon entre Dios y su criatura, por medio del Evangelio. » Con esto los mas descontentadizos deben quedar satisfechos.

Por lo demas haciendo ver la inconsecuencia y los riesgos de la Reforma, no es nuestro ánimo, ni lo permita Dios, contristar á nuestros hermanos separados. Nacidos como ellos en el seno del error, es muy verosimil que participariamos de las mismas prevenciones contra la verdad. El único sentimiento que experimentamos combatien-

charge to his clergy): citado por M. Milner en su obra titulada: *The end of religious controversy, etc.*, part. III, pág. 123. De allí se sigue que el protestantismo no es otra cosa que la *religion natural*, tal como la conciben los deístas modernos. — « La ley natural, » dice Voltaire, « permite á cada uno creer lo que quiera, como alimentarse de lo que le acomode. » *Diccionario filosófico*, art. *Catecismo chino*.

* *Observations, etc. Pref.* pág. 6.

do, no contra ellos, sino contra los falsos principios que los engañan, es un dolor profundo de verlos extraviarse lejos de los caminos de la salud, y un deseo ardiente de que amanezca en fin aquel dia en que nos abrazáremos en el seno de nuestra madre comun, de la *Esposa immaculada del Salvador*, de la Iglesia depositaria de las promesas, y las esperanzas todas de los cristianos: *Ut fiat unum ovile et unus pastor*¹.

Despues de haber contestado á las objeciones hechas á la primera parte del *Ensayo sobre la Indiferencia*, nos queda que hablar de la segunda. Nos proponiamos publicarla poco tiempo despues de la primera, pero lo han impedido otros trabajos. Por otra parte hemos echado de ver, que en vez de un volúmen habia de tener ó dividirse en dos esta segunda parte, lo que nos ha decidido á dar separadamente este que ahora publicamos, y que en rigor podria completar la obra,

¹ JOAN. X. 6.

pues que para cumplir nuestra palabra bastaba probar que *la indiferencia en materia de Religion es tan absurda en sus principios como funesta en sus efectos*².

Refutando los tres sistemas generales de indiferencia religiosa, hemos hecho ver que esta destruye toda verdad, todo órden, toda virtud, toda sociedad, y que por consiguiente es funesta en sus efectos. Lo que añadirémos sobre la materia en nuestra cuarta parte, solo servirá para fortificar una conclusion evidente ya para los lectores atentos.

Hemos dicho en segundo lugar que la indiferencia no puede fundarse sino en uno de estos dos principios: que no nos interesa el asegurarnos de la verdad de la Religion, ó que es imposible descubrir la verdad que nos importa conocer³.

¹ Véase la *Introduccion*, p. xlviii.

² *Ibid.*

Ciertamente seria cosa muy extraña que la Religion, perpétuo objeto de los pensamientos del hombre, la Religion, primera necesidad de su razon y de su corazón; la Religion que todos los pueblos han mirado como base del orden social, principio y sancion de las leyes y regla de las costumbres, no fuese mas que una diversion fútil del espíritu, una idea tan estéril para el bien como para el mal, en fin una de esas quimeras con que gusta alimentar sus vanas esperanzas un ser débil é ignorante. Si esto fuese así, nada mas se necesitaba para convencer de imbecilidad á todas las naciones desde el principio del mundo. Hemos justificado al género humano y echado por tierra uno de los fundamentos de la indiferencia dogmática, demostrando la importancia de la Religion con respecto al hombre considerado individualmente, con respecto á la sociedad y con respecto á Dios.

Mas si importa esencialmente al hombre cono-

cer la verdad, si importa al mismo Dios que sea conocida por el hombre, es evidente por una consecuencia necesaria que puede conocerla. Probamos efectivamente en este tomo que hay un medio seguro y fácil á todos los hombres para discernir la verdadera Religion, y que este medio es la *autoridad*, de modo que la verdadera Religion es incontestablemente aquella que se apoya en la mayor autoridad visible. Con esto destruimos el segundo principio de la indiferencia dogmática; y á menos que no se la encuentre un fundamento mas sólido, lo que no sucederá, es necesario absolutamente confesar que esta es, no solo una locura, sino tambien un crimen.

Podríamos mirar como cumplido nuestro empeño, pues que no nos hemos propuesto establecer contra los indiferentes mas que estos dos puntos. Mas nos parece útil y, bajo cierto aspecto, necesario desenvolver las consecuencias del importante principio de la autoridad, y deducir de

él la verdad de la Religion católica ; lo que nos dará ocasion para fortalecer el mismo principio , y responder á las objeciones á que pueda dar lugar la aplicacion que debe hacerse. Esta será la materia que se tratará en la cuarta parte que se publicará luego que nuestras ocupaciones nos permitan acabarla ; pero no nos es posible indicar ninguna época fija, porque mil circunstancias pueden obligarnos á interrumpir este trabajo. En tiempo de desórdenes y tempestades no es fácil disponer siempre de nosotros mismos segun nuestros deseos.

Hemos tratado una cuestion de la mayor importancia , y la mas general que puede proponerse la razon. De su solucion pende toda verdad , todo orden y toda paz ; porque no hay paz para el entendimiento sino cuando está *cierto* de que posee la verdad , ni hay paz para los pueblos sino cuando están *ciertos* de que obedecen al orden. No es otra la razon por que la sociedad está

tan agitada y padece tantas calamidades, sino porque todo es *incierto*, Religion, moral, leyes, poder ; y esta *incertidumbre* proviene de que los espíritus no reconocen ya autoridad alguna que tenga derecho de mandarles. El mundo es presa de las opiniones : nadie quiere creer mas que á sí mismo, ni por consiguiente obedecer tampoco mas que á sí mismo. Ni hay dependencia , ni hay obligaciones, ni hay vínculos. Reducido á polvo el edificio social se asemeja á la arena del desierto , donde nada crece, nada vive, y que arrebatada por los vientos , sepulta á los viageros bajo sus montañas encendidas.

Restableced la autoridad, y al punto renace todo el orden, la verdad vuelve á colocarse sobre su base inmutable, cesa la anarquía de las opiniones, el hombre se entiende con el hombre, las inteligencias unidas por una misma fe, vienen á ponerse al rededor de su centro que es Dios, y á reanimarse en la fuente de la luz y de la vida.

O la razon humana no es mas que una quimera, ó se deriva de una razon superior, eterna é inmutable; porque la verdad, si existe, ha existido necesariamente siempre, y siempre la misma. De que se sigue que ninguna razon creada puede ser mas que una emanacion, una participacion de esta razon primera y soberana, *madre y maestra* de todos los espiritus. Vivir para ellos es escucharla, es obedecerla, y la obediencia mas perfecta constituye el grado mas elevado de razon, pues que negarse á obedecer mas allá de ciertos limites, es desechar una parte del testimonio con que se nos ha manifestado la verdad infinita. Así el género humano atestigua la existencia de un Dios soberanamente justo, sabio y poderoso : la razon que admite en un todo este testimonio, poseyendo mas verdad, es mas extensa, mas completa que la que niega alguno de los atributos de Dios : es tambien mas consecuente, pues que el motivo de creer ó de-

ferir á la autoridad tiene siempre la misma fuerza, enseñe lo que enseñare. Si salis de aqui no os queda otro medio para evitar el escepticismo que declararos infalible, es decir, que de un modo ú de otro, os veis obligado á abjurar de la razon.

Negar el testimonio general, preferir á él su razon particular, es en efecto el carácter propio de la locura; y todo hombre que no reconoce autoridad alguna que tenga derecho para mandar á su espíritu, es loco; bien sea involuntariamente, si su locura proviene de una causa física, ó voluntariamente si no la tiene. He aqui la diferencia única que hay entre los insensatos que se encierran y aquellos á quienes se deja usar de su libertad; y el error acerca de los objetos que podemos y debemos conocer, el error sobre las obligaciones ya sea de la razon ó ya del corazon, no es mas que una locura voluntaria, y por ser voluntaria es tambien un delito.

Diga y sostenga un habitante de Charenton * que es rey de Francia, es un loco, nadie lo duda; ¿pero es loco precisamente porque dice y sostiene que es rey de Francia? No; porque hay otro hombre que dice tambien, *yo soy rey de Francia*, y que seria un loco si no lo dijese. Pero todo el mundo depone en favor de la dignidad real de este; tiene por sí el testimonio general, y esto quita toda duda. El otro contradice este testimonio obstinadamente, he aquí un loco; esta prueba basta, y ni aun puede darse otra alguna cierta. En lugar de este desgraciado, supongamos un hombre que diga *yo soy soberano*, y tendremos un ejemplo de la locura voluntaria.

Sucede muchas veces que la locura, aun fisica tiene por causa la obstinacion con que el espiritu se pega á ciertas ideas falsas. Debe pues haber mas locos de esta especie en los paises, en que

* Hospital, cerca de París, en donde se cuida de los locos. (N. D. T.)

debilitado el principio de autoridad, los espíritus están menos defendidos de sí mismos. Efectivamente, la experiencia comprueba que es así. Bajo el reinado de Enrique VIII se aumentó prodigiosamente el número de los locos en Inglaterra, y despues ha ido siempre en aumento. Crece tambien todos los años en Francia *. Es-

* Esto es tan notable, que en muchos lugares los consejos de departamento piden se formen nuevos establecimientos para recibirlos. La nota siguiente, que ha tenido á bien comunicarme uno de los médicos mas hábiles de París. confirma de un modo enérgico lo que decimos de la locura. Es tan verdad que ella consiste en rehusar obstinadamente el reconocer una autoridad superior á nuestra razon individual, que el solo medio de curar á un loco es forzarle á someterse á esta autoridad que no quiere reconocer.

• La insuficiencia de todos los medios sacados de la higiene y de la terapéutica, para la curacion de la locura, está ya reconocida tiempo ha por todos los médicos. La sangría, los vomitivos, los purgantes, los baños, las friegas remedian bien algunas veces ciertos accidentes físicos puramente, que acompañan á la enagenacion mental, y que turban la salud corporal del enagenado, ó le hacen mas difícil de contener; pero estos remedios no producen sino raras veces una mejoría real en las funciones de la inteligencia. Los médicos se ocupan con mejor éxito en curar la locura, no empleando estos remedios, sino como

tamos persuadidos que España hace treinta años era el país de Europa en que menos habia; sin

« accesorios. Su remedio principal es lo que llaman ellos *método moral*.

« Este consiste en obligar al enfermo, por una mezcla de firmeza y persuasion, á reconocer la autoridad, á someter á ella sus acciones, su voluntad y su propio juicio. Cuando se logra esto último, el enfermo obra y discurre como otro cualquiera; está curado. Los medios empleados para llegar á este caso son el separar al enfermo de todas las personas, conocidas suyas, principalmente aquellas á quienes él está habituado á mandar; y el no contrariarle jamas, usando con él un language de razon, sin presentarle al mismo tiempo el preparativo de una fuerza física, á la que no pueda esperar resistir. Así es que para hacer entrar á un loco furioso en la jaula, ó cuando este se arma con un pedazo de un mueble, para defender la entrada, se envían diez criados; si no se le opusieran mas que dos ó tres, aunque mas débil que cada uno de ellos, probaría como resistirles, y no se le podría desarmar sino haciéndole daño; pero luego que mira delante una fuerza enteramente superior, se rinde. El aprende así á reconocer poco á poco la fuerza física, y de allí procede á reconocer la moral. Obedece desde luego en sus actos, y acaba por someter su juicio. En este último estado consiste la mayor dificultad del método; y esta dificultad es tanto mas grande, quanto que el enfermo, por su propio carácter, ó su género de vida, es mas imperioso, ú mas independiente naturalmente. Está experimentado que los hombres mas expuestos á la enagenacion mental, y los mas difíciles de curar son los célibes, que viven aislados, y de consiguiente en una grande independencia de la autoridad y aun de las *ideas* ajenas, y los hombres habitua-

duda se irán multiplicando á medida que la fe se disminuya. Un médico italiano habia calculado en el siglo anterior que, guardada proporcion con su poblacion, habia diez y siete veces menos locos en Italia que en los países protestantes. Estos hechos merecen por muchas razones observarse. Estamos lejos de negar que la locura no nazca frecuentemente de causas particulares, de emociones vivas, y dolores profundos; pero esto no quita reconozcamos una causa general de locura, cuya accion se manifiesta uniformemente en todos los pueblos, á medida que esta causa se desenvuelve en ellos, es decir, á medida que los espíritus se desentienden mas de la obediencia debida á la autoridad.

Buscando los caminos que conducen al hombre

« dos al mando. No hay un loco mas difícil de curar, que un oficial general, y mas que todo un capitan de navío. Se sabe que la autoridad de este es mas despótica que la del potentado el mas absoluto. » Véase *Traité de la Manie*, par M. Pinel, y *Mémoires de M. le docteur Esquirol*.

al conocimiento cierto de la verdad, nos hemos visto empeñados en examinar una cuestion poco ilustrada hasta hoy, y que ha hecho nacer un erescido número de errores. Se ha imaginado que habia verdades independientes de la razon, verdades sentidas antes de concebirse, y que por esto son llamadas *verdades de sentimiento*. No se podia confundir mas peligrosamente unas facultades que son distintas, y, por una consecuencia necesaria de su naturaleza, ligadas entre si en un orden inverso ú contrario al que se le supone. Los deistas han abusado extrañamente de este falso principio; los ateos mismos le admiten y se acomodan con él, para deducir y formar una especie de religion en la que entra todo, menos Dios.

Nosotros hacemos ver que todo sentimiento supone una verdad ó una idea preexistente en el entendimiento, porque antes de amar es preciso conocer, y el hombre ama naturalmente la ver-

dad que es el bien de las inteligencias. Asi la fe precede al amor, y el amor no es otra cosa que el movimiento del alma que aspira por el objeto de su fe. El bueno cree en la virtud, la mira como su verdadero bien y la ama; el malvado, á quien ella fatiga, la odia, porque en el error de su espiritu ofuscado por las pasiones, la mira como un mal. No hay mas bien para él que lo que lisonjea sus apetitos corrompidos; cree en el deleite, y esta fe ciega é irracional determina un amor desordenado. Cada creencia, sea verdadera ó falsa, produce tambien un sentimiento análogo; y si en todos los pueblos se observan ciertos sentimientos generales inalterables en el fondo, es, porque tambien se encuentran en todos ellos creencias generales, condiciones necesarias á la existencia del género humano.

Consideremos por este punto de vista la verdad mas importante entre todas y la creencia mas universal. Por todas partes y en todos tiempos

han tenido los hombres la idea de Dios; pero antes de Jesucristo no le conocian segun todo lo que él es; solo habia manifestado plenamente hasta entonces su poder, y esta nocion del soberano Ser producía un sentimiento de respeto y temor, cuya expresion ó manifestacion exterior consistia en el culto público.

Se reviste de nuestra naturaleza la Sabiduría eterna, se manifiesta Dios como verdad; al punto se ve nacer un nuevo sentimiento; la verdad tiene sus testigos, sus mártires, y aquellos hombres á quienes ha ilustrado, se abandonan á todos los trabajos, á todos los oprobios y tormentos para defenderla y propagarla; y hoy mismo todavia, millones de cristianos morirían con júbilo en los suplicios antes que renunciar á esta verdad que han conocido.

Acaba Dios de descubrirse, se manifiesta como amor, y un amor inmenso se apodera del corazón del hombre; entonces, y solamente entonces

ces comienza á amar á sus hermanos hasta sacrificarse por ellos, mirando á aquel, ó en obsequio de aquel que *tanto nos amó*¹. Un espíritu de misericordia penetra toda la sociedad; cada miseria encuentra un asilo, cada dolor un consuelo, cada lágrima una mano compasiva que la enjague. Y remontando hasta Dios este amor que viene de él, se pierde y se renueva sin cesar en el seno del Ser infinito, convertido ya en objeto de un sentimiento que es preciso experimentar para poderlo comprender, sentimiento tan vivo, tan profundo, que se ha visto morir á algunos hombres por no poder soportar su dulzura inexplicable²:

¹ JOAN., III. 16.

² «; O Salvador mio!» exclama Santa Teresa; «qué atractivo se encuentra en estas aguas vivificantes del puro amor!; Dichoso aquel que pudiese en él sumergirse hasta perder allí la vida, en medio de sus transportes y deliquios! ¿Pensais que esto es imposible? No por cierto. Nuestro amor á Dios, el deseo de poseerle, de confundir nuestra nada con su gloria, puede crecer al infinito y llegar á tal grado, que el cuerpo no pueda ya soportarle, ni contener una alma que aspira á romper sus ligaduras. Se han visto ejemplos de santas muertas causadas por es-

¡ muerte feliz y venturosa que solo era un éxtasis de amor !

No se encuentra entre los principios que hemos pretendido establecer siquiera uno, que no presente aplicaciones semejantes; y que por consiguiente no hayamos podido desenvolver con mucha mas extension. Tal es tambien, no tememos decirlo, su extremada fecundidad, que puede ser sea algun mérito no haber cedido al deseo de indicar al menos una parte de las numerosas consecuencias que de ellos se deducen. Mas esto nos habria separado muchas veces del fin que nos proponemos, y por otra parte sabemos que en este siglo de opiniones y pasiones, en este si-

« te exceso de amor. » (*Camino de la perfeccion, capitulo XIX.*)
 He aquí un ejemplo, referido por un protestante. « Me acuerdo que el doctor Tissot me dijo que un enfermo habia muerto de amor para Jesucristo; que, en el último instante de su vida, « aparentó gozar del mayor grado de felicidad y que llamaba á « su predilecto con todos los transportes de la pasion mas entusiasta. » *Voyage en Sicile et à Malte en 1770, par Brydone, tomo I, pág. 139.*

glo del hombre, cualquiera que hable de Dios y quiera ser oido debe ser corto. Creemos sin embargo no haber omitido cosa que sea necesaria. No es el mejor medio para hacerse entender decirlo todo, sino decir aquello que lo encierra todo.

Por lo demas no se nos oculta cuantos géneros de oposicion ha de encontrar una obra de esta naturaleza. Se ataca en ella á un tiempo todos los errores religiosos, morales y politicos, manifestando la causa de que todos ellos se derivan. Así cualquiera que pretenda conservar uno solo de estos errores, deberá si es consiguiente, negar el principio en que probamos se apoyan todas las verdades; pero tambien le desafiamos á que evite en este caso el escepticismo absoluto.

Por otra parte algunos hombres de buena fe pero poco observadores, puede ser nos acusen de

1 Véase la *Defensa*, cap. IX.

que destruimos la razon humana, porque hacemos ver que en efecto la razon individual, la razon del hombre *solo*, no puede conducirle mas que á una duda profunda y universal, puesto que no puede ni aun probarse á si misma.

Muy mal debe habernos comprendido quien nos hiciere esta reconvenccion, Si insistimos en la debilidad de la razon particular, es para establecer en seguida la razon general, probando que las verdades primitivas que son su fundamento, tienen una certeza infinita, y que las verdades secundarias que ella deduce, son del mismo modo ciertas: de donde se sigue, que la misma razon individual tiene desde luego una regla segura para apreciar sus propios pensamientos, y que no se extravía sino cuando el orgullo la hace desconocer ó violar esta regla. Así lejos de destruir la razon, la colocamos por el contrario sobre una base indestructible.

¿Qué es en efecto la autoridad á la cual todos

los espíritus deben obedecer? ¿Es acaso la fuerza? Esto seria un absurdo. ¿Es la autoridad de uno ú de algunos hombres? No; sino *la razon general manifestada por el testimonio ó por la palabra*. Esta sola definicion desvanece todas las dificultades; porque es evidente que la razon no puede manifestarse sino á la razon, ni la razon general mas que á la razon individual, y que por consiguiente no se puede negar esta sin negar aquella. El juez que no ve la certeza mas que en el concurso y uniformidad de testimonios, no por eso niega la fuerza que es propia de cada testimonio tomado por separado.

Es claro además que la razon general, la razon del género humano y de todas las inteligencias, no es en su origen mas que una participacion de la razon de Dios, la mas general que puede concebirse, pues que es infinita como la verdad ó como el mismo Dios. Luego es infalible; luego la razon particular necesariamente imperfecta

debe someterse á sus decisiones, so pena de no poder afirmar nada, ni creer cosa alguna, es decir, bajo pena de muerte.

Por tanto debe observarse que el precepto de creer á la Iglesia, ó de obedecer el poder espiritual de la *sociedad* cristiana, no es otra cosa que la promulgacion de esta ley universal é inmutable. El Cristianismo antes de Jesucristo, era la *razon general manifestada por el testimonio del género humano*. El Cristianismo desde Jesucristo, que es el desarrollo ó extension natural de la inteligencia, es la *razon general manifestada por el testimonio de la Iglesia*. Estos dos testimonios en nada se contradicen, el segundo por el contrario supone el primero y se prestan una fuerza mútua. La verdad es la misma, no otra: solo que se conocen mas verdades, porque Dios se ha manifestado mas.

En la sociedad todo nos llama hácia la autoridad, y lo mismo en la Religion, pues que nada

subsistiria sin la autoridad, y sin ella no habria punto de union entre los hombres. Lo que los une son los deberes, la obediencia del entendimiento, del corazon y de los sentidos á un mismo poder. Activos por su naturaleza, es necesario crean para obrar; y que sean sus creencias uniformes, si todas sus acciones han de concurrir al mismo fin; deben tambien las creencias ser verdaderas, para conservar el órden general, y los seres mismos; porque la violacion de las leyes generales, que es el desórden, produce infaliblemente la destruccion. Sea que se consideren como seres fisicos, ó como miembros de la sociedad civil y religiosa, no necesitan los hombres de modo alguno, comprender las leyes á que se sujetan, pero es indispensable las conozcan con certeza, y que las crean firmemente. La vida de cada individuo, así como la de la sociedad, no depende del grado de luz que hace concebir al entendimiento mas ó menos la ver-

dad, por otra parte cierta, sino la *fe del corazón* que realiza por de fuera esta verdad *por las obras de justicia*¹. La legítima autoridad al promulgar las leyes les imprime por su testimonio el carácter de certeza, que las hace reconocer de aquellos que deben obedecerlas: desde este momento no se puede dudar de ellas, so pena de locura, ni violarlas sin incurrir justamente en la pena impuesta contra los que las infrinjan, y nunca se admitió la disculpa del contraventor, que para justificar su desobediencia, dijera no haberlas comprendido. No se fundan ni la certeza de la ley ni la obligación de someterse á ella en el juicio del hombre individual, ni sobre la claridad con que puede el entendimiento haberla concebido. Esto es verdad en el orden físico, tanto como en el civil y religioso; y los pueblos, así como el hombre, no viven sino por la fe, no existen sino por que creen lo que no podrían comprender.

¹ *Corde enim creditur ad justitiam.* Epist. ad Rom., X, 13.

Jesucristo enseña en cada página del Evangelio esta importante verdad que es la salvaguardia y el fundamento de todas las otras. Venia él á curar la razón humana, mas enferma que los enfermos que ponian á sus pies; venia él á reanimar los entendimientos moribundos, porque no querian escuchar á otros que á sí propios: ¿qué dice pues este *Rey de la fe* como le llama San Agustín? ¿Qué repite sin cesar? *Creed*. La salvación, por él prometida, no lo está en favor de los esfuerzos de la razón, sino en el de la obediencia de la voluntad; ella es de aquellos que crean². ¿Es en la infancia, donde se observa la perfección del discurso? Y sin embargo, *si no os haceis y convertis como los pár-*

¹ *Ille fidei Imperator clementissimus et per conventus celeberrimos populorum atque gentium, sedesque ipsas apostolorum arce auctoritatis munivit Ecclesiam.* S. AGUST. Epist. ad Dioscor. n. 52.

² *Qui crediderit, et baptizatus fuerit, salvus erit; qui vero non crediderit, condemnabitur.* MARC. XVI, 16.

vulos, no entraréis en el reino de los cielos:

¡Qué fondo inmenso hay en estas palabras tan ciertas al mismo tiempo, bien que se apliquen á la sociedad eterna, bien á las sociedades temporales! Pretendiendo someter al discurso del hombre individual los deberes de la moral, las leyes políticas y civiles, los giros de las ciencias, de las artes y de los oficios, la agricultura, navegación, las reglas de higiene, la elección de los alimentos, de modo que nadie crea sino lo que comprenda claramente, y sin admitir nada del testimonio de los otros, sin acceder jamás á la autoridad; que no obre, sino por lo que sea evidente á su entendimiento; al momento se apodera un horrible desórden de la sociedad, y cae en un caos, se retira la luz que la iluminaba; cada uno de sus miembros, aislado de todos los

Amen, dico vobis, nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum caelorum. MATTH. XVIII, 5.

demas, busca en vano, en las tinieblas de su entendimiento, las verdades necesarias para su conservacion, las leyes de su existencia: desde entonces no hay accion posible; cesa el movimiento por haber cesado la fe; y todo se debilita, se amortigua en un profundo silencio; y no hay un legislador sobre la tierra, que no pueda y no deba decir á los hombres, al llamarlos á la vida social: *si no os haceis y convertis como los párvulos, que creen sin comprender y sin discurrir lo que atestigua la autoridad general, no entraréis en mi reino.*

Desconfiar de sí mismo y de su razon, ¿no es el principio de la sabiduria en los juicios y conducta? Admírese la analogía de las diversas verdades enseñadas por el Cristianismo, la conformidad de sus dogmas con sus preceptos. ¿Qué otra cosa recomienda mas que el desprendimiento de sí mismo, la renuncia de su propio entendimiento, para penetrarse del espíritu de Dios,

que contiene en si toda verdad? Asi es, que cuanto mas se desprecia la razon á si misma, cuanto mas se somete y obedece, tanto mas clara y manifiesta se le presenta la verdad, mas se acerca Dios á el, y mas se le une: y siempre se concedieron las comunicaciones del Criador á su criatura, asi como las advertencias celestiales, las revelaciones, que transportan el alma al orden de conocimientos superiores á los de la vida presente, á la fe mas sencilla ó á la mas grande humildad.

La muerte misma no interrumpe esta divina ley inmutable, y la encontramos mas allá de la tumba. ¿A quién está reservado en el cielo el mas alto grado de gloria, ó el mas perfecto conocimiento de Dios? ¿Al entendimiento que mejor comprendió las verdades cristianas, que mejor ha visto el enlace, abrazado mejor su totalidad? No; sino al alma que mas amó, porque ella se ha desprendido mas de si misma, porque ha

creido con una sumision mas grande: y ya sea que se manifieste la verdad inmediatamente, sea que se revele por la voz de una autoridad intermedia, siempre es ella premio de la fe, y proporcionada con la extension de la misma, y con la autoridad en su certeza.

Inútilmente se nos opondria la existencia del paganismo para mostrar que la razon general puede errar. Probarémos en otro cuarto tomo, que cuanto habia general en el paganismo era verdadero, y que todo lo que habia falso, se reducía á supersticiones locales, ó errores de la razon particular; y harémos ver además que el medio de discernir estos errores de las verdades primitivas, era perfectamente conocido, y que en todo cuanto es concerniente á las creencias necesarias y las obligaciones del hombre, la autoridad del género humano estaba reconocida por la única regla de fe ó de certeza, asi como reconocen los católicos la autoridad de la

Iglesia por única regla de certeza y de fe.

Nosotros suplicamos á nuestros hermanos separados, de cualquiera secta que sean, mediten seriamente estas reflexiones, y se pregunten si su culto, segun la expresion del Apóstol, es *razonable*², es decir, si está fundado en la *razon general manifestada por el testimonio de la Iglesia*. Si no lo está, antes por el contrario, si descansa ó se apoya solo en su juicio particular ó en su razon individual; ¿cómo podrán estar seguros de que su culto es verdadero? ¿Cómo harán un acto perfecto de fe, un acto de fe divina? El católico, cuya fe se apoya en la autoridad de la Iglesia, la que no es otra cosa que la autoridad del mismo Dios, comienza su simbolo diciendo: *Creo en Dios*; pero el protestante que no admite ninguna autoridad visible, debe necesariamente principiar el suyo diciendo: *Yo creo en mi*.

¹ Véase la *Defensa*, cap. XIV.

² *Epíst. ad Rom.* XII. 1.

De nada le sirve decir que él admite la autoridad de Jesucristo y la de su palabra contenida en la Escritura; porque ¿por dónde le consta con certeza que la Escritura contiene realmente la palabra de Jesucristo? ¿Cómo sabe y conoce la existencia del mismo Jesucristo? ¿No es él único juez de estas cuestiones como de todas las demas? Antes pues de decir: *Yo creo en Jesucristo*, siempre es preciso que diga: *Yo creo en mi*; de lo que se sigue que si su fe ha de ser cierta, debe suponer su infalibilidad personal, quiere decir, el absurdo mas palpable y monstruoso.

¿Sobre qué se fundan, en efecto, las creencias de los protestantes? ¿Qué regla es la suya? La razon de cada uno. Este es su principio fundamental, punto único en que se acuerdan entre sí. Así habla uno de sus ministros: « El cristiano razonable todo lo debe someter al exámen, y no admitir sino lo que reconozca el mismo como

« bueno y razonable. » Es decir que un *cris-
tiano razonable* debe obrar por lo respectivo á Re-
ligion segun cierta regla, que si él quisiere apli-
carla á toda la conducta de su vida, seria el colmo
de lo *irracional*, puesto que el hombre para con-
servarse, ó para obrar *racionalmente*, está obli-
gado á dar crédito á cada instante, sin examinar
al testimonio de los demas hombres; y si por una
ocura, felizmente imposible, cada uno de ellos se
obstinase en *someterlo todo al exámen*, y no ad-
mitir mas que lo reconocido por él *bueno y razona-
ble*, la sociedad se disolveria, y el género huma-
no pereceria en poco tiempo.

Pero por fin ¿ es infalible en sus decisiones
la razon, único juez de los deberes del hombre,
cuanto á lo que debe creer, amar y practicar?
¿ Puede ó no equivocarse, cuando afirma que

¹ Examen de la lettre de M. de Haller á sa famille, con-
cernant son changement de religion; par le professeur Krug,
de Leipsick, traduit de l'allemand. p. 27. Ginebra, 1821.

tal dogma ó tal precepto *es bueno y razonable?*

Si se la supone infalible, como no hay nada
mas vario, mas opuesto que sus juicios, como lo
tenido por bueno y razonable á una razon, pare-
ce malo é irracional á otra que debe ser igual-
mente infalible, se sigue que cuanto á Religion y
moral todo es verdadero y todo falso, ó de otro
modo, que no hay ni verdad ni error, ni leyes,
ni deberes para con Dios ni los hombres.

Si la razon no es infalible, si puede engañarse,
nunca estará cierta de que no se engaña. Las
creencias por tanto, vienen á ser puras opiniones;
las opiniones simples dudas; la Religion y la mo-
ral un problema eternamente indisoluble. La fese
desvanece en medio de estas tinieblas, ¿ qué mayor
absurdo que prescribir á los otros, ó prescri-
birse á si mismo *una confesion de fe invariable*,
un símbolo? ¿ Quién puede decir le parecerá
bueno y razonable mañana, lo mismo que hoy le
parece tal? ¿ Y qué seria un símbolo que no

impusiera obligacion al entendimiento, que se le pudiera modificar, admitir ó desechar á su antojo; un símbolo, cuyos articulos no fuesen cada uno en si una verdad cierta, una *verdad ley*, y si una duda? Renunciarse pues de todo símbolo, como á ello invita un ministro de Ginebra á los protestantes, y fieles á sus principios los *cris- tianos razonables* no se atreverán á imponer á nadie la obligacion de pronunciar estas palabras: *Creo en Dios!*

Coup-d'œil sur les Confessions de foi, par J. Heyer, pasteur à Genève. 1818. — Rousseau habia ya probado que un símbolo era una contradiccion en la Reforma. « La iglesia de Ginebra, » dice él, « no tiene pues, ni debe tener, como reformada, alguna profesion de fe precisa, articulada, y comun á todos sus miembros. Si se quisiera tener una, en esto mismo se haria un agravio á la libertad evangélica, se renunciaria á l principio de la reformation; se violara la ley del Estado. Todas las iglesias protestantes que han hecho fórmulas de profesion de fe, todos los sínodos que han determinado los puntos de doctrina, no han querido mas que prescribir á los pastores la que debian enseñar, y está era bueno y conveniente. Pero si estas iglesias y estos sínodos han pretendido haer mas por estas fórmulas, y prescribir á los fieles lo que debian creer, entonces estas asambleas, por tales decisiones, no han probado otra cosa, sino que igno-

Aquí es donde precisamente hay que llegar, cuando no se reconoce autoridad que tenga derecho de mandar la fe. En el hecho de haber nosotros defendido la autoridad, no solo de la Iglesia, sino tambien la del género humano; y habiendo además probado, que la certeza no tiene otra base, hemos defendido por consiguiente el conjunto, es decir, la Religion, la moral, todas las leyes y todos los deberes, la sociedad humana tan bien como la divina.

Por lo demas lo que especialmente pedimos en un asunto tan grave es la atencion y buena fe. Es cosa extraña, á la verdad, sea necesario pedir con tanta instancia á los hombres atiendan, cuando se trata nada menos que de ellos mismos y de su interes primero y principal: y sin embargo no nos lisonjemos lograrlo del mayor número de ellos. Las preocupaciones, la alucina-

« raban su propia religion. » *Lettres écrites de la Montagne,* p. 64. Paris, 1793.

cion, las distracciones, y mucho menos basta á un ser que dura un dia para resistirse á examinar lo que al fin no es mas que eterno. Esperemos con todo que al menos algunos comprenderán la importancia de semejante exámen, y le emprenderán con aquellas disposiciones del corazon que pueden hacérselo útil. Vivimos en un tiempo en que todo lleva á la reflexion los espiritus serios. Todo pasa, todo se va, y la tierra huye de nuestros pies: ahora es ó nunca, á mi parecer, cuando nos conviene informarnos si hay ó no para nosotros alguna otra morada.

LA INDIFERENCIA

EN MATERIA DE RELIGION.

PARTE TERCERA.

MEDIO GENERAL DADO A LOS HOMBRES PARA
DISCERNIR LA VERDADERA RELIGION.

CAPITULO PRIMERO.

DEL FUNDAMENTO DE LA CERTIDUMBRE.

Nada hay que subsista sino por la verdad, porque la verdad es el ser, y fuera de ella nada hay mas que la nada. El deseo de conocer, innato en el hombre, no es otra cosa que el mismo deseo de existir, y como un esfuerzo natural de la in-

¹ Véase la *Defensa*, cap. X y XI.

cion, las distracciones, y mucho menos basta á un ser que dura un dia para resistirse á examinar lo que al fin no es mas que eterno. Esperemos con todo que al menos algunos comprenderán la importancia de semejante exámen, y le emprenderán con aquellas disposiciones del corazon que pueden hacérselo útil. Vivimos en un tiempo en que todo lleva á la reflexion los espiritus serios. Todo pasa, todo se va, y la tierra huye de nuestros pies: ahora es ó nunca, á mi parecer, cuando nos conviene informarnos si hay ó no para nosotros alguna otra morada.

LA INDIFERENCIA

EN MATERIA DE RELIGION.

PARTE TERCERA.

MEDIO GENERAL DADO A LOS HOMBRES PARA
DISCERNIR LA VERDADERA RELIGION.

CAPITULO PRIMERO.

DEL FUNDAMENTO DE LA CERTIDUMBRE.

Nada hay que subsista sino por la verdad, porque la verdad es el ser, y fuera de ella nada hay mas que la nada. El deseo de conocer, innato en el hombre, no es otra cosa que el mismo deseo de existir, y como un esfuerzo natural de la in-

¹ Véase la *Defensa*, cap. X y XI.

teligencia hacia la vida. De aqui este ardiente deseo de conocer lo verdadero y el gozo vivo y puro que experimentamos al hallarlo. Tiene este sentimiento raíces tan profundas en nosotros, que nada hay que pueda destruirlo, ni aun la pasión depravada del error. No se aborrece la verdad ni se ama el error, sino cuando á fuerza de trabajo llegamos á representarnos el error como verdadero, y la verdad como falsa; cuando, por decirlo así, cubrimos la nada con un vano simulacro del ser, á la manera que se adorna un ataúd con imágenes de la vida y emblemas de la inmortalidad.

Sin embargo cuando queremos tocar el edificio de nuestros conocimientos, sondear curiosamente su base, solo encontramos abismos, y la tenebrosa duda sale de los cimientos del edificio arruinado. El hombre por sus solas fuerzas no puede asegurarse plenamente de ninguna verdad, porque por sus solas fuerzas no puede darse ni conservarse el ser. *El no ve*, dice Montaigne, *el todo de cosa alguna*; y he aqui porque la filosofía, que todo lo quiere ver y comprender, y que constituye la razón de cada hombre juez único de lo que debe creer, viene á parar en el escep-

ticismo universal *, ó en la destrucción absoluta de la verdad y de la inteligencia.

Desde luego que buscamos en nosotros mismos la certidumbre, ya no nos queda medio para evitar este escollo; y esto es lo que es indispensable hacer ver al hombre para humillar su soberbia confianza: es necesario empujarle hasta la nada para que se asombre de sí mismo; es necesario hacerle ver que ni aun sabría probarse su propia existencia como quiere se le pruebe la de Dios; es necesario hacerle perder la confianza en todas sus creencias, aun las mas invencibles, y estrechar su razón en la apurada alternativa de vivir por la fe, ó espirar en el vacío.

Mas desvanecemos desde ahora el equívoco de esta palabra *razón*, por la cual se designan dos facultades totalmente distintas, y que es peligroso confundir; la facultad de conocer y la facultad

* Esto es lo mismo que ya hemos manifestado por el hecho, mostrando que el herege, el deísta y el ateo, partiendo todos desde el principio de la soberanía de la razón individual, ó no admitiendo como verdadero (haciendo abstracción de toda fe y autoridad) sino lo claro, evidente y demostrado á su razón, se conducen sin poder menos de errores en errores, hacia la duda absoluta.

de raciocinar. La razon, en el primer sentido, es el fondo mismo de nuestra naturaleza inteligente. Ser inteligente ó racional, es, ser capaz de percibir la verdad; y el hombre tiene mas ó menos razon, ó su razon está mas ó menos ilustrada, es mas ó menos extensa, á proporcion que contiene mas ó menos verdad. Nada importa el modo con que llegamos á conocerla, con tal que estemos ciertos de poseerla. La certeza es la base esencial de la razon: porque estar incierto si se conoce, es no conocer; la duda no es otra cosa que una ignorancia advertida. Por otra parte se puede tener una idea clarísima de una verdad sin comprenderla: así el comprender no es una condicion necesaria de la razon. En efecto, conocemos con certeza ciertas verdades que de ningun modo comprendemos, como la accion de la voluntad sobre los organos, la transmision ó comunicacion del movimiento y otros mil fenómenos semejantes, y

* No define Tertuliano de otro modo al hombre: *Animal rationale, sensus et scientiæ capocissimum.* De Testim. animæ, cap. I.

† Véase la *Defensa*, cap. XI.

cualquiera que haya meditado sobre el entendimiento humano, confesará sin titubear que nada concebimos perfectamente.

La razon en el segundo sentido es aquella operacion del alma, por la cual comparando verdades conocidas, descubrimos sus relaciones y deducimos consecuencias. Así cuando decimos que la razon nos engaña, cuando compadecemos su debilidad y errores, no debe esto entenderse de la facultad de conocer, ó de la razon propiamente dicha, sino de la facultad de raciocinar; facultades tan diferentes, que la perfeccion de la razon, ó el conocimiento completo de la verdad, excluye el raciocinio; porque raciocinar es buscar; y no se busca lo que se tiene, lo que se percibe plenamente por una intuicion clara.

Esto supuesto, nuestro primer cuidado debe ser asegurarnos si existe un medio de conocer

* El raciocinio y la razon son dos cosas tan esencialmente diferentes que segun Hume, « el mayor fin de todas las investigaciones y disputas de los escépticos, es destruir la razon por el raciocinio y argumento. » *The grand scope of all the inquiries and disputes of the sceptics is, to destroy reason by ratiocination and argument.* Philosoph. Essays. VIII, p. 245.

ciertamente, y cual es este medio; de otro modo, careciendo de base nuestra razon, nos seria preciso dudar de todo sin excepcion. Mas los únicos medios que para conocer, hallamos en nosotros son los sentidos, el sentimiento y el raciocinio¹. El uno de estos sistemas pone en los sentidos el principio de certeza; este es el materialismo enseñado por Locke, que es su padre: el segundo le pone en el sentimiento, cual es el idealismo, enseñado desde luego por Berkeley, y mas peligrosamente despues por Kant: el tercero en el discurso; y es el dogmatismo moderno, ú el cartesianismo, que reina ya casi dos siglos ha en la escuela. Examinemos estos tres sistemas y veamos, pues, si nos darán la certeza que tan esencialmente nos importa obtener².

Es entre todas las filosofías la menos sólida aquella que refiere á los sentidos el origen de nuestros conocimientos, y hace derivarse de las sensaciones hasta las ideas mismas: porque, ¿qué es lo que nos pueden decir de cierto nuestros

¹ Véase la *Defensa*, cap. XI.

² *Ibid.* cap. X.

sentidos, ya sea acerca de nosotros mismos, ya sea sobre los demas seres? ¿Qué nos atreveremos á afirmar sobre su testimonio? La primera leccion que ellos nos dan es que no nos fíemos. Cada uno de ellos tomado por sí solo nos engaña con ilusiones vanas; á cada paso se convencen mutuamente de impostura; y cuando modificando una por otra sus diversas relaciones, llegamos á conciliarlos en un punto, ¿qué seguridad tenemos de que este punto en vez de ser una verdad no sea un error comun? ¿Por qué, engañándonos separadamente, no nos engañarian juntos? Les preguntamos separadamente como á testigos sospechosos, á quienes mil veces hemos cogido en mentira, los careamos, comparamos sus deposiciones discordes y pretendemos conciliarlas; pero aun cuando siempre lo consiguiésemos, ¿habriamos por eso adelantado mucho? ¿Quién nos asegura de que un sexto sentido no turbaria su concordia por un testimonio contrario? ¿En qué nos fundariamos para negarlo? Supongamos por un momento en nosotros, sentidos diferentes de aquellos con que nos dotó naturaleza, ¿no serian tambien diferentes nuestras

sensaciones é ideas? Puede ser que una ligera modificación de nuestros órganos bastase para arruinar toda nuestra ciencia. Puede ser haya seres de tal modo organizados que, siendo sus sensaciones en un todo opuestas á las nuestras, lo que es verdad para nosotros sea falso para ellos, y recíprocamente. Porque al fin, si se observa con atención, ¿qué relacion necesaria hay entre nuestras sensaciones y la realidad de las cosas? Y aun quando existiese tal relacion, ¿cómo nos la harán ver los sentidos? Yo veo en mis sensaciones una cadena de fenómenos cuya naturaleza y causa me son igualmente desconocidas, y de los cuales por consiguiente nada puedo concluir. ¿Qué cosa es sentir? ¿quién lo sabe? ¿Yo mismo estoy cierto de que siento? ¿Qué otra prueba tengo mas que mi misma sensación ó, mejor diré, yo no sé qué creencia muchas veces engañosa, pues que durante el sueño me sucede creer experimentar una sensación de placer ó de dolor, cuya ilusión conozco al despertarme? ¿qué digo al despertarme? ¿Y no será esto mismo una nueva ilusión, un sueño que sucede á otros sueños? El si y el no tienen sus visos de

verdad; y cualquiera que demostrase que la vida entera no es un sueño, un desvarío, una quimera indefinible, haria mas que han podido hacer hasta hoy todos los filósofos. En tan extrañas perplejidades, lo que á mi me parece menos dudoso es que mis sensaciones, si las tengo, están en mí; que están muchas veces sin ser producidas por ninguna causa externa; y que así no hay entre ellas y el objeto real ó presunto á que yo las refiero, enlace ó ligazon alguna necesaria. Yo no puedo por tanto asegurarme por mis sentidos de la existencia de los objetos exteriores, de la existencia de mi propio cuerpo, ni aun de la de mis sentidos, en cuyo testimonio se fundan todos mis conocimientos. ¡Qué tropel de obscuridades! ¡Qué caos! Todo cuanto existe, dicen, es materia; y helos aqui obligados al punto á confesar que la existencia de la materia no es mas que una simple probabilidad*. Luego ni aun es-

* Esto es lo que claramente dicen Helvecio y Condorcet. Véase la obra de este último, titulada *Essai sur l'application de l'analyse à la probabilité des décisions rendues à la pluralité des voix*. Disc. prelim., p. 42. — D'Alembert juzgaba cosa imposible responder á las objeciones de Berkeley contra la existencia de los

tán ciertos ellos mismos de que existen; y tragándose la duda hasta el fondo mas íntimo de su

cuerpos.—Hume, desechando á un tiempo el testimonio de los sentidos y la evidencia del sentimiento íntimo, se ve obligado á negar la existencia de la materia y la de las substancias espirituales.—Un filósofo de nuestros días ha llegado por principios análogos casi á la misma conclusión: «Contentémonos,» dice, «con saber existen *apariencias físicas* á que llamamos *cuerpos*, porque sentimos la *resistencia*, y no tratemos de adivinar su origen ni definirlos. Sin la revelación, sería también nuestra alma una abstracción metafísica, de la que no tendríamos ninguna idea; mucho menos aun podríamos suponerla inmortal. La razón humana no se extiende á tanto.» (*Lettres américaines*, por M. le comte J.-R. Carli; prol. del traduct, pág. X.)—Segun Kant, Dios, el universo, el alma, no pueden ser conocidos por nosotros. El no ve en los cuerpos mas que puros fenómenos: nosotros no sabemos lo que son, sino solamente lo que nos parecen ser. (*Kritik der reinen Vernunft*, pág. 306, 318, 327.) Nuestro propio Yo considerado como objeto no es tampoco para nosotros mas que un fenómeno, una apariencia. Nada podemos saber de su esencia íntima. (*Ibid.*, pág. 153, 157, 399, etc.) Claro es que, en este sistema, ninguno puede afirmar que él mismo existe. Aquellos que se asombrasen de tal exceso de extravagancia, verán mas adelante, que este es el resultado necesario de toda filosofía que no considera sino al hombre solo. Los discípulos todos de Kant se alejan mucho de su doctrina, sin estar tampoco de acuerdo entre sí, ó sin poder jamas salir del escepticismo. No hay extremo alguno en que no hayan caído. En la obra titulada *Del Yo, como principio de la filosofía, ó del Absoluto en la ciencia humana*, Schelling enseña el panteísmo tan abiertamente como Espinosa. «El Yo,» dice él, «incluye la existencia toda, toda la realidad. Si hubiera fuera de él alguna

ser, no les queda otra verdad, otra ciencia, que esta palabra, la cual también, si la entienden

«cosa, sería un absoluto; lo que es absurdo. Este Yo, por consecuencia, es infinito, indivisible, así como también inmutable. Si la substancia es un absoluto, el Yo es la única substancia; donde habrá muchas substancias, habrá un Yo fuera del Yo; consecuencia evidentemente contradictoria. Todo lo que existe está en el Yo; fuera del Yo está la nada. Si el Yo es la sola substancia, todo lo que existe no es mas que un accidente del Yo.» Si se quiere ver lo ridiculo reunido al absurdo, oigase al mismo: «En la teoría,» dice, «Dios es Yo.—No-Yo; en la práctica, es el Yo absoluto que destruye al No-Yo.» Por otra parte sostiene «que el principio fundamental del kantismo; *Yo soy*, está vacío de sentido.» (*Lettres philosophiques sur le dogmatisme et le criticisme*.)—Fichte substituyó al Yo absoluto de Schelling el Yo contemplativo, que le conduce con no menos prisa al escepticismo universal. Cejó al ver este abismo, y merece una seria atención el medio de que se valió para evitarle. Oigamos sus mismas palabras, tales cuales las dice uno de los que oían sus lecciones de filosofía en Erlang: «Subiendo de duda en duda, de pregunta en pregunta, he llegado, agobiado del cansancio, hasta el último peldaño de la escalera, mas arriba del cual no halló mi mano mas que la nada de las ilusiones. Quiero ponerme de buena fe en el rincón, donde tranquilamente descansa mi pensamiento, abandonando estas vanas dificultades; allí es donde me conduce aquella fuerza interior que me sostiene. He hallado este sexto órgano, por el que me tengo apoderado de la realidad de las cosas. ¿Cuál es este? Es una creencia tranquila; es un pensamiento que se presenta naturalmente, y se une con mi destino. Esta creencia viene del sentimiento, y no de la ciencia. No os acerqueis mas

como deben, no pronunciarán sino con desconfianza y titubeando : Es probable que yo soy.

El sentimiento, y bajo este nombre comprendo la evidencia, no es prueba mas cierta de verdad que las sensaciones. ¿De cuán diversos modos no afecta una misma idea á los hombres, y algunas veces á un mismo hombre en diferentes tiempos? El sentimiento de lo verdadero y falso, del bien y del mal varia segun las circunstancias, los intereses y las pasiones. No hay cosa alguna que sea tan evidente para nosotros hoy, que podamos contar no encontrarla mañana obscura ó errónea. Un no sé qué arrebatá á la ventura nuestro asenso, y con un ciego impulso nos hace rodar en un círculo eterno de evidencias contradictorias. Sucederá, sin que sepamos como, que, en nuestra flaqueza y tinieblas, una idea, cuya naturaleza y origen nos son descono-

• á mí, para hablarme de vuestras vanas disputas! nada ganarais
• en ello; estais muy bajos del manantial de donde yo saco mi
• persuasion. Tendréis el mismo modo de pensar que yo, si estais
• de buena fe. *Nacemos todos en la creencia; el que es ciego la
• obedece sin ver; el que tiene ojos la sigue viéndola.* • *Essai
sur les élémens de la Philosophie, par G. Gley, p. 146.*

cidos, sujete repentinamente nuestra alma y se apodere de ella; al punto nos postramos como esclavos delante de esta idea que nos ha conquistado; y porque no hemos sabido resistirla, la declaramos irresistible; la coronamos, y, me atrevo á decir, la consagramos reina de nuestro entendimiento. No tiene otro derecho á la sumision de nuestro espíritu todo lo que llamamos axioma.

La fuerza con que el sentimiento nos arrastra, nada prueba en favor de los principios que apoyados en su autoridad adoptamos; porque ¿quién nos asegura que aquel es una regla infalible de lo verdadero? Por el contrario, sabemos que nos extravia con frecuencia, pues que se contradice tambien con frecuencia, siendo igualmente invencible de cualquier lado que se incline. Por otra parte ¿qué es él en sí mismo? ¿cuáles son las causas que le determinan? ¿están en nosotros ó fuera de nosotros? ¿Varian ó son inmutables? ¿son ciegas ó inteligentes? Todas estas son cuestiones que el sentimiento no resuelve, y de cuya solucion sin embargo depende la certeza de los primeros principios. Nos apoyamos y descansa-

mos en ellos, mas bien por debilidad que por un juicio ilustrado; y ni aun sabemos si, pareciéndonos invariables, varían con todo incesantemente, asi como nosotros: al modo que la disposicion de los objetos debe variar para producir el mismo fenómeno de óptica, segun la posicion del observador y las diversas modificaciones de sus órganos; consideracion que nos conduce á concebir la posibilidad de que nuestros sentimientos mas íntimos, y nuestros principios mas evidentes no sean mas que puras ilusiones.

Consiento no obstante en reconocer en ellos alguna realidad con respecto á nosotros; yo quiero que sintamos verdaderamente lo que nos figuramos sentir; ¿qué se sigue de aquí? ¿qué estamos mas cerca del término á que nos dirigimos? Lo que sentimos lo sentimos en nosotros mismos; nuestros sentimientos no tienen relacion necesaria sino con nosotros; nada hay que demuestre que ellos son otra cosa que simples modos de nuestro ser; nada hay que demuestre que la conciencia del bien y del mal, de lo verdadero y falso, sea determinada por una causa externa, inmutable, y que no dependa únicamente de nues-

tra naturaleza particular, en una palabra, nada hay que demuestre que hay verdades esenciales, ni que háya algo fuera de nosotros*.

¿Quién no se horrorizaria de verse perdido en esta vasta ignorancia, incierto de todo y hasta de sí mismo? Porque, no olvidemos que yo no he admitido bajo ciertos respectos la realidad de nuestros sentimientos, sino por una suposicion enteramente gratuita. En el fondo, no tenemos prueba alguna. El sentimiento no es prueba, pues que es lo primero que es necesario probar. Asi nosotros no estamos mas seguros de nuestros sentimientos que de nuestras sensaciones, y todo nuestro ser se nos escapa sin que podamos retenerle. Dirémos *yo siento*, dirémos *yo soy ó existo*; no por eso dejaremos de estar en la imposibilidad eterna de demostrarnos á nosotros mismos que sentimos y existimos: ¡tan natural nos es la

* No hay union alguna necesaria entre la idea de una cosa contingente y su existencia real. Dios mismo no conoce la existencia de los seres creados, por la idea que le representa esencialmente estos seres: pues que esta idea es eterna. El sabe que existen porque conoce sus voluntades, única causa eficiente de la existencia de ellos.

nada y tanto nos estrecha por todas partes!

Inútilmente llamamos á nuestro socorro el raciocinio: ¡ qué barrera tan frágil contra la duda! diré mejor: es un torrente impetuoso que rompe todos los diques, arrastra y sumerge toda certeza cuando llega á rebosar y derramarse sobre nuestros conocimientos. Nada hay que lo detenga, nada que le resista; trastorna la misma naturaleza. ¿ Qué verdad ha dejado intacta el raciocinio? ¿ qué cosa hay que no se afirme ó niegue con su auxilio? El sirve y hace traicion indiferentemente á todas las causas; quita y da el imperio á todas las opiniones. Cada siglo, cada país, cada hombre tiene las suyas, tan inconstantes como los desvarios del sueño, y muchas veces opuestas entre sí. Se las ve brillar por un instante como ligeros meteoros, y sepultarse otra vez en una noche eterna. Nosotros nos reimos de las ideas de nuestros padres, como ellos se habían reido de los pensamientos de los suyos, y como nuestros hijos se reirán de nuestras opiniones. ¿ Qué es pues lo verdadero, y qué viene á ser lo falso? Esto es convincente, dice uno; no hay cosa mas absurda, responde otro: ¿ quién

será juez entre los dos? Si hay alguno, que se presente y nos muestre sus titulos.

Se puede sostener todo, negarlo todo, y esto hasta sin recurrir á principios diversos; porque no hay uno del que no se deduzcan consecuencias contrarias. Partiendo de un mismo punto dos espíritus, y caminando á un mismo fin, no podrian dar cuatro pasos sin separarse. ¿ Qué digo yo? Nuestro propio espíritu, discorde consigo mismo, adopta y desecha de un momento á otro el mismo juicio con la misma plena persuasion, que ninguna mutacion, por repentina que sea, desconcierta. ¡ O extraña inestabilidad! Todo pasa al través del entendimiento, pero nada permanece; y él mismo, vacilando sobre su desconocida base, se asemeja á una casa ruinoso que sus habitantes se dan prisa á abandonar. He aquí nuestro estado lleno de obscuridad, ignorancia é incertidumbre. No sé qué poder fatal se burla desdenosamente de nuestra razon, la lleva y trae en todos sentidos por tinieblas impenetrables, luego que se separa ella de la razon comun.

No es posible resistir la profunda compasion

que inspira la vista de una flaqueza tan extrema é incurable. Y sin embargo esta razon altanera se atreverá á jactarse de su grandeza, y engreirse insolentemente en medio de sus dominios fantásticos é imaginarias riquezas. Hagámosla ya sentir y conocer su prodigiosa miseria; despojémosla, como á un rey de teatro, de sus vestidos usurpados, para que viéndose tal cual es, desnuda, enferma, desfallecida, aprenda á humillarse y avergonzarse de su presuncion extravagante.

No es necesario haber meditado mucho sobre si mismo, para saber cuan fácilmente el hombre se deja seducir por las apariencias mas ligeras de verdad; y lo que él llama desengañarse, no es muchas veces otra cosa que ceder á otras no menos vanas apariencias. La vida no es mas que una larga experiencia de lo insubstancial de nuestros juicios, que los intereses y las pasiones alteran, y que el tiempo, solo y sin ninguna otra causa, muda y desnaturaliza enteramente. Sometidos al influjo de todo lo que nos rodea y dependientes de nuestra organizacion misma, nuestros gustos, nuestras inclinaciones, nuestros afectos y odios, la enfermedad, la salud, el sol

que se oculta ó que resplandece; una nube que pasa, modifican de mil maneras y determinan, sin que lo advirtamos, nuestros juicios. De aqui la perpetua fluctuacion de ideas, de sentimientos contrarios que cada uno, si se observa, encontrará en sí mismo. La verdad y el error sin fundamento alguno en nuestro espiritu se parecen á las ondas movibles que, cediendo al menor viento, se cruzan, se mezclan, se confunden y vienen á romper incesantemente en una misma orilla.

« Todo nuestro racionio, » dice Pascal, « se reduce á ceder al sentimiento. Mas la fantasia es semejante y contraria al sentimiento; semejante, porque no raciona; contraria, porque es falsa: de modo que es dificultosísimo distinguir entre estos contrarios. El uno dice que mi sentimiento es fantasia, y que su fantasia es sentimiento; y yo digo otro tanto por mi parte. Es indispensable una regla. La razon se presenta; mas se acomoda á todos los sentidos, y asi, no la hay. »

No se ratiocina sino sobre lo que se conoce : nosotros nada conocemos sino incierta é imperfectamente ; luego nuestros ratiocinios participan de la incertidumbre é imperfeccion de nuestros conocimientos. Hay mas : la razon versátil y limitada , añadiendo sus propias tinieblas á las que ya cubren las nociones sobre que ella opera , aumenta la incertidumbre y multiplica indefinidamente las variaciones del error.

No es esto todo : la certeza que se deduce del ratiocinio está sujeta á dificultades mucho mas terribles. Porque , cuando nuestro espíritu compara , infiere , concluye , ¿ qué hace sino trabajar sobre los materiales de que le ha provisto la memoria ? Abandonado enteramente al capricho de esta facultad misteriosa , dispone y combina las ideas que de ella recibe ciegamente. Mas careciendo de todo medio para comprobar sus relaciones , no podemos asegurarnos de que nuestras reminiscencias no sean puras ilusiones. La memoria sola atestigua la fidelidad de la memoria. Creemos su testimonio hasta sin sombra alguna de prueba ; y el juicio con que , ligando nuestra existencia presente á la pasada , pronunciamos ,

que somos el mismo ser idéntico , á quien sucesivamente han afectado (ú ocupado) tales pensamientos , es un acto de fe tan profundo , tan riguroso , tan desnudo de motivos racionales que determinen , que apenas puede comprenderse sea posible este acto al hombre.

Así no tenemos certeza alguna de que la memoria no nos engaña : sabemos solamente que , si nos engaña , nuestra razon no es mas que una quimera , una parodia ridícula de no sé qué inteligencia superior , cuya falta parece sentimos y cuya necesidad concebimos , al mismo tiempo que una fuerza invencible embarga y conserva nuestra propia inteligencia en una obscuridad inquietadora , que la obliga por fuerza á dudar de sí misma.

Añádase á esto la impotencia absoluta de ratiocinar , si no se parte de un primer principio que se supone sin demostrarlo , de un axioma que por convenio se llama evidente , pero que puede no serlo , y , como ya lo he hecho ver , ser un error mas ó menos invencible para nosotros. Así nuestra lógica carece de base ; se apoya únicamente en hipótesis gratuitas , y es tan dudosa ella

misma como estas; porque, ¿cómo nos aseguraremos de que existe una relacion necesaria, inmutable, entre la verdad y ciertas operaciones de nuestro espíritu? Las reglas del raciocinio relativas á nuestra naturaleza no están tal vez menos expuestas á error que las primeras nociones de que se las deduce; y no sabemos, si nuestra lógica, en vez de ser un instrumento de verdad, será una teoría del error. Decir que la razon demuestra la infalibilidad, es no decir nada; porque esta demostracion pretendida supone la misma infalibilidad que se trata de demostrar. Probar la razon por la razon es un sofisma comun á todas las filosofías y, como observa Montaigne, no hay medio para evitar este círculo vicioso. «Pues que los sentidos,» dice, «no pueden cortar nuestra disputa, estando llenos ellos mismos de incertidumbre, es necesario que lo haga la razon; ninguna razon se establecerá sin otra razon; y henos aquí retrocediendo sin cesar al infinito.»

Luego cuando Descartes, probando á salir de

su duda metódica, establece esta proposicion: *Yo pienso, luego existo*, pasa un abismo inmenso, y pone en el aire la primera piedra del edificio que pretende levantar: porque en rigor, no podemos decir *yo pienso*, no podemos decir *yo existo*, no podemos decir *luego*, ó afirmar nada por via de consecuencia.

Han conocido muy bien los dogmáticos, que, siendo la certeza relativa á la inteligencia, y del todo extraña á la facultad de sentir, pertenece exclusivamente á la razon. Quanto á esto, han tenido una nocion mas exacta y mas elevada del hombre, que los filósofos de las demas escuelas. Aunque los animales tengan en efecto sensaciones, sentimientos, no serán por eso capaces de certeza; y esto debe notarse con particular cuidado. ¿Qué les faltará? La facultad superior y la sola que, considerando estos sentimientos y comparándolos puede afirmar ser ellos verdaderos ó falsos. Pero ¿con qué motivos afirmaremos nosotros que una cosa es, ó no es tal cual nos parece ser ahora? ¿Por qué medio nos ase-

gurarémos de la realidad de nuestras percepciones, y de los objetos que nos representan ellas? Aquí es donde los dogmáticos se han extraviado extraordinariamente: lo primero, queriendo dar por base á sus conocimientos una verdad *probada*, en lugar de una verdad invenciblemente *creida* sin prueba; lo segundo, obligando á cada hombre á buscar únicamente en sí mismo los motivos de sus juicios, ó el fundamento de su certeza. ¡O debilidad del entendimiento humano, cuando sale del camino abierto á todos por la naturaleza humana! ¿Cómo no reconocer que nada es posible demostrar, sino con el auxilio de muchas verdades ya ciertas; que, de consiguiente es contradictorio querer demostrar una primera verdad; y que por consecuencia, lejos de que la certeza se funde en la demostracion, ninguna demostracion seria posible sin una certeza anterior que le presta toda la fuerza? Asi es que los dogmáticos comienzan por suponer que tienen lo que buscan, que están y no están ciertos al mismo tiempo.

Penetrados de esta contradiccion, convienen muchos de ellos en la necesidad de admitir sin

pruebas lo que llaman ellos primeros principios, verdades primeras. Pregúnteseles, ¿cuáles son estas, y aquellos? Lo que cada uno cree invenciblemente, responden los dogmáticos. Pero tambien un loco cree invenciblemente el error en que se funda su locura. Luego no basta la creencia individual, aun invencible, para distinguir con certeza la verdad del error, ó para asegurarse de los primeros principios.

Pasando de los mismos principios á las consecuencias de ellos deducidas, se ve además que varían las diversas razones en estas consecuencias, y sacan de entre ellas las opuestas con una conviccion igualmente firme como íntima. ¿Son estas consecuencias opuestas, todas verdaderas ó todas falsas? ¿Qué dirán los dogmáticos, y qué regla, diferente de la conviccion individual, darán á cada uno, para saber apreciarlas? Si desechan una sola, cae su sistema; si las admiten todas, no hay ya error ni verdad. En suma, no se comprenden ellos mismos; el orgullo ó la prevencion les ciega el entendimiento. Porque finalmente, ¿qué se hace cuando se busca la certeza? Se busca una razon, que no pueda engañarse en

sus juicios, una razon infalible, é infalible en todo y siempre; porque sino, jamas estaria segura de serlo. El pretender limitar su infalibilidad á los primeros principios, seria destruirla.

¿No debe ser ella infalible cuando establece esta distincion, é infalible aun cuando distingue lo que es un primer principio del que no lo es, ó lo que es cierto de lo que no lo es, quiere decir, infalible universalmente? Con que no hay certeza para los dogmáticos á menos que no se suponga es infalible la razon de cada hombre: y si la suponen tal, deben explicar tantos juicios contradictorios, tantas opiniones opuestas, que se observan á cada paso. Para ser consiguientes, se ven precisados á negar la existencia del error, á sostener que son igualmente verdaderos el *si* y el *no* en todas las cosas, asi como tambien igualmente ciertos; y sus esfuerzos por elevar la razon humana mas alto de lo que puede ravar, tienen por único resultado la total destruccion de la razon humana.

Tanto como todo esto puede la filosofia con respecto á lo verdadero; he aquí el término donde hace llegar al hombre que busca en sí mis-

mo la certeza. Así todas nuestras tentativas para llegar á la verdad por nuestras solas fuerzas, no tienen otro efecto que atestiguar mas y mas nuestra impotencia, y justificar esta sentencia de un antiguo: « La única cosa cierta es que nada hay cierto, y que ningun ser es mas miserable y orgulloso que el hombre ».

¿ Y qué, con los ojos cerrados, renunciando de toda esperanza, nos sepultaremos en las profundidades silenciosas de un escepticismo universal? ¿ Dudarémos si pensamos, si sentimos, si existimos? La naturaleza no lo permite; nos fuerza á creer aun cuando nuestra razon no está convencida. La certeza absoluta y la absoluta duda nos están del mismo modo prohibidas. Fluctuamos en un medio vago entre estos dos extremos, como entre el ser y la nada; porque el escepticismo completo seria la extincion de la inteligencia, y la muerte total del hombre. En su mano no está el aniquilarse; porque hay en él alguna cosa que re-

Solum certum nihil esse certi, et homine nihil miserius aut superbius. PLIN.

• Véase la *Defensa*, cap. X.

siste invenciblemente á la destruccion, yo no sé qué fe vital, insuperable á su voluntad misma. Quiera él ó no, es preciso que crea, porque es preciso que obre, y porque es preciso se conserve. Si no oye mas que la razon, no enseñándole esta mas que á dudar de todo y de ella misma, le reduciria á un estado de inaccion absoluta: pereceria antes de haber conseguido solamente probarse á si mismo que existe.

Así se halla el hombre en la impotencia natural de demostrar plenamente alguna verdad, y en una igual impotencia de negarse á admitir ciertas verdades. Lo que es mas, las verdades que la naturaleza le estrecha á admitir con mas imperio, son aquellas de que tiene menos pruebas, tales son todos los principios que se llaman

En todos tiempos ha llamado la atencion á los espíritus de un orden superior, la impotencia en que se halla la razon de conducir al hombre á ninguna verdad cierta. « La razon humana, » dice Bayle, « es demasiado débil para esto; es un principio de destruccion y no de edificacion: ella no es á propósito mas que para formar dudas, y volverse, ya á izquierda, ya á derecha, para eternizar una disputa. » *Dict. crit.*, art. *Manichéens*, nota D. Véase la *Defensa*, cap. X.

evidentes; este es precisamente el carácter con que se les reconoce, porque no sabemos probarlos.

Luego que nos empeñamos en que todas las creencias se apoyen en demostraciones, nos vemos conducidos directamente al pirronismo; mas el pirronismo perfecto, si fuera posible llegar á él, no seria mas que una locura perfecta, una enfermedad destructora de la especie humana. De aquí nace que el mismo sentimiento que nos liga á la existencia, nos fuerza á creer y obrar conforme á lo que creemos. Se forma á pesar nuestro, en el entendimiento, una serie de verdades que no puede destruir la duda, bien sean adquiridas por los sentidos, bien por cualquiera otra via. De esta clase son todas las verdades necesarias á nuestra conservacion, todas las verdades en que se funda el comercio ordinario de la vida y la práctica de las artes y oficios indispensables. Creemos firmemente que existimos, que sentimos, que pensamos, que comunicamos por medio de la palabra con otros hombres que gozan como nosotros de la facultad de sentir y pensar, que hay cuerpos dotados

de ciertas propiedades, que el sol saldrá mañana, que abandonando las semillas á la tierra, esta nos devolverá sus frutos. ¿Quién dudó alguna vez de estas cosas, ni de otras semejantes?

En otro órden diferente, tampoco dudamos de una multitud de verdades que la ciencia atestigua; y esta imposibilidad de dudar, ó al menos, si se duda, la seguridad de verse tenido por loco, ignorante é inepto por los demas hombres, es lo que constituye toda la certeza humana. El consentimiento comun, *sensus communis*, es para nosotros el sello de la verdad; y no hay otro.

Supongamos en efecto que los hombres, en unas mismas circunstancias, se sintiesen afectados de sensaciones, ó sentimientos contrarios, y formasen juicios opuestos, ninguno de ellos podria negar ni afirmar nada, porque ninguno encontraría en sí pruebas que le determinasen á favor de lo que sentía y juzgaba. ¿Sobre qué principio se creeria el mas infalible que otro?

* Véase la *Defensa*, cap. X.

Esto sería suponerse de naturaleza diferente, en lo que ni aun pensaría. Se detendría su razon asombrada y silenciosa en presencia de la razon de otro, al modo que nos detendríamos espantados y dudosos, si viésemos unos espejos, que teniendo delante un mismo objeto, reflejasen imágenes desemejantes.

Haya contradicción entre las relaciones de los sentidos y los testimonios interiores de la evidencia, ó los juicios razonados de muchos individuos, al punto la discordancia produce la incertidumbre, y el espíritu queda suspenso hasta tanto que el consentimiento comun trae otra vez consigo la persuasión. Un principio, un hecho cualquiera es mas ó menos dudoso, mas ó menos cierto, segun que es adoptado ú atestiguado mas ó menos universalmente. Todas las ideas humanas se pesan en esta balanza; no tienen otra regla los hombres para apreciarlas.

Es claro con efecto, que, supuesto nos hallamos en necesidad de creer ó admitir por verdadero, lo que tal parece á la razon humana, sea la que quiera, ofrece el juicio uniforme de muchas razones iguales una seguridad de mucho

mas valor motivada, que el juicio único de una razon. Si se hizo la verdad para el hombre, debe existir una relacion natural y constante entre ella y la inteligencia de lo general de todos los hombres. El satisfacerse de su propia razon con preferencia á la de todos los hombres, seria una contradiccion manifesta; pues que la razon de todos es al mismo tiempo de igual naturaleza con la nuestra, y superior á ella. O nada con respecto á nosotros es verdadero ú falso, ó lo falso es lo que se opone, y lo verdadero lo conforme á la razon universal, al sentido comun. Luego es indispensable reconocer al sentido comun, como el juez supremo de la verdad, ó renunciar de toda verdad y de toda razon. Es un hecho, que, á pesar de los esfuerzos de la filosofia, para establecer el reinado de la razon individual contra la autoridad del sentido comun, no deja por eso de ser este el árbitro soberano de todas las cosas humanas. El es la base de las ciencias mismas. ¿Qué es una ciencia sino un conjunto de ideas y de hechos en que todos convienen? Todo lo que no tiene este carácter, todo lo que queda en disputa entre los testigos y los jueces, se coloca

desde luego entre las opiniones inciertas. Sucede por el contrario, que la division de sentimientos cesa, que las autoridades están unánimes, al punto toca la ciencia al mas alto grado de certeza que la es posible adquirir. Asi no se admiten dudas; se castiga la razon rebelde, se la degrada por decirlo así, marcándola con un borron deshonoroso: tanto nos inclina la naturaleza á suponer que la verdad está allí donde encontramos la concordia de los juicios y de los testimonios.

Juzgamos por esta misma regla de todo lo que es bueno ó malo, licito ú ilícito, nocivo ó ventajoso; y esto sin que preceda instruccion alguna, por un movimiento indeliberado tan uni-

« Debe atribuirse, segun Puffendorf, « la facilidad que parece
 « tienen los niños y lo comun del pueblo, para distinguir lo justo
 « de lo injusto, al hábito que tienen contraido insensiblemente,
 « por ver de continuo el bien aprobado y desaprobado lo malo,
 « alabado este y el otro castigado, esto desde la cuna, por decirlo
 « así, y luego que han empezado á hacer uso de su razon: por
 « que la práctica comun de las máximas principales del derecho
 « natural, y toda la continuacion de la vida, que se arregla por él,
 « hace que pocas gentes se metan en dudar si pudieran existir
 « las cosas de otro modo. » *Des Droits de la Nature et des*
Gens, lib. II, cap. III, §. 15.

versal como irresistible. Las relaciones sociales, la justicia humana, nuestros conocimientos, nuestra conducta, nuestra inteligencia, en una palabra, se apoya en este fundamento. La certeza crece para nosotros á proporcion del concierto y número de las autoridades; y la crítica, ó la razon aplicada á las cosas morales para separar lo verdadero de lo falso, no es mas que el arte de discernir cual es la mayor autoridad.

Y si muchos errores, especialmente en las ciencias, han pasado por verdades, es, porque en materia de ciencia, no hay mas que autoridades particulares, casi nulas relativamente á la masa de los hombres. Y en efecto, ¿qué son algunos centenares de sabios comparados con el género humano? Se cede á su autoridad porque no hay otra; y esta autoridad se muestra muchas veces falible, porque no es mas que de un corto número de hombres, cuyos asertos no pudiendo verificarse suficientemente, tienen contra sí la mayor probabilidad de ser erróneos, naciendo esta probabilidad de la imperfeccion de los sentidos, de la debilidad de la razon, y hasta de las ilusiones de la evidencia. Así las ex-

cepciones aparentes confirman el principio general.

Obsérvese además, que la parte menos variable ó la mas cierta de cada ciencia se compone de nociones asequibles, ó que están al alcance de todos los hombres, de datos que han podido verificarse una infinidad de veces, ó de cosas que atestiguan testimonios numerosísimos. El error se encuentra siempre en las regiones mas altas, donde la multitud no puede seguir á los sabios, para debilitar ó ratificar sus deposiciones.*

* Es necesario distinguir cuidadosamente en las ciencias lo que se apoya en el testimonio ó la autoridad, de lo que se apoya en el simple raciocinio. Del primer género son los principios, los fenómenos generales que están al alcance de todos los hombres ó de un gran número de ellos. Aquí es donde está la certeza y donde no se puede negar sin violentar la naturaleza y destruir la razon misma. Del segundo género son todos los sistemas, todas las teorías, todas las explicaciones de los fenómenos; así no hay cosa mas variable é incierta. Pasan con tanta rapidez, que apenas tienen tiempo los ojos mas atentos para contarlas. Se amontonan y dan risa unas á otras á las puertas del olvido, como las sombras de Virgilio: *Hæc omnis turba effusa ruebat*. Pero nótese bien que estos no son mas que pensamientos individuales, conceptos reducidos á un corto número de cabezas, y por tanto sin autoridad. Cuando llegasen á ser opiniones vulgares, adoptadas sin es-

En este punto las ciencias exactas no gozan de privilegio alguno. Este mismo nombre de *exactas*

tar verificadas, pues que es imposible que lo estén, la multitud solo atestiguaría su existencia, pero no su verdad. Tomemos por ejemplo el movimiento del sol. Supongo que por algun tiempo hayan creído todos los hombres que el sol da vueltas al rededor de la tierra: hay dos cosas en esta creencia, el puro fenómeno ó el movimiento aparente del sol al rededor de la tierra y la explicacion del fenómeno, la cual no estando al alcance sino de muy pocos hombres, no se apoya mas que en la razon particular, aun cuando los demas hayan podido adoptar de buena fe, ó en cierto modo provisionalmente, esta explicacion que nadie todavia disputaba, y de la que ellos no eran jueces competentes. El fenómeno solo que tiene á su favor la autoridad del testimonio general es indisputablemente verdadero, mas la explicacion, que no tiene por sí mas que la autoridad de la razon, es incontestablemente falsa. Y esto hace ver con toda claridad cuan poco segura guia es la razon sola; porque si alguna vez una consecuencia ha debido parecer natural y aun evidente, es seguramente la falsa consecuencia de que tratamos.

Atestigüe todo el género humano que han caído piedras del cielo, es preciso creerlo, sean los que fueren los raciocinios que se opongan á este testimonio universal. ¿No demostró un sabio del último siglo, á su parecer, la imposibilidad de los *aerolitos*, cuya existencia está hoy tan perfectamente averiguada? No tenían pues, á su favor un testimonio universal, ni cosa que se le pareciese. Sin embargo el testimonio, aun parcial, se dejó ver aquí superior en certeza á la razon.

Así es una especie de locura atacar lo que se funda en la autoridad general, tal cual la acabo de definir. Por el contrario lo que no tiene este apoyo, debe ponerse y volverse á poner perpetua-

tas no es mas que uno de aquellos títulos vanos con que el hombre gusta de adornar su flaqueza. Es constante, dejando á parte las pruebas generales con que he demostrado que la certidumbre no tiene base sólida en la razon, que la geometría, la mas exacta de todas las ciencias, se apoya como las demas, en el consentimiento comun.

mente en exámen; porque seria profanar la verdadera autoridad, atribuir sus derechos á las opiniones de uno ú de algunos hombres cualesquiera que fuesen. Ninguna razon individual puede exigir de otra, mas que el exámen. Hay mas: se debe suponer constantemente que se engaña, y la experiencia confirma esta regla. La disposicion contraria, propia solamente para estancar los progresos de los conocimientos y consagrar el error, no es el culto, sino la idolatría de la autoridad; y el espíritu filosófico, del cual depende el adelanto de las ciencias, consiste en menospreciar la razon particular, hasta el punto de dudar siempre de lo que mas evidente le parece y afirma con mas confianza.

* Séneca mismo lo hace notar. « El filósofo probará que el sol es grande: el matemático, cuan grande, pues procede con un cierto uso y ejercicio: *Pero para que proceder pueda, debe indagar ciertos principios.* Mas no tiene el arte por derecho el fundamento que le es precario... Las matemáticas son para decirlo así superficiales, trabajan en terreno de otro, reciben principios ajenos para llegar por este medio á los ulteriores; si se dirigieran por sí mismas hácia lo verdadero, si pudieran comprender la naturaleza de todo el mundo, diria yo debían contribuir con mucho en beneficio de nuestros entendimientos » *Magnum esse solem philosophus probavit: quantum sit.*

De distancia en distancia, y desde los primeros pasos se ve detenida la razon por dificultades invencibles; y se destruiria completamente la geometria, si se la obligase á probar los axiomas y teoremas que son su fundamento *.

mathematicus, qui usu quodam et exercitatione procedit: sed ut procedat, impetranda illi quadam principia sunt. Non est autem ars sui juris, cui precarium fundamentum est..... Mathematica, ut ita dicam, superficialia est, in alieno aedificat, aliena accipit principia, quorum beneficio ad ulteriora perveniat: si per se iret ad verum, si totius mundi naturam posset comprehendere, dicerem multum collaturam mentibus nostris. SENECA. Ep. LXXXVIII.

* Sirva de ejemplo: se anuncia desde la entrada en la geometria como un axioma incontestable, que *la línea recta es el camino mas corto de un punto á otro* y luego se añade que *no se puede tirar mas que una*; lo que nada tiene de evidente, y además no puede establecerse en todo rigor. Se llega despues bien ó mal á la teoría de los paralelos, que es el escollo de todos los géometras, y que por fuerza es necesario admitir sin demostracion alguna rigorosa. Todas las que se han querido dar hasta aquí, tienen el vicio radical de suponer que dos líneas que se acercan sin interrupcion, acaban por encontrarse, suposicion no solamente gratuita, sino cuya falsedad se demuestra por el ejemplo de las asíntotas. Seria fácil extender estas consideraciones á los demas ramos de las matemáticas. Así en algebra es forzoso suponer sin prueba, que *la suma es siempre la misma, sea cual fuere el orden que se siga en la adición de sus partes*. A medida que se avanza se encuentran estos pasos dificulto-

Ella no subsiste sino en virtud de un convenio tácito de admitir ciertas bases necesarias; conve-

nos, en los que estancada repentinamente la demostracion por necesidad, es preciso suplir con *un acto de fe* la impotencia de la razon ó renunciar de lo demas de la ciencia.

Si se trata de física es todavía mayor el embarazo. Se deducen observaciones, cuya certeza es por otra parte algunas veces muy dudosa, de pretendidas leyes generales que se dan por su resultado necesario; como si no se pudiese satisfacer á la explicacion de los fenómenos por una infinidad de leyes diferentes, así como por un número determinado de puntos, se puede siempre hacer pasar una infinidad de curvas continuas ó discontinuas; como si no se pudiese suponer tambien que no existe ley alguna general que ligue los fenómenos entre sí. Es pues manifiesto que todas las teorías, aun la de la atraccion, no son mas que hipótesis mas ó menos inciertas. En efecto, ellas no se fundan mas que en una analogía de ningun modo evidente y que supone, sin prueba alguna, los dos principios siguientes:

1º Las mismas causas y las mismas circunstancias observadas en lo pasado, deben perseverar en lo futuro y reproducir los mismos efectos.

2º Entre la infinidad de leyes posibles que pueden satisfacer á las observaciones, las mas simples y generales son necesariamente las mas verdaderas.

Mas, ¿quién no ve que estos principios fundamentales de la analogía descansan ellos mismos sobre una cierta idea *de orden*, cuya verdad no tiene mas prueba que el consentimiento comun; idea totalmente incomprensible y aun contradictoria si no se admite la existencia de un legislador eminentemente sabio y omnipotente, que preside al gobierno del universo? Si el mundo no es en efecto obra de un ser inteligente, si no es mas que una pro-

nio que se puede expresar en estos términos: Nosotros nos obligamos á tener por ciertos tales principios, y á declarar á cualquiera que se nie-

duccion del acaso, ¿dónde está la razon para suponerlo en el grado último de perfeccion á que puede llegar? ¿dónde está tampoco la razon para buscar en él una regularidad, un orden cualquiera? ¿y quién quita pensemos que no es mas que una mala máquina, embarazada con ruedas superfluas, sin armonía en sus partes y sometida á una fuerza ciega, variable é independiente de toda ley constante?

No quiero hacer mencion de nuestros orhenta sistemas de geología, tan extravagantes, tan insensatos todos, que segun M. Cuvier, no se puede ni aun pronunciar el nombre de esta ciencia sin provocar á risa.

¿Cuántas veces no ha modado de semblante la química, aun despues que rasgando el velo misterioso que la cubria, se la ha elevado colocándola en la clase de las verdaderas ciencias? Al *flogístico* de Stahl, que reinaba con gloria hace cincuenta años, ha sucedido la teoría *neumática* de Lavoisier; y he aquí que hoy, por una de estas revoluciones tan frecuentes en el imperio de las ciencias y que siempre son presagio de otras nuevas, esta teoría tan ponderada se arruina en todas sus partes. Trastornada por los descubrimientos de Davy y de Gay-Lussac, no es mas que una de aquellas ruinas que, de trecho en trecho, indican el camino de la ciencia y facilitan el seguirle, en medio de su vago y obscuro dominio.

Nada hablaré de la metafísica, de sus variaciones perpetuas, ni de la incertidumbre de sus sistemas. Se pueda consultar sobre este punto la obra de M. de Bonald, *Recherches philosophiques*, t. 1, c. 1.

gue á creerlos sin demostracion, culpable de rebellion contra el sentido comun, que no es mas que la autoridad del mayor número.

Disconvenzan dos ó mas personas en sentimientos ú opiniones; ¿qué hacen despues de haber probado á convencerse mutuamente? Buscan un árbitro, quiere decir, una autoridad que determine, sino la certeza, al menos la verosimilitud, á favor de uno de los pareceres que se disputan. Desconfiamos hasta de las ideas que nos parecen mas claras, cuando las vemos desechadas generalmente por los demas hombres; y la última razon, muchas veces la única, y siempre la mas fuerte que podemos oponer á los sofistas, á los disputadores obstinados, es esta palabra que á cualquiera confunde: Sois el único que piensa así.

Obsérvese que aun cuando la naturaleza obra por sí sola, se deja ver con qué facilidad, con qué prisa la razon naciente de un niño obedece á la autoridad; como sus creencias se forman poco á poco en el testimonio que despierta sus pensamientos y los rectifica, como apela siempre á él por una inclinacion que es el sentimiento de la

necesidad, y por decir así, el hambre del alma que pide su alimento. De este modo, y sin que la reflexion tenga parte alguna, viene á ser el testimonio la regla de sus juicios, el medio por el que diferencia lo verdadero de lo falso. Si se negara á creer lo que se le dice, si quisiera él hallar la certeza en sí mismo, nunca se desenvolveria su entendimiento. ¿Cuántas ideas, cuántos conocimientos ciertos, no tiene ya el niño, antes de haber llegado á la edad, llamada de razon, y que se llamaria mejor la edad del raciocinio? Segun vaya viviendo irá creyendo; la autoridad será su regla: ella únicamente le habrá enseñado á distinguir cual entre muchas es la mayor autoridad, y á reconocer así é siempre por el testimonio, los errores, que se le hayan sugerido. Así hemos comenzado los que somos ó no somos filósofos, así es como nuestra inteligencia llegó á salir de las tinieblas en que naciera, así como ha tomado extension, se ha fortificado: ¡y se quiere sea la ley de quien recibe su perfeccion, que la conserva, opuesta con aquella, mediante la cual ella sola ha podido existir desde luego!

Las objeciones contra la certeza que cada hombre, considerado individualmente y sin relacion con sus semejantes, pretenderia encontrar en sí, pueden, lo sé muy bien, volverse y oponerse á la certeza que resulta del consentimiento comun. Así no intentaré yo establecerlo por la razon. Ahora sería esto imposible; verémos mas adelante por que*. Yo no desenvuelvo ó explico un sistema, solo trato de atestiguar y comprobar los hechos¹.

Es un hecho, que los sentidos frecuentemente nos engañan, que el sentimiento interior nos engaña, que la razon nos engaña, y que no tenemos en nosotros mismos medio alguna para reconocer cuando nos hemos engañado, ninguna regla infalible para conocer lo verdadero. Esto es lo bastante, como hemos visto, para no poder rigurosamente afirmar nada, ni aun nuestra pro-

* Se funda toda certeza en el conocimiento de Dios. Se pueden percibir, atestiguar y comprobar hechos relativos á nuestra naturaleza; pero imposible sería hallar la razon de nada antes de saber que él existe. Luego la certeza *racional* no es otra cosa que la *razon* de lo que es.

¹ Véase la *Defensa*, cap. XIV.

pia existencia. Nada hay probado, porque las mismas pruebas tendrían necesidad de otras pruebas, y así subiendo hasta el infinito. En tal estado la razón nos manda dudar de todo; pero la naturaleza nos lo prohíbe. « Ella sostiene, » dice Pascal, « la razón débil y no la permite disparatar hasta este punto. »

Es un hecho que no hay, ni habrá jamás un pirrónico verdadero; que la duda universal, absoluta, á que nos condena una severa lógica es imposible á los hombres, que todos sin excepción creen invenciblemente mil y mil verdades que forman el vínculo de la sociedad y el fundamento de la vida humana. No es necesario para convencerse preguntarles; basta verlos obrar. El escéptico mas intrépido dará pasos atrás si ve á sus pies un precipicio; no tomará indiferentemente un veneno por alimento; no confiará su fortuna á un pícaro conocido por tal, ni su vida á un malvado que tenga interés en quitársela. He aquí la voz de la naturaleza; no es posible aho-

* Véase la *Defensa*, cap. X.

» *Pensamientos de Pascal*, cap. XXI.

garla ni desconocerla. ¿De qué sirve á Pirron ponderarnos tanto su pretendido escepticismo, mientras que no puede dar un paso, ni proferir una palabra sin desmentirse altamente? Si es bastante loco; según la expresión de Montaigne, no es bastante fuerte; y á pesar de su resistencia, una mano invisible y poderosa humilla su espíritu altanero, sujetándole al yugo de las creencias comunes.

Es un hecho finalmente, que una inclinación natural nos conduce á juzgar de lo que es verdadero ú falso según el común consentimiento, ó conforme á la mayor autoridad; que, llenos de desconfianza hácia las opiniones y los hechos que carecen de este apoyo, hacemos consistir la certeza en la armonía ó concordia de los juicios y testimonios; que, si esta es general, y mas aun si es universal, dejamos de escuchar á los que la contradicen, y ni aun tratamos ya de convencerlos; les menospreciamos como insensatos, como espíritus enfermos, inteligencias delirantes, seres monstruosos que ya no pertenecen á la

* Véase la *Defensa*, cap. XIV.

especie humana '. Y no nos figuremos que los hombres sean injustos en esto. No se entra en discursos con los locos, aun cuando muchas veces guarden bastante orden en sus raciocinios. Mas, la única prueba que tenemos de la locura de aquellos que encerramos, es la completa oposicion de sus ideas con las ideas recibidas; y la locura consiste en preferir su propia razon, su autoridad individual á la autoridad general ó al sentimiento comun *.

* Feijóo dice: « Y si hubo alguno, que verdaderamente asintiese á él (el escepticismo) no debe considerarse como filósofo, sino como fáto; y este modo particular de filosofar impropriamente se puede llamar tal, debiendo á justa razon llamarse un modo particular de delirar. » *Teatro crítico*, discurso XIII, tom. III, p. 282. Madrid, 1737.

* Cabe tan poca duda en esto, que los mismos médicos no pueden dar otra definición de la locura. « Este estado se manifiesta muy pronto á los ojos de todo el mundo, cuando un hombre que gozaba antes de buena salud forma, aunque diestro, un juicio falso ó erróneo sobre las relaciones de los objetos que se ofrecen mas frecuentemente en el curso de la vida, y sobre los cuales los hombres forman un mismo juicio..... cuando menosprecia los avisos ó consejos que se le dan; cuando manifiesta una convicción íntima de que todos los demas yerran menos él. » (*Traité du délire, appliqué à la médecine, à la morale et à la législation*, par F.-E. Fodéré, t. 1, pág. 327). Voltaire está de acuerdo con los médicos, y lo advierte por ser

Salgamos de aquí, busquemos otra regla de certeza, no hallaremos sino motivos de duda, y veremos abismarse poco á poco el edificio todo de nuestras creencias, en un vacío horroroso. Nuestra débil razon, incapaz de sostenerse á sí misma, desde luego que se la quiere cargar con una verdad, cualquiera que sea, se rinde con la carga. No sabe, ni lo que es, ni si es; su misma existencia es para ella un problema que no puede resolver sino con auxilio de la autoridad del género humano; y todo ser creado que se atreve á decir: *Yo soy*, no expresa ó enuncia un juicio, sino que protesta su fe en un misterio impenetrable, y proclama sin comprenderlo el primer artículo del símbolo de las inteligencias *.

cosa sumamente digna de nota la uniformidad de las definiciones que se han dado de la locura. « Llamamos locura, » dice, « esta enfermedad de los órganos del cerebro que de toda necesidad estorba piense y obre uno como los demas. » *Diccionario filosófico*, art. *Locura*.

* No puede concebirse la existencia de un ser contingente mas que por la del ser necesario, cuya voluntad es la razon de cuanto existe fuera de él. Olvidese por un momento, que hay un Dios; ¿cómo podrá uno cerciorarse de una existencia imposible, caso de no haber Dios? Sin embargo lo primero que establecen todas las filosofías como cosa cierta, es la existencia del Yo, bien mate-

Por poco que se fije la atención en esta importante materia, lo digo con confianza, vendrán á fortificar los principios establecidos en este capítulo, mil consideraciones que yo he debido omitir por no traspasar los límites que debo prescribirme. No es porque yo los suponga al abrigo de toda objeción; no ciertamente: se les puede oponer dificultades innumerables. A no ser así, sería falso que la razón, que es hábil solamente para destruir, nada sabe edificar que sea constante y duradero. Cuanto mas especiosos sean sus argumentos, mejor confirmarán lo que yo intento probar, á saber, que ella no es á propósito mas que para crear dudas, y poner el espiri-

ritu, bien sensible, bien pensador; todos empiezan por esta palabra: *Soy*, aun cuando ignoran ó dudan si hay Dios. Se podría comprender esta primera afirmativa si no anunciase mas que una creencia, y no un juicio de la razón, si únicamente significara *yo creo que soy*; pero no podría subsistir ninguna de estas filosofías. Por lo mismo quieren ellas que al decir: *Yo soy*, tenga el hombre la certeza racional de que en realidad existe; y desde luego ó carece de sentido esta palabra, ó supone en el hombre la necesidad de existir, le supone Dios; y hallando, como él, en sí mismo la razón ó la certeza de su existencia, tambien al contemplarse pronuncia conio él, que existe y se define por este carácter: *Ego sum qui sum*.

ritu, cualesquiera que sean las cuestiones que le agiten, en una penosa indecision y rodeado de tinieblas que le desesperen*. Mas no dejará por eso de ser verdad que, por un efecto de nuestra naturaleza, el consentimiento comun determina nuestra adhesion, que no tenemos otra certeza, y que, á pesar de todas las objeciones, un senti-

* Redúcense por último á una sola todas las reflexiones que se nos han hecho en contra. No ha sido posible impugnar nuestro principio fundamental: *Lo que todos los hombres creen verdadero, lo es*; porque hubiera sido negar la razón humana. Pero se dice; vos no demostrais ese principio que sirve de base á vuestra doctrina; de otro modo: No os refutais á vos mismo; no admitis la filosofía que tratais de combatir; no haceis lo mismo que, en todas partes, sosteneis es imposible hacer; es decir probar por el discurso una primera verdad, de donde inferir despues todas las demas; no suponeis la infalibilidad de la razón individual que negais expresamente. ¿Cómo es posible poderse entender ni convenir? No hallamos medio alguno para defender la filosofía que atacais; así como tampoco sabemos como podriamos trastornar la vuestra sin destruir al mismo tiempo toda certeza y verdad. Para admitirla, sin embargo, debería establecerse segun nuestro método la misma filosofía que desechais, fundado en razones á que no podemos responder con solidez. Decis y aun mostrais muy bien que conduce y no puede menos de conducir á los entendimientos que guardan consecuencia hácia el escepticismo y el error: muy bien, fundad sobre ella vuestra doctrina, probad así ser ella falsa segun vuestros mismos principios, y la reconoceremos verdadera. (Nota de la cuarta edición.)

miento indeliberado nos arrastra á mirar como cierto lo que se apoya en esta base; de modo que segun el parecer de todos los hombres, substraerse á esta ley fundamental, universal, es dejar de ser hombre, es apagar en sí todas las luces naturales, y segregarse voluntariamente de la sociedad de las inteligencias.

Sobre este punto decisivo apelo á la conciencia; la escojo por juez, y estoy pronto á someterme á sus decisiones. Entre cada uno en sí mismo, y preguntese, haciendo callar al orgullo y las preocupaciones. Evite confundir los sofismas de la razon con las respuestas simples y precisas del sentimiento interior que le ruego consulte; considere lo que es y no lo que se figura deber ser; abra los ojos sobre los hechos, y cierre su espíritu á las conjeturas: si hay un solo hombre que con tales disposiciones, se diga en el fondo de su corazon: « Esto que se me propone como verdades de experiencia, está desmentido por lo que yo siento en mí, y por lo que observo en mis semejantes, » yo me condeno á mí mismo, y me declaro un soñador y visionario insensato.

CAPITULO II.

DE LA EXISTENCIA DE DIOS.

Volvamos por un momento hácia atrás nuestra vista; y fijémosla en el espacio que hemos recorrido. Buscábamos la certeza, y hemos visto que no podemos hallarla en nosotros mismos. La consideracion atenta de los hechos nos ha llevado

miento indeliberado nos arrastra á mirar como cierto lo que se apoya en esta base; de modo que segun el parecer de todos los hombres, substraerse á esta ley fundamental, universal, es dejar de ser hombre, es apagar en sí todas las luces naturales, y segregarse voluntariamente de la sociedad de las inteligencias.

Sobre este punto decisivo apelo á la conciencia; la escojo por juez, y estoy pronto á someterme á sus decisiones. Entre cada uno en sí mismo, y preguntese, haciendo callar al orgullo y las preocupaciones. Evite confundir los sofismas de la razon con las respuestas simples y precisas del sentimiento interior que le ruego consulte; considere lo que es y no lo que se figura deber ser; abra los ojos sobre los hechos, y cierre su espíritu á las conjeturas: si hay un solo hombre que con tales disposiciones, se diga en el fondo de su corazon: « Esto que se me propone como verdades de experiencia, está desmentido por lo que yo siento en mí, y por lo que observo en mis semejantes, » yo me condeno á mí mismo, y me declaro un soñador y visionario insensato.

CAPITULO II.

DE LA EXISTENCIA DE DIOS.

Volvamos por un momento hácia atrás nuestra vista; y fijémosla en el espacio que hemos recorrido. Buscábamos la certeza, y hemos visto que no podemos hallarla en nosotros mismos. La consideracion atenta de los hechos nos ha llevado

á conocer que ella reside en la reunion de los juicios y de los testimonios, es decir, en una razon superior á la del individuo, en la autoridad, fuera de la cual no hay mas que una duda absoluta y eterna. De aqui proviene que el hombre para quien la duda es un suplicio; el hombre que para vivir tiene necesidad de creer, cede á la autoridad y se determina por ella tan naturalmente como respira. Si intenta substraerse á esta ley universal; además de que nunca lo consigue enteramente, porque no le es dado aniquilar su inteligencia, al punto se ve castigado por su rebellion insensata, con las tinieblas que se derraman y espesan sobre su entendimiento. Convertido para los demas hombres en un objeto de menosprecio y horror, le contemplan sorprendidos al verle atravesar con un vuelo rápido y desordenado, los espacios intelectuales para sepultarse en el caos; á la manera de un astro que perdiendo su curso no obedeciese ya á las leyes de la gravitacion. A nuestro pesar dependemos esencialmente de nuestros semejantes, tanto como seres inteligentes, cuanto como seres fisicos; y la vida del alma lo mismo que la del

cuerpo, resulta de la sociedad de los medios y de la union de las fuerzas.

Los metafísicos pues, en vez de raciocinar hasta perderse de vista sobre las operaciones de nuestro espíritu, para descubrir una regla de certeza, deberian haber dejado á un lado el raciocinio, y mirar lo que les rodeaba: porque es claro que, siendo el hombre activo por su naturaleza, y no obrando jamas sino por motivos que le determinan, ó en virtud de una creencia cualquiera, el principio de determinacion ó la regla de certeza, debia estar determinada ella misma por la naturaleza del hombre, y manifestarse en sus acciones con un carácter de evidencia y universalidad que no permitiese desconocerla. Mas la universalidad misma y simplicidad de esta regla innata en nosotros, es la que nos impide conocerla; porque nuestra atencion por lo comun no se excita sino por lo que es extraño y nuevo para nosotros. Semejantes á un nadador que sigue la corriente, no sentimos las leyes de nuestro ser sino cuando las resistimos: y como la resistencia supone fuerza, el hombre, que se complace en todo lo que le da la concien-

cia ó el conocimiento de las suyas, hace consistir su orgullo en resistir y contradecir la autoridad. Este es el origen mas comun y peligroso del error, así como es la desconfianza de sí mismo, el preservativo mas seguro contra los extravíos de todo género; de modo que, por un encadenamiento que no sorprenderá mas que á los espíritus superficiales, la razón del hombre y su corazón se perfeccionan ó depravan por unas mismas causas, y la *humildad*, que es el fundamento de la moral, lo es también de la lógica.

He dicho que teníamos en nosotros tres medios para conocer; á saber, los sentidos, el sentimiento y el raciocinio; y he hecho ver que, siendo insuficientes para conducirnos á la certeza, nada podíamos afirmar por solo su testimonio. Veamos ahora de qué modo el consentimiento comun, supliendo nuestra flaqueza, viene á ser, por la institución de la naturaleza, el punto de apoyo de nuestros conocimientos, el título que nos asegura la posesion cierta, y en una palabra la verdadera base de nuestra razón.

Sea cual fuere el sistema que se adopte sobre el origen de nuestras ideas, es incontestable que

nosotros no adquirimos el conocimiento de los objetos sensibles, sino con el auxilio de los órganos. Los cuerpos y sus propiedades, los fenómenos físicos, los hechos de toda especie no nos son conocidos sino por los sentidos; y tanto la historia como las ciencias naturales ó de observacion, se apoyan únicamente en su testimonio.

Ahora bien, nada tiene de raro que los sentidos nos engañen. Una experiencia continua nos enseña á desconfiar de estos instrumentos imperfectos, y cuyos defectos no percibimos sino comparándolos con otros instrumentos semejantes. Formados sobre un tipo comun, y variando sin embargo en diversos individuos, presumimos con verosimilitud que, como la imperfeccion de que proviene el error no afecta en cada uno de nosotros la misma parte del instrumento, la semejanza de las relaciones prueba la verdad, y tanto mas cuanto estas relaciones comparadas son en mayor número. Así un testimonio único no produce mas que una simple probabilidad; á proporcion que se multiplican, se aumenta la certeza, y llega un momento en

que todos los hombres, de comun acuerdo, prohiben la mas ligera duda so pena de tener por insensato á quien la admita. Nada importa que el fenómeno ó el hecho atestiguado haya herido ú no nuestros propios sentidos. Saunderson, ciego de nacimiento, no estaba menos seguro de la existencia del sol que Newton, y nosotros no estamos mas seguros de que Paris existe, que ciertos de que Cartago ha existido.

La multiplicidad pues de testimonios uniformes, constituye, con respecto á nosotros, la certeza de los conocimientos que tienen su origen en los sentidos; aunque sin embargo no podemos rigurosamente deducir de sus relaciones la verdad absoluta. Mas obligados á creerlo, la naturaleza nos enseña á someter nuestras creencias á esta regla, que nosotros sin pensar en ello aplicamos casi á cada instante.

No hay duda que, precisado muchas veces el hombre para obrar, no puede menos de fiarse en sus propios sentidos, y de creer la realidad de lo que le representan. Pero ¿cuántas veces no nos engañan y aun muchas con peligro de la vida, por mas que ellos llenen el fin de su destino cual

es proveer á nuestra conservacion en el orden de las cosas, tanto como se necesita para asegurar la duracion de la especie? El grado de probabilidad, que resulta del relato, hecho por ellos, varía no solo con respecto á los diversos individuos, sino quanto al individuo mismo en diferentes tiempos; aunque este grado nunca se extiende á la certeza completa, ofrece sin embargo un motivo suficiente para determinar las acciones habituales; y por nuestra parte, estamos seguros de que este motivo es suficiente, mediante el consentimiento comun fundado en la experiencia general; de tal suerte que todo el mundo tendria por un loco á quien rehusara contentarse con él en las ocasiones frecuentes, en que no es posible tener otro mas fuerte.

Se debe por otra parte meditar esta observacion; antes que saquemos de nuestros sentidos los servicios que por su destino deben hacernos, ¿no es necesario se nos enseñe el uso que de ellos hacer debemos? ¿No debe haber aprendido la mano á tocar, los ojos á ver y los oidos á oír? ¿No es tambien necesario, si se ha de evitar la caída en funestos errores, que además la razon

se forme y se desenvuelva, que se la instruya para juzgar de las cosas externas, mediante las impresiones que de ellas recibe el cuerpo? ¿Qué vendria un niño á ser sin esta primera educacion? ¿Cómo se libraria de los peligros que le cercan? Sin el auxilio ageno nunca saldria de su ignorancia nativa. Nada inventa él, obedece; cree, y la fe le libra de la muerte. ¿Cuántas lecciones de toda especie no es preciso darle, antes que llegue á saber lo indispensable para vivir! Rectificaron ó confirmaron el testimonio de sus sentidos millones de testimonios acerca de todos los objetos que se le han de presentar en adelante. Cuando por sí solo comienza á obrar, cuando se le deja el cuidado de su conservacion, lejos de limitarse á los motivos de juzgar que halla en sí mismo, se fundan todos sus juicios en las instrucciones sin número recibidas antes, ya del ejemplo, ya de la palabra, y en creencias de allí procedentes, las que son mas ó menos ciertas, segun la generalidad mayor ó menos de la autoridad en que se apoyan.

Fijar el número de testimonios necesarios para producir una certeza perfecta, es imposible.

Esto depende de mil circunstancias, y en particular del valor de cada testimonio tomado separadamente¹. En esta avaluacion todo viene á reducirse á este principio: « Un testimonio tiene tanta mas fuerza, quanto mas conocida es la veracidad del testigo, y menos interes tiene en engañarnos. » Y como tambien es el comun consentimiento el que decide estas cosas, el que sanciona y consagra el principio mismo que acabo de proponer, la certeza viene siempre en último análisis á descansar en la base de la mayor autoridad.

Esto sucede con respecto al sentimiento y la evidencia, y lo mismo con respecto al racionio. Hay verdades y errores de sentimiento, evidencias ciertas y evidencias engañosas, buenos y malos racionios: ¿quién no sabe esto por experiencia? ¿y quién no sabe tambien que el único medio de discernir con certeza lo verdadero de lo falso es la autoridad, ó la armonía y concordia de los juicios y testimonios? La conviccion individual nada prueba; pues que si probase algo,

¹ Véase la *Defensa*, cap. XI.

todo se probaria por ella. ¿ Hay algun error de que no se haya convencido algun entendimiento? ¿ Y cuál es el entendimiento que siempre se ha librado del error, ó que nunca se ha engañado por una conviccion engañosa? Una sola experiencia en este género, un solo cambio que se verifique en nuestras percepciones, en nuestras opiniones, basta para quitarnos el derecho de afirmar nada absolutamente, fundados en nuestra simple conviccion personal. Es necesario, que todas las pruebas, y aun las de las verdades reconocidas, se hayan sujetado al exámen de varias razones, y que hayan producido una misma impresion en todas; es preciso, en una palabra, estén tales pruebas generalmente recibidas, para que tengan la competente autoridad. Hasta aqui son mas que racionios inciertos, cuya incertidumbre únicamente puede disiparse por medio de la armonia de los juicios. Donde no se encuentra esta armonia, reina la duda en paz, y con aprobacion de la prudencia: mas en todas partes donde se halla, cesa la duda, ó los hombres la acusan de locura.

El que negase la distincion del bien y del mal

moral, que el todo es mayor que su parte, ó las consecuencias rigorosas que la geometria deduce de este axioma, seria tan loco como el que negase la diferencia que hay entre el placer y el dolor, la existencia de los cuerpos ó sus propiedades generales, ¿ Por qué? porque chocaria y se opondria á la autoridad de todo el género humano. Pues, por lo demas, estas negaciones podian ser con relacion á su organizacion propia otras tantas verdades; al menos seria imposible demostrar lo contrario*.

Luego apelar de la autoridad á la razon, del sentido comun al particular, es violar la ley fundamental de la razon misma, es trastornar el mun-

* ¿ Cómo podria la razon concebir la distincion del bien y del mal moral sin la dependencia de Dios? ¿ Qué viene á ser el bien y el mal no habiendo ni ley, ni legislador? Además, ó es la verdad con respecto á nosotros lo que parece verdadero á la razon de todos, ó lo que tal parece á la razon particular de cada uno. En este segundo caso, que es el de todos los filósofos dogmáticos, las proposiciones mas contradictorias son igualmente verdaderas, tan luego como tales parezcan al entendimiento que las afirma. En el primer caso, la verdad es una como la razon general, que nunca puede hallarse en oposicion consigo misma. Luego ningun hombre puede recriminar á otro de haber errado, ú de loco, sin reconocer al sentido comun como la regla de los juicios.

do moral, es constituir el imperio del escepticismo universal, es abrir un abismo en que todas las verdades, todas las creencias, vendrian necesariamente á sepultarse. Por la naturaleza misma de las cosas, aislarse ó separarse de los demas, es ya dudar. La certeza, principio de vida de la inteligencia, resulta del concurso de los medios y de la semejanza de las relaciones; ella es, si puedo explicarme así, una produccion social: y he aquí por que el ser inteligente no se conserva sino en el estado de sociedad, como tambien por que la sociedad camina á la disolucion, cuando se echa por tierra la base de la certeza y de la inteligencia, sometiendola á la autoridad ó la razon general, á la razon individual.

Mas en este momento en que nosotros no conocemos ni consideramos mas que al hombre, la mayor autoridad que podemos concebir es la autoridad del género humano; por consiguiente ella encierra el grado mas elevado de certeza á que podemos llegar*. Si pues existiese una ver-

* El buscar la certeza, es buscar una razon que no pueda errar, ó infalible, como ya lo hemos dicho. Luego debiera ser ne-

dad universalmente creida, unánimemente atestiguada por todos los hombres y en todos los siglos; verdad de hecho, de sentimiento, de evidencia, de raciocinio, á la cual rindiesen así homenaje todas nuestras potencias reunidas; esta verdad soberana, revestida manifiestamente de un poder supremo sobre nuestro entendimiento, vendria á colocarse al frente de todas las demas verdades en la razon humana. Negarla seria destruir la razon misma. Cualquiera en efecto que

cesariamente esta razon infalible, ó la razon de cada hombre de por sí, ó la de todos, que es la razon humana. No lo es la de cada hombre de por sí, porque se contradicen los hombres unos á otros, y muchas veces no puede hallarse nada de mas opuesto que sus juicios; luego lo es la de todos. Seria imposible probar directamente la infalibilidad de la razon humana, porque, ó no probarian nada las pruebas que para ello se dieran, ó supondrian la infalibilidad misma que se tratara de probar. Pero no suponiendo infalible á la razon humana, no puede haber ya certeza posible; y si se ha de guardar consecuencia, de todo deberia dudarse sin excepcion alguna. De lo que se infiere no podrá jamás el hombre, sean los que fueren sus esfuerzos, llegar á un tal estado de duda. Esto se resiste absolutamente á su naturaleza sin poder él menos. Primero se aniquilaria que dejar de creer. Luego la naturaleza misma le pone en precision, ó de vivir siempre en estado de contradiccion con la razon, ó de reconocer la infalibilidad de la razon humana, que es la de todos.

la negase, negando por esto mismo el testimonio unánime de los sentidos, del sentimiento y del raciocinio, no podría en ningún caso admitirlo, y se vería obligado á dudar de su propia existencia, que no conoce sino por estos tres medios. Digo todavía muy poco, y á cualquiera que se haya penetrado bien de los principios anteriormente expuestos, será fácil comprender, que siendo la verdad de que se trata mucho mas cierta que nuestra propia existencia, pues que está atestiguada por testimonios mucho mas numerosos, el dudar de ella sería incomparablemente mucho mayor locura, que dudar de nuestra propia existencia*.

* La locura ó sinrazon de la duda se mide, no por la dificultad ó repugnancia que sentimos en dudar, sino por la certeza de la cosa de que dudamos. Así tal hombre se verá obligado á hacerse mucha mas violencia para dudar de la relacion incertisima de sus sentidos en una dada circunstancia, que para dudar de una verdad metafísica ó moral perfectamante cierta. En este último caso sin embargo, la duda es una locura verdadera, en vez de que en el primero, podría ser un acto de prudencia. Esto puede servir para hacer comprender como, no dudando de la propia existencia, es sin embargo posible que se llegue á dudar de la de Dios, aunque esta en realidad tenga un grado mucho mas elevado de certeza.

Definiendo los caracteres de esta verdad sublime, universal, absoluta, he nombrado á Dios. ¡Con qué encanto, con qué transportes de dulzura no debemos ver esta idea magnífica y resplandeciente, elevarse de repente sobre el horizonte del mundo intelectual, envuelto en espesas sombras, y derramar luz y vida hasta en sus profundidades mas retiradas y oscuras!

Toda existencia emana del Ser eterno é infinito, y la creacion toda con sus soles y sus mundos, cada uno de los cuales encierra en sí otros millares de mundos, no es mas que la aureola de este gran Ser. Todo sale de él y todo vuelve á entrar en esta fuente fecunda de realidades; y mientras que enviadas al exterior, sus innumerables criaturas, para atestiguar su poder y celebrar su gloria en todos los puntos del espacio y del tiempo, cumplida su mision, vuelven á deponer á sus pies la porcion de ser que les repartió, y que su justicia devuelve al punto á muchas de ellas, ó como castigo ó como recompensa: solo, inmóvil en medio de este vasto flujo y reflujo de existencias, única razon de su ser y de todos los seres, es para sí mismo su principio,

su fin y su felicidad. Buscar alguna cosa fuera de él es explorar la nada. Nada se ha producido, nada subsiste sino por su voluntad, por una participacion continua de su ser. Todo cuanto crea, lo saca de sí mismo; y conservar es para él seguir comunicándose. Realiza exteriormente la extension que concibe, y he aquí el universo. Anima, si puede decirse así, algunos de sus pensamientos, y les da la conciencia de sí mismos, y he aquí las inteligencias. Unidas á su autor, viven de su substancia alimentándose con su verdad que es su mantenimiento necesario. Aun cuando no le conocen y aun cuando le niegan, beben todavía en su seno el jugo que las vivifica, como la planta ciega en el seno de la tierra. Débiles mortales, que desesperábamos poco ha de la luz, volvámoslo á decir y repítámoslo mil veces con un júbilo lleno de confianza y de amor: Existe un Dios. Huyen las tinieblas delante de este gran nombre; se rasga el velo que cubria nuestro espíritu; y el hombre, á quien toda verdad y su ser mismo se huyan sin que pudiese retenerlos, renace deliciosamente al aspecto de *aquel que es*, y por quien todo es.

Pero es necesario mostrar como los diversos medios de conocer con que la naturaleza nos ha dotado, se unen para conducirnos á esta verdad necesaria, de modo que ella reune en el mas alto grado todos los géneros de certeza.

Que los hombres conservan la memoria de los hechos y se la transmiten, no necesita probarse. Que entre estos hechos los hay tales que no puedan ponerse en duda, sin quedar convencido por solo esto de locura, se confiesa tambien universalmente. El que negase la existencia de Augusto seria tenido por tan loco como el que negase la existencia del sol. La lejanía de los hechos, como por otra parte estén suficientemente atestiguados, en nada altera la certeza; y la historia de S. Luis no es mas cierta que la de Trajano.

Las ciencias, las artes, las costumbres, la legislacion, la política, la sociedad entera se apoya en esta transmision de hechos, y no subsiste sino con su auxilio; porque todo lo que existe tiene su raiz en lo pasado, y pereceria si se separase. Y como las relaciones de origen, ó de autoridad y obediencia son las mas necesarias, pues que ellas constituyen fundamentalmente la familia y

el Estado, cada familia tiene su tradicion, por la cual sube mas ó menos alto, segun que está mas ó menos constituida, hasta un primer padre, cuya existencia atestiguada sin interrupcion por sus descendientes, no es menos cierta que la existencia de la familia misma, y es además la razon de ella.

Del mismo modo cada pueblo tiene su tradicion semejante á la de la familia, y, como ella, tanto mas antigua cuanto aquel está constituido mas sólida y fuertemente, tradicion oral ó escrita, por la cual sube de edad en edad hasta el primer poder, ó un primer padre, cuya existencia no es menos cierta que la del mismo pueblo, y además es su razon.

Finalmente el género humano, como era necesario, tiene del mismo modo su tradicion conservada en todas las familias, en todos los pueblos, y por la cual sube hasta su primer padre, ó hasta Dios, cuya existencia unánimemente atestiguada de siglo en siglo, no es menos cierta que la existencia del género humano y la del universo, y es la razon de ambas.

Así la historia mas antigua que se conoce

principia por estas voces : *En el principio crió Dios* : donde vemos lo primero á Dios que existe solo antes de todo *principio*, y los demas seres recibiendo de él la existencia en el origen de los tiempos.

Ninguna tradicion hay, por confesion de los mismos ateos ¹, ni mas universal ni mas constante; luego tampoco hay hecho alguno mas cierto. Recorred la tierra en todos sentidos; de las regiones civilizadas y de las naciones sabias corred al fondo de los bosques entre los aduares salvages : no escape á vuestras pesquisas pueblo alguno; entrad en la tienda del Arabe, en la cabaña del Negro, en la choza del Cafre y en la del Samoiano : en todas partes encontraréis la creencia del primer Ser, padre de todos los seres; en todas partes oiréis nombrar á Dios.

Preguntad á estos hombres desconocidos los unos de los otros, de donde les ha venido esta creencia y os responderán : *Nuestros padres nos*

¹ « Parece no puede suponerse racionalmente haya un pueblo del todo desprovisto de la nocion de alguna divinidad. » *Sist. de la Nat.*, tom. II, cap. XIII.

han dicho ; *Patres nostri narraverunt nobis*. Conocen á Dios como á sus antepasados por el testimonio transmitido ; y la memoria de la primera familia , tronco fecundo de la raza humana , es para ellos inseparable de la memoria de su autor.

¿ Se intentará recusar como suplantada esta tradicion , con el pretexto de que los testigos primitivos no han podido asegurarse por sus sentidos de la verdad del hecho que atestigua ? En este punto la tradicion se defiende bastante por si misma , pues que depone que originariamente Dios se comunicó de un modo sensible á su criatura. Nada mas se necesita para cerrar la boca á los que contradijeren , aun cuando viniesen armados de objeciones en la apariencia insolubles. Porque el racionio , cuya última fuerza he probado , reside en la autoridad , no podria en ningun caso prevalecer contra ella de cualquier manera que proclamase su decision.

Sin embargo , como se debe tener cierta condescendencia con los espíritus que son mas bien desconfiados por debilidad que obstinados por orgullo , quiero dedicar un momento á tranquilizar la razon de aquellos á quienes inquietase

la dificultad que indico. Consiento con tanto mas gusto en echar , aunque de paso , una ojeada , cuanto esto me ofrecerá la ocasion de atacar de antemano uno de los fundamentos del deísmo : porque el principal motivo por el que sus sectarios no admiten la revelacion , es porque no les seria posible comprender , como el Ser infinito , espiritual por su naturaleza , se haya hecho accesible á nuestros sentidos.

Yo no sé pueda darse un espectáculo mas á propósito para excitar un grande asombro , que el de unas criaturas inteligentes que cierran sus ojos á la luz porque , dicen , están ellas sepultadas en una profunda obscuridad. ; No comprenden como Dios se haya acercado á nuestros sentidos ! ; Y qué importa que ellas comprendan ó no un hecho que atestigua todo el género humano ? ; Es la razon la regla del poder divino , es su término ? Además , si ellos la consultan seriamente , esta misma razon tan débil como es , bastará para disipar sus repugnancias. ; Qué tiene en efecto de extraño que aquel que ha dado órganos al alma humana , y la ha rehusado todo otro medio de comunicar con las demas al-

mas y de conocer que existen, se háya servido de estos mismos órganos para comunicar con el hombre y manifestarle su existencia? No hablo de la posibilidad, evidente por sí misma, de este modo de accion; hablo de su conveniencia, de su analogia con la naturaleza. ¿Podia su autor en el instante mismo en que acababa de establecer las leyes, violarlas en sus relaciones con nuestro primer padre? Por una consecuencia de estas leyes no podemos encontrar la certeza en nosotros mismos; su base ordinaria es la autoridad. Luego la verdad mas importante, la existencia de Dios, debia apoyarse en un testimonio de una autoridad infinita. ¿Y no era por otra parte conveniente en sumo grado, que habiendo recibido del Criador todas nuestras facultades, todas ellas concurriesen á conducirnos á él y á convencernos de su ser? ¿Qué hay en esto que se oponga á la razon? ¿Y por qué ha de sorprendernos mas la accion de Dios sobre nuestro oido, ú sobre nuestros ojos, que su accion sobre el cerebro á que quieren reducirle los deistas? O profundísimos talentos, que de pura lástima os dignais enseñar al Todopode-

roso los medios que debió emplear para revelarse primitivamente á su criatura!

Esto que toco aquí muy por encima se tratará con toda extension mas adelante. Bástanos ahora la prueba de hecho que ofrece la tradicion universal. Y no se nos diga que esta se reduce á la deposicion de dos testigos; porque en primer lugar, nosotros no sabemos en qué época cesaron las comunicaciones sensibles del Criador con el hombre*; y, en segundo, hemos visto que, dependiendo de mil circunstancias variables el número de testimonios que se requieren para producir una certeza completa, debia determinarse únicamente por el consentimiento comun¹. ¿Y hubo nunca un consentimiento mas unánime que el que sancionó el testimonio de nuestros primeros padres? ¿Y qué verdad será respetada por la duda, si llega á penetrar esta al traves de

* Además de nuestros primeros padres, é inmediatos descendientes suyos, se ha manifestado Dios, segun la Génesis, á Noé, á los patriarcas, á Moises; y la tradicion general de los pueblos atestigua que en el principio, eran frecuentes estas comunicaciones ó manifestaciones, en razon de la necesidad que de ellas tenían los hombres.

¹ Véase la *Defensa*, cap. XIV.

este magestuoso recinto de todas las generaciones y de todos los siglos colocados al rededor de ella para defenderla?

¿Quereis disputar al género humano su tradicion? en este caso y necesariamente, disputad á cada familia, á cada pueblo su tradicion particular menos atestiguada y por consiguiente menos cierta. Romped todas las historias, negad todos los hechos, los testimonios; renunciad en vosotros mismos de la posibilidad de creer, de afirmar y conocer cosa ninguna; dudad de todo lo que fué, y, con los ojos cerrados, sentaos silenciosos entre las ruinas de lo pasado y las tinieblas del porvenir: simulacro vano, colocado entre dos mundos, para indicar á las inteligencias fastidiadas de la vida, la senda de la nada.

Ciertamente es ya una prueba bastante fuerte de la existencia de Dios, que sea preciso ó admitirla ó desechar todos los hechos tradicionales, todas las relaciones de los sentidos, lo que traeria consigo, si fuese posible al hombre ser consiguiente hasta este punto, la destruccion de la sociedad y de la razon humana. Sin embargo seria muy ligera la idea que tendríamos de la

demencia del ateo, si no comprendiésemos además que no puede negar á Dios, sin negarse á sí mismo, sin verse precisado á dudar del sentimiento íntimo que le asegura de su propia existencia; porque ya he hecho ver que la certeza de las verdades de sentimiento, descansa así como tambien la de las verdades de sensacion, sobre la autoridad general ó el consentimiento comun. Cualquiera pues que se atreviese á negar una verdad de sentimiento universal, debería dudar de todo lo que siente ó se figura sentir; pues que, como ve cualquiera; si el género humano ha podido ser engañado perpetuamente desde su origen por un sentimiento falso, ningun hombre puede responder de que el sentimiento mas invencible para él no sea una ilusion.

Ahora bien, jamas hubo pueblo alguno que no tuviese el sentimiento de la Divinidad¹. El sentimiento se manifiesta por la accion, como el pensamiento por la palabra; y en todas partes vemos un homenaje, un culto público tribu-

¹ Véase la *Defensa*, cap. X.

tado por la sociedad al soberano Ser. « Podréis encontrar, » dice Plutarco, « ciudades sin murallas, sin casas, sin gimnasios, sin leyes, sin el uso de la moneda, sin el conocimiento de las letras; pero nadie vió jamas un pueblo sin Dios, sin oraciones, sin juramentos, sin ritos religiosos. »

No podemos dejar de reconocer, con Ciceron, en *este consentimiento unánime de los pueblos, la ley misma de la naturaleza*¹; porque esta y sus leyes, aun las físicas, no se reconocen sino por este carácter de permanencia y de universalidad. Luego negarse á creer en Dios, sofocar en si este sentimiento, es pretender substraerse á una de estas leyes naturales, que son para todos los seres las leyes de la existencia; y no debemos ya sorprendernos de que la muerte de la sociedad y del hombre, sean el resultado del ateísmo. El que viola la naturaleza de los seres, tambien los destruye; y no hay otro medio para darles la muerte.

¹ PLUT. adv. Coloten.

² *Omni in re consensio omnium gentium, lex nature putanda est.* Tuscul., lib. I, cap. XIII.

Yo no examino si es absolutamente posible que una criatura inteligente pierda todo sentimiento de Dios; al menos no hay alguna que antes no le haya tributado testimonio. La mano de este malvado consumado, ahora tranquilo en la apariencia, ha temblado al cometer el primer asesinato. Se dice de él que ha sofocado los remordimientos: luego los ha sentido, luego ha temido á Dios. Pero no busquemos entre monstruos, argumentos tristes; del hombre es de quien tratamos.

¿Qué medio hay para desconocer el sentimiento de la Divinidad, en la inclinacion natural que incesantemente le conduce á hacer actos, por decirlo así, de su dependencia de un Ser superior? De tal manera que hasta en aquellos lugares donde la ausencia de un poder público le deja bajo las solas leyes de la familia, cada familia, y si se quiere subir hasta un estado mas imperfecto todavía, cada individuo tiene su culto, muchas veces, es verdad, caprichoso y extravagante; porque á proporcion que el hombre se aísla, el conocimiento y la autoridad de las tradiciones se debilitan, y viene á

quedar mas dependiente de su razon particular; la que desde luego se deja ver necesariamente con sus caracteres propios que son la debilidad, la inconsecuencia y la obscuridad.

Pero á pesar de los errores de su espíritu, el hombre en todas partes tiene el sentimiento de un poder soberano, sabio, previsor, que oye su voz, que juzga sus acciones y dispone de sus destinos. Si desea, si teme, si padece, le invoca. ¿Qué no hace por aplacarle y hacerle propicio? El riesgo de las religiones falsas proviene únicamente de la energia de este sentimiento, algunas veces superior al amor mismo de la vida. Universal como el pensamiento, tambien como él, y mas sensiblemente que él, es el signo distintivo del hombre, á quien los antiguos, por esta razon, creyeron no poder definir mejor que llamándole *un animal religioso*. Señáleseme en efecto la region en que este rasgo de su naturaleza esté enteramente borrado, donde el desgraciado, el inocente oprimido, la madre temerosa por su hijo, no levantan al cielo sus ojos y sus manos suplicando: movimientos maravillosos que determinan, no la disposicion de

los órganos ni algun impulso fisico, sino las leyes de la esperanza, y la eterna y fuerte inclinacion de nuestra inteligencia hácia Dios.

No es posible asignar otra causa á la necesidad que sentimos de un bien perfecto, infinito, hácia el cual vuela nuestra voluntad con una fuerza invencible. Nosotros queremos ser felices, y no podemos serlo sino por la posesion de este bien, que es Dios mismo. Fuera de él no encontramos mas que inquietud, tedio, disgusto, una fatiga estéril del alma cansada y extenuada por el trabajo del deseo. Estemos de buena fe en nuestra miseria; ¿hallaremos por eso medios para disimulárnosla? Una experiencia pronta nos enseña que ningun objeto terreno es el bien á que aspiramos, y que le buscamos inútilmente aquí abajo al rededor de nosotros. Todos los siglos hacen resonar esta máxima. Viajamos, es verdad, en un mundo de ilusiones, pero el tiempo se da prisa á deshacer el encanto; las fantasmas seductoras á las cuales nuestros deseos dan por momentos una realidad imaginaria, se desvanecen en medio de nuestro corazon. Dios no le hizo tan grande sino porque

queria habitar en él. Se preparó en nosotros como una morada inmensa, donde todo lo que no es él se pierde y desaparece.

Luego el deseo natural de una felicidad infinita, los remordimientos, la oración y el culto, prueban que todos los hombres tienen el sentimiento de Dios. Mas si fuese posible que el género humano sintiese lo que no, ó se engañase sobre lo que siente, con mas razon cada hombre en particular podria ser engañado sobre lo que siente ó lo que cree sentir; y el sentimiento que tenemos de nosotros mismos, que nada vale en comparacion del sentimiento unánime de los hombres de todos los siglos, lejos de ser una prueba de nuestra existencia, ni aun daria en favor de esta una simple presuncion.

Pasemos ahora á la evidencia: segun la fuerza de la palabra consiste en una vista clara de la verdad de un principio ó de una proposi-

* « Invocan á Dios todos los hombres, por corta que sea su razon, al principio de todas sus acciones, sea la que fuere su importancia. » Τοῦτό γε δὴ πάντες ὄσοι καὶ κατὰ βραχὺ σωφροσύνης μετέχουσιν, ἐπὶ πάσῃ ὀρυθῇ καὶ σμικροῦ καὶ μεγάλου πράγματος θεὸν αἰεὶ πρὸς καλοῦσιν. PLAT., in Tim. Oper., tom. IX, pág. 501, edic. Bipont.

cion. Mas como sucede muchas veces que el espiritu cree ver con claridad lo que no ve realmente, porque el error no es visible; ó en otros términos, como hay evidencias engañosas, la certeza de las verdades evidentes descansa únicamente en la autoridad ó testimonio de un cierto número de hombres, que atestiguan que su espiritu se halla afectado del mismo modo por la misma proposicion; y si el testimonio es unánime ó la autoridad universal, la certeza será la mas completa que sea posible obtener.

Esto supuesto, yo sostengo que esta proposicion: *El universo es obra de un Ser inteligente*, es tan evidente para todos los hombres como cualquiera otro principio, y mas evidente aun que este axioma mirado como incontestable: *Dos cosas idénticas con una otra tercera son idénticas entre sí*; porque muchas personas que no son capaces de concebir esta máxima, comprenderán fácilmente la otra proposicion.

Y de hecho esta es la primera respuesta que dan los hombres en todas partes, cuando se con-

* Quæ sunt eadem uni tertio, sunt eadem inter se.

sulta su razon sobre la existencia de Dios; y la unanimidad de esta respuesta confirma de tal modo la evidencia, que el que la negase, se privaria por solo esto de todo medio de discernir una evidencia real de otra falsa; por consiguiente tambien de todo derecho de afirmar nada como evidente*, ó de la posibilidad de raciocinar

« Viendo los hombres sabios antiguos, que nada reprehensible habia en el cielo, ni descuido alguno, desorden ó confusion en el movimiento de los astros, en las estaciones del año, en sus revoluciones, ni en el curso del sol al rededor de la tierra que causa el dia y la noche, ni en el alimento de los animales, en la produccion de los frutos de la tierra cada año; por estas consideraciones y otras tales han condenado ellos con sobrada justicia y absolutamente la impiedad de los ateos. » (PLUT. *Traité de la Superstition, trad. d' Amyot*). Preguntábase á un árabe del desierto, de qué sabia él existir un Dios: « Del mismo modo, » respondió, « que sé por las pisadas estampadas en la arena, haber pasado un hombre ó una bestia. » Otro árabe contestó á la misma pregunta: « ¿ Necesita la aurora un hacha de viento para dejarse ver? »

Si fuera cierto lo que tal parece á cada entendimiento, no habria error alguno; porque el error es algo, creído evidente sin serlo. No hay diferencia quanto á esto, de aquello que llaman primeros principios, y de otros principios sean los que fueren; ni entre los principios en general y las consecuencias de ellos deducidas; porque no son estas consecuencias tenidas como ciertas, ó como verdaderas, sino quando se las supone evidentes. De este mismo modo, en los juicios de la razon individual, la evidencia

pues que no se raciocina sino partiendo de un principio que se supone evidentemente cierto.

Admitido este principio, no estamos seguros de la exactitud de las consecuencias que deducimos, sino cuando estas mismas están generalmente admitidas, es decir, cuando el testimonio de los demas hombres nos enseña que en este punto su razon está acorde con la nuestra; y quanto mas universal es esta concordia, tanto mayor es la certeza. Ahora bien, en ningun tiempo, en ningun pais ha variado la razon humana sobre la cuestion importante de la existencia de un primer Ser. Los argumentos mas fuertes con que se sostiene, consignados en los monumentos de la filosofia de todos los pueblos, han hecho constantemente la misma impresion en los espíritus*.

es siempre la razon para afirmar, ó el motivo de la certeza, y esta razon, que es idéntica en las circunstancias todas, no tiene por consiguiente, mayor fuerza para establecer la verdad de un principio que la yerdad de una consecuencia. De lo que resulta ser bastante que la razon individual pueda engañarse en un solo principio, una sola consecuencia, un solo punto cualquiera, para que resulte dudoso todo quanto le parezca evidente. ¿ Qué resultará pues entonces, si se supone que lo parecido *evidente*, ó verdadero á todas las razones, pueda ser falso?

No siendo las pruebas particulares de la existencia de Dios

¿ En qué época tenebrosa, en qué lugar no se ha inferido del orden del mundo la existencia de un

mas que medios para poner esta grande verdad al alcance de la razon individual, y como un socorro ofrecido á su flaqueza para ayudarla á elevarse á la altura de la razon general, no entra en nuestro plan el exponerlas. Sin embargo, á favor de aquellos que puedan creer tienen necesidad de este socorro, indicaremos tres pruebas de la existencia del soberano Ser, deducidas cada una de un orden de ideas diferente, para hacer ver mejor como el hombre, rodeado de efectos y siendo efecto él mismo, se ve, por decirlo así, atraído desde todos los puntos de su ser á la causa primera y universal.

PRUEBA METAFISICA. — Bastaria para demostrar evidentemente la existencia de la Divinidad, observar que el ateísmo, ó la proposicion que lo enuncia, *No hay Dios*, es contradictoria en sus términos. En efecto: ¿ Qué es Dios? La idea mas justa y la mas general al mismo tiempo que se puede formar, es la del Ser por excelencia; y así es como en la Escritura se define á sí mismo: *Yo soy el que soy*. Dios es el ser sin términos, el ser infinito, el ser necesario, en una palabra, el Ser; porque todo lo que se añade á este nombre altera la simplicidad, y parece restringir ó coartar el sentido. El ateísmo se reduce pues á este axioma: *El ser no es*; axioma que encierra una contradicción tal, que todos los hombres juntos, durante toda la eternidad, no llegarían jamás á figurarse otra mas monstruosa.

Alguna cosa existe, luego alguna cosa ha existido siempre, luego alguna cosa existe necesariamente. El mismo ateo conviene en esto, pero quiere que la materia sea este ser necesario*.

* Se nos ha dicho con mucha seriedad que no hay efecto sin causa, se nos repite á cada instante que no se ha hecho el mundo por sí

supremo ordenador? No hubo jamas prueba alguna que recibiese una sancion tan universal. Si

y aqui es donde extraviado por una imaginacion enferma cae en un abismo de absurdos. En efecto, existir necesariamente, es existir de tal modo que la no existencia implica contradicción; estas dos ideas son idénticas. Y, para explicar esto con un ejemplo, es necesario que un triángulo tenga tres ángulos y no tenga mas que tres, es decir, que implique contradicción que un triángulo tenga mas ó menos de tres ángulos; y como todo aquello que implica contradicción, todo lo que es esencialmente imposible, no puede concebirse, nadie concebirá jamas un triángulo de dos ó cuatro ángulos. Se sigue de aqui que todo lo que puede concebirse, es posible ó no implica contradicción. Representémosnos ahora un pie cúbico de materia, y pregúntese enalquiera á sí mismo, si no se concibe fácilmente la no existencia, si esta suposicion repugna al espíritu; todo hombre de buena fe convendrá en que no. Pues lo que digo de este pie cúbico, puedo decirlo de dos, de tres, de un número cualquiera de pies cúbicos, de la totalidad de la materia por consiguiente; y pues que ella puede concebirse no existente, no implica contradicción el que no exista: luego no existe necesariamente, luego no es ella el ser necesario, cuya existencia se ve obligado á confesar el mismo ateo.

Para conocer ahora cual es este ser, no se trata mas que de buscar aquel, cuya no existencia implica contradicción, ó que no puede concebirse no existiendo: yo desafío á que se encuentre otro que aquel que, encerrando en sí todas las realidades, todas

« mismo. Pero el mundo es una causa, no es un efecto, no es una obra
« no ha sido hecho, por ser imposible que lo fuese. Ha siempre existido
« el mundo, su existencia es necesaria. El es su propia causa. » *Le ton sensé pússé dans la nature*, tom. I. pag. 39.

pues esta prueba no fuese mas que un sofisma, si, por espacio de sesenta siglos hubiera podido

las perfecciones. en una palabra la plenitud del ser, tampoco puede definirse sino por este carácter esencial que le es exclusivamente propio, el *Ser*; de modo que no se le puede nombrar sin afirmar que existe, ni negar que existe sin enunciar la contradicción mas grosera. Concebirlo, es concebirle existente; negar que existe, es decir á un tiempo que es y no es, es concebir una imposibilidad manifiesta, es no concebir nada.

Se ve pues como y porque el símbolo del ateo es necesariamente contradictorio en sus mismos términos. Haga lo que hiciere, se ve obligado á afirmar y negar á un mismo tiempo una misma cosa de un mismo ser; y la proposición: *No hay Dios*, es exactamente semejante á esta: *La verdad no es verdadera*. Era justo y conforme al orden que el error mas peligroso y mas fecundo fuese tambien el mas palpable.

Despues de las primeras ediciones de nuestra obra, hemos sabido por las observaciones que se nos han hecho, no haberse comprendido bien la prueba dada poco ha, y en su consecuencia, añadimos en esta las explicaciones siguientes.

¿Existe un Dios? Esta es la cuestión que debe resolverse, y la discutida entre el *teísta* y el ateo. Seria inútil preguntar si hay Dios, sin saber lo que se pregunta, es decir sin fijar una idea precisa á la palabra *Dios*. Por aquí debe comenzarse, pues de lo contrario el *teísta* no sabria lo que afirmaba diciendo que hay Dios, ni el ateo lo que negaba diciendo que no le hay.

El *teísta* dice así: por la palabra *Dios*, entiendo un ser infinito, que contiene en sí todas las perfecciones ó todas las realidades posibles, en una palabra, la plenitud del ser, quien soberanamente independiente, puede decir de sí mismo al contemplar su esencia: *Yo soy el que soy*; ó de otro modo, entiendo por *Dios*

el género humano ser engañado por su razon, ¿qué vendria á ser de la razon de cada individuo?

aquel, cuyo nombre propio es este: *El que es*. Este es el ente cuya existencia afirmo yo. Ahora es indispensable que el ateo admita ó no admita esta definición. Si no la admite, ya no niega él á Dios; negará cualquier otra cosa, todo lo que se quiera excepto Dios; porque tiene por objeto su negacion una idea que no es la de Dios.

Si admite la definición, entonces substituyendo la definición al definido, resulta que el ateo sostiene esta proposición: *No es el que es, ó no existe el que es*.

Diráse tal vez, que comprendiéndose la existencia en la definición misma que da el *teísta* de Dios, supone él lo que aun está en cuestión, y por consecuencia que esta no prueba nada. Pero que prueben todos juntos los hombres del mundo á definir á Dios, sin que la idea de la definición entre en su noción; no lo lograrán, y esta misma imposibilidad es la que da toda la fuerza á la prueba, mostrando que es contradictorio el preguntar si hay Dios. Mas breve: ¿Puede separarse la idea del ser de la idea de Dios? ¿se tiene idea de Dios si no se le concibe como el Ser infinito? Deberá responderse que no. Luego, siempre que se discurra sobre noción diferente, es salir de la cuestión; y no se podría volver á ella, sin que la duda venga á ser lo que antes, es decir, un absurdo, una contradicción real en los términos.

Lo que á muchos engaña es, que no sucede lo mismo en otro cualquier ser que Dios. Como todas las criaturas son precisamente contingentes, no entra la idea de existencia precisamente en su noción, de modo que, para asegurarse de la existencia de alguna criatura, es necesario buscar la prueba ó la razon fuera de ella. Aplicar este mismo método á Dios, es trastornar el orden de las ideas, y condenarse á un ateísmo invencible; porque la razon de la existencia de Dios no puede hallarse fuera de él mismo.

No teniendo ya medio alguno para discernir lo verdadero de lo falso en materia de racionio, seria preciso dejar de racioniar, y romper con

PRUEBA FISICA. — Se establece como un axioma incontestable en mecánica, que la materia es indiferente al movimiento y al reposo. Si en efecto la fuese esencial el movimiento, seria imposible concebirla en reposo. Mas, lejos de que no podamos concebirla en reposo, al contrario nos vemos inclinados á mirar el reposo como su estado natural. Muévase un cuerpo inanimado á nuestra vista, al punto nos figuramos una causa de su movimiento, ciertos de que ha comenzado y debe acabar con la impresion de la causa extraña que lo produce. Además, ¿qué entendemos cuando se habla del movimiento esencial á la materia? ¿qué viene á ser este movimiento? ¿es determinado ó indeterminado? Un movimiento indeterminado seria un movimiento en todos sentidos, y que tuviese todos los grados de velocidad á un mismo tiempo. lo que es un absurdo. No hay movimiento sin alguna direccion. Si pues el movimiento necesario es determinado, ¿en qué sentido se mueve la materia necesariamente? ¿Tiene toda la materia en cuerpo un movimiento uniforme, ó cada átomo tiene su movimiento propio? Segun la primera idea, el universo todo debe formar una masa sólida é indivisible; segun la segunda, no debe formar sino un fluido disperso é incoherente, sin que jamas sea posible se retengan dos átomos. ¿En qué direccion se hará este movimiento comun de toda la materia? ¿Será en línea recta ó circularmente, á lo alto ó á lo bajo, á derecha ó á izquierda? Si cada molécula de materia tiene su direccion particular, ¿cuales serán las causas de todas estas direcciones y de todas estas diferencias? Si cada átomo ó molécula de materia no hiciera mas que girar sobre su propio centro, nada habria nunca

menosprecio el último instrumento de nuestros conocimientos.

Ea pues, venid ahora, hombres sin Dios, so-

« que saliese de su lugar, y no habria movimiento comunicado; « y aun seria necesario tambien que este movimiento circular « fuese determinado en algun sentido. Dar á la materia el movimiento por abstraccion, es decir palabras que nada significan; « y darle un movimiento determinado, es suponer una causa que « le determina. Cuanto mas multiplico las fuerzas particulares, « tanto mas nuevas causas tengo que explicar, sin encontrar jamas ningun agente comun que las dirija. Lejos de poder figurarme algun orden en el concurso fortuito de los elementos, no « puedo ni aun imaginar como combaten entre sí, y el caos del « universo me es mas inconcebible que su armonia. » *Emilio*, libro IV.

De nada sirve recurrir á leyes generales para explicar la existencia del movimiento, su mayor ó menor intensidad y sus direcciones diversas. « Estas leyes, » dice tambien Rousseau, « no siendo seres reales ni substancias, deben tener algun otro fundamento que me es desconocido. La experiencia y la observacion nos han hecho conocer las leyes del movimiento; estas leyes determinan los efectos sin mostrar las causas; ellas no bastan para explicar el sistema del mundo y la marcha del universo. Descartes formaba el cielo y la tierra con sus figuras dados; pero no pudo dar el primer impulso á estos, ni poner en juego su fuerza centrifuga sino con el auxilio de un movimiento de rotacion. Newton encontró la ley de la atraccion, pero la atraccion sola reduciria muy pronto el universo á una masa inmóvil: ha sido pues necesario juntar á esta ley una fuerza proyectil para hacer describir curvas á los cuerpos celestes. »

herbios atletas de la nada, venid á tomar posesion de vuestro imperio; le habeis conquistado y os

« Diganos Descartes qué ley física ha hecho girar los torbellinos ;
 « muéstrenos Newton la mano que lanzó los planetas sobre las
 « tangentes de sus orbitas.

« Las primeras causas del movimiento no están en la materia ;
 « ella recibe el movimiento y le comunica, pero no le produce.
 « Cuanto mas observo la accion y reaccion de las fuerzas de la
 « naturaleza, obrando unas sobre otras, mas descubro que de
 « efectos en efectos es necesario subir siempre hasta una primera
 « voluntad que sea causa; porque suponer un progreso de causas
 « al infinito, es no suponer nada. En una palabra, todo movimien-
 « to que no es producido por otro, no puede provenir sino de un
 « acto espontáneo, voluntario. Los cuerpos inanimados no obran
 « sino por el movimiento, y no hay verdadera accion sin volun-
 « tad. He aquí mi primer principio. Yo creo pues que una volun-
 « tad mueve el universo y anima la naturaleza. Este es mi primer
 « dogma y mi primer artículo de fe. » *Emilio*, *ibid.*

PRUEBA MATEMÁTICA. — De la imposibilidad absoluta de que la materia haya existido eternamente, se sigue la necesidad de la creacion, por consiguiente la necesidad de un Criador, ó la necesidad de la existencia de Dios. La imposibilidad de que la materia haya existido de toda eternidad (siempre ó *ab eterno*) se demuestra geométricamente por la imposibilidad reconocida de una serie actualmente infinita de términos, bien sea permanentes ó bien sea sucesivos. (Véase la *Dissert. de Gerdil*, t. III de sus obras, p. 261. — MACLAURIN, *Traité des Fluxions*, introduc. p. 44. MAIRAN, D'ALEMBERT, *etc.*) Yo supongo en efecto la materia eterna, se podrá suponer tambien que el orden presente del universo ha subsistido eternamente; porque por ejemplo, el movimiento de la tierra al rededor del sol, no siendo una cosa que

pertenece; pero no os engañeis, vuestro triunfo será mudo como la muerte. Impotentes para establecer nada, ni aun la duda, si os atreveis á abrir la boca, á pronunciar una sola palabra, se levantará todo el género humano para imponeros

repugne, ha podido existir en cualquier época, y desde luego nada impide suponer que ha existido siempre, ó que la tierra ha cumplido un número actualmente infinito de revoluciones al rededor del sol, lo que envuelve la existencia posible de una serie actualmente infinita de números, y por consiguiente un absurdo demostrado tal matemáticamente. Vengan á moverse dos puntos con la misma velocidad sobre dos paralelos, ó, lo que nada varia en el fondo de la hipótesis, sobre dos líneas, de las cuales una seria una rama de la hipérbola y la otra su asintota; nos reiriamos de quien nos dijese: Llegará un momento en que se encontrarán estos dos puntos. Y sin embargo ¿dónde estaria el absurdo? únicamente en la suposicion de un punto de concurso, cuya existencia no seria posible sino en el caso en que los dos móviles hubiesen recorrido, antes de llegar allí, una serie actualmente infinita de longitudes determinadas. Echemos ahora abajo la hipótesis, supongamos á los dos móviles un movimiento inverso, y que nos digan que partieron del punto en que la asintota toca la curva: ¿será menos absurda la asercion? ¿La indiferencia en el sentido del movimiento hace mas posible el punto del concurso? ¿Hace que la existencia de una serie actualmente infinita de magnitudes determinadas, imposible en el primer caso, sea admisible en el segundo? Reconocida una vez esta imposibilidad, se hace necesario confesar la necesidad de la creacion, y de la existencia de Dios por consiguiente.

silencio; os negará vuestro ser, y nada podréis probarle. Un sombrío y silencioso escepticismo, la noche de los sepulcros, he aquí vuestra herencia. Ninguna verdad, ninguna creencia, ningun amor por consiguiente, y por tanto ninguna acción. ¡O prodigiosa desnudez! Han sacudido, dicen, el yugo: sí; el yugo de la vida, el yugo de la inteligencia. Yo procuro representarme este estado de indigencia total, este vacío tenebroso de la razón, este movimiento sordo del pensamiento, semejante al trabajo interior de la putrefacción en un cadáver; se turba mi vista, y no veo sino sombras que se dan prisa para volver á cubrir un misterio horroroso.

El ateo arrastrado por su doctrina á la destrucción no subsiste sino porque la naturaleza, ó mas bien el mismo Dios, le obliga por fuerza á ser inconsecuente y ceder á cada instante á la autoridad general, como á la regla infalible de lo verdadero. No da un paso que no pruebe su entera fe en alguna verdad, de la cual no tiene otra certeza que el consentimiento comun. Habla, obra, luego cree; porque no se obra sino en virtud de una creencia, y el que habla cree al menos po-

der ser oído; ¿ en qué se apoya esta creencia sino en el testimonio de los hombres? Mas es preciso necesariamente ó admitirlo siempre, ó recusarlo siempre. Negar este testimonio sobre el punto en que es mas unánime, es privarse del derecho de alegarlo sobre cualquiera otro punto; es echar por tierra la base de la razón, y el ateo ni aun racionar contra Dios puede, ni tiene derecho para ser oído, pues que comienza por desechár la autoridad general de la razón.

¿ Quién no se abisma en un asombro profundo á vista de una locura tan extremada, y de un crimen tan grande! ¿ Es posible que el hombre llegue á tal exceso? ¿ Hay verdaderos ateos? Puede ser; porque ¡ ó dolor! ¿ quién conoce los límites de la perversidad humana? « Sin embargo, » dice Bossuet, « la tierra da pocos monstruos de esta especie; quienes, en el imperio de Dios, entre sus obras, sus beneficios, se atreven á decir que no existe y osan quitar el ser á aquel por quien subsiste toda la naturaleza: los

« No hay pueblo tan salvaje, tan bárbaro, » dice Ciceron, « que, aun ignorando lo que debe pensar de Dios, no sepa que

« idólatras mismos y los infieles los miran con horror. Y cuando en la luz del Cristianismo se halla alguno, se debe tener tal encuentro por abominable y desgraciado ¹.

Pero, dicen no se comprende el Ser infinito: ¿ó talentos poderosos que comprendéis todo lo demas que existe! porque, no siendo así ¿les chocaria tanto se les propusiese creer con pruebas ciertas un dogma incomprensible? ¿Se levantarían y declararían con tan fiera altivez contra la idea de Dios? Por tanto, de las cosas que creen, ninguna hay que no conozcan, que no comprendan perfectamente. ¿Qué creen pues? ¿Creen en la atraccion? Si, sin duda. ¿Luego comprenden que los cuerpos, aunque distantes, obran unos sobre otros al traves del vacio? Si así es, expliquennos claramente el modo con

« se debe creer en su existencia: y la idea de Dios es para el hombre como una memoria y un reconocimiento de su origen. *Nulla gens est, neque tam immansueta, neque tam fera, que non, etiamsi ignoret qualem habere Deum deceat, tamen habendum sciat. Ex quo efficitur illud, ut is agnoscat Deum, qui, unde ortus sit, quasi recordetur et agnoscat.* De Legib. lib. I.

¹ Primer sermón de la Dominica primera de Adviento.

que se obra esta accion: ¿Creen en la comunicacion del movimiento? Si tambien. Digannos pues que es la fuerza, y como se transmite. ¿Es un ser fisico? ¿Lo comprenden? Si es una porcion de materia que pasa de un cuerpo á otro, será preciso buscar una causa de esta comunicacion, ó una nueva fuerza que la determine, y así hasta el infiuuto. Si no es cosa material, ¿cómo, lo que no es material obra sobre la materia, y produce en ella modificaciones sensibles tales

« He aqui lo que dice el mismo Newton: « Es inconcebible que la materia bruta é inanimada pueda obrar sobre otra materia sin un contacto mútuo, ó sin que medie algun agente inmaterial; sería preciso que así fuese, suponiendo con Epicuro, que la gravitacion ó la gravedad es esencial é inherente á la materia; y esta es una de las razones, que me ha hecho suplicaros no me atribuyéssis la opinion de la gravedad innata. Lu suposicion de una gravedad innata esencial é inherente á la materia, de tal modo, que no pueda obrar un cuerpo en otro á distancia y por entre el vacio, sin algun otro intermedio que propague de uno á otro la fuerza y accion reciproca; esta suposicion, digo, es, con respecto á mí, un absurdo tal, que no creo haya hombre dotado de una facultad ordinaria de pensar en objetos fisicos, capaz de admitirla. La gravedad tiene por causa un agente que obra constantemente segun ciertas leyes; pero ya he dejado á la decision de los lectores la cuestion de saber, si este agente es material ó inmaterial. *Troisième lettre au docteur Bentley.* »

como el movimiento? ¿ Creen en la materia misma? ¿ Creen en el pensamiento? ¿ Creen en la vida? Es preciso que crean: porque la naturaleza les impone estas creencias y otras mil con un soberano imperio: es indispensable que crean en ellas, á pesar de la impotencia absolutísima de concebir nunca qué cosa es materia *, qué cosa es pensamiento, ni qué cosa es vida. Nada les es mas incomprendible que su ser. Nada conocen plenamente, toda su ciencia se compone de retazos. No solamente se les escapa el todo, sino que apenas se dejan entrever las partes que tienen mas cercanas. Su concepcion no es proporcionada á nada de cuanto existe; se pierde y estrella en un átomo; ¡ y quieren comprender claramente á aquel que ha creado de la nada este mismo átomo y el universo! ; Insensatos! ex-

* D'Alembert reconocia esta imposibilidad de comprender las cosas que están menos sujetas á la duda. Confiesa en términos formales « que la naturaleza del movimiento es un enigma para los filósofos; que el principio metafísico de las leyes de percusion les es tambien desconocido; y que cuanto mas profundizan la idea que se forman de la materia y de las propiedades que la representan, mas se obscurece esta idea, y parece se les quiere huir. » *Préface de l'Encyclop.*

pliquenme solamente un grano de arena y yo les explicaré á Dios.

Mas yo quiero que su razon misma se asombre de su debilidad; quiero mostrarles en esta verdad que no quieren admitir por causa de los misterios que encierra, la idea mas simple y clara que puede entrar en el espíritu humano; de modo que, excepto un corto número de ciegos, no hay un solo hombre que no la perciba fácilmente al punto que se le presenta. Y si no fuese así, ¿ de dónde podia venir esta creencia unánime, y este nombre mismo de Dios que se oye y entiende en todos los pueblos? ¿ No se ha de ver en él mas que una simple palabra adoptada por convenio, y sin que tenga sentido? No, no cabe tal absurdo *. Pero si esta palabra tiene un sentido, y en todas partes el mismo, luego se le comprende; y cuando todo el género humano

* Algunos pueblos ni aun tienen voz especial que corresponda á la de Dios, designan al Ser infinito, sea por su nocion esencial, ó bien sea por alguno de sus atributos. Le llaman unos el grande Espíritu, otros el Criador de los cielos y de la tierra, el soberano Monarca del cielo, el Dueño de la vida, el Rey espiritual, etc. etc. Visto eso, parece no dirá el ateo, tratando de Dios: *Es una palabra.* No; es una idea, una creencia y en todas partes la misma.

atestigua que comprende, empeñarse en sostener que no se comprende, esto ciertamente no es probar la fuerza de su razon, es si, hacer ingenuamente la confesion de la imbecilidad mas profunda ó de la locura mas pasmosa.

Mas para tratar á fondo la materia, Dios no tiene relacion necesaria sino consigo mismo, mientras que los seres finitos ó limitados, por lo mismo que son contingentes y partes de un todo, dependen unos de otros en cuanto á su modo de existir, y de una causa exterior en cuanto á su existencia. No es posible pues concebirllos sin concebir al mismo tiempo esta primera causa, centro y razon de todos los seres; ella es el término de todos nuestros pensamientos, y en ella unicamente es donde nuestro espíritu, errante de efecto en efecto puede encontrar un punto de reposo. Además, luego que solo el ser es el objeto de nuestras concepciones, no siendo inteligible la nada, la idea mas natural, la mas luminosa es necesariamente la del Ser sin restriccion, sin límites, del Ser *uno* que se define diciendo que él es. Esta idea inmensa no está solamente en armonía con nuestra inteligencia; ella es nuestra

misma inteligencia: y he aquí porque el ateo, negando el soberano Ser, se ve forzado á negar todos los seres, á negarse á sí mismo, y nada puede afirmar, nada puede enunciar porque no puede pronunciar la palabra *es*, que es el nombre propio de Dios*.

El ateismo pues, hablando propiamente, no

* Esto estaba ya escrito cuando hemos visto la misma observacion aclarada con toda la extension que no permite nuestro plan en las *Recherches philosophiques sur les premiers objets des connaissances morales, par M. de Bonald*: obra tan digna de atencion por la profundidad de sus miras y la fuerza del raciocinio, como por la nobleza del estilo y la constante elevacion de los pensamientos. Guiados por la misma *fe* que este filósofo ilustre, y tanto mas grande cuanto mas cristiano, hemos tenido muchas veces la dicha de encontrar las mismas verdades: así como una simple navecilla dirigiéndose por el mismo punto de los cielos, puede abordar á las mismas riberas que un gran bajel, rey del Océano. Y pues que hemos nombrado á M. de Bonald, permitásenos citarle á él mismo, en prueba de esta providencia que veía sobre los pueblos y, cuando conviene, da á ciertos hombres la excelsa mision de anunciar las verdades que se hacen necesarias, y defender contra el orgullo y los errores del hombre, la causa de Dios eternamente atacada y eternamente victoriosa. No temo decirlo: el autor de la *Théorie du pouvoir politique et religieux*, de la *Législation primitive, etc.*, ha sido en este siglo de tinieblas, el fundador de las últimas esperanzas que restan tal vez á las naciones, y el buen genio de la sociedad.

es una doctrina, no una opinion, sino un desórden mental, el término último del extravio del espíritu ó la extrema locura: y no se debe ya argüir contra aquel que niega á Dios, ó se hace Dios, porque este en el fondo es el mismo error*; así como no se arguye contra el insensato que se cree rey. Desde luego que se opone la razon privada á la de todos los hombres, que se niega el testimonio de todo el género humano, ya nada queda comun entre las inteligencias, no hay base sobre la cual pueda apoyarse un raciocinio; y si el ateo fuese consiguiente, si pudiese serlo, su razon sin punto de apoyo se empeñaria inútilmente en salir de su inmovilidad estúpida.

En fin he aquí el punto á que puede llegar el hombre á fuerza de orgullo. Odiará al autor de la vida, y aun la vida misma. Ciego y cobarde

* Así es como el ateismo práctico, ú el olvido de Dios, y el ateismo dogmático, ú la negacion de Dios conducen con mucha prontitud á la adoracion del hombre. Buen ejemplo es la idolatria; pero nada de esto se aproxima ni con mucho á lo que hemos visto en nuestros días; porque el culto tributado á la *Diosa Razon* excede infinito á todas las extravagancias y crímenes hasta entonces conocidos.

hasta lisonjearse de vencer sus destinos inmortales se le verá, huyendo y separándose de todo lo que es, trabajar con ardor en las tinieblas para abrirse un eterno sepulcro. ¡O miseria infinita de un ser cuyos pensamientos todos, todas sus esperanzas dependen de la nada! pero; ó desórden todavía mas horroroso! De aquí ese asombro que se apodera de los pueblos, ese horror profundo que manifiestan al ver un hombre sin Dios; horror tan natural como el del asesinato: y el ateismo en efecto no es mas que la desesperacion de una razon enagenada, y el suicidio de la inteligencia.

Ciertamente jamas pudo concebirse mayor crimen: encierra este en sí una perversidad tan asombrosa, que sola la Religion la explica por sus dogmas. Sí; sin duda, aquí hay algo sobrenatural; la accion de un ser malo sobre un ser degradado, de un tirano sobre su esclavo, es

* Es cierto que la ignorancia del ateo es muy desgraciada, y que es una gran calamidad para el alma el ver mal ó estar ciega con respecto á tan dignas y grandes cosas, teniendo tenebroso y obscuro lo mas claro y principal de su vista, que es el conocimiento de Dios. PLUT. *De la Superstit.* trad. d' Amyot.

demasiado visible para ser desconocida ; porque ningun ser puede caminar naturalmente á su destruccion. Que el alma mate al cuerpo se comprende ; ella obra fuera de si y sobre un sujeto que la está sometido ; pero que la misma alma, la inteligencia se destruya voluntariamente, esto no solo es incomprensible sino contradictorio ; y nunca podrá darse razon alguna de este movimiento desordenado de un ser inteligente hácia la muerte, sino suponiéndole dominado por una fuerza extraña, por un *espíritu* mas poderoso que le seduce ó le oprime.

Hemos probado que la existencia de Dios, atestiguada unánimemente por el género humano, reúne en el mas alto grado todos los géneros de certeza, de suerte que no es posible negarla sino por una oposicion violenta á la naturaleza que nos manda deferir al testimonio universal, y arruinando la base de la razon, que desde luego queda eternamente impotente para asegurarse de ninguna verdad. Considerando pues la existencia del soberano Ser como un hecho incontestable y mas incontestable aun que nuestra misma existencia, expondremos en el ca-

pítulo siguiente las consecuencias que se deducen relativamente al origen y certeza de nuestros conocimientos, y puede ser no haya quien no se asombre al ver cuanta luz derrama este solo hecho tan grande y tan sencillo, sobre las leyes de nuestra inteligencia, y á qué altura nos eleva.

CAPITULO III.

CONSECUENCIAS DE LA EXISTENCIA DE DIOS CON RESPECTO AL
ORIGEN Y CERTEZA DE NUESTROS CONOCIMIENTOS.

Al entrar en la carrera inmensa que nos hemos propuesto recorrer, el hombre es el primer objeto que debió fijar nuestras miradas. Viéndole colocado al frente de la creación que él domina con su pensamiento, no podíamos ya bus-

car mas alto la luz. Sin embargo, cosa extraña, mientras que le hemos considerado solo, no nos ha presentado mas que tinieblas y contradicciones. Incapaz naturalmente de llegar á la certeza, obligado á dudar de todo y de si mismo, le arrastra irresistiblemente su razon al pirronismo absoluto; de suerte que su mas noble facultad sería para él una causa de muerte, si no existiese en él no sé qué principio enérgico de fe que le conserva, forzándole á deferir á la autoridad general, regla inmutable de sus creencias, y ley universal del mundo moral; al modo que la atraccion, ó la autoridad del Criador que obra por su voluntad sobre la materia, es la ley del mundo fisico.

Mas, pues que los seres inteligentes no están unidos sino por esta ley, no subsisten sino en virtud de esta ley, luego es conforme á su naturaleza; porque es propio de la naturaleza de los seres subsistir y estar unidos; y á causa de sus relaciones reciprocas, su existencia misma depende de su union. Luego toda filosofia que, en vez de establecer los derechos de la autoridad y recibir dócilmente sus decisiones, las somete á

la razon individual, es contraria á la naturaleza de los seres inteligentes, y camina á destruirlos destruyendo toda creencia, y reduciendo, si puedo explicarme así, el hombre intelectual á aquel estado de la naturaleza bruta á que se ha querido llevar al hombre social; estado de aislamiento, de debilidad, de independencia y de guerra de cada uno contra todos, en que ni aun el hombre fisico puede vivir, porque el hombre moral no puede ni formarse en él, ni conservarse.

Y esto nos explica la contradiccion aparente que hemos observado entre la razon del hombre que le detiene en la duda, y la inclinacion irresistible que le fuerza á creer. Ciertamente la razon, que está tambien en la naturaleza, ó mas bien, que es la naturaleza misma del hombre, no puede ser naturalmente opuesta á esta inclinacion, no puede caminar naturalmente á la destruccion del hombre, ó á su propia destruccion; y si á pesar de esto hemos observado en ella esta tendencia, es, porque al punto que se aísla, se pone en un estado contrario á la naturaleza, y carece de una condicion necesaria á su existencia.

Así el desarrollo de la razon, nulo en el individuo separado, desde la primera edad, de la sociedad de sus semejantes, extremadamente limitado en los salvages, entre los cuales se ve apenas algunos elementos groseros de sociedad, se proporciona siempre al desarrollo del orden social; y la razon del hombre no es mas que la razon de la sociedad cuya parte es, así como la razon de la sociedad no es mas que su civilizacion, de donde resulta la union mas ó menos perfecta de sus miembros; y he aquí porque, cuando el hombre, rompiendo esta concordia, principio de su fuerza y vida, quiere rehacer la sociedad con su razon individual, todo perece, tanto la sociedad como el hombre mismo.

¿Y cómo podemos sorprendernos de esta dependencia mútua de los espíritus, cuando vemos en el universo, por todas partes una dependencia igual, cuando no descubrimos en él algun ser que no tenga relaciones con los seres de la misma especie y con todos los seres, ninguno que pueda *vivir solo*, y en fin, cuando en todas partes la ley general de la autoridad ó de la necesidad, que es la autoridad para los brutos, los conserva

uniéndolos segun las leyes particulares derivadas de su naturaleza?

Lejos pues de sorprendernos de que nuestra razon, limitada á si misma, no encuentre en si mas que incertidumbre y duda, debemos ver en esta extincion de la verdad y de la vida la consecuencia necesaria de un gran desórden, y la ejecucion horrorosa de la sentencia de muerte pronunciada por la naturaleza contra todo ser que, lisonjeándose de una total independecia, se separa de la sociedad á que debe pertenecer. Pero restablézcase el órden, pónganse en relacion las inteligencias, la ley de su existencia se manifiesta al punto; porque para ellas, vivir es creer: y el primer fenómeno de la vida intelectual en todos los pueblos, el mas general, el mas constante, es la creencia de un Dios, causa universal y última razon de todo cuanto existe.

Esto supuesto, deliberar solamente si se creerá que existe, mantener indecisa esta verdad excelsa, hacerse juez, es hacerse superior á todas las sociedades y á todos los siglos, es recusar la razon humana en el momento mismo en que se apela al racionio.

Dios existe, porque todos los pueblos atestiguan que existe; Dios existe, porque ni aun es posible al hombre pronunciar que no existe, porque negándose á creer en el por el testimonio universal, pierde el derecho de afirmar cosa alguna.

No nos hablen ya pues de objeciones estos espíritus soberbios, que no saben mas que arrancar de sus fundamentos y sacar de quicio la razon humana, para formarse con sus ruinas un baluarte contra Dios. ¡Cómo puede haber objeciones, donde no hay no digo yo verdad cierta, pero ni aun pensamiento seguro de si mismo! ¡Objeciones! ¿y de dónde las sacarán? ¿cómo las enunciarán? ¡O insensatos! á nosotros solos pertenece la palabra, porque nosotros poseemos la fe: á ellos el silencio, bajo las ruinas de su inteligencia desplomada.

Mas si nosotros hemos llegado á esta fe sublime, como llegamos á la misma vida por sendas inexplicables y como por una poderosa necesidad de ser, todo va ahora á aclararse, y nosotros descubriremos con evidencia la razon del órden á que la naturaleza nos obligaba á

conformarnos sin comprenderlo. Y aquí es donde en vez de prostituir nuestro espíritu á una contemplacion solitaria de sí mismo, que le enerva y le mata, es preciso elevarnos á aquella alta filosofía que, uniendo lo que nunca debe separarse, la primera causa y sus efectos, Dios y el hombre, parece no ser en su simplicidad fecunda mas que la expansion de una sola idea.

Pretenda lo que quisiere el orgullo, nosotros no tenemos la luz en nosotros mismos¹: así, cualquiera que se obstina en encontrarla en sí, cae al punto como hemos visto, ú en un escepticismo desesperado, ú en los desvarios lastimosos

¹ *Dico quia tu tibi lumen non es*; « No digas ser tu propia luz, » dice San Agustín (*Serm. 8, de Verbis Domini*). Lo mismo sucede con los ángeles, segun el mismo Padre. « La sabiduría inmutable de Dios, el Verbo que ilumina toda inteligencia que viene á este mundo, es su luz. » *Proinde facti sunt participes lucis æternæ, quod est ipsa incommutabilis sapientia Dei, per quam facta sunt omnia, quem dicimus unigenitum Dei filium, ut eâ luce illuminati quâ creati, fierent lux, et vocarentur dies participatione incommutabilis lucis et dei, quod est verbum Dei, per quod et ipsi et omnia facta sunt. Lumen quippè verum, quod illuminat omnem hominem in hunc mundum venientem, hoc illuminat et omnem angelum mundum, ut sit lux non in se ipso, sed in Deo.* De Civitate Dei, lib. XI, cap. IX.

de una ciencia idiota, que destruye el entendimiento para mejor conocerle, y busca en la muerte la razon de la vida. Sepultado en una vasta ignorancia, de la que solo sale por la fe, tiene el hombre sensaciones, pensamientos; y mientras está concentrado en sí mismo, no está cierto ni de sus sensaciones ni de sus pensamientos; el hombre existe, y no está cierto de su ser²: esto es, porque no es él mismo la causa, y porque buscar la certeza de nuestra existencia, es buscar su razon que no está en nosotros. De la idea de un ser contingente, nunca se deducirá su existencia actual; y todos los seres finitos ó limitados separados de la primera causa, no podrian adquirir la certeza racional de su existencia, porque la verdad es el ser, y por tanto no hay verdad necesaria sino en el ser necesario. Quite-se á Dios del universo, y el universo no será mas que una grande ilusion, un sueño inmenso, y como una manifestacion vaga de una duda infinita.

Mas luego que conocemos á Dios, todo cam

² Véase a *Defensa*, cap. III hasta IX.

bia, y el universo, explicado por su voluntad y omnipotencia, se une, por decirlo así, á su causa, y se afirma sobre esta base indestructible. Se percibe claramente la razon primera de todos los efectos y de todas las existencias, y las inteligencias creadas, subiendo hasta su origen, se encuentran y reconocen en la inteligencia eterna, de donde todas emanaron.

Allí es, en el principio mismo de la verdad y de la vida, donde el hombre descubre la razon de la ley general de la autoridad, fundamento de la vida intelectual, y único medio por el cual ella puede comenzar y transmitirse.

La vida es la verdad, es Dios; y tan imposible es concebir una inteligencia sin verdad, como una inteligencia que no piense, pues que no se piensa sino en aquello que es, ó en lo que puede ser. Luego para las criaturas inteligentes, vivir, es participar del ser de Dios ó de su verdad; y ellas reciben juntamente la verdad y el

Los antiguos lo reconocian..... El entendimiento divino da la existencia al alma por la comprension de su esencia. Luego consiste la esencia del alma en comprender cualquier cosa

ser, pues que el ser y la verdad son una misma cosa; y si pudiesen darse á sí mismas la verdad, se darian el ser *. Siendo puramente pasivas en

« que sea, es decir Dios, de quien depende ella. Nuestro SER es
 « conocer á Dios, porque lo que constituye especialmente el alma,
 « es la inteligencia divina, en la que ser ó existir es lo mismo que
 « comprender las cosas divinas por un acto perpetuo. » *Intellectus
 divinus dat esse animæ per intelligere suum essentielle.*
*Ergo esse animæ est quoddam intelligere scilicet Deum, unde
 dependet. ESSE nostrum, est Deum cognoscere, quia præcipuum
 esse animæ, est intellectus suus, in quo idem est esse,
 quod intelligere divina actu perpetuo.* (JAMBlich. in *Myster.*,
 cap. 1.) Dice Bossuet : « Los sentidos no llevan al alma el co-
 « nocimiento de la verdad, la excitan, la despiertan, la advierten
 « de ciertos efectos : ella tiene solicitud para buscar las causas,
 « pero no las descubre, no ve los enlaces ni los principios que
 « dan movimiento á todo, sino por una luz superior que viene
 « de Dios, ó que es Dios mismo. Luego Dios es la verdad, por sí
 « misma siempre presente á todos los entendimientos, y el ver-
 « dadero origen de la inteligencia. Por esta parte es por donde
 « ella ve, respira y vive. » *Traité de la Connaissance de Dieu
 et de soi-même, cap. v, n. 14.*

* Es esto tan evidente, que Voltaire mismo conviene en ello. Dice : « Yo adquiero un conocimiento, pero no puedo dármelo.
 « Mi inteligencia no ha podido ser su causa; porque es neces-
 « rio que el efecto se contenga en la causa. Ahora bien; mi pri-
 « mer conocimiento adquirido no estaba en mi inteligencia, no
 « estaba en mí; pues que él ha sido primero; sin duda se me dió
 « por el que me ha formado, y por el mismo que lo da todo, sea
 « él quien fuere. » *Action de Dieu sur l'homme. OEuvres de
 Voltaire, tom. XL, p. 589. Edic. de Kehl.*

tanto que la palabra las fecunda en el seno de la nada, en tanto que derrama en ellas sus primeros pensamientos ó las verdades primeras, ellas no pueden ni inventarlas, ni juzgarlas, ni negarse á recibirlas, porque la vida en su origen es independiente de la voluntad, y porque no es posible haya voluntad donde no hay todavía vida.

Existe pues necesariamente para todas las inteligencias un orden de verdades, ó de conocimientos revelados primitivamente, es decir, recibidos originariamente de Dios como condiciones de la vida, ó mas bien como la vida misma¹; y estas verdades de fe forman el fondo inmutable de todos los espíritus, el vinculo de la sociedad y la razon de su existencia.

Si pudiéramos cambiar nuestras ideas esenciales, perderlas enteramente, y formarnos otras nuevas, cambiaríamos nuestra naturaleza. El hombre, que tiene facultad de comparar, de combinar las ideas, ó las verdades que tiene re-

¹ « Debemos, » dice Platon, « buscar en todo la *causa divina*, para asegurarnos una vida feliz, en cuanto lo permita nuestra naturaleza. » *Καὶ τὸ μὲν θεῶν (αἰτίων) ἐν ἅπασιν ζητεῖν κτήσεως ἕνεκα εὐδαιμονοῦ βίου, καὶ ὅσον ἡμῶν ἢ πῶς ἐὺδέχεται* PLAT. in *Tim. Oper.* tom. IX, pág. 383. Edic. Bipont.

cibidas, y de descubrir sus relaciones, está en la misma imposibilidad para inventar una verdad nueva, que lo está tambien el género humano desde su origen, pues no ha inventado alguna. Estas ideas, ó verdades son las mismas en todas las naciones; y no varian, sino cuanto al grado de su desarrollo ú extension ulterior. Unos ven mas, y otros menos, pero todos ven, todos sin excepcion, y no ven mas que lo existente en todas partes, lo que han visto y verán perpetuamente todos los hombres. Disipar la ignorancia no es crear la luz, sino desgarrar el velo que la ocultaba en parte. Sea que brille el sol en un dia sereno, sea que le oculten las nubes en un dia nebuloso, siempre es el sol quien nos alumbra, no hay region alguna privada de su benigna influencia; nunca está totalmente obscurecido. Las tinieblas no están sino en la vista débil, ó en el que voluntariamente cierra los ojos. Dios *ha hecho bien todas las cosas*¹, y el mal y el error no vienen sino de la voluntad corrompida de la criatura, de su rebeldia contra las leyes, segun las cuales ella misma existe.

¹ MARC. VII. 37.

Así como la verdad es la vida, la autoridad, ó la razón general manifestada por el testimonio ú por la palabra, es el medio necesario para llegar al conocimiento de la verdad ó á la vida de la inteligencia*; y el hombre no vive con solo pan, sino

* Los Padres de los primeros siglos insistían mucho sobre este punto, cuando combatían á los filósofos enemigos del Cristianismo. Hacen ver con gran energía la impotencia de la razón, abandonada á sí misma, y la necesidad de una revelación, que es el fundamento de nuestros conocimientos, y sin la cual no tendríamos ni aun la idea de Dios. Oigase á Orígenes: « Lo decimos pues; sí; la naturaleza humana no puede, entregada á sí misma, ni buscar á Dios como se debe, ni hallarle. Es preciso que la ayude en sus investigaciones el mismo que es el objeto de ellas..... Conocemos como vosotros, filósofos, que la esencia de Dios es inefable. Como vosotros sabemos es difícil á la feble vista del hombre descubrir al Criador de este mundo, que nos cerca. Pero si no decimos como vosotros, que es posible formar en el entendimiento la idea de Dios, de las ideas de todos los demás objetos que son materia de nuestros conocimientos, y acercarse en cierto modo al sumo bien, adoramos al Verbo Dios, que ha dicho: *Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el hijo quisiere revelársele.* (MATTH., XI, 27.) Así, Dios según nuestro dictámen no puede ser conocido sin un beneficio particular de Dios. Sin este auxilio sobrenatural, decimos, y lo decimos sin restricción, el conocimiento de Dios excede infinitamente las fuerzas de nuestra naturaleza; y no solo no podemos llegar á este conocimiento perfecto, que de él nos da el Verbo, sino que no podemos ni aun hallar en nuestras ideas

con toda palabra que sale de la boca de Dios¹. Luego vive por su verdad, que le comunica haciéndose realmente presente á su espíritu y alimentándole con su substancia, don prodigioso, sacrificio verdadero de amor, cumplido también por la palabra, y en el cual descubrimos el origen, la base, la condición indispensable de toda sociedad; y en efecto Dios no ha podido hablar al hombre sin entrar en sociedad con él, sin revelar le su ser, porque el lenguaje mismo no es otra cosa que la expresión general del ser ó del Ser universal; y sin nombrar á Dios, ni aun sería posible hablar, pues que no se puede hablar sin pronunciar ó sin concebir la palabra *es*; y esta palabra maravillosa, el verbo, razón del lenguaje, como el Verbo substancial es la razón del Ser infinito, es en el discurso lo que Dios mismo es en el universo, el fondo de donde todo sale*, el vínculo que todo

* algo que pueda suministrarlos la menor noción. » ORIGEN. *contr. Cels.*, lib. VI, n. 42 y sig.

¹ *Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei.* MATTH., IV, 4.

* Los paganos mismos lo advirtieron así: « Hasta que el verbo no parece en la frase, no habla el hombre: *mete ruido.* » PLUT. *Questions platoniques*, cap. IX, trad. d' Amyot.

lo une, la luz, la vida, y la expresion propia de la certeza, pues que ni aun hay otro modo de afirmar.

Así el hombre no ha podido existir como ser inteligente, no ha podido hablar sin conocer á Dios, y no ha podido conocerle sino por la palabra. Luego es imposible que la palabra sea una invencion del hombre *. Y si se quiere otra

* Este es el parecer de Platon, y es fácil conocer, que lo habia tomado de las tradiciones antiguas, de las que por lo general se apartaba menos que los demas filósofos griegos. « El poder que ha impuesto los primeros nombres, » dice, « es superior al poder humano..... Los Dioses impusieron los primeros nombres y en esto consiste que son verdaderos. » — *Μεῖζω τινὰ δύναμιν εἶναι ἢ ἀνθρώπειαν τὴν θεμενὴν τὰ πρῶτα ὀνόματα τοῖς πράγμασιν. Ὅτι τὰ πρῶτα ὀνόματα οἱ θεοὶ ἔτεσαν καὶ διὰ ταῦτα ὁρθῶς ἔχει.* (PLAT. in *Cratyl.*) Estas últimas palabras no son mas que la traduccion de una máxima de Zoroastro, adoptada por la escuela de Alejandria, y tomada de entre los oráculos caldaicos. « No cambies los nombres bárbaros; porque Dios ha dado á cada cosa su nombre, y estos nombres tienen una secreta virtud en los sagrados misterios. »

*Ὄνόματα βάρβαρα μή ποτ' ἀλλάξῃς,
Ἔστι γὰρ ὀνόματα παρ' ἐκαστοῖς θεόδοτα
Δύναμιν ἐν τελετοῖς ἀρρήτων ἔχοντα.*

(*Oracula Zoroastr. ap. Clerici, Philos. oriental.*

lib. IV, tom. II. *Oper. philos.*, pág. 528).

Las lenguas no han podido inventarse progresivamente y por

prueba tomada de su naturaleza particular, obsérvese, que atendida la ligazon intima de las dos substancias, el pensamiento, como todas las demas operaciones humanas, tiene sus órganos propios; de modo que á cada pensamiento corresponde una cierta modificacion del cerebro, por consiguiente alguna cosa sensible, tal como la palabra, que ya sea oral ó pronunciada, ya sea escrita, tiene relacion con muchos de nuestros sentidos. Luego una idea sin expresion seria

decirlo así pieza por pieza. Todas las partes esenciales del discurso han debido existir simultáneamente, sin lo que, estas lenguas incompletas no hubieran podido *hablarse*, ni, por consecuencia perfeccionarse. Así es que las lenguas mas antiguas, no son inferiores, en modo alguno, á las inventadas despues. Nos parece además reconocer en ellas una superioridad real. Ninguna lengua moderna, ni el latin, ni el griego, no puede compararse con el hebreo, la mas concisa de las lenguas, como tambien la mas fecunda y la mas clara en medio de su concision. Qué número prodigioso de combinaciones no supone el solo mecanismo de los elementos necesarios del lenguaje. Ahora bien, antes de combinarlos debian existir, debian haberse inventado, y ¿cómo hubieran sido inventados, si no se hubieran echado de ver antes las relaciones, ó las combinaciones, mediante las cuales vienen á ser la expresion del pensamiento? Por esto confiesa Rousseau que *la palabra le parece haber sido muy necesaria para inventar la palabra*. En suma el inventor del lenguaje hubi'ra inventado la razon humana.

una idea que no formaría imagen (ó no dejaría rastro) en el cerebro : que no afectaría el órgano del pensamiento ; lo que es contradictorio. Nos representamos los objetos sensibles con el auxilio de sus imágenes ; las palabras son las imágenes de las ideas.

Luego el hombre en fuerza de su naturaleza , siendo ser corporal é inteligente , no puede pensar sin palabras , como no puede ver sin luz * ; luego no ha podido inventar la palabra , pues que esta invencion supone ideas preexistentes , la necesidad , y tambien el medio de comunicárnoslas. Luego ha sido necesario que recibiese de una vez las ideas y las palabras , porque siendo estas de institucion arbitraria , no despiertan necesariamente por sí mismas ninguna idea , como se ve todos los días de pueblo á pueblo por la diversidad de las lenguas.

Así el pensamiento y la palabra han sido revelados simultáneamente ; y como todas las verda-

* Acerca de la imposibilidad de que el hombre haya inventado el lenguaje. véase la excelente disertacion de M. de Bonald : *Recherches philosophiques*, tom. I.

des están en Dios , que las conoce ó se conoce á sí mismo , por su pensamiento , su inteligencia , cuya eterna manifestacion es la palabra substancial , el Verbo † ; la palabra exterior no es mas que el medio de comunicacion entre nuestra inteligencia y la Palabra divina ó la Verdad esencial ; y ya sea que subamos al origen del género humano , ya sea que consideremos separadamente cada individuo , la palabra , el Verbo es verdaderamente y en todos sentidos , *la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo* † , y *el soplo de vida que anima su inteligencia* ‡ .

Mas para presentar con su plena evidencia la gran ley de la autoridad , y reducirla á un hecho palpable ; ¿quién duda que el hombre haya recibido , en el momento que salió de las manos del Criador , cuanto le era necesario para conservarse

† *Deus existens, ex se existens Verbum habet : neque Verbum supervenit, cum prius non esset; neque Pater unquam irrationalis, hoc est, sine ratione et verbo fuit. S. ATHANAS. Orat. II contr. Arianos, n. 26.*

‡ *Erat lux vera, quæ illuminat omnem hominem venturum in hunc mundum. JOAN., I. 9.*

‡ *Et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ, et factus est homo in animam viventem. Gen. II, 7.*

y perpetuarse como ser inteligente, del mismo modo que como ser físico *? Luego tambien el pensamiento, luego la verdad, luego la palabra necesaria al menos para comunicar el pensamiento y transmitir la verdad, herencia noble de la vida substituida á todas las generaciones humanas; y esta primera revelacion, explicándonos nuestra existencia, que sin ella seria incom-

* No se reflexiona lo bastante sobre la multitud de cosas que nos es necesario saber para conservarnos; y las que por consecuencia Dios ha debido revelar al primer hombre. No percibe la razon cosa alguna con mas claridad, que la necesidad de esta revelacion primitiva, y no hay tampoco otra tradicion mas universal. Los autores de la raza humana, recibieron inmediatamente del Criador todo lo que nosotros recibimos de nuestros padres y de la educacion; y esto no pudo menos de ser así. « Sabemos en efecto por los escritos de Moises, » dice Origenes, « que los primeros hombres conversaban familiarmente con Dios, y que les enviaba muchas veces sus ángeles. Era propio de la bondad y aun de la justicia de Dios, vigilar especialmente sobre la seguridad del hombre, hasta que la invencion de las artes y el progreso de los conocimientos le hubiese puesto en estado de defenderse por sí mismo, y de no necesitar el apoyo de los ministros del cielo. » (ORIGEN. *contr. Cels.*, lib. IV, n. 80.) Segun Clemente de Alejandria, era tan originalmente natural al hombre conversar con los seres celestes, como el existir. Εὐφυρὸν πρὸς τὸν οὐρανόθεν κοινωσιαν. CLEM. ALEX. *Protrept.*, p. 21. Ed. Oxon.

preensible, explica tambien nuestra inteligencia, y nos muestra el fundamento en las verdades esenciales recibidas de su origen, é invenciblemente creidas por el testimonio de Dios, cuya autoridad viene á ser de este modo la base de la certeza, y la razon de nuestra razon.

Dios no se lo dirá todo al hombre, pero le dirá todo lo que es necesario que sepa, y que no puede aprender sino de él. Le revela lo primero su ser; sin esto, tanto el pensamiento como la palabra serian imposibles; le revela las relaciones que hay entre él y Dios, entre él y sus semejantes, porque debe vivir en sociedad con Dios y con sus semejantes, y ni aun puede vivir sino en esta sociedad; y aqui se ve la razon de esta sentencia profunda del Evangelio: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y lo demas se os dará como por añadidura*¹. El reino de Dios es la sociedad de las inteligencias de que es monarca; y su justicia es el orden ó la realizacion de la verdad. He aqui lo único necesario². Lo

¹ *Quærite ergo primum regnum Dei, et justitiam ejus; et hæc omnia adjicientur vobis. MATTH. VI. 33.*

² *Porro unum est necessarium. LUC. X. 42.*

demas que no tiene relacion sino con los órganos y con un punto imperceptible de nuestra existencia, se nos ha dado por añadidura. El mundo físico, poco digno de ocupar el pensamiento, y menos todavía de fijar el amor de una criatura que conoce y contempla á Dios, marcha sin nuestro concurso y provee á nuestras necesidades segun leyes invariables, como si el Todopoderoso le hubiese prohibido turbar en sus altas funciones el ser que hizo á su imágen; y tal es la grandeza del hombre, que el universo todo ha sido abandonado como un juguete, á sus disputas.

Mas la verdad, Dios, no se ha revelado al hombre para solo ser el objeto de una contemplacion estéril. Si el hombre, activo por su naturaleza y sujeto á obligaciones como ser social, conoce, es para obrar, por consiguiente para amar, porque el amor es el principio natural de accion. La verdad nace en el entendimiento por la palabra; mas una vez conocida, produce el amor, que determina los actos con que concur-

Mundum tradidit disputationi eorum. Eccles. III. 11.

rimos libremente á la conservacion del orden de la sociedad establecida entre Dios y nosotros, y entre nosotros y los demas hombres. Hay pues verdades ó una ley moral escrita en el corazon; verdades que se llaman de sentimiento, no porque este sea el principio de ellas, sino porque es su efecto, porque ellas son á un tiempo y por una especie de union substancial, luz en el espíritu y amor en el corazon. Todas las verdades que deben arreglar inmediatamente la conducta son de esta clase; luego son verdades sociales, y no otra cosa que verdades sociales; los errores opuestos son tambien en el corazon que depravan por el odio, principio de desorden y destruccion.

No nos sorprendamos pues de que el sentimiento de la Divinidad, del bien y del mal, de lo justo ú injusto, se encuentren siempre en todos los pueblos. Ellos no han podido existir como pueblos, ni el hombre mismo puede existir como ser moral é inteligente sin conocer á Dios, por consiguiente sin amarle como bueno, ó sin temerle como poderoso; y este temor y este amor han debido necesariamente manifestarse por una accion social, ó por el culto, cuya esen-

cia es el sacrificio. Pero el hombre débil y degradado, mas temeroso del poder que amante de una bondad que no es mas que la justicia, se arroja naturalmente al lado del temor, que es el fundamento de las falsas religiones, como el amor lo es de la verdadera. De aquí nacen dos grandes sacrificios, el del extremo temor, que se manifiesta por la inmolation del hombre, y del amor extremo, que se manifiesta por la inmolation de Dios. Es esta una observacion digna á la verdad de ser meditada profundamente: toda religion verdadera, así como toda sociedad verdadera, se apoya y descansa en el desprendimiento ú sacrificio voluntario del Ser poderoso al ser débil. ¿Lo diré? *Tomará aquel para servir á este la forma de esclavo y, si es necesario, se hará obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.*

Hemos visto ya que la verdad es la vida de nuestra inteligencia, que por tanto no puede existir sino unida á Dios verdad suprema, y que

Qui cum in formâ Dei esset.... Semetipsum exinanivit, formam servi accipiens, ... factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis. Epist. ad Philip. II. 6-8.

la palabra es el vínculo, el *mediador* de esta union. Reveladas las verdades necesarias y el pensamiento mismo por la palabra, se conservan y transmiten del mismo modo por la palabra: y siendo demasiado poderosas para negociar con una razon que está al nacer, entran en el espíritu como soberanas; y ciertamente basta mirar al rededor de sí, para reconocer que el mundo moral no subsiste sino por la autoridad, medio universal de conocimiento, de sociedad y de vida. Así como Dios habló al primer padre, el padre habla al hijo, y el hijo cree en el testimonio del padre, como el padre originariamente creyó en el testimonio de Dios; y tambien aquí hay union, sociedad, porque hay conocimiento, amor de las mismas verdades, y sumision al orden que de ellas nace. Así, y siempre segun la misma ley, se forma la razon de la familia, la razon de los pueblos, la razon del género humano, cuyo testimonio viene á formar la infalible garantía de la pureza de las tradiciones primitivas que conserva, y que no puede perder sin perder al mismo tiempo la palabra, el pensamiento y la vida.

El hombre no puede subsistir como no sea obedeciendo á las leyes físicas, morales, é intelectuales, derivadas de su naturaleza : luego estas leyes, por precision, siempre deben haber sido conocidas, ¿ cómo podría descubrirlas su razon sola, siendo ellas mismas las que la forman, y siendo así, que la razon no comienza á existir, sino desde el momento, en qué comienza ella á conocerlas, luego que la palabra y el testimonio se las ha revelado? Y lo que decimos de las leyes generales, comunes á todos los hombres, se aplica á las leyes particulares, políticas y civiles. La autoridad pues es á un mismo tiempo el único fundamento de la verdad y el único medio del orden ó la felicidad. La obediencia del espíritu á la autoridad se llama *fe*, la obediencia de la voluntad *virtud* : toda sociedad estriba en estas dos cosas. Así el género humano, como el niño y mas que el niño tiene su fe, que es toda su razon ; tiene su conciencia, ó el sentimiento, el amor de las verdades sociales que conoce por la fe ; y la fe en el testimonio del género humano es la mas elevada certeza para el hombre, así como la fe en el testimo-

nio de Dios es la certeza del género humano.

Fuera de aquí no hay mas que una duda universal, y de tal modo destructiva de la razon, que cualquiera que excluyese de su espíritu las verdades incomprensibles que sola la fe conserva en él, y que le han sido reveladas por la palabra, se veria obligado á renunciar á la palabra misma que no conoce sino por el testimonio, y de que no puede usar sino por la fe ; por consiguiente se veria tambien obligado á renunciar á todas sus ideas, á todas sus creencias ; y esto ¿ qué otra cosa es mas que la muerte completa del hombre? Porque donde no hay verdad, no hay amor, no hay accion ; por consiguiente hay muerte : he aquí porque hasta los ángeles de tinieblas, forzados á entrar de nuevo por el castigo en el orden que turbaron por su crimen, creen, porque es preciso que vivan, *credunt et contremiscunt* ¹.

Sin embargo se hallarán, yo no sé en qué baja region de la inteligencia, y como allá en los confines de la nada, algunos espíritus miserables, tristemente orgullosos de errar al acaso por estas

¹ JAC., Ep. II, 19.

soledades desoladas, y á quienes un orgullo estúpido persuadirá, que hechos para reinar sobre Dios mismo, no deben entrar sino como conquistadores en el reino de la verdad. Nosotros no creerémos, dicen, sino lo que nuestra razon comprenda: ¡ó insensatos! ni aun comprenden que el primer acto de la razon es necesariamente un acto de fe, y que ningun ser criado, si no comenzase por decir *yo creo*, podria nunca decir *yo soy*.

¿Dónde está pues la dificultad para entenderlo? Quitese la fe, todo muere; ella es el alma de la sociedad y el fondo de la vida humana. Si el labrador cultiva y confia el grano

'Tis Faith disarms Destruction....

Believe, and show the reason of a man;

Believe, and taste the pleasure of a God;

Believe, and look with triumph in the tomb.

YOUNG, *Night Thoughts*, n. iv.

Teófilo de Antioquia dice en su apología que dirige á Autólico: « No advertis que la fe dirige y precede necesariamente á todas nuestras acciones. » (*Apol.*, lib. I, n. 8.) Los padres antiguos han insistido mucho en esta observacion muy importante en efecto. (Véase EUSEB. *Preparat. Evang.*, lib. I, c. v, p. 15 y 16. ORIG. *contr. Cels.*, lib. I, n. 9 y sig. CIRYL. *Hyerosol. catech.* V.) Clemente de Alejandria prueba en el libro II de los *Stromates*,

á la tierra, si el navegante atraviesa el océano, es porque creen; y en virtud de una creencia semejante es como participamos de los conocimientos transmitidos, y usamos de la palabra y aun de los alimentos. Decimos al niño que coma y come: ¿qué sucederia si exigiese que antes le probásemos que se moriria si no comiese? Se dice á un hombre, quereis ir á tal parte, pues seguid este camino: si se negase á creer este testimonio, antes pasaria la eternidad que el llegase á adquirir solamente la certeza racional de la existencia del lugar á donde desea ir. ¿Cómo sabemos hay entre nosotros y los demas hombres una sociedad de razon, que les comunicamos nuestros pensamientos, y ellos á nosotros los suyos, que los entendemos y nos entienden? porque los creemos y nada mas. El que no quisiera creer todo esto sino por una demostracion rigurosa, renunciaria para siempre del comercio de sus semejantes, se negaria tambien á vivir. La práctica de las artes y oficios, los métodos de enseñanza, descansan so-

que el principio de todas las ciencias no es la demostracion sino la fe. Pág. 369.

bre la misma base. La ciencia al pronto es para nosotros una especie de dogma obscuro, que despues no llegamos á concebir mas ó menos, sino porque primeramente lo hemos admitido sin comprenderlo; porque hemos tenido fe. Llegue esta á faltar un solo instante, el mundo social se verá parado de repente: no habrá ya gobierno, no habrá leyes, transacciones, comercio ni propiedades, no habrá justicia; porque todo esto no subsiste sino por la autoridad y al abrigo de la confianza que el hombre tiene en la palabra del hombre; confianza tan natural, fe tan poderosa, que nadie llegó nunca á sofocarla enteramente; y hasta aquel que se niega á creer en Dios por el testimonio del género humano, no dudará condenar á muerte á su semejante por el testimonio de dos hombres. Así, creemos y se mantiene el orden en la sociedad; creemos y nuestras facultades se desenvuelven, nuestra razon se ilustra y fortifica, nuestro mismo cuerpo se conserva; creemos y vivimos; y estando obligados forzosamente á creer si hemos de vivir un dia, ¿nos sorprenderá sea nece-

sario creer tambien para vivir eternamente?

Cuando parece mas independiente nuestro espiritu, cuando examina, juzga, raciona, obedece todavia á la ley de la autoridad; y tambien solo por la fe es activo; porque para obrar es necesario querer, y no hay voluntad sin creencia. ¿Cómo podria la razon obrar antes de existir? ¿Y qué otra cosa es la razon que la verdad conocida? ¿Qué seria una inteligencia que nada conociese? Buscad en esta noche un objeto de que pueda apoderarse la razon. No le encontraréis ni veréis mas que sombras, porque la verdad, la luz no están allí. Dios la retiene en si mismo; y estos órganos tan perfectos, este cuerpo lleno de gracia y magestad que su mano acaba de formar con complacencia, no es todavia el hombre; pero de repente la palabra le anima. ¡Exista la inteligencia! dijo, y existió el hombre. Desde este punto, sin poder resistir, y por una necesidad invencible de ser ó existir, cree en la verdad que el testimonio le revela, y por la fe toma posesion de la existencia.

Este es el orden que el Criador estableció; nosotros no podemos alterarle; porque está

fuera de nuestro alcance. Sin embargo la verdad que recibió nuestra inteligencia no queda estéril en ella; cultivada por la reflexion se desenvuelve y fructifica; se presentan nuevas ideas, y nosotros las juzgamos verdaderas ó falsas, según la naturaleza de las relaciones que percibimos entre ellas y las verdades primitivas: juzgar no es otra cosa que comparar ideas nuevas a otras ideas que ya existian en nosotros, y las cuales no pudieron ser juzgadas ellas mismas, pues que no pudieron compararse á cosa alguna anterior. Así, para nosotros la verdad, es el conjunto de nuestras primeras ideas, y el error, todo cuanto no es compatible con ellas, y la lógica, que nos enseña á hacer con método este discernimiento, no es otra cosa que la teoría de la fe*.

Llamada la razon humana á su origen, se afirma invariablemente. La vemos, por decirlo así, extender sus fuertes raices hasta el seno de Dios. Allí es donde encuentra la vida. Nacemos á la inteligencia por la revelacion de la verdad; y

* El objeto de la lógica, á lo menos de la verdadera, es enseñarnos cuando debemos creer; así pues debemos, para ser razonables, creer muchas veces contra nuestro juicio particular.

apoyándose en el testimonio de Dios las verdades primitivas, ó sobre una autoridad infinita, tienen una infinita certeza*. Ellas constituyen nuestra razon, la que sin ellas no puede concebirse; y reveladas en su origen por la palabra, se transmiten del mismo modo que esta; luego en la sociedad y solamente en la sociedad*, por-

* Se han obscurecido de tal modo en este siglo filosófico las ideas mas claras, que es necesario responder aquí á una cuestion que hemos oido proponer algunas veces. ¿Podia Dios engañar al hombre ó revelarle errores? Hay contradiccion hasta en los mismos términos; porque no se revela mas que lo que es, y el error no es, ó no existe, no tiene ser. Representémonos el alma humana como una capacidad vacía: preguntar si Dios podia poner en ella el error, es preguntar si podia no poner en ella cosa alguna, ó dejar la inteligencia en la nada; es preguntar si podia á un mismo tiempo crear y no crear. El error no es mas que la negacion de una verdad conocida, una destruccion; ¿y qué quereis destruir donde nada hay?

* De lo que antes hemos dicho se debe saber cuales son los principios naturales de la comunidad ó de la sociedad humana, porque esto es lo primero que se ve en la sociedad del género humano: forman su vínculo la *razon* y el *habla*, la cual concilia á los hombres entre sí y los reúne en una cierta sociedad natural enseñando, aprendiendo, comunicando, discutiendo, y juzgando. No por otra razon sino por esta nos distinguimos tanto de la naturaleza de los animales, en los que decimos muchas veces hay fuerza, como en los caballos, en los leones; pe-

que la verdad que es el bien comun de las inteligencias debe ser poseida por ellas en comun; no pudiendo existir ninguna inteligencia sino con el auxilio de ciertas verdades necesarias, deben hallarse estas en todas las inteligencias, y el testimonio con que se manifiestan no tiene menos certeza que el testimonio de Dios, porque en el fondo no se diferencian uno de otro.

Otro tanto sucede á nuestra razon; porque siendo activa y criada por Dios para un fin que es el conocimiento de la verdad, la razon general no puede errar ó dejar de alcanzar su fin: luego el testimonio universal es infalible.

Es patente además, que si la razon general, ó la razon humana llamada propiamente tal, pu-

« ro no justicia, equidad y bondad, porque carecen de razon y del habla. » *Quæ naturâ principia sint communitalis et societatis humanae, repetendum altius videtur. Est enim primum, quod cernitur in universi generis humani societate: ejus autem vinculum est, ratio et oratio, quæ docendo, discendo, communicando, disceptando, judicando, conciliat inter se homines, conjungitque naturali quâdam societate. Neque ullâ re longius absumus à naturâ ferarum; in quibus inesse fortitudinem sæpè dicimus, ut in equis, in leonibus: justitiam, æquitatem, bonitatem non dicimus. Sunt enim rationis et orationis expertes. CICERO, de Officiis, lib. 1, cap. XVI, n. 50.*

diera errar en un solo punto, podria errar en todos, y en este caso no habria certeza para el hombre. El único motivo que tiene la razon humana, para admitir una cosa como verdadera, es que ella le parezca verdadera. Si este motivo fuera falaz, ya sus creencias carecerian de base alguna, y entonces se seguiria, que Dios al tiempo mismo de dar al hombre el deseo invencible de conocer la verdad, le habria negado los medios de llegar á la certeza de alguna verdad, lo que ciertamente implica contradiccion; luego la razon general es infalible. No debe decirse lo mismo de la razon individual, y se ve el porque: ella no necesita de la infalibilidad, puesto que puede recurrir para rectificar sus errores, á la razon general en cualquier caso de duda, ó equivocacion.

Así la vida intelectual, como la fisica, depende de la sociedad que todo lo ha recibido, y todo lo conserva por estos dos grandes medios, la autoridad y la fe, condiciones necesarias de la existencia. En primer lugar, sociedad con Dios, principio de la verdad, fuente eterna del ser; en segundo, sociedad de las inteligencias creadas,

que Dios ha unido entre sí, como las unió á sí mismo y por las mismas leyes. Nosotros no tenemos ni vida, ni movimiento, ni aun ser sino en él: como emanacion noble de su substancia, nuestra razon no es mas que su razon, del mismo modo que nuestra palabra no es mas que su palabra. Si; alguna cosa grande somos, y yo principio ya á comprender esta sentencia: «Hagamos al hombre á nuestra imágen y seme-

¹ *In ipso enim vivimus, et movemur, et sumus.* Act. XVII. 28.

² «La razon es comun al hombre con los seres celestes y divinos, y con Dios mismo, y de aquí se dice haber sido hecho á la imágen de Dios. Por eso la razon de Dios ó su Verbo es tambien su imágen.» (Orig. *contr. Cels.*, lib. IV, n. 83.) Oigase ahora lo que dice un filósofo pagano: «Como no hay nada mas excelente que la razon, y como ella es de Dios y del hombre, existe lo primero una sociedad de razon entre Dios y el hombre.... Habiendo sido nuestra alma producida por Dios, podemos con justo titulo reclamar una especie de parentesco con los seres celestiales y llamarnos *raza divina*.» Con arreglo á estas y otras varias consideraciones, saca Ciceron esta consecuencia, digna de la mayor atencion: *Luego el hombre es semejante á Dios. — Est igitur, quoniam nihil et ratione melius, ea que et in homine et in Deo, prima homini cum Deo rationis societas.... Animum esse ingeneratum á Deo: ex quo vel agnatio nobis cum celestibus, vel genus, vel stirps appellari potest.... Est igitur homini cum Deo similitudo.* De Legib., lib. I.

«janza». «Hagamos»: aqui hay deliberacion, consejo, alguna sociedad elevada y secreta, cuyo vinculo es tambien la palabra; y me pregunto á mí mismo, ¿qué seria pues el hombre solo, el hombre separado de sus semejantes, y separado de Dios? Yo veo su ser que en todas partes huye de él; no hay ya para él certeza, no hay verdad, no hay pensamiento, no hay palabra; ¡es un fantasma mudo!... No; no es bueno que el hombre esté solo².

Y cuando decimos esto del hombre, entiendase que todas las inteligencias se gobiernan por estas mismas leyes. Ningun ser limitado tiene en sí la luz que ha de ilustrarle, y el mas excelso de los espíritus celestiales, no existiendo sino porque cree, no es menos pasivo que el hombre recibiendo las primeras verdades, y para él como para nosotros, la certeza no es mas que una fe completa en una autoridad infalible.

No tengamos pues en menos nuestra sumision

¹ *Facciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.* Gen. I, 26.

² *Non est bonum esse hominem solum.* Gen. II, 18.

á esta autoridad sublime, á la cual se rinden y humillan los mismos ángeles, y que reina todavía mas alto. El universo material la obedece sin conocerla. Habló una voz á los cielos, y los astros dóciles incesantemente repiten en todos los puntos del espacio, esta gran palabra que ellos no han entendido. La autoridad para ellos no es otra cosa que el poder; mas para los seres inteligentes que viven de la verdad y deben concurrir libremente al orden es *la razon general, manifestada por el testimonio ó por la palabra*. El primer hombre recibe las primeras verdades por el testimonio de Dios razon suprema, y se conservan entre los hombres, manifestadas perpetuamente por el testimonio universal¹, que es la expresion de la razon general. La sociedad no subsiste sino por la fe que tiene en estas verdades, transmitidas de generacion en generacion como la vida

¹ Toda creencia universal es siempre mas ó menos verdadera. es decir, puede muy bien el hombre haber cubierto, y por explicar así, encastrado la verdad por los errores con que la ha sobrecargado; pero estos errores son *locales* y la verdad universal se dejará ver siempre. *Les Sarrées de Saint-Petersbourg par le comte de Maistre*, tom. I, pag. 280.

que se apagaría sin ellas, transmitidas como el pensamiento, pues que ellas son el pensamiento mismo recibido primitivamente y perpetuado por la palabra. Resistir á esta gran ley es luchar contra la existencia; es indispensable para libertarse de ella, cejar hasta la nada. Bajad pues, humillaos, criaturas soberbias que decís: nosotros no creeremos. Y nosotros guiados por la luz que detesta y rechaza vuestro orgullo, nos elevarémos hasta el seno del soberano Ser, y allí de nuevo volverémos á encontrar la ley que os humilla; porque la certeza no es con respecto á Dios mismo, sino la inteligencia infinita, la razon esencial mediante la cual el padre concibe, y engendra eternamente á su Hijo, su Verbo, *la palabra por la que un Dios eterno y perfecto se dice él á sí mismo todo lo que él es*²; testimonio

² BOSSUET, *Élévations sur les Mystères*, II, *Serm. Elevat. A*. Se halla cierta cosa semejante en el hombre, hecho á la imagen de Dios, y Platon lo habia advertido: « Cuanto á mí, » dice él, « el pensamiento es el discurso, que se hace el entendimiento á sí mismo »: — Τὸ δὲ διανοεῖσθαι, ἄρ' ὅπερ ἐγὼ καλεῖ;... λόγον ὃν αὐτὴ πρὸς αὐτὴν ἡ ψυχὴ διαξέρχεται. (PLAT. in *Theat. Op.*, tom. II, p. 150, 151.) Origenes, ilustrado por una doctrina mas elevada, vió toda la verdad de la que no se halla en Platon

siempre subsistente, que es este pensamiento mismo y esta palabra interior, concebida en el espíritu de Dios, quien le comprende todo entero, y abraza en sí misma toda la verdad, que está en él; y la Religión que nos une á Dios haciéndonos partícipes de su verdad y de su amor, no es tampoco, en sus dogmas, mas que este testimonio traducido en nuestra lengua por el Verbo mismo; ó la manifestacion sensible de la razon

mas que el gérmen. « Celso » dice. « hace al Dios incomprendible para el Verbo mismo. Se debe distinguir: porque si habla del verbo que está en nosotros, ó que nosotros pronunciamos acerca de nuestros conocimientos ó discursos: es muy cierto que Dios es incomprendible al verbo, tomado en este sentido. Pero si se trata del Verbo que estaba en Dios, y que era Dios, no puede sostenerse lo que Celso dice. El Verbo divino no solo comprende á Dios, sino que tambien le da á conocer de aquellos á quienes manifiesta el Padre. » ORIGEN. *contr. Cels.*, lib. VII. n. 65.

BOSSUET, *Sixième Avertissement aux Protestans*. n. XXXI.
 « Ah! ¿Quién podría salvar al hombre y conducirle al Dios soberano. mas que el Verbo-Dios? Desde el principio en Dios, se hizo carne en el tiempo á favor de los que no podian verle como Verbo-Dios. Habiendo venido á ser hombre, y tomado una voz corpórea. llama para sí á los que son carne, para hacerlos, lo primero conformes al Verbo, que se ha hecho carne; y lo segundo para elevarlos hasta la contemplacion del Verbo, antes que se hiciera carne: de modo que habiendo venido ellos á ser

universal, en lo que tiene de mas elevado, de mas inaccesible para nuestra propia razon abandonada á sus solas fuerzas; de modo que, si meditamos en esto con atencion, comprenderemos que Dios con su omnipotencia, no podia darnos una certeza mas elevada de las verdades que su hijo vino á revelarnos, pues que encierra su testimonio en sí toda la certeza divina.

Mas el orden que debemos seguir en las ideas, no nos permite ahora detener nuestras miradas sobre estas magnificas armonías que arrebatan de júbilo la inteligencia. Antes de admirar por qué medios la Religión se ha establecido y se conserva, debemos probar que existe necesariamente una verdadera. Será esto fácil ahora que, habiendo colocado ya la razon humana sobre su

perfectos dicen: *Aunque hayamos conocido al Cristo, segun la carne, ahora ya no le conocemos* (II. Cor., V, 16). Hecho ya carne, habitó entre nosotros. Transformóse una vez en el Tabernáculo, donde no solamente se apareció en todo su esplendor, sino que hizo ver allí la ley espiritual y las profecías representadas por las personas de Moises y Elías. Entonces se ha podido decir: *Hemos visto su gloria, la gloria del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad* (JOANN. I.). ORIGEN. *contr. Cels.*, lib. VII, n. 68.

base, sabemos como se puede reconocer con certeza la verdad. No se la pediremos al espíritu del hombre sino á la razon de la sociedad. Consultaremos las creencias, las tradiciones del género humano, examinaremos sus decisiones; y si se presentare alguno que contradiga, abriendo á su vista dos caminos, por uno de los cuales es necesario absolutamente marchar, á saber, la senda solitaria y tenebrosa del juicio individual que viene á parar en la nada, y la senda social de la autoridad que conduce á la vida ó á Dios mismo, solo responderemos: Escoged.

CAPITULO IV.

HAY UNA RELIGION VERDADERA, NO HAY MAS QUE UNA SOLA, Y
ES ABSOLUTAMENTE NECESARIA A LA SALUD.

Por espacio de sesenta años no se ha cesado de defender la causa de la desesperacion y de la muerte: yo emprendo defender la de la esperanza. Un no sé qué me obliga á levantar la voz,

Véase la *Defensa*, cap. XII.

base, sabemos como se puede reconocer con certeza la verdad. No se la pediremos al espíritu del hombre sino á la razon de la sociedad. Consultaremos las creencias, las tradiciones del género humano, examinaremos sus decisiones; y si se presentare alguno que contradiga, abriendo á su vista dos caminos, por uno de los cuales es necesario absolutamente marchar, á saber, la senda solitaria y tenebrosa del juicio individual que viene á parar en la nada, y la senda social de la autoridad que conduce á la vida ó á Dios mismo, solo responderemos: Escoged.

CAPITULO IV.

HAY UNA RELIGION VERDADERA, NO HAY MAS QUE UNA SOLA, Y
ES ABSOLUTAMENTE NECESARIA A LA SALUD.

Por espacio de sesenta años no se ha cesado de defender la causa de la desesperacion y de la muerte: yo emprendo defender la de la esperanza. Un no sé qué me obliga á levantar la voz,

Véase la *Defensa*, cap. XII.

y llamar mi siglo á juicio. Estoy cansado de oír repetir al hombre : Nada tienes que temer, nada que esperar, y fuera de tí mismo á nadie debes cosa alguna. Puede que llegase finalmente á creerlo; puede que olvidando su noble origen, llegase hasta mirarse en efecto como una masa organizada que recibe el espíritu de todo lo que le rodea y de sus necesidades^{*}; hasta decir á la podredumbre, tu eres mi madre, y á los gusanos sois mis hermanos y hermanas[†]; puede ser se persuadiese realmente que estaba libre de toda obligación hácia su Autor; puede ser que hasta sus descos se detuvieran á las puertas del sepulcro, y que, satisfecho con una superioridad frágil sobre los brutos, pasando como ellos sin esperanza de volver, se creyese muy honrado con tener el cetro de la nada. Quiero quebrarle en su mano. Sepa lo que es, conozca su grandeza sin olvidar su dependencia. Se ha trabajado con esfuerzo para destruir sus títulos : ; vana tentativa!

Así define al hombre Saint-Lambert.

^{*} Putredini dixi : Pater meus es; mater mea et soror mea, vermicibus. Job. XVII. 14.

subsisten; y se le mostrarán. Están escritos en su naturaleza misma; y todos los siglos, aun los mas depravados, los leyeron en ella. Les haré comparecer, y se les oirá proclamar la existencia de una Religión verdadera. ¿Quién se atreverá á desmentirlos, y oponer á su testimonio sus pensamientos de un día? Verémos si hay quien se atreva, cuando despertando las generaciones dormidas, y convocando los pueblos que ya no existen, se levantarán del polvo para venir á deponer en favor de los derechos de Dios y los destinos inmortales del hombre.

¿Y por qué ha de perecer? ¿Quién le ha condenado? ¿En qué se funda el juicio de que un día ha de dejar de existir? ¿Acaso este cuerpo que se desmorona y deshace, estos huesos, esta ceniza son el hombre? No; no, la filosofía se da demasiada prisa para sellar la tumba. Muéstrenos partes distintas en el pensamiento, y entonces comprenderémos que es posible se disuelva. No lo ha hecho ni lo hará nunca; jamas dividirá la idea de justicia ni la concebirá dividida en diferentes porciones que tengan entre sí relaciones de grandeza, de forma y de distancia; ella es una

ó no existe. ¿Y acaso se ve con mas claridad que el deseo, el amor, la voluntad sean propiedades de la materia, ó modificaciones de la extension? ¿Se ve claramente que una cierta disposicion de elementos compuestos, produzcan el sentimiento esencialmente simple, y que mezclando substancias inertes, resulte una substancia activa, capaz de conocer, querer y amar *? ¿O efecto maravilloso de la organizacion! Este barro que piso con mis pies no espera mas que un poco de calor, una nueva colocacion de sus partes, para convertirse en inteligencia **, abrazar los cielos y

* El hombre en cuanto al cuerpo no existe mas que en lo presente; y en cuanto al espíritu solo en lo pasado y en lo por venir; porque el pensamiento no puede abrazar lo presente. Luego el modo de existir del cuerpo y del espíritu se diferencian esencialmente; el espíritu y el cuerpo son pues de una naturaleza esencialmente diversa.

** Si no fuera el pensamiento mas que una modificacion de la materia, seria imposible hubiese una sola idea comun entre los pueblos que hablan diferentes lenguas. Cuando pronuncio las palabras Dios, Jehovah, Theos, God, mi oído conmovido por los sonidos diferentes, envia diversas impresiones á mi cerebro. Ahora bien si las diversas modificaciones del órgano material del pensamiento son el pensamiento mismo, es claro, que modificando estas cuatro palabras de cuatro modos diferentes al órgano material del pensamiento, deberian producir necesariamente

calcular las leyes; para atravesar el espacio inmenso, y buscar mas allá todos los mundos, no solo visibles, sino tambien imaginables, un infinito que la satisfaga: ¡átomo á quien viene estrecho el universo! Ciertamente miro con lástima unos espíritus tan débiles que se encenagan en estas bajas ilusiones; mas si á pesar de esto se recrean y complacen en ellas, si temen y resisten verse desengañados, no encuentro terminos para expresar el horror y menosprecio que inspira semejante degradacion.

Y sin embargo, ¿qué es lo que dicen? Apelan al testimonio de los sentidos; quieren que la vida se acabe donde se detienen los ojos: parecidos en esto á unos niños, que viendo que el sol desciende bajo del horizonte, creyesen que se habia apagado para siempre. Y qué, ¿son acaso ellos solos los que se han conmovido, observando el triste espectáculo de los órganos en disolucion? ¿Son los primeros que hayan oido el silencio del sepulcro? Hace seis mil años que los hombres

pensamientos distintos, y que es absolutamente imposible, puedan excitar en mí la misma idea.

pasan como sombras por delante del hombre; y sin embargo el género humano, defendido contra el prestigio de los sentidos por una fe poderosa y un sentimiento invencible, jamás vió en la muerte otra cosa que una mudanza de existencia y, á pesar de las contradicciones de algunos espíritus depravados, conservó siempre como un dogma de la razón general una excelsa tradición de su inmortalidad. Sepárense pues del género humano los que la rechazaren, y vayan á ofrecer por alimento á los gusanos un corazón que hace palpitar el amor á la verdad y justicia, y una inteligencia que conoce á Dios.

* El materialismo, el más despreciable de los errores, es al mismo tiempo tan absurdo, que percibe una especie de repugnancia el buen sentido en refutarle. No consultando más que al discurso, lo que hay menos probado es la existencia de la materia: es infinitamente menos irracional el negarla, que negar la existencia de los seres espirituales, afirmada por otra parte tan unánimemente como la de los cuerpos, por todos los hombres y en todos tiempos. Los fisiologistas modernos, á lo menos algunos, causan lástima cuando afectando desdeñosa ignorancia, se esfuerzan en hacer cómplice á la ciencia de sus deseos y de su imbecilidad. ¿Qué han visto capaz de favorecer sus impías ideas? Una cierta organización física se altera, resulta también alteración análoga en los fenómenos, dependientes de esta organización:

Pero abandonemos estas discusiones superfluas. En habiendo probado la Religión, todo estará probado.

destruyese esta, los fenómenos cesan del todo. Qué piensan concluir de aquí? ¿que ya se aniquiló todo el hombre? Pero era necesario haber probado antes que el cuerpo y aun que *tal cuerpo* es el hombre todo. Vuelvo á decir: ¿qué piensan concluir? ¿Que el cuerpo es quien piensa y siente, porque disueltos ya los órganos no producen ni sentimiento ni pensamiento? Pero es lo mismo que sostener no es el pensamiento más que una modificación de la lengua, porque el hombre, á quien se cortó la lengua, ya no habla ó no manifiesta su pensamiento por la palabra. No creen, dicen ellos, sino lo que hieren los sentidos, sino las cosas que se ven, se palpan, se oyen, ó se huelen: no creen pues á sus mismas ideas eternamente invisibles incapaces de palparse, y cuya expresión sola cae bajo los sentidos ó los hieren. Digánnos ¿á qué sentido se refiere la idea que expresa la palabra *pues*? El mismo motivo deberá excitarlos á negar la existencia del sentimiento y de la voluntad. ¡Pobres gentes! Creen más, mucho más de lo que ellos piensan: no es fácil ser uno en realidad siempre tan estúpido como se desearia serio. En substancia, mucho menos están por el materialismo dogmático, que por la moral que de él deducen, por las consecuencias que tranquilizan una conciencia culpable, que les parecen deducirse de él necesariamente. He aquí lo que les mueve, lo que los encanta; la nada les agrada, lisonjea sus remordimientos. Pero también se engañan en esto, y sus deseos son tan ciegos como abominables. Lean á Bayle (art. *Spinoza*, nota P.), él los enseñará no hay nada en sus mismos principios, que deba tranquilizarlos de las consecuencias de la muerte; y aun cuando no fuera el hombre sino un ser material, si no existiera otro Dios que el de Espinosa, no se debería por ello

Habiendo Dios criado al hombre ser inteligente, hay entre Dios y el hombre relaciones necesarias.

Toda relacion entre los seres se deriva de su naturaleza; porque si no se derivase de ella, les seria extraña; no seria por tanto una relacion, no seria cosa alguna.

Luego las relaciones entre Dios y el hombre se derivan de la naturaleza del hombre y de la de Dios.

Estas relaciones constituyen, hablando con propiedad, la Religion. Luego existe una verdadera Religion, ó una Religion necesaria.

Dentro de poco aclararé estas proposiciones desenvolviéndolas. Vamos ahora á las conse-

creer ninguno guarecido contra los padecimientos que naturalmente pueden adherirse á un estado dependiente del que forma su actual existencia. Así es, que siempre queda la inquietud permanente al fondo del corazón impio, atormentado por dudas que no podría vencer. Tal era el estado de D'Alembert. El señor Fontanes contaba, que habiendo sido su amigo en la juventud, fué á verle cuando estaba próximo á morir. « Caballero, » le dijo, « ahora no necesita Vm. tener miramiento alguno; su fin se acerca, sea Vm. ingenuo. ¿ Cree Vm. realmente que no haya otra vida? » A estas palabras se levanta el moribundo, pone la mano al brazo del señor Fontanes y le dice: *Jóven, yo no sé nada.*

cuencias inmediatas que de ellas se deducen.

Siendo la Religion la expresion de las relaciones que se derivan de la naturaleza de Dios y de la del hombre, se sigue, en primer lugar, que no puede haber mas que una sola, pues que estas relaciones son invariables; en segundo, que toda religion falsa es opuesta á la naturaleza de Dios y á la del hombre, que las separa por consiguiente en vez de unir las, y las destruye en lugar de conservarlas: así el error en la fe separa al hombre de Dios considerado como verdad suprema; el error en las acciones ó el crimen, separa al hombre de Dios considerado como autor del orden.

Luego el hombre no puede salvarse sino en la Religion verdadera; porque la salud no es otra cosa que la union eterna con Dios, como la reprobacion no es mas que una separacion eterna de Dios.

A no ser que neguemos á Dios y nos neguemos á nosotros mismos, es preciso admitir estos principios; es necesario admitirlos ó renunciar de toda filosofia. Si hay quien lo dude, substituya las proposiciones contradictorias: no temo de-

cirlo, la razon obligada á confesarlas consentiria mas bien en su destruccion; y por esto, porque se hizo y formó para la verdad ó para el mismo Dios, es por lo que, rota esta magnífica alianza, convertida en vil adúltera con el error, y muy pronto abandonada, se condena á muerte á sí misma, y se precipita en el escepticismo.

Que haya relaciones naturales entre Dios y el hombre es una consecuencia necesaria de su existencia simultánea, y de la dependencia absoluta en que nos hallamos del primer Ser. Si no hubiese relaciones entre nosotros y Dios, nada podría este sobre nosotros, no nos conoceria, ni nosotros á él; un velo impenetrable y eterno le ocultaria á nuestros ojos, y á nosotros á los suyos. Hasta la idea del hombre le seria totalmente incomprendible; porque con solo concebirlle como posible, habria desde luego relaciones posibles entre Dios y el hombre, y al punto en que el hombre empezase á existir, habria tambien relaciones reales, ó, para hablar con una rigurosa precision, relaciones realizadas. No sin repugnancia empleo el tiempo en desenvolver

unas nociones tan simples, y en recordar al hombre los elementos de la razon humana. Pero al fin es necesario, y con todo puede ser no logre convencer á muchos de los que me leyeren; tan espesas son las tinieblas que nos rodean! Sin embargo, respondedme: ¿la verdad suprema no está en armonía con vuestra inteligencia, el bien infinito con vuestros deseos y vuestro amor? ¿No sentis en vosotros mismos alguna cosa que los advierte vuestra dependencia? ¿Nada debéis á aquel por quien existis? ¿No habeis sido criados para algun fin? ¿No hay relacion alguna entre vuestras facultades y su autor, entre vuestro ser y el principio del ser? ¿Qué digo yo? Ni aun podemos hablar de Dios sin expresar alguna de las relaciones que nos unen á él, y nuestro mismo pensamiento es una de estas relaciones, y la mas noble, pues que en el fondo no es mas que la verdad, ó Dios mismo conocido por nosotros. Poder, sabiduría, bondad, justicia, todos estos atributos del Ser divino, inherentes á su naturaleza, no nos son concebibles sino por su ligazon con la nuestra; así como nosotros no llegamos á concebirnos á nosotros

mismos, sino subiendo á la primera causa de todas las existencias, descubriendo nuestras relaciones con Dios.

¿Y no vemos por todas partes relaciones análogas? El hijo tiene relaciones naturales con su padre, los súbditos con el soberano. Estas constituyen la familia y la sociedad; y la Religión no es mas que la sociedad de Dios y el hombre. Si nuestras obligaciones hácia nuestros semejantes, forman parte de ella, es porque se derivan necesariamente de nuestras obligaciones para con Dios, de la voluntad del poder supremo, á quien debemos la obediencia por el mero hecho de existir. Por tanto ninguna sociedad puede haber, ningun orden, sin religion. Así, nótese que al punto que se niegan las relaciones entre Dios y el hombre, es indispensable á la fuerza negar del mismo modo las relaciones entre el soberano y el súbdito, entre el padre y el hijo; es indispensable destruir toda sociedad, y hasta su elemento que es la familia*.

* Sin derechos y sin deberes reconocidos, no puede haber ni familia, ni sociedad. La Religión, pues, sola nos da una idea clara

Generalizando estas observaciones, es fácil comprender que todos los seres, sean inteligen-

del *derecho*, y todo el que busca en otra parte su origen y noción, no puede menos de extraviarse peligrosamente. Este es el origen de todas las teorías políticas falsas.

El derecho, considerado de un modo absoluto, es lo justo, legítimo, *lo que debe ser*, en una palabra, el orden.

Hay por tanto un derecho divino, que es el principio y fundamento de todos los demas derechos*, porque el orden consiste solo en los pensamientos de Dios, realizados por su voluntad; un derecho político, civil, doméstico, porque existe una sociedad, ú orden político, civil y doméstico, querido por Dios: y todos estos derechos son *naturales*, ó conformes á la naturaleza de los seres, que, ni se conservan, ni perfeccionan, sino obedeciendo al orden. No hay un derecho particular, que se pueda llamar *natural* con especialidad; todos los derechos son naturales, como acabamos de decirlo, ú mas bien la naturaleza misma de los seres; y lo que fuera contrario á la naturaleza, no podria jamas llegar á ser derecho.

El *derecho*, ú el orden manifestado, y hecho moralmente obligatorio, se llama *poder*, si se considera en la persona que manda; se llama *ley*, si se considera en la cosa mandada.

Luego el poder es una voluntad obligatoria ó legítima. La ley es la expresion de esta voluntad. Una y otra emanan del orden

* Para constituir el derecho, es preciso comenzar por esta Ley suprema, nacida antes de todos los siglos, antes de todas las leyes escritas, y aun antes del establecimiento del Estado. « *Constituendí verò juria ab illà summâ Lege capiamus exordium, quæ sæculis omnibus antè nata est quàm scripta lex ulla, aut quàm omninò civitas constituta.* » Ciceron. *De Legib.* lib. I, c. vi, n. 49.

tes ó materiales, tienen entre sí relaciones determinadas por su naturaleza. Las leyes físicas,

inmutable, de los pensamientos y de la voluntad de Dios, la cual no es en sí misma obligatoria, ó verdaderamente *poder*, sino porque ella es necesariamente conforme al orden eterno y universal que los pensamientos divinos representan.

Los Romanos, en lugar de remontar á este orden inmutable, ó al derecho esencial, confundieron el derecho con el poder, no vieron en esto mas que el mando, *jus*; lo que con respecto á ellos debió alterar la noción de la ley; que no es simplemente la expresión de una voluntad sino, lo repito, la expresión de una voluntad obligatoria, ó conforme al orden.

Establecidos estos principios, todos los derechos vienen á ser claros, y claro también el medio de reconocerlos.

Los derechos de Dios son el orden en completo. El medio de reconocerlos es la revelación; porque, ¿cómo conoceremos de otro modo su pensamiento y voluntad? El manda, esto es el poder: lo que el manda, ve aquí la ley. Y como todo poder se deriva del suyo, sin lo que no tendría el algun fundamento, ninguno tiene el derecho de mandar lo que él prohíbe, de prohibir lo que él manda; en otros términos, nadie tiene poder cuando se opone á Dios; ninguna voluntad, ninguna ley es legítima, ó verdaderamente ley, siendo contraria á la ley divina. Tan luego como comienza el desorden cesa el derecho. ¿Y cómo en efecto una voluntad desordenada, ó injusta, ó ilegítima (porque todos estos términos son sinónimos), sería obligatoria?

Por lo demás, de que una voluntad no sea obligatoria en un punto, no se sigue que no lo pueda ser en otro. El poder puede errar sin dejar de ser poder, y si hubiera casos en que cesara de serlo, los pueblos no serian los que debian juzgarlo, porque nun-

morales, políticas y religiosas son la expresión de estas relaciones, cuyo conjunto constituye el

ca podría pertenecerles el derecho de juzgar, que es inherente al poder.

Así como la razón de Dios es el derecho universal único, su voluntad el solo poder universal, la expresión de su voluntad la sola ley universal; así en el orden doméstico y político, la razón y la voluntad del padre y del soberano conformes á la razón, á la voluntad y á la ley divina, son el derecho único, el solo poder, la sola ley.

La paternidad es la soberanía en una familia, la soberanía es la paternidad en muchas familias. De aquí vino la expresión antigua *padres de los pueblos* hablando de los reyes; expresión, mas exacta que la de Homero que los llama *pastores de los pueblos*, *ποιμένες λαών*, y cuando los pueblos dejan de ser *los hijos*, y el poder deja de ser *el padre* de la gran familia (tomo estas palabras según la extensión que tienen, cuanto á su acepción y á las consecuencias que de ella se deducen), la sociedad está ya gravemente enferma ó degradada.

La esencia de la soberanía y la de la paternidad consiste en que la voluntad del soberano y del padre sea obligatoria para con los súbditos ó con los hijos.

La medida de la obediencia debida al soberano y al padre es la medida de su derecho.

Fuera de la ley divina no hay otra ley en el Estado que la voluntad del soberano. Excepto la ley divina, política y civil, no hay otra ley en la familia que la voluntad del padre.

La ley política versa acerca de las personas y la civil acerca de las cosas.

El derecho de propiedad es la facultad de disponer de las cosas

orden, y como no está en las facultades de los seres mudar su naturaleza, es preciso que mueran ó que se conformen á las leyes que de ella se derivan; y el desorden, que todas las lenguas usan como sinónimo de enfermedad, y el que todos los pueblos instruidos por la razon y la

ó de ciertas cosas segun su voluntad. Las propiedades en sí mismas son las cosas sometidas á nuestra voluntad.

El hombre sometido como *persona* á la voluntad legitima de otro hombre, es ya el súbdito. El hombre sometido como *cosa* á la misma voluntad aun legitima de otro hombre, está en esclavitud.

En este estado ni aun es hombre sino por la ley divina. Por la ley política está excluido de todo poder, aun paterno, de toda propiedad, de todo derecho; porque considerándole como *cosa*, se le supone privado de razon y voluntad.

No sería posible la existencia de sociedad alguna sin derecho, poder ni ley, y la perfeccion de la sociedad consiste solo en la perfeccion del derecho, el poder y la ley.

Cuanto mas perfectos son el poder y la ley, es decir, segun que es mas completo el orden, es mayor la libertad; pues que consiste esta en la exclusion de los límites, que arbitrariamente se ponen á la voluntad; y cuando no tiene otros que los puestos por las voluntades obligatorias ó legítimas, goza el hombre de una libertad en el mas alto grado posible.

El derecho primitivo, esencial ó divino, que es el principio, el origen de todo derecho, es lo que se llama *religion*. Este es el vínculo universal de los seres. Luego sin religion no hay derecho, poder ni ley, así como ni sociedad, libertad ni orden, y, por consecuencia ni vida.

experiencia miran como un sintoma de muerte, no es mas que la violacion de las leyes naturales.

Tiene de aquí su principio aquella oculta inquietud, aquel terror, que se observa manifestarse algunas veces en las naciones, ya por movimientos repentinos é impetuosos, ya por un silencio frio y un descanso de mal agüero, cuando los abusos repetidos, las frecuentes injusticias, ó una grande debilidad han perturbado el orden, y que reconocen ellas hallarse así amenazada su existencia.

De aquí tambien ese asombro y horror que se apodera de los hombres cuando creen percibir algun trastorno en las leyes del mundo material. Les parece que el universo toca ya su fin último. Basta un momento de duda acerca del orden en el espíritu, para que el terror consterne los corazones.

Nada hay independiente, nada hay aislado en la creacion: expresion, si puedo decirlo así, de un pensamiento magnifico de Dios, en él los seres se ligan á los seres, los mundos á los mundos, como en el discurso se encadenan las

palabras ; mas la ligazon mas íntima , la mas necesaria , es sin duda la de este pensamiento mismo con la poderosa razon que le ha producido. Sabemos que elevándose todavía mas alto , y , como dice Leibnitz , hasta la region infinita de las esencias , se descubre , al traves de un velo de luz , tres personas ligadas por relaciones para siempre inmutables ; de modo que , en el fondo mas íntimo de su ser , Dios mismo es una grande y eterna sociedad.

Mas , considerando al hombre en particular ; no tiene el cuerpo las leyes de su vida , que son la expresion de sus relaciones con los demás cuerpos , y de sus diferentes partes entre sí ? Tùrbense estas leyes , padece el cuerpo , trastórnense en un todo , perece. En calidad de seres físicos , la mayor parte de las substancias materiales , brutas ú organizadas , el aire , la luz , el agua , las plantas nos son inmediatamente necesarias para conservarnos ; vivimos en una dependencia absoluta de todo lo que nos rodea , y para asegurarnos un instante solo de existencia , deben mantenerse invariables millones de relaciones , cuya cadena se extiende desde el imperceptible

grano de arena , hasta el mas lejano sol de nuestro sistema celeste.

¿ Mas qué vienen á ser estas relaciones puramente físicas , si se comparan á aquellas que nos unen con los seres inteligentes ? ; Cuánto me compadezco de estos espíritus bajamente curiosos que , olvidando todo lo demás , se regocijan en sí mismos y se admiran cuando han descubierto alguna relacion nueva entre los cuerpos ! ; No aprenderán nunca á elevarse mas alto que sus órganos , y á conocer leyes mas nobles que las del movimiento y gravedad ? De las relaciones del hombre con sus semejantes , veo nacer el órden moral , la razon , la sociedad , esta sociedad tan necesaria , que fuera de ella el hombre no puede ni perpetuarse ni conservarse , así

« Nunca se han visto , entre tantas naciones tan diferentes de las nuestras y tan diferentes entre sí , hombres aislados , solitarios , errantes aventureros , parecidos á los animales , reuniéndose los distintos sexos como por acaso , y ausentándose despues el macho de la hembra para ir á buscar el pasto. Es preciso que este estado no sea el propio , ni segun el que se conduzca la naturaleza humana , así como que por todas partes el instinto de la especie humana fuerce al hombre á vivir en sociedad. » VOLTAIRE. *Addit. à l'Histoire générale*, p. 218. Edic. de 1765.

como ella tampoco se conserva ni perpetúa sino conformándose á las leyes que resultan de la naturaleza del hombre. No hay salud para ella sino en la posesion de la verdad y la sumision al orden; y para nosotros tampoco hay otra vida que la que ella nos comunica. Qué importa que se citen tres ó cuatro animales con rostro humano encontrados en los bosques, donde sin ideas, sin habla, movidos por ciegos apetitos, pastaban con las bestias; esto ciertamente no es ser hombre. Además, estos seres imperfectos pertenecian originariamente á la sociedad, y la debian, con el nacimiento, la primera educacion; porque nadie pretenderá que un niño, arrojado á los bosques al salir del seno de su madre, privado de toda fuerza y experiencia, haya podido subsistir por espacio de dos dias.

Mas, repito, que no es aqui donde hemos de buscar al hombre; comer, digerir, dormir, no es su único destino, y creo no habrá dificultad en permitirle otras funciones: sería tambien demasiado rigor desheredarle de una vez del pensamiento, de la palabra, de la virtud, de la esperanza y del amor. Y ya he probado que

todas estas cosas son dones de la sociedad. Para amar es necesario conocer, para conocer es preciso haber oido ú visto hablar; porque lo mismo se habla á los ojos que á los oidos, y la escritura no es otra cosa que la palabra figurada. Asi fuera de la sociedad, la vida moral é intelectual se apaga lo mismo que la vida fisica, y el hombre separado de sus semejantes muere en un todo.

¿Qué sería pues separado de Dios, de la verdad suprema y del soberano bien? La violacion de una sola ley del cuerpo, un ligero desorden en nuestros órganos, viene á ser para nosotros una causa de sufrimientos y de muerte; ¡y violáramos impunemente las leyes de la razon, la regla eterna de las obligaciones, el orden conservador de las inteligencias! ¡no anunciaria otros tormentos el del remordimiento! ¡la conciencia del culpable le espantaria con falaces amenazas, y no profetizaria mas que quimeras! Prevalecerian nuestros deseos ignorantes y nuestra voluntad pervertida contra la sabiduria, justicia y omnipotencia! Engriense con esta idea aquellos solos que se conozcan bastante fuertes para vencer á Dios.

Dos clases de relaciones nos unen con él, porque es á un tiempo mismo el principio de nuestra vida, y el poder de la sociedad á que pertenecemos como seres inteligentes. Por tanto, violar estas relaciones es, lo primero violar nuestra naturaleza, y ponernos en un estado de ruina; lo segundo, violar las leyes de la sociedad de que somos miembros, y la ley fundamental de toda sociedad, que es la obediencia al poder. Ahora bien, si en este mundo de prueba, imágen fugitiva de nuestra pátria verdadera, es separado de la sociedad el que quebranta sus leyes y desobedece á la autoridad, ¿cabe en cabeza alguna que en la sociedad perfecta, cuyo monarca es Dios, quede sin ejercicio esta relacion de justicia ó esta gran ley del orden? ¿Habrá quien piense que no sabe defender su reino ni defenderse á sí mismo? No tiene necesidad para esto de salir de su reposo; el orden que ha establecido se conserva ó se restablece por sí mismo. Aquí abajo la sociedad arroja de su seno ú castiga de muerte á aquellos que la turban; los despoja de todos los bienes que por ella tenían; porque hasta la vida es un beneficio de la sociedad, y

quitándosela á aquel que abusa de ella, no hace mas que volver á tomar lo que le habia dado. Del mismo modo, ser separado de la sociedad eterna, es ser eternamente castigado de muerte, ó privado para siempre de todo bien, pues que todo bien se encierra en Dios *. Pero no es Dios quien por un acto particular hace esta separacion terrible; esta no es más que la consecuencia, el efecto necesario de la violacion de las relaciones que nos unen á él; morimos á la verdad, al

* Todo el que se une con Dios sinceramente, y le ama como él quiere se le ame, de todo corazón, está unido con Dios, porque Dios tambien se une con él, y esta union con Dios, es la vida, la luz, y el goce de todos los bienes que hay en Dios. Cuanto á los que se apartan de él, á estos los castiga él mismo, consumando la separacion que hicieron entre ellos y él. Luego la separacion de Dios es la muerte. La separacion de la luz es tinieblas; la separacion de Dios es la pérdida de todos los bienes que hay en Dios. Esta es la razon por que cuantos por su apostasia perdieron los dichos bienes, se ven por eso mismo agobiados de males. No porque los castigue Dios directamente, sino porque les viene el castigo por sí mismo con la privacion de todos los bienes.... Como los que se ciegan voluntariamente en la plenitud de una gran luz, quedan privados para siempre del placer de la luz, no porque esta sea la causa de su ceguera, y si por que esta ceguera los separa de la luz. * S. IREN. *adv. hæres.*, lib. V, c. p. XXVII. *Oper.*, p. 525. Edic. Benedict.

amor, á la esperanza, como muere el cuerpo cuando violamos voluntariamente sus leyes, y nunca el alma perece sino por un suicidio.

Para comprender bien la miseria de una criatura separada así de Dios, es necesario recordemos que él es nuestra luz, el principio y término de nuestro amor, de modo que, ni aun á nosotros mismos nos amamos sino por el movimiento que nos lleva hácia el soberano bien ó la verdad soberana. En este punto jamas llegamos á separarnos totalmente. Aun el ateo participa de las verdades que la sociedad conserva; protegido por algun tiempo por el orden mismo que quebranta, vive por la fe social y por los bienes que produce, á la manera que un extranjero se sienta de paso á la mesa de la familia. Pero en el instante de la partida, no lleva mas que lo que le pertenece; ¿Y qué tiene propio un ateo mas que las tinieblas, con yo no sé qué sed devoradora de una felicidad que nada creado puede ofrecerle? Vacío de todo bien, y sin poder amar mas que el bien, no puede por tanto dejar de aborrecerse con un odio infinito; porque el amor del soberano bien, envuelve en sí el odio del soberano ó

sumo mal; ¿y puede concebirse otro mayor que el desorden irreparable, que no dejando nada vivo en una criatura sino el dolor, para siempre le priva de su fin? Digo para siempre; porque, ¿cómo volveria el hombre á entrar en sociedad con Dios? Por sí mismo no puede, pues que no le es posible forzar á Dios á iluminarle, amarle, y unirsele; y ni tampoco Dios puede, porque le es imposible amar el mal, querer el desorden, ó su propia destruccion. Luego, mientras Dios sea Dios, en tanto que se ame como principio de toda perfeccion y orden, no puede amar un ser malo ni unirse á él; luego una vez consumada su separacion, es eterna.

En tanto que vivimos en la sociedad presente, pertenecemos todavía á Dios por ella; podemos recuperar nuestras verdaderas relaciones con él; podemos conocerle, amarle, obedecer al orden que ha establecido; porque en toda sociedad humana, aun la mas imperfecta, hay conocimiento, amor ó temor de la Divinidad, y un orden moral al cual el hombre, en uso de su libertad, puede ó no someterse. Pero despues de esta vida comienza otra, y en otra sociedad; sociedad del

bien, ó de verdad y amor, si hemos permanecido unidos voluntariamente á Dios; sociedad del mal, ó de tinieblas y odio, si nos hemos separado voluntariamente de Dios; y llegando á este punto, toda variacion es imposible, porque ya no existe enlace entre estas dos sociedades confundidas y mezcladas únicamente en la tierra, y separadas despues eternamente; porque el hombre no puede ya ni amar á Dios, ni amarse á sí mismo, ni por consiguiente arrepentirse: no puede amarse porque no ve en sí ningún bien; no puede amar á Dios, porque repeliéndole Dios con toda su justicia, no puede querer imprimirle movimiento alguno. hácia sí. Diré mas, aun cuando el soberano Ser, olvidándose á sí mismo, le abriese las puertas del abismo en que se ha precipitado, permitiéndole la salida, su conciencia le detendria en los umbrales: no admitiria ninguna otra morada; porque en la que ha merecido, se halla en él orden, y el orden mismo que nos hace padecer es mas conforme á nuestra naturaleza, nos atormenta menos que su violacion'.

• La causa porque tenemos tan pocas ideas del pecado en es-

Tal es aun aquí abajo el imperio de la justicia sobre el hombre, que oprimido de remordimientos, se le ha visto solicitar como una

« ta vida, es que conocemos muy poco la justicia de Dios; y, por el contrario, la causa de aquella grandeza en que le veremos en la otra vida, es la vista perfecta y clara que Dios nos dará de esta misma justicia. Verémos hasta qué punto aborrece Dios el pecado, la deformidad espantosa que produce en el alma, el inmenso desarreglo que incluye, y la oposicion que tiene con la santidad y justicia de Dios. Nos convencerémos todos del rigor é inflexibilidad de esta justicia. Y será tan terrible el ver esto para los malos, que desearán ir cuanto antes al infierno para esconderse en él. Reduciránse á él, segun el pensamiento de una alma santa (Santa Catalina de Génova), como al propio lugar que mas les conviene, y donde se sentirán menos heridos por los rayos abrasadores de esta luz que los echará de todas partes, no permitiéndoles otra residencia que la de este abismo. » NICOLE, *Traité des quatre dernières fins de l'homme*, lib. II, cap. IV. *Essais de Morale*, tom. IV, pág. 109 y 110.

All good to me becomes.

Bane, and in heav'n much worse would be my state, dice el Satanás de Milton (lib. IX.), y esta idea es tan cierta, tan natural que tambien se lee en el poema del Dante:

*Quelli che mujon nell' ira di Dio,
Tutti convengon qui d' ogni paese:
E pronti sono al trapassar del rio,
Che la divina giustizia gli sprona,
Si che la tema si volge in disio.*

Canto III.

gracia el castigo : el suplicio consuela algunas veces. Así Dios no concurre al castigo del hombre culpado, sino dejándole en aquel lugar donde el voluntariamente se puso y permanece.

Y no hay que lisonjarse de que la larga duración del castigo llegue á borrar la falta. El castigo no restituye la inocencia, así como la muerte que es también el castigo de los desórdenes corporales no restituye la salud : y ciertamente, si nosotros no acusamos á Dios, si no nos sorprendemos, viendo este castigo terrible, inmutable, de la violación, aun involuntaria de las leyes físicas, no sé por que nos hayamos de espantar de que un castigo semejante sea una consecuencia de la violación voluntaria de las leyes de la inteligencia.

Así, casi siempre se finge esta duda, solo con el fin de alucinarse. La idea de una pena infinita consterna la imaginación. Esta idea sin embargo es tan natural al hombre, le llena de un terror tan vivo que, por escapar de él, abraza gozoso la esperanza de la aniquilación eterna. Quite el temor del infierno, y será inexplicable este amor horroroso de la nada; porque el hombre abor-

rece invenciblemente su destrucción. No podría pensar sin horrorizarse en que ha de dejar de existir, si no temiese ser para siempre miserable. La misma muerte no es tan espantosa sino porque es una imagen de la nada. No hay duda que si se propusiese á los hombres una felicidad sin medida ni término, á precio de un dilatado padecer en la otra vida, la aceptarían con ansia por sola la condición de ser preferible á la nada. Luego cualquiera que desea la nada teme el infierno.

Creo haber probado que hay una Religión verdadera, ó relaciones necesarias entre Dios y el hombre; que siendo estas relaciones invariables como la naturaleza del hombre y la de Dios, no hay mas que una sola Religión verdadera; y en fin que no hay salud, ó felicidad y vida, sino en su seno, pues que ningún ser puede vivir sino conformándose á las leyes que se derivan de su naturaleza.

Se deducen tan evidentemente estas consecuencias de la existencia simultánea de Dios y el hombre, que no pienso haya quien las desconozca. Pero aun cuando las negasen, poco me

importaria, y he aqui mi respuesta á aquellos á quienes no haya convencido el racionio: mi designio no es disputar; yo no vengo á empeñarme con nadie en controversias interminables. No es vuestra razon ni la mia, sino la razon general la que ha de decidir estas grandes cuestiones. Reconoced su autoridad, ó abjurad vuestra propia razon, porque esta no tiene otro fundamento. No digais: Yo no comprendo: basta que todos los pueblos hayan comprendido, basta que hayan creído. No digais: Esto repugna á mi juicio; ¿qué viene á ser vuestro juicio y con qué derecho le alegais? ¿De quién recibisteis la inteligencia sino de la sociedad? Ella os ha dado la palabra, os ha dado el pensamiento, ¡y con este pensamiento que la sociedad os ha prestado quereis reformar los suyos! ¿No advertis que en ninguna materia estais seguro de haber hallado la verdad sino por su testimonio? Creedla pues, ó no creais nada. Creed á todos los pueblos que atestiguan que entre el hombre y su Autor hay relaciones naturales inmutables, ó renunciad á toda certeza. Si por sola una vez os levantais contra la autoridad del género humano, al punto,

como ya lo he hecho ver, perdeis el derecho de afirmar cosa alguna; y aquel acto por el cual un espíritu creado se constituye rey de sus pensamientos, no es mas que una abdicacion horrorosa de la vida.

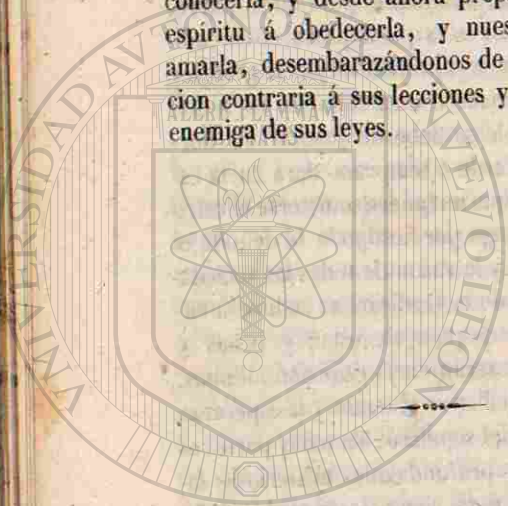
¿Y cuál es el pueblo que no ha creído la existencia de una Religion verdadera, que no ha desechado como falsas todas las religiones contrarias á la suya, y mirado como un crimen la violacion de las obligaciones que ella impone? Muéstrennos este pueblo singularmente espantoso, sin Dios, sin fe y sin culto. Nadie se atreverá á hacerlo. Desde el origen de las sociedades, un poder superior, que no es mas que la razon social ilustrada por una razon todavía mas excelsa, postra el género humano al pie de los altares; y jamas dejó de subir á los cielos, de todos los puntos de la tierra, una voz poderosa que presenta las súplicas y adoraciones de los mortales. ¿Qué importa en este magnífico concierto el silencio de algunos hombres? ¿Qué importan sus opiniones y dudas solitarias? Acusando de error á todas las naciones y á todos los siglos, se convencen á si mismos de locura, porque, ¿qué

demencia mas extremada que oponer á la razon general su propia razon , incapaz por esto solo de probarse á sí misma que existe?

Finalmente, habrá inteligencias rebeldes que llegarán á este extremo. Harán consistir su gloria en separarse de la sociedad, de la cual tienen la vida, y se las oirá celebrar su triunfo con cánticos de muerte, ¡ O extraña degradacion! ¿ Y quién puede inspirar á algunos insensatos esta repugnancia monstruosa hácia su autor? Andan buscando con ardor relaciones nuevas entre ellos y las criaturas, entre sus órganos y las substancias brutas; hasta las verian gozosos entre la materia y su pensamiento, entre sus destinos y la nada; y ved, ¡ cuánto se indignan cuando se les habla de sus relaciones con la Divinidad! Esto confunde; pero asi sucede: Dios los fatiga é incomoda: Dios les desagrada; le han tomado tedio. Todas las leyes soportarán con gusto menos las suyas. ¡ Ay! yo penetro la razon. Descended al fondo de este corazon: ¿ qué descubris en él? inclinaciones y apetitos que la Religion reprueba, es preciso vencerlos, y no se quiere: un orgullo desmedido que aspira á una independencia ilimi-

tada y se niega á obedecer hasta á Dios, es necesario someterle, humillarle, pero no se quiere. Luego la voluntad es la que deprava el entendimiento; y ahora comprendo mejor la gran ley del castigo fulminado contra el impio. Si; á este desórden horrible se debe de justicia un horrendo castigo. Tarde ó temprano dará en la espada del juez el que no quiere someterse al cetro del monarca. Pongo por testigo la fe de todo el género humano, y la razon de todas las sociedades. El simbolo de la tradicion se reduce á enseñar otra vida despues de esta, y penas y recompensas que serán en la duracion infinitas. En todas partes hallaréis el temor y la esperanza en los umbrales del sepulcro, en todas partes os dirán que de sus profundidades misteriosas salen dos caminos para siempre separados, uno que conduce al reino de las tinieblas, los tormentos y el odio, y el otro á las regiones de la luz, de los gozos inmortales y el amor. Pero ni aun tenemos necesidad de recurrir á este testimonio infalible. Cuando hayamos descubierto en medio de las diversas religiones la verdadera, bastará oír lo que ella nos enseñe en este punto.

Busquemos pues el medio que nos ha de hacer conocerla, y desde ahora preparemos nuestro espíritu á obedecerla, y nuestro corazón á amarla, desembarazándonos de toda preocupacion contraria á sus lecciones y de toda pasion enemiga de sus leyes.

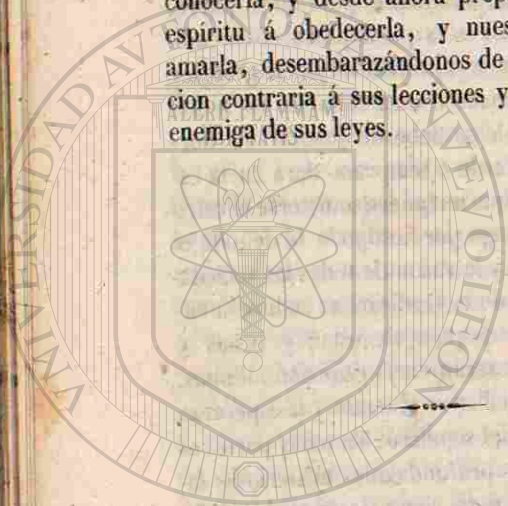


CAPITULO V.

REFLEXIONES GENERALES SOBRE LA POSIBILIDAD Y LOS MEDIOS
DE DISCERNIR LA VERDADERA RELIGION.

Elevémonos por un instante sobre la tierra, y sobre todo este universo visible, para saber lo que es el hombre y contemplarle en toda su grandeza. Apenas llega á conocerse á sí mismo cuando se siente estrecho y como angustiado en

Busquemos pues el medio que nos ha de hacer conocerla, y desde ahora preparemos nuestro espíritu á obedecerla, y nuestro corazón á amarla, desembarazándonos de toda preocupacion contraria á sus lecciones y de toda pasion enemiga de sus leyes.



CAPITULO V.

REFLEXIONES GENERALES SOBRE LA POSIBILIDAD Y LOS MEDIOS
DE DISCERNIR LA VERDADERA RELIGION.

Elevémonos por un instante sobre la tierra, y sobre todo este universo visible, para saber lo que es el hombre y contemplarle en toda su grandeza. Apenas llega á conocerse á sí mismo cuando se siente estrecho y como angustiado en

la inmensidad. Rey de la creación, echa una ojeada sobre su imperio y le desdena. Su pensamiento, su amor se lanzan al infinito, busca en él al Ser eterno, le descubre; y entonces, y solamente entonces es cuando sus ansiedades se calman y sus deseos descansan. El orden universal se le presenta en su magnificencia inmutable; ve en él su lugar prefijado para siempre por la Sabiduría suprema; ve las relaciones que le unen con todas las inteligencias, con Dios mismo, su principio y su centro, y con la verdad soberana y el soberano bien. En esta elevada altura se apoya sin asombro en sus destinos inmortales, y aspira sin inquietud al lugar que le está prometido en la sociedad sublime, cuyo monarca es el Todopoderoso.

Para obtener este lugar ó para alcanzar su fin, es preciso que obedezca á las leyes de su ser; porque todo ser, como hemos visto, tiene sus leyes ó su modo propio de existir: vive si se conforma, perece si las quebranta. Las leyes de nuestro ser, relativas á nuestra naturaleza, abrazan necesariamente todas nuestras facultades; y es cosa extraña que, reconociendo las

leyes de la materia y de nuestra organización física, haya quien se persuada que la inteligencia, el amor, ó lo que constituye verdaderamente al hombre, no esté sometido á ley alguna.

Pero si, en lo que no cabe duda, hay entre nuestra inteligencia y la verdad, entre nuestro amor y el bien, relaciones que no dependen de nuestra voluntad, estas relaciones son para el hombre moral é inteligente las leyes naturales de la vida, y no puede quebrantarlas impunemente, como ni las del cuerpo.

Y no se diga que tenemos el conocimiento innato de estas ni que las descubrimos por el raciocinio. Traemos, es verdad, la facultad de conocer, pero nada conocemos al nacer. Incapaces de proveer á nuestra conservación, ni aun sabemos servirnos de nuestros sentidos, y lo mismo sucedería, según el testimonio de Rousseau¹,

¹ « Supongamos que tuviera ya el niño cuando nace, la fuerza y la estatura de un adulto; que saliera, por decirlo así, armado de punta en blanco del seno de su madre, como salió Palas del cerebro de Júpiter; sería este hombre-niño imbecil acabado. máquina, estatua inmóvil y casi insensible: nada vería, nada oiría, á nadie conocería, no sabría volver los ojos á lo que nece-

aun cuando naciésemos con los órganos enteramente desarrollados. En los primeros dias de

« sitase ver; no solo no distinguiria objeto alguno fuera de él, mas tampoco referiria ninguno al órgano del sentido que se le hiciera distinguir; ni estarían los colores en sus ojos, ni estarían los sonidos en sus oídos: no estarían sobre su cuerpo los cuerpos que tocase, ni sabria siquiera que tenia uno... Este hombre formado á deshora no sabria tenerse en pie; necesitaria de mucho tiempo para aprender á guardar el equilibrio; acaso no se probaria á ello, y veríamos este cuerpo grande, fuerte y robusto, fijo en un lugar como una peña, ó arrastrarse por los suelos como los perrillos cachorros.

« Sentiria la desazon de las necesidades sin conocerlas, ni imaginar medio ninguno de satisfacerlas. No hay comunicacion ninguna inmediata entre los músculos del estómago y los de los brazos y piernas, que aunque estuviese rodeado de alimentos, le hiciera dar un paso para arrimarse á ellos, ó alargar la mano para cogerlos; y como habria su cuerpo tomado todo su incremento, como estarían enteramente desarrollados sus miembros, no tendria por consiguiente la inquietud ni los continuos movimientos de los niños, se pudiera muy bien morir de hambre, antes de menearse para buscar que comer. Por poco que haya uno reflexionado acerca del orden y progresos de nuestros conocimientos, no podrá negar que con corta diferencia sea este el primitivo estado de ignorancia y estupidez natural al hombre, antes de tomar instruccion ninguna de la experiencia ó de sus semejantes. » (*Emilio*, lib. I.) Por estas últimas palabras vuelve á entrar Rousseau en su sistema sobre el estado natural del hombre, estado, en que como lo acaba de decir, no podria el hombre conservarse; de modo que segun este sistema, *la naturaleza del hombre seria el no existir*; y Rousseau confiesa, que para

nuestra existencia se nos obliga por fuerza á obedecer ciegamente á las leyes físicas, que son las únicas á que entonces estamos sometidos, porque no somos todavía mas que seres físicos. Cuando ya somos capaces de pensar, se nos instruye, se nos da noticia de estas mismas leyes, mas, por decirlo así, sin explicárnoslas, y creemos en ellas por el testimonio de los demas hombres ó de la sociedad. Así se forma la fe, y se conserva la vida. Ni la razon, ni la experiencia podrian con respecto á esto hacer las veces de la autoridad; porque antes que la razon haya principiado á asomar antes que hayamos podido adquirir alguna experiencia, es necesario indispensablemente ó morir, ó conformarse con las leyes del cuerpo.

Mas el hombre moral é inteligente debe vivir tambien con vida propia; debe conocer, amar, sin lo cual no existiria; y la Religion no es otra cosa que la ley natural de la inteligencia, el con-

vivir él, es necesario le enseñen sus semejantes á vivir, verdad importante, que deberia haberle dado á conocer otras muchas, y que da por el pie á todos los errores en que él ha caido.

junto de las relaciones ó de las verdades que se derivan de nuestra naturaleza, ó de la naturaleza del Ser soberanamente inteligente. Nosotros pues vivimos mas ó menos con la vida espiritual, segun que la verdad nos es mas ó menos conocida; y el mas alto grado de vida ó de felicidad consiste en conocer perfectamente la verdad infinita, y en gozarla plenamente por el amor. La ignorancia absoluta es el estado que precede al nacimiento, un sueño profundo de nuestras facultades; la ignorancia parcial es un desarrollo imperfecto. Se diferencia del error en que este no es simplemente una privacion sino un desorden, una enfermedad mortal á veces.

¿Y cuán absurdo no es suponer que el hombre, teniendo un fin que no puede alcanzar sino obedeciendo á leyes naturales ó necesarias, y siendo inteligente, no tenga medio alguno para conocer estas leyes; que, mas abandonado, mas infeliz que los animales dotados del instinto, y para quienes basta este á fin de que se conserven, haya sido condenado por su padre, al tiempo de nacer, al padecimiento y á la muerte; y que Dios, por voluntades contradictorias, ó

por un odio insensato hácia el ser que acababa de formar á su imágen, le hubiese mostrado la vida como un cebo, dándole solo el deseo de alcanzarla, para que este deseo nunca satisfecho le atormentase eternamente?

No blasfememos de la Divinidad; ella quiere la felicidad de sus criaturas; porque la gloria de un ser bueno consiste en manifestar su bondad; se debe á si mismo esta justicia excelsa. ¿Qué viene á ser la felicidad? el reposo del orden; ¿y de qué desorden puede ser autor el Ser perfecto? ¿Cómo el mal podria ser objeto directo de sus voluntades? No, ó no hay Dios, ó si lo hay quiere la salud de todos los hombres. No los castigó por haber salido de sus manos, ó por ser obra suya, y el odio no fué el que fecundó la nada. ¿Quién se atreverá á decir, ni aun á pensar que imponiéndonos leyes cuya infraccion tiene efectos tan terribles, las haya cubierto con un velo tan impenetrable á nuestros ojos? ¿Que haya arrojado desdeñosamente tantos millones de inteligencias entre la verdad y el error, entre el bien y el mal, sin darlas siquiera medio para discernirlos? ¿Que se oculte á quien le busca; que

extienda á sus pies un océano de tinieblas, y rechace lejos de las orillas al desventurado que lucha para ganarlas?

Para comprender hasta donde llega lo absurdo de la hipótesis que impugno, es necesario elevarnos á consideraciones mas altas todavía; es preciso representarnos al hombre, no como un ser aislado, sino como un eslabon de la vasta gerarquía de los seres, como un miembro de la eterna sociedad de las inteligencias. Ahora bien, no existiendo todo lo que existe sino para esta sociedad, y debiendo concurrir á su perfeccion, el hombre en particular debe adquirir toda la perfeccion de que es capaz su naturaleza. Debe vivir para que el orden universal esté completo, debe vivir con una vida perfecta para que el orden mismo sea perfecto. Si la imposibilidad de conocer las leyes de la inteligencia le forzase á violarlas, Dios mismo seria quien voluntariamente atentaria á su sabiduria y á su gloria; lo que seria en el Ser infinito, como un ensayo horroroso de suicidio.

Además, la idea de los deberes, ó la obligacion moral se incluye en la de la Religion, y esta

es la razon por que el padecimiento, que tarde ó temprano sigue á la infraccion de sus leyes, cuando no se ha borrado la falta por el arrepentimiento, se ha concebido siempre bajo la noción de pena ó castigo. ¿Cómo, pues, existirian verdaderos deberes para el que los ignorase inevitablemente? ¿Cómo se le podria hacer cargo de no obedecer, no pudiendo saber lo que le estaba mandado? ¿No seria el colmo de la iniquidad castigarle por su ignorancia, ignorancia que no estaba en su mano superar? Figúrese cualquiera un legislador, ó un rey que prescribiera en su interior, ó que prohibiese ciertas cosas so pena de muerte, sin decir cuales, y que sin publicar sus órdenes, sin manifestar lo que prohibia, enviase despues sus súbditos al suplicio, por no haberse conformado con esta ley secreta, que el habia querido tener oculta. ¿Seria posible concebir una injusticia mas enorme, un tirano mas abominable? El Ser sumamente justo y bueno, Dios, seria tirano, habiendo rehusado á los hombres el medio de distinguir la verdadera Religion.

Por lo demas, hasta apelar al testimonio del

género humano. Todos los pueblos han tenido una religion que ellos creian verdadera; luego todos los pueblos han creido que se podia conocer la verdadera Religion. Ninguna religion, ni aun las falsas, se habrian establecido sin esta creencia. Mas las creencias universales son decisiones de la razon general; desecharlas ó disputarlas es destruir la razon misma. Luego, sea cual fuere la verdadera religion, es posible conocerla. Si se dice que todos los pueblos han podido engañarse en este punto, tambien han podido engañarse del mismo modo sobre la existencia del Ser primero; tambien han podido engañarse sobre todo; y partiendo de aqui, se acabó la certeza, no hay ya verdad ni error, y solo queda una duda tan profunda, que solo con el silencio podria expresarse.

Y no se arguya con la multitud de cultos diversos, porque esto valdria tanto como argüir con la multitud de diversas opiniones, para concluir que es imposible llegar á las verdades ciertas. La diversidad de cultos prueba solamente que los hombres pueden descuidarse en valerse del medio que les ha dado Dios para reconocer

la verdadera Religion, ó abusar de este medio como abusan de la misma Religion. Esta diversidad prueba que en todo, sin exceptuar lo mas importante, puede el error mezclarse con la verdad; ella prueba la ignorancia y las pasiones del hombre, la debilidad de su espíritu cuando substituye á las tradiciones antiguas sus propios pensamientos; ella prueba en fin la necesidad de un exámen serio, y nada mas.

Para dirigir este exámen, nos queda que indagar cual es el medio general dado á los hombres para discernir con certeza entre las diferentes religiones, la verdadera.

Este medio, ó está dentro ó fuera de nosotros. Los únicos medios para conocer, que tenemos en nosotros mismos, son el sentimiento y el raciocinio: fuera de nosotros no hay otro que la autoridad. Luego los hombres deben llegar al conocimiento de la verdadera Religion, ya por el sentimiento ó una revelacion inmediata, ya por el raciocinio, ó ya en fin por el camino de la autoridad.

Antes de examinar á fondo cada uno de estos tres medios, harémos observar que segun nues-

tras observaciones precedentes resulta, que la certeza no tiene base alguna en nosotros mismos. No existiendo sino por la voluntad de un otro ser, nuestras facultades se apoyan necesariamente en alguna cosa exterior; y el grado de confianza que se las debe conceder, depende en primer lugar de la naturaleza del ser por quien son ó existen, y en segundo del conocimiento de aquello que él ha querido que fuesen; lo que solo él ha podido revelarnos. Esta simple consideración demuestra la necesidad de un primer testimonio, y la de un acto de fe, antes de poder razonablemente hacer uso de nuestras facultades. Así veremos de aquí á poco, por la experiencia de todos los tiempos, que el espíritu que se aísla, que se separa, nada puede probarse á sí mismo; y que á proporcion que se esconde y sepulta en sí, sus ideas se oscurecen, sus creencias se disipan, su vida se apaga: inquieto y descaecido se arrastra por regiones estériles á la luz incierta de la duda, último reflejo de la verdad que desaparece al borde de la nada.

Esta causa general de error se hace especialmente notable en nuestro siglo. A nadie se pre-

gunta mas que á sí mismo sobre su origen, obligaciones y destinos. El hombre nada pregunta á los hombres y mucho menos á Dios: su inteligencia se alimenta de sí misma; qué alimento tan escaso! Nadie quiere creer ni obedecer: por tanto se pierde con el respeto al testimonio la noción de la ley, la noción de la autoridad y el principio de la certidumbre. Todo viene á ser individual. Ni aun se puede nombrar la Religión, porque ella es necesariamente ley y vinculo de toda sociedad. Se dice *el pensamiento religioso*, *el sentimiento religioso*, expresiones que atestiguan la independencía del espíritu, ó el derecho de tener cada uno su religion, como cada uno tiene su sentimiento, ó su pensamiento particular.

Pero al fin, ¿qué viene á ser este sentimiento

Nuestra jurisprudencia criminal da mucho menos fuerza que la antigua al *testimonio*. El espíritu de la legislación es conceder el mayor poder posible al *pensamiento* particular, y al *sentimiento* particular de cada jurado. Esto es una consecuencia natural de la soberanía de la razón individual. Se desconfía de todo lo que es general ó social, ó mas bien, ya no se comprende. Cada hombre es toda la sociedad.

religioso? ¿Acabarán de decirnoslo? ¿O miseria profunda del hombre! Será todo lo que se quiera hasta las flaquezas y miserias de nuestra naturaleza, los temores sin objeto, las ilusiones vagas del corazón, la melancolia, y hasta el fastidio y disgusto de la existencia*. Es indispensable ciertamente caer en estas extravagancias, cuando no se admite otra regla de verdad que lo que se siente. Y adviértase que nadie tiene en su mano comunicar el sentimiento que en sí tiene ó experimenta; que este es un no sé qué tan indefinido en su naturaleza y en sus diferencias y variaciones, que hasta es imposible dar de él una idea clara en el discurso. Ningun hombre podrá representarse jamás un sentimiento de que no haya sido afectado; y nada pende menos del hombre que afectarse de un sentimiento, cualquiera que él sea. Así una religion de puro sentimiento sería una religion sin language, sin voz, un

* Nada digo que no lo hayan sostenido seriamente sujetos que se celebran por su ingenio. Segun sus ideas, para dar á entender que un hombre tiene religion, se debe decir que es melancólico, muy inclinado á ilusiones ó sueños. Oyendo esto, si que parece soñamos.

sueño fugitivo que eternamente huiria de la inteligencia.

Si nos limitamos á considerar el sentimiento como un medio de reconocer la certidumbre de los dogmas y de las obligaciones, tambien abusariamos con no menos groseria, porque el sentimiento no prueba mas que la existencia del pensamiento que le determina. Tengo la idea de un ser poderoso, me resulta de ella un sentimiento de temor; la tengo de un ser poderoso y bueno, resulta un sentimiento de amor. Pero el amor, efecto natural de la idea que me formo de este ser, no prueba de ningun modo su bondad; porque aunque yo me engañase, el sentimiento no dejaria de ser el mismo.

Adelantemos mas, el sentimiento pasivo por su naturaleza, ni afirma ni niega cosa alguna, porque afirmar ó negar no es sentir sino juzgar. Así, cualquiera que dice: *Yo siento*, pronuncia un juicio cuya verdad se apoya en la misma base que la verdad de todos los demas juicios.

Luego es indispensable y de absoluta necesidad recurrir á la razon para hallar la certeza; pero no á una razon cualquiera sino á la general

manifestada por el testimonio, es decir, por una autoridad que esté fuera de nosotros. Toda razón individual es falible, porque es limitada; no puede tener mas que opiniones; los dogmas pertenecen á la sociedad: así cuando la sociedad se disuelve, al instante las opiniones ocupan el lugar de las creencias.

Luego nada hay cierto mas que lo que es de fe; y la sola fe cierta es aquella que se apoya,

Desde el momento en que no es el fundamento de la certeza la convicción individual; cuando ya se confiesa puede ser falso lo que parece verdadero, y cierto lo que parece falso á nuestra razón particular, se debe deducir claramente que la certeza, distinta esencialmente de la evidencia, es únicamente la fe que se tiene en una razón mas elevada y sola infalible; y que no hay nada de cierto sino lo que afirma ella, ó lo que creemos fundados en su testimonio.

Parece que Séneca percibió esta importante verdad: por lo menos ha reconocido perfectamente la insuficiencia de las opiniones filosóficas, y la necesidad de una base mas sólida para elevar el edificio de nuestros conocimientos y deberes. Según él era esta base la autoridad, ó las verdades universales que los Griegos llamaban *νόμος* y que él llama *decretis*, porque, para decirlo así, tienen fuerza de ley. « Le debemos, » dice, « nuestra tranquilidad, nuestra seguridad. (¿Qué es la seguridad del entendimiento, sino la certeza?) Ellas incluyen toda nuestra vida, y la naturaleza toda entera; son el principio de todo lo que existe. La sabiduría antigua, » añade él, « se limitaba á prescribir lo

según el género de verdad que tenga por objeto, sobre la mayor autoridad ó sobre la razón mas general.

que se debía hacer y evitar: los hombres eran entonces mucho mejores: cuando los sabios se han mostrado, los hombres de bien han desaparecido. La virtud simple, y que se viene á los ojos, se ha mudado en una ciencia obscura y sutil. Se nos enseña á disputar y no á vivir.... No hay tranquilidad, sino para los que tienen una regla inmutable y cierta de juicio, los otros fluctúan al acaso, adoptando y desechando los mismos sentimientos á su turno.

La causa de estas variaciones es: que no hay nada claro para los que no tienen mas que una regla muy incierta que es la opinión. Si se quiere querer siempre las mismas cosas, es necesario querer lo verdadero. Pues no se llega de otro modo á la verdad, sino por las decisiones de la autoridad (*decretis*); sin ella no hay vida.... No bastan los conocimientos claros, para satisfacer á la razón; su mayor porción consiste en las cosas ocultas. Lo que está oculto necesita pruebas, y no hay prueba sin la autoridad (*sine decretis*): luego la autoridad es necesaria. La creencia de las cosas ciertas, que forma el sentido común, forma tambien el sentido perfecto; sin ella todo fluctúa en el alma; luego, repito, la autoridad como que da una regla invariable á los entendimientos para formar juicio, es necesaria. *Decreta sunt quæ muniant, quæ securitatem nostram, tranquillitatemque tueantur, quæ totam vitam, totamque rerum naturam simul contineant... Illa et horum cause sunt et omnium. Antiqua sapientia nihil aliud quam faciendâ et vitandâ præcipit; et tunc meliores longævæ viri: postquam docti prodierunt, boni desunt. Simplex enim et*

Colóquese en el sentimiento el principio de certidumbre, al punto se consagran todos los géneros de fanatismo y supersticion, todos los

aperta virtus in obscuram et solertem scientiam versa est. docemurque disputare, non vivere... Non contingit tranquilitas, nisi immutabile certumque iudicium adeptis: ceteri decidunt subinde et reponuntur, et inter ommissa appetitque alternis fluctuantur. Causa hujus factationis est, quod nihil liquet incertissimo regimine utentibus, famá. Si vis eadem semper velle, vera oportet velis. Ad verum sine decretis non pervenitur: continent vitam.... Ratio autem non impletur manifestis: major ejus pars pulchriorque in occultis est. Occulta probationem exigunt, probatio non sine decretis est, necessaria ergo decreta sunt. Quae res communem sensum facit, eadem perfectum, certarum rerum persuasio, sine qua omnia in animo natant; necessaria ergo sunt decreta, quae dant animis inflexibile iudicium. (Ep. 93.) Las mismas ideas se hallan en Ciceron. ¿Qué se ha de decir de la sabiduria? Esta que ni de sí misma debe dudar, ni de sus decretos, á que los filósofos llaman dogmas de los cuales ni uno, sin crimen se puede negar. Cuando se desecha el decreto, se desecha tambien la ley de la verdad y lo recto.... Luego no se puede dudar de que no haya decreto alguno que no pueda ser falso; y que no basta para el sabio, no sea el decreto falso, sino que deba ser juzgado tambien estable y fijo; y que no pueda trastornarlo razon alguna. Sapientiae verò quid futurum est? quae neque de se ipsa dubitare debet, neque de suis decretis, quae philosophi vocant dogmata. quorum nullum sine scelere prodi poterit. Cum enim decretum proditur, lex cori rectique proditur.... Non potest igitur dubitari quin de-

desórdenes y todos los crímenes; porque no hay uno que no esté determinado por un sentimiento que produce algun error del espíritu. Así, pretender que el sentimiento decida de la verdad, y por consiguiente de las obligaciones, es ofrecer la venganza por regla de justicia al que aborrece á otro, y el adulterio por regla de moral al que desea la muger de su amigo.

Póngase en la razon individual el principio de certidumbre, al punto se verá renacer los mismos inconvenientes. El hombre, dueño y señor de sus creencias, tambien lo será de sus acciones. Todo lo puede negar diciendo: Yo no lo comprendo; y en seguida permitirlo todo diciendo: No creo.

¿Qué es la Religion? Una ley ó mas bien la coleccion de leyes, á que todos los hombres están sometidos, la regla de su entendimiento, su corazon y sus sentidos. Es así que la regla no puede tener dependencia de lo que ella debe re-

cretum nullum falsum possit esse; sapientique datis non sit non esse falsum, sed etiam stabile, fixum, ratum esse debeat; quod movere nulla ratio queat. Academ. lib. II, cap. IX.

gular; pues no puede menos de ser una cosa distinta de ella enteramente, ó de lo contrario ya no sería la regla. ¿Cómo nuestros sentimientos serán la regla de nuestros sentimientos, nuestra razon la regla de nuestra razon? Esto es notoriamente contradictorio. Y si nuestra razon, nuestros sentimientos, por estar siempre propensos á extraviarse, necesitan de una ley cierta é invariable que pueda rectificarlos, esta ley, desde luego muchas veces opuesta á lo que sentimos y pensamos, no puede hallar su certeza en los mismos pensamientos y sentimientos, á quienes ella reconoce por objetos de su destino, que es preservarlos del error, y cuando ni la verdad ni la bondad no tienen la certeza de tales, sino por ella misma.

Podria ser bastasen estas reflexiones para convencerse de que, ni el sentimiento ni el raciocinio son el medio general dado á los hombres para discernir la verdadera Religion. Mas la importancia de esta verdad exige demos mayor extension á sus pruebas. Esto es lo que nos proponemos hacer en los capítulos siguientes.

CAPITULO VI.

EL SENTIMIENTO O LA REVELACION INMEDIATA NO ES EL
MEDIO GENERAL DADO A LOS HOMBRES PARA
DISCERNIR LA VERDADERA RELIGION.

El Tan grande como aparece el hombre cuando se le contempla en sus relaciones con sus semejantes, en medio del orden de que forma parte, tanta compasion inspira, cuando rompiendo los vínculos de esta noble dependencia, no quiere

gular; pues no puede menos de ser una cosa distinta de ella enteramente, ó de lo contrario ya no sería la regla. ¿Cómo nuestros sentimientos serán la regla de nuestros sentimientos, nuestra razon la regla de nuestra razon? Esto es notoriamente contradictorio. Y si nuestra razon, nuestros sentimientos, por estar siempre propensos á extraviarse, necesitan de una ley cierta é invariable que pueda rectificarlos, esta ley, desde luego muchas veces opuesta á lo que sentimos y pensamos, no puede hallar su certeza en los mismos pensamientos y sentimientos, á quienes ella reconoce por objetos de su destino, que es preservarlos del error, y cuando ni la verdad ni la bondad no tienen la certeza de tales, sino por ella misma.

Podria ser bastasen estas reflexiones para convencerse de que, ni el sentimiento ni el raciocinio son el medio general dado á los hombres para discernir la verdadera Religion. Mas la importancia de esta verdad exige demos mayor extension á sus pruebas. Esto es lo que nos proponemos hacer en los capítulos siguientes.

CAPITULO VI.

EL SENTIMIENTO U LA REVELACION INMEDIATA NO ES EL
MEDIO GENERAL DADO A LOS HOMBRES PARA
DISCERNIR LA VERDADERA RELIGION.

El Tan grande como aparece el hombre cuando se le contempla en sus relaciones con sus semejantes, en medio del orden de que forma parte, tanta compasion inspira, cuando rompiendo los vínculos de esta noble dependencia, no quiere

ya depender mas que de sí mismo. Huyendo toda sociedad, y privado de los bienes de que participaba como ser social, despojado, desnudo, lleva consigo al desierto una triste soberania, que no es más que la esclavitud de todas las miserias. Andará este soberano, este espíritu sin dueño, buscando acá y allá en la noche algunas verdades perdidas para alimentar su razon moribunda; pero es inútil: estando solo nada es, nada puede, ni aun vivir. Si duda, suba hasta el instante en que nació, y representese lo que es el hombre al salir de la nada. ¿Qué trae consigo? ¿Qué posee? Consultad vuestra memoria; nada os responderá. El niño entonces, lo mismo que el animal, no tiene más que sensaciones oscuras y sordas. Ninguna idea, ningun conocimiento, ningun sentimiento hasta tanto que los reciba de otro: todo le ha de venir de fuera, y nada tendrá que no se le haya dado. Su inteligencia se consumiria en un eterno sueño, si la palabra no la despertase: esta le saca poco á poco de su letargo; abre sus ojos adormecidos y le familiariza con la luz. La razon se desenvuelve, nace el amor, y este ser que solo pertenecía al

mundo de los cuerpos, superior y mas poderoso que el tiempo, se ve transportado repentinamente á la sociedad eterna. ¿Y cómo? Oyó, creyó, y obedeció. La fe, por decirlo así, creó esta alma, y la dió la conciencia de sí misma. Al traves de las profundas tinieblas que la rodeaban, la trazó una senda segura, y la condujo á la fuente de toda luz y verdad. Sin embargo, al llegar á ella, el hombre se avergonzará de su guia, la desconocerá y negará, y dirá orgulloso: Yo he venido solo, y solo he de subir mucho mas alto; y vele aquí que solo efectivamente, camina y vuelve á los lugares de donde habia partido.

Asi hemos visto que desde luego que se desprende de la sociedad religiosa, y se resiste á obedecer el poder que la constituye, el hombre que es consecuente, pasa de duda en duda por un progreso natural, de la heregía al deismo, de este al ateismo, y de aquí á un escepticismo universal. Bien sea que siga su razon, bien que se deje guiar por el sentimiento, llega del mismo modo á este último término donde acaba el ser

Yéase part. I. cap. II. III. IV. V. VI. VII.

inteligente. Si algunos espíritus empeñados en este camino de muerte, no le recorren por entero, es su flaqueza y no su fuerza quien los detiene.

¿Y como la inspiracion particular ó el sentimiento podria ser el medio general dado á los hombres para descubrir la Religion verdadera, cuando como lo hemos hecho ver, ni aun puede conducirlos á ninguna verdad cierta? Ningun espíritu finito ó limitado tiene en sí el principio de la certeza. Esta solo existe en la sociedad, depositaria de las verdades que el hombre recibió de Dios en su origen, y que ella conserva y transmite por la palabra. Las ideas nacen en nosotros con su expresion; y aprender á hablar, es aprender á pensar, así como aprender á pensar, es aprender á creer. La certidumbre pues de nuestros conocimientos es proporcionada á la autoridad de aquel que nos los comunica, ó del testimonio que los atestigua, y si la autoridad es infinita, lo es tambien la certeza.

De aquí se sigue que es imposible llegar por

Vease part. III, cap. I.

sola la inspiracion á la certeza; porque ¿qué es lo que hace la inspiracion? Pone en nuestro espíritu, con independencia de la palabra exterior, ideas que se nos transmiten en el orden comun por esta palabra. Por tanto, para reconocer la verdad es necesario, ó examinarlas en sí mismas con ayuda del raciocinio, es decir, buscar la certeza fuera de la inspiracion; ó asegurarse de que la inspiracion viene de una autoridad infalible, lo que nos vuelve á hacer venir otra vez al raciocinio, á menos que no haya otra nueva inspiracion, la que tambien tendria necesidad de ser probada como la primera, y así al infinito. La persuasion mas invencible de que se está realmente inspirado, nada prueba*, pues que

* Es lo que mas se recomienda en la Iglesia católica con respecto al modo, como las almas deben conducirse en materia de inspiraciones: y es el desconfiar de las que se piensa tener, ó de las que se piensa haber tenido. La inspiracion se prueba, no por lo que siente la persona que se imagina inspirada, sino por los signos exteriores, es decir, los milagros tales como Moises y Gedeon los pedian; ó por el juicio de la autoridad que declara la inspiracion verdadera; es así únicamente como estamos ciertos, de que los Libros santos mismos han sido realmente inspirados por el espíritu de Dios. ®

todos los entusiastas tienen esta persuasión. Y cuando los deistas preguntan por que Dios no ha fundado el Cristianismo en una revelacion interior hecha á cada hombre individualmente, mas bien que en la revelacion exterior y general, viene á ser como si preguntasen por que Dios no ha establecido una Religion desnuda de pruebas:

« Carlos Bonnet dice: « Yo estoy obligado á reconocer que he sido formado, para que me conduzcan la reflexion y los sentidos: una *revelacion interior*, que me persuadiese con la mayor eficacia de la certeza de un estado futuro, no estaria, pues, en la analogía de mi ser. Está el hombre enriquecido con diversas facultades intelectuales: la reunion de estas facultades constituye lo que se llama *razon*. Si Dios no quisiera forzar al hombre á creer, si no quisiera mas que hablar á su razon, hubiera obrado quanto al hombre, como quanto á un ser *puramente* intelectual. Le hubiera hecho oír un lenguaje adaptado á su razon, y hubiera querido aplicase el su razon á investigar este lenguaje, como la mejor investigacion en que pudiera ocuparse.

« Como la naturaleza de este lenguaje es tal, que no podria dirigirse directamente á la razon de cada individuo de la humanidad, era muy necesario la hubiera adaptado el legislador á los medios *naturales*, por cuyo auxilio llega la razon humana hasta convencerse de la certeza moral de los acontecimientos pasados, y á estar asegurada del orden, ó de la especie de los mismos.

« Estos medios *naturales* son los contenidos en el testimonio: pero este supone siempre hechos... El fundamento de la creen-

Pero basta, para decidir la cuestion que tratamos, considerar los hechos. Consultemos nuestra experiencia: ¿hay siquiera una verdad entre las que conocemos que hayamos descubierto en nosotros? ¿Criados en los bosques, lejos de nuestros semejantes, tendríamos las mismas ideas, los mismos sentimientos? ¿Qué sentíamos antes que se nos hubiese dado el pensamiento con la palabra? ¿Qué dogma hemos hallado escrito en el fondo de nuestro corazon? ¿Dónde estaba Dios para nosotros antes que nos le nombrasen? Séamos ingénuos; el sentimiento no nos instruye mas acerca de las leyes de nuestra conservacion como seres morales é inteligentes, que nuestras sensaciones sobre las leyes de nuestra conservacion como seres físicos. No hay sentimiento alguno innato, si lo hubiese se manifestaria de un mismo modo en todos los hombres. Lo en ellos innato es la facultad de recibir cier-

cia del hombre sobre su destino en el porvenir, ha sido reducido de este modo por el sabio autor del hombre, á pruebas de hecho, á pruebas palpables, y al alcance de todos los hombres, aun el mas limitado. » *Palingén. philosoph.*, part. XVIII, cap. 1 y u. *OEuvres*, tom. XVI, p. 226, 234, 253

tos sentimientos, como tambien ciertas ideas necesarias á todos, y la disposicion natural, por la que sucede afectarse ellos de un modo semejante en unas mismas circunstancias. Acontece aqui como en la luz, la cual no está primitivamente en el ojo, sino que como que es análoga á su naturaleza, produce en todos los ojos la misma impresion. Por esto no existe el sentimiento, distinto de la facultad de sentir, sino en virtud de una causa distinta al mismo tiempo de sí mismo y de esta facultad: este sentimiento nace del pensamiento, siempre determinado por ella. El que nada conociese, nada amaria ni aborreceria. ¿Qué son las verdades de sentimiento, sino el alma que ama la verdad que su razon conoce? Ellas pasan del entendimiento al corazon, y el sentimiento es bueno ó malo, segun la causa que le determina, es decir, segun la verdad ó el error que hay en el espiritu; y para convertir el sentimiento en principio de los conocimientos necesarios, es forzoso negar la razon ó aniquilar el ser inteligente.

Rousseau ofrece un ejemplo singular. Confundiendo de intento el sentimiento y las sensacio-

nes dice: « Sentimos antes de conocer ¹. » Y un poco mas abajo: « Limitémonos á los primeros sentimientos que hallamos en nosotros mismos, pues que á ellos nos vuelve siempre á conducir el estudio, cuando no nos ha extraviado ². » Desde luego la razon viene á ser inútil; y en concurrencia con el sentimiento debe la razon callar, como él mismo lo dice en términos formales: « Aun cuando todos los filósofos *probasen* que yo he errado, si sentis que yo tengo razon, nada mas quiero ³. » Y en efecto, ¿qué mas podia apetecer, pues que el sentimiento ó la conciencia, *juez infalible del bien y del mal, hace al hombre semejante á Dios, forma la excelencia de su naturaleza y la moralidad de sus acciones?* « Sin tí, » dice, « nada siento en mí que sobre los brutos me encumbre, como no sea el privilegio triste de descarriarme de errores en errores, en pos de un entendimiento sin regla y de una razon sin principios ⁴. »

¹ Emilio, lib. IV.

² *Ibid.*

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*

El sentimiento pues es la única senda por donde el hombre puede llegar al conocimiento de la verdad, segun Rousseau. Esto no le impide recurrir en otras partes á esta razon sin principios y á este entendimiento sin regla, para descubrir con su auxilio la Religion verdadera. « ¿ Indagamos sinceramente la verdad? Pues no atribuyamos nada al derecho del nacimiento, ni á la autoridad de nuestros padres y pastores, empero acrisolamos al exámen de la conciencia y la razon todo cuanto desde nuestra niñez nos enseñaron. Vano es clamarme: sujeta tu razon; lo mismo me puede decir el que me engañe. Para sujetar mi razon necesito razones. » Y despues: « La fe se asegura y fortalece por el entendimiento: la mejor de todas las religiones es infaliblemente la mas clara.... El Dios que yo adoro no es un Dios de tinieblas; no me ha adornado con un entendimiento para prohibirme luego use de él. Decirme que sujete mi razon es injuriar á su autor. El ministro de la verdad no tiraniza mi razon, la ilustra. »

¹ Emilio, lib. IV.

² Ibid.

Luego segun Rousseau se puede elegir entre dos métodos para discernir la verdadera Religion; el uno fundado en el racionio y el otro que le excluye. « El sentimiento interior, » dice, « es el que debe conducirme Lo que Dios quiere que un hombre haga no se lo hace decir por otro hombre, sino que se lo dice el mismo, lo escribe en el fondo de su corazon. »

Si así es, todos los hombres deben encontrar la verdadera Religion escrita en el fondo de su corazon, pues que sin duda ella contiene todo lo que Dios quiere hagan los hombres, y además, lo que es necesario crean; porque tambien es

¹ Emilio, lib. IV. — Madama de Staël adopta esta doctrina y la aplica tambien á la politica; de modo que cada uno debe buscar en si mismo ó en sus sentimientos íntimos, cual es la mejor religion, la mejor moral, la mejor legislacion, y la mejor forma de gobierno; porque todo esto lo conocemos por una revelacion perpetua. Son curiosísimas las expresiones de esta muger filósofa para que dejemos de citarlas aqui. « No hay cuestion alguna de moral, ni de politica en la cual sea necesario admitir lo que se llama autoridad. La conciencia de los hombres es una revelacion perpetua para ellos, y su razon un hecho inalterable. Lo que forma la esencia de la Religion cristiana es la armonia de nuestros sentimientos íntimos con las palabras de Jesucristo. » *Considerations sur les principaux événemens de la Révolution française. par madame de Staël; tom. III, p. 15.*

necesario creer en Dios para tributarle un culto, y en una ley moral para obedecerla voluntariamente. Mas, en este caso explíquenme la diversidad de Religiones. « Si, » dice Rousseau, « no se hubiese oído mas que lo que Dios dice al corazón del hombre, nunca hubiera habido mas que una religion sobre la tierra ». Es decir, que todos los hombres en todos tiempos habrían creído los mismos dogmas y obedecido los mismos preceptos.

Sofista, respondió ahora: ¿ No hay mas que una religion en la tierra? ¿ es esto lo que vemos? ¿ y qué viene á ser vuestra regla desmentida por los hechos? En vano se dirá que los hombres no han escuchado. No se trata de escuchar sino de sentir. Y los hombres no son dueños de no sentir lo que sienten. Por tanto, tan imposible es para ellos, en vuestra hipótesis, confundir la verdad con el error, como el dolor con el placer. No podrían pues ni engañarse acerca de sus obligaciones, ni dejar de cumplirlas, pues que naturalmente amarían el bien y aborrecerían el mal.

• Emilio, lib. IV.

La Religion verdadera seria un sentimiento invencible y el mismo en todos. Seria su mismo ser; porque admitiendo la suposición de los sentimientos innatos, seria fácil representarse al hombre desnudo de toda idea adquirida; pero seria imposible concebirle privado de aquello que constituiria el fondo de su naturaleza moral é inteligente.

La diversidad pues de religiones, prueba que el sentimiento no es el medio general establecido por Dios para hacernos discernir la verdadera. Véase cuantas creencias opuestas abrazan los hombres con una convicción tan firme por una como por otra parte. El sentimiento de lo verdadero y lo falso, del bien y el mal, tan variable como sus ideas, depende de la educacion, de las preocupaciones, y de mil causas exteriores que le modifican segun los lugares, tiempos, opiniones recibidas, é instituciones. Lejos de ser este sentimiento alguna cosa primitiva y anterior á la fe, la fe es quien le determina, como la enseñanza determina la fe. ¿ Acaso es por sentimiento que el cristiano cree en la Trinidad, el musulman en Mahoma, y el Indio en Buddah? ¿ Era

por sentimiento que ciertos pueblos ofrecían á divinidades horribles la sangre de sus hijos y el pudor de sus hijas? Obedecían á una ley falsa que Dios ciertamente no habia escrito en su conciencia, y la obedecían sin remordimientos, porque el error del espíritu producía un error análogo en el sentimiento.

Y esto debe dar á conocer el absurdo de los que, deseando conservar los deberes y repudiar los dogmas, dicen como Rousseau: « La fe es indiferente, la moral sola no lo es »; porque la moral y la fe son inseparables, y así como no hay dogma del que no se deduzca un deber, no hay tampoco un deber que no suponga un dogma como su fundamento, y los dogmas, son puramente los deberes del entendimiento. Está íntimamente unido á cada punto de fe un precepto correspondiente á él. Para obrar es absolutamente necesario creer. Así, pues, el primer artículo del simbolo *creo en Dios*, es la razon del precepto que manda adorarle y tributarle un culto, y no sería posible imponer á nadie la

Emilio, lib. IV.

obligacion de adorar á Dios, y darle un culto, si no se pudiera hacerle una obligacion de creer en él. Ciertas verdades determinan los deberes respectivos á Dios, otras los respectivos á los deberes del hombre, y tanto estas verdades como estos deberes tienen mútua dependencia entre sí. ¿Cómo habria obligacion en el orden moral de abstenerse, por ejemplo, del robo y el adulterio, si no hubiera obligacion de creer que el robo y el adulterio son crímenes? Como está enlazada la idea misma del crimen y de la virtud con la general de la ley, así como tambien con la de un legislador supremo, cuya voluntad sumamente justa constituye el orden, es indispensable se nos manifieste esta voluntad para que la sepamos, es necesario creerla para prestarle obediencia, y la moral es tan de fe como el dogma.

Es trabajoso concebir la locura de los deístas que buscan en el corazón su propia ley¹, así

¹ « Los actos de la conciencia no son juicios, sino sentimientos; aunque nos vengan de fuera todas nuestras ideas, los sentimientos que las valdán están dentro de nosotros, y por ellos

como la ley misma de la razon; quienes además piden á las pasiones la regla de lo que se debe creer, á los deseos la de lo que se debe querer, y quienes por último quieren salga la perfeccion misma del hombre del propio manantial de su corrupcion. Y ¿qué es lo recomendado por todos los moralistas en todos tiempos y paises, sino la resistencia contra todas las inclinaciones de nuestro corazon, á desconfiar de sus dictámenes, no pocas veces funestos? Pero, se nos responderá, si él nos inclina al mal, tambien nos conduce á lo bueno, y el atractivo del placer tiene su contrapeso en el temor que inspiran los remordimientos. Aun cuando fuese todo esto siempre verdad, ¿qué resultaria? ¿Qué luz puede tenerse de ello con respecto á nuestros deberes reales? Me mostrais un ser sometido á la accion de dos fuerzas contrarias, pero no me decis, como recono-

« solos es por quienes conocemos la conveniencia ó des conveniencia existente entre nosotros y las cosas que debemos buscar ó evitar. » (*Emilio*, lib. IV.) — « Cada hombre hallará en su corazon la regla de su conducta, con tal que su corazon sea sencillo. » BERNARD. DE SAINT-PIERRE. *Cabaña Indiana*.

cerá él la que es ley de su naturaleza moral, ley obligatoria y capaz de obligarle á obedecer. Reconoced en lo que él siente, en sus afectos considerados en sí solos, un motivo de ceder antes al temor que al deseo; un motivo de juzgar que el deber, segun decis, siempre indicado por el sentimiento, pueda oponerse al sentimiento mas imperioso en caso alguno. ¿No sucede con frecuencia cometerse una accion mala con entero gusto? ¿No cuesta nunca trabajo el obrar bien? Decidnos, pues, por qué medio distinguir lo uno de lo otro en vuestro sistema; decidnos lo que es la virtud, lo que es el crimen, qué la verdad y el error.

Debe ser el sentimiento la regla, la guia de nuestras acciones; pues entonces, ya no hay desórden que no se pueda calificar de justo, pues que no hay alguno que no tenga su causa en una pasion violenta, ó en un sentimiento dominante del alma. Me parece que nadie se resuelve á degollar á su prójimo, para combatirse á sí mismo, ni para vencer el natural horror al asesinato. Se obedece á un deseo poderoso que subyuga la voluntad, se usa exacta y

rigorosamente del medio mismo que decis ser infalible, para distinguir lo bueno de lo malo.

Aun no es esto todo; porque, ó nos dejará este medio en la incertitud quanto á los deberes de la inteligencia acerca de lo que estamos obligados á creer; ó deberá servirnos aun para distinguir lo verdadero de lo falso en cosas que no se sienten, pero que se juzgan. ¿Sentis que la materia no podría sentir? ¿Sentis ser ella criada? ¿Sentis sucederá á esta vida otra que no tendrá fin? ¿Sentis los castigos y premios eternos? No; me respondeis: pero yo juzgo de todo esto por *sentimiento*. Eso quiere decir juzgais por medio de otra cosa que por vuestro juicio, con una facultad pasiva de su naturaleza, por lo mismo incapaz de juzgar, ni de discurrir. Y si discurrís y juzgais por el sentimiento, ¿por qué no sentís por el discurso? No sería lo uno mas extravagante que lo otro. ¡Monstruoso desvario! ¿Pero á qué no se sujeta el entendimiento para quedar libre? No se quiere tanto decir *yo siento*, tratando de cosas que pueden sentirse, como por no verse forzados á decir *creo*, en cosas que deben

creerse y porque mande creerlas una infalible autoridad.

Nunca el orgullo de la razon llegó á ser tan extremoso como en este siglo, y jamas se vió una inclinacion tan decidida á resolver las cuestiones sublimes de religion, de moral, y aun de politica, por *sentimiento*, ó por una regla independiente de la razon. Pero oigamos lo que pensaba Bayle de esta clase de pruebas: « Las pruebas de sentimiento nada concluyen. Las hay en Sajonia tocante á la presencia real, lo mismo que en Suiza tocante á la ausencia real. Cada pueblo está penetrado de pruebas de sentimiento á favor de su religion: luego mas veces son falsas que verdaderas. » (*Continuation des pensées diverses*, tom. III, p. 150.) Pruebas que nada concluyen, son pruebas que nada prueban, ó en otros términos, no son pruebas. Esto no quita que Rousseau insistiera, con todo el empeño que hemos visto, en estas pruebas que nada prueban. *El sentimiento es, dice, el que debe conducirme. Lo que yo siento que está bien, está bien, etc.* Si se le da oido, el sentimiento es el fundamento único de la moral; nunca se extraviaría el hombre, si siguiese siempre lo que su corazon le dicta. Esto es lo que Rousseau repite casi en cada página de su *Emilio*. Puede ser que creais que él estaba profundamente persuadido de esta doctrina. Oid lo que escribia confidencialmente á uno de sus amigos: « Si yo estoy convencido que no hay hombre alguno, por hombre de bien que sea, que si siguiese siempre aquello que su corazon le dicta, no viniere á ser en poco tiempo el mas atroz de todos los malvados. » (*Lettre de Rousseau á Tronchin*, citada en las *Mémoires de madame d'Épinay*; tom. 5, p. 492.) No apoya y fortifica maravillosamente esta confesion lo que él mismo dice en favor de la regla del sentimiento? Por lo demas, si el sentimiento fuese una prueba de verdad, entre los locos sería donde deberíamos buscar las verdades mas ciertas; porque segun parece,

El hombre no trae consigo mas que necesidades que la sociedad debe satisfacer, y sola ella puede satisfacer. Su cuerpo necesita de alimentos, la sociedad se los da; su alma necesita de verdad, la sociedad se la da. ¿Qué niño ha dicho: yo siento á Dios, antes que se le hubiese hecho conocer? Se le nombra, y tiene ó forma la idea; se le enseña á pedirle y adquiere el sentimiento; se le dice: esto es bueno, aquello malo, y se desenvuelve la conciencia. He aquí el orden de la naturaleza. Así, nunca hubo pueblo alguno cuya religion estuviese fundada en el sentimiento ó la inspiracion particular de cada individuo. Todos, creyendo, se han sometido á una autoridad exterior y en su concepto divina en su origen. Jamas les ocurrió que cada uno encontrase la Religion en su corazon sin otra instruccion. Todos los pueblos pues deponen con una perfecta unanimidad contra el sistema que quiere sea el sentimiento ú la inspiracion individual, ó

tanto mas fuerte es la prueba cuanto mas energético es el sentimiento, y el sentimiento que produce el error que constituye la locura es absolutamente invencible.

la revelacion inmediata, el medio general para reconocer la verdadera Religion. Mas como ya hemos observado tantas veces, el testimonio del género humano, que es la expresion de la razon universal, es infalible: y negarle, es negar la razon y renunciar á la certidumbre.

Y en efecto, ¿cuando Rousseau quiere hacer del sentimiento el principio de la fe y la regla de las costumbres, no se ve llevado á negar la razon? ¿Y cuando los pretendidos reformadores de la Iglesia, Jurieu, Claudio y sus discipulos adoptando el mismo error, se persuadieron que el único camino para llegar seguramente á la verdad en materia de religion, era lo que ellos llaman la *senda de impresion, sentimiento, ó de gusto* no desecharon, no solo la razon humana sino tambien hasta la divina, pues que no temieron sostener que basta proponer á los hombres un sumario de la doctrina cristiana, y que al punto, sin necesidad de mas exámen, es decir, sin intervencion alguna de la razon, y *con inde-*

¹ *Le vrai Syst. de l'Eglise.* lib. II, cap. XX, XXI; lib. III, cap. II, III, V, IX, X, etc.

pendencia tambien del libro en que se contiene la doctrina del Evangelio y de la verdadera Religion¹, es decir, de la razon divina, la verdad se les manifiesta claramente; y se siente como se siente la luz cuando se la ve, el calor cuando se está cerca del fuego, lo dulce y lo amargo al gustarlo²? Segun Jorge Fox: « Debemos escuchar el espíritu de Dios, que está dentro de nosotros, con preferencia á la autoridad de un hombre, sea quien fuere, y á la de todos los hombres, y hasta con preferencia á la misma autoridad del Evangelio³. »

¹ *Le vrai Syst. de l'Eglise*, lib. II, cap. xxv.— Para los protestantes que no admiten ni la tradicion, ni la infalibilidad de la Iglesia docente, la Escritura es la única manifestacion de la razon divina. En esta hipótesis, negar la necesidad de la Escritura con respecto á todos los hombres y á cada uno en particular, es negar que sea necesario para conocer la verdad, que Dios se revele á nuestra razon, ó nos manifieste la suya.

² *Le vrai Syst. de l'Eglise*, lib. II, cap. xxv.— Para ser consiguiente en este sistema era necesario mudar la forma del simbolo; y en vez de decir: *Yo creo en Dios etc.* se debería decir « Yo siento á Dios, siento que es Padre, que es Todopoderoso, que ha criado el cielo y la tierra; yo siento á Jesucristo, etc. » Esto, cuanto á los deistas por sentimiento. El simbolo del ateo en el mismo sistema se reduciría á estas palabras: *Yo nada siento*; y el del escéptico á estas: *¿Acaso siento yo?*

³ Véase la excelente obra del Dr. Milner, titulada: *The end of*

Mas, ¿qué otra cosa es esto sino un fanatismo? En persuadiéndose que se siente una ilustracion interior, ya todas las extravagancias de una imaginacion ardiente pasan por verdades incontables y por inspiraciones divinas. El orgullo se engrie con esta persuasion. Las sectas nacen, se propagan, porque el entusiasmo es contagioso. Pero el sentimiento no tarda en revelar á cada uno dogmas diferentes; nada hay mas diverso que su lenguaje. Hay divisiones, combates; los discipulos se hacen maestros á su vez, y las sectas se multiplican. Cada hombre tiene su sentimiento, su doctrina. Muéstrenseme los deistas que estén de acuerdo en todos los puntos. Los sectarios tampoco se entienden mejor que ellos. El uno niega lo que el otro afirma y así reciprocamente. Si se llega á encontrar un entusiasta de un carácter ardiente y sombrío, no hay crimen que no pueda cometer bajo pretexto de inspiracion. ¡Cuántas guerras y maldades se deben á

religious controversy; in a friendly correspondence between a religious society of protestants, and a Roman catholic divine. part. I, p. 45. Londres, 1819.

esta sola causa desde Mahoma hasta Juan de Leyde, y desde Cromwell hasta Sand *! La ver-

* Se podrían citar innumerables ejemplos de los excesos de todo género á que conduce este peligroso fanatismo. Los anabaptistas pretendian haber recibido orden de Dios para quitar la vida á los impíos, confiscar sus bienes, y establecer un nuevo mundo, compuesto de solos justos. (SLEIDAN, *de stat. rel. et reip. comment.* lib. III, p. 45.)—Juan Bockler, gefe de esta secta, declaró que Dios le había hecho presente de Amsterdam y muchas otras ciudades; envió para tomar posesion á algunos de sus discipulos, que corrian por las calles completamente desnudos, gritando: *¡Ay de Babilonia! ay de los impíos;* (*Histoire abrégée de la Réforme, par Gérard Brandt*, tom. I, p. 49.) Herman tambien anabaptista, para obedecer al impulso interior del espíritu, en señó que él era el Mesías, y se dedicó á evangelizar al pueblo en estos términos: *Mata á los sacerdotes, mata á todos los magistrados. Arrepentíos; vuestra redencion se acerca.* (*Ibid.*, p. 51.)—No tardaron los anabaptistas en penetrar en Inglaterra. Un tal Nicolas, discípulo de David Jorge fundó allí la secta de los familistas, ó la Familia de amor, numerosísima al fin del siglo décimosexto. Segun su doctrina, la esencia de la Religion consistia en el sentimiento del amor divino; la fe y el culto eran inútiles. Desechaba del mismo modo los preceptos fundamentales de la moral, enseñando que era bueno perseverar en el pecado, para que la gracia pudiese abundar. (MOSHEIM, *Hist. eccles.*, tom. IV, p. 484.)—¿Quién no ha oido hablar de Venner, y de sus hombres de la quinta monarquía? Arrebatados por la inspiracion se precipitan fuera del lugar donde tenian sus juntas en Coleman-Street; declarando que no reconocian otro soberano que al señor Jesus, y que no volverian sus espadas á la vaina hasta haber hecho de Babilonia, es decir de la monarquía, un objeto

dad no viene á ser mas que los pensamientos de un espíritu sin regla, y toda ley se reduce á las

de risa y de execracion no solo en Inglaterra, sino en los países extranjeros. (ECHARD, *hist. of Engl.*) El mismo fanatismo produjo iguales efectos entre los cuáqueros. Jorge Fox, su fundador, sostenia que *el verdadero culto es inspirado por un movimiento interior é inmediato que viene del espíritu de Dios, y que no se limita á tiempo alguno, á ningun lugar ni persona* (BARCLAY, *Apolog.*, propos. XI.)—Esta es la regla del sentimiento en su mayor generalidad. Produjo muy pronto toda especie de extravagancias y delitos. Un cuáquero fué á la puerta del parlamento con la espada en la mano, é hirió á muchas personas, diciendo que *el Espíritu Santo le habia inspirado matase á todos aquellos que tenian asiento en esta cámara.* (MACLAINE, *notes on Mosheim*, tom. V, p. 470.)—No hablaremos de los muggletonianos ni labadistas, que con pretexto de seguir la luz interior, se abandonaban á los desórdenes mas vergonzosos, y á prácticas llenas de impiedad. Bien se sabe hasta donde llegan en esta materia ciertas sectas de metodistas, ó por mejor decir no se sabe lo bastante. Oigamos al antinomiano Ricardo Hill: «El adulterio mismo y el asesinato no dañan á los verdaderos hijos de Dios, por el contrario les son útiles.» (FLETCHER, *Works*, tom. III, p. 50.) «Mis pecados pueden desagradar á Dios; mi persona siempre le es agradable. Aun cuando yo pecase mas que Manases, no por eso dejaría de ser un hijo querido de Dios, porque me ve siempre en Cristo. De aquí proviene que en medio de los adulterios, asesinatos é incestos, puede dirigirme estas palabras: *Tú eres toda hermosa, ó amor mio, y no hay en tí alguna mancha.*» (*Ibid.*, tom. IV, p. 97.) «Aunque yo repruebo á aquellos que dicen: *Pequeñemos para que la gracia abunde en nosotros;* sin embargo, al fin el adulterio, el incesto y el asesinato, me harán mas santo

pasiones ó apetitos del corazón. En fin llega un momento en que la confusión es tan grande, las contradicciones tan manifiestas que por precisión es indispensable renunciar esta quimera del sentimiento, y buscar otro camino para discernir la verdadera Religión. Se presenta la razón, se

« en la tierra y gozar mas en el cielo. » (*Ibid.*, *Daubeny's Guide to the church*, p. 82.) — Salmon, ministro de Coventry, enseñaba al pueblo á jurar, blasfemar, y abandonarse á todos los desórdenes de la impureza. En Duvres una muger cortó la cabeza á su hijo con el pretexto de un precepto particular que habia recibido de Dios como Abrahan. Otra muger fué condenada en York, en marzo de 1647, por haber crucificado á su madre, y sacrificado un becerro y un gallo. (*MILNER Letters to a Prebendary*.) — Stork, discípulo de Lutero y fundador de la secta de los *abecedarios*, enseñaba que los fieles, para evitar las distracciones que impiden estar atentos á la voz de Dios, deben renunciar al estudio, y no conocer ni aun las primeras letras del alfabeto. (Véase *OSLANDER, cent. XVI*, lib. II. *STORMAN Lexic. voz abecedarii*.) Por absurda que parezca semejante doctrina, admitido el principio de la inspiración particular, Stork iba consiguiente: y lo es tambien Juan Jacobo cuando despues de haber dicho, *el sentimiento interior es el que debe conducirme*, añade, « Pues que cuanto mas saben los hombres, mas se engañan, el único medio de evitar el error es la ignorancia. No juzguéis y no os engañaréis. Esta lección dan la naturaleza y la razón. » (*Emilio*, lib. III.) Gran lástima causa no escuchar mas que á si mismo, porque se acaba por imponerse silencio; y desesperando de la verdad y la vida, se busca el descanso en la nada.

adopta por guía, figurándose poder asegurarse con su auxilio de la verdad, y *este último error es peor que el primero*; porque siendo impotente por si la razón individual para establecer cosa alguna, echa por tierra todas las creencias, obscurece todas las nociones, y, destruyendo siempre, avanza de ruina en ruina hasta que se confunde y desaparece en una duda universal.

Por tanto en este sistema de examen y discusión es donde se detienen por necesidad los deístas y los sectarios. Excluido el sentimiento como regla de fe, no les queda mas que el raciocinio; triste recurso cuya insuficiencia vamos á demostrar, probando que la senda del raciocinio ó de la discusión no es el medio general dado á los hombres para discernir la Religión verdadera. Concentremos todas nuestras fuerzas para atacar el orgullo en su último atrincheramiento*.

* Rousseau, cuyo juicio es muy recto, cuando no le extravian sus pasiones ha visto bien que el *orgullo* es el padre de la filosofía, y que ella es la destrucción de todas las verdades, y de todos los deberes «Seria,» dice él, «siempre un detalle muy aflictivo para la filosofía, la exposición de las máximas perniciosas, y de los dogmas impíos de sus sectas diferentes. Los epicúreos negaban toda

providencia, los académicos dudaban de la existencia de la divinidad, y los estoicos la inmortalidad del alma. Las sectas menos célebres no tenían mejores sentimientos... ¿Hubo alguna que no cayese en algun error peligroso? ¿Qué diremos de la distincion de las dos doctrinas, recibidas con tal ansia por todos los filósofos, y por la que profesaban en secreto sentimientos contrarios á los que enseñaban públicamente?... Halláronse tan bien los filósofos con este método, que se vió propagado con rapidéz por la Grecia, pasando de allí á Roma....

« La doctrina interior no se ha llevado desde Europa á la China; pero ha nacido allí tambien con la filosofía, y á ella deben los Chinos esta caterva de ateos ó filósofos que hay entre ellos. La historia de esta fatal doctrina, hecha por un hombre instruido y sincero, seria un terrible golpe dado á la filosofía antigua y moderna. Pero la filosofía se atreve á siempre contra la razon, la verdad, y aun el tiempo mismo, porque tiene su principio en el orgullo humano, mas fuerte que todo esto. » Réponse au roi de Pologne, p. 263 y sig. not. edic. de 1795.

CAPITULO VII.

LA SENDA DEL RACIOCINIO O DE LA DISCUSION NO ES EL MEDIO GENERAL DADO A LOS HOMBRES PARA DISCERNIR LA VERDADERA RELIGION.

Lo que tenemos mas grande y al mismo tiempo mas intimo es nuestra razon, nuestro entendimiento, esta facultad sublime de conocer que nos hace semejantes á Dios, pues que por ella llegamos á ser partícipes de su ser ó de su

providencia, los académicos dudaban de la existencia de la divinidad, y los estoicos la inmortalidad del alma. Las sectas menos célebres no tenían mejores sentimientos... ¿Hubo alguna que no cayese en algun error peligroso? ¿Qué diremos de la distincion de las dos doctrinas, recibidas con tal ansia por todos los filósofos, y por la que profesaban en secreto sentimientos contrarios á los que enseñaban públicamente?... Halláronse tan bien los filósofos con este método, que se vió propagado con rapidéz por la Grecia, pasando de allí á Roma....

• La doctrina interior no se ha llevado desde Europa á la China; pero ha nacido allí tambien con la filosofía, y á ella deben los Chinos esta caterva de ateos ó filósofos que hay entre ellos. La historia de esta fatal doctrina, hecha por un hombre instruido y sincero, seria un terrible golpe dado á la filosofía antigua y moderna. Pero la filosofía se atreve á siempre contra la razon, la verdad, y aun el tiempo mismo, porque tiene su principio en el orgullo humano, mas fuerte que todo esto. » Réponse au roi de Pologne, p. 263 y sig. not. edic. de 1795.

CAPITULO VII.

LA SENDA DEL RACIOCINIO O DE LA DISCUSION NO ES EL MEDIO GENERAL DADO A LOS HOMBRES PARA DISCERNIR LA VERDADERA RELIGION.

Lo que tenemos mas grande y al mismo tiempo mas intimo es nuestra razon, nuestro entendimiento, esta facultad sublime de conocer que nos hace semejantes á Dios, pues que por ella llegamos á ser partícipes de su ser ó de su

verdad. Elevados así sobre la creación material, sobre los mundos que giran en el espacio, sobre los seres que han recibido vida, pero no inteligencia, no nos es posible concebir una idea demasiado elevada de nosotros mismos. Con nuestro pensamiento tocamos por todas partes lo infinito. Ningun tiempo puede limitar el pensamiento, ninguna extensión circunscribirlo, y solo Dios es tan grande que pueda contenerlo en su inmensidad.

No es pues por glorificarse en su razón por lo que el hombre se extravía, sino porque se engaña acerca de su naturaleza, atribuyéndose lo que no le pertenece. En su orgullo confunde la capacidad de conocer con la potencia de producir. Olvida que su inteligencia puramente pasiva en su origen, nace y se desenvuelve con el auxilio de las verdades que se la dan, y que no posee cosa que no haya recibido. Dotado del poder de combinar estas verdades primitivas y de sacar consecuencias, poder limitado como toda acción de un ser finito, busca en sí la certeza ó última razón de las cosas, y no hallándola comienza á dudar. Las verdades se retiran, la noche reina;

en medio de esta noche ya no se conoce á sí mismo; solo, pagado y altivo por su soledad, quiere crear; remueve y vuelve en su fantasía mil memorias oscuras, y cree poblar de seres reales su entendimiento desierto, porque evoca fantasmas. Mas desengañado muy pronto y cansado de este trabajo vano, cierra los ojos y se adormece y aletarga en eternas tinieblas.

Fuera de Dios todo es contingente; fuera de él nada existe sino por su voluntad; él solo es ó existe necesariamente; luego él solo posee en sí mismo la certeza. Está cierto de su ser porque se conoce; está cierto de la existencia de los demás seres, porque conoce sus voluntades; y toda la certeza que podemos tener nos viene de él y se funda en su testimonio. Aquí es donde es necesario venir siempre á parar, á un testimonio, á una primera autoridad infalible, y sin esto ni aun raciocinar es posible; porque todo raciocinio presupone alguna verdad anterior, algun principio de donde se parte y que no se prueba, y que, por lo mismo, no puede ser cierto sino suponiendo la infalibilidad de la razón ó de la autoridad que le atestigua. Nada importa que no se

comprenda claramente este principio, esta verdad. Querer comprenderlo todo, es querer negarlo todo. Y en efecto ¿qué comprendemos? No hay una ley en la naturaleza que no encierre el infinito, por consiguiente ni un fenómeno que el hombre pueda explicar y comprender plenamente.

¿Cómo, pues, podría llegar á descubrir con certeza por el raciocinio la verdadera Religión? Conocer la Religión es conocer á Dios, es conocer al hombre, su naturaleza y las relaciones que derivan de ella, ó las leyes de la inteligencia: y se quiere ir á buscarlas en las soledades de un espíritu, de donde se habrá desterrado toda idea recibida por la confianza en el testimonio de los demás hombres ó de la sociedad. ¿Es así como ha vivido el hombre? ¿Se conserva de este modo? ¿Antes de admitir las primeras nociones y cuando á nada podía compararlas las ha examinado? ¿Explíquese como, ó con que se podía suplir la enseñanza primitiva, la palabra que le reveló su propia existencia, cuando su pensamiento, su voluntad y todo dormía en él? Obligada la razón, que no existe sino por la verdad,

pues que no es mas que la verdad conocida por todos, á obrar antes de ser ó de crearse á sí misma, hubiera permanecido eternamente inerte, eternamente en tinieblas; nunca la luz se hubiera levantado sobre el mundo intelectual. Cuando los espíritus, arrebatados por el deseo de la independencia quieren vivir en este estado contrario á la naturaleza, cuando rehusan creer, y pretenden someterlo todo al exámen particular, esta luz brillante poco á poco se debilita y se apaga. Representémonos un hombre á quien se le diga: «Olvida todo lo que has aprendido de tus semejantes, olvida todo lo que sabes. Desecha de tu espíritu hasta la última idea, déjale vacío y luego busca en este vacío la verdad. ¿No equivale esto á decirle al alma: Muere, y despues busca en la nada una vida que á nadie pertenezca mas que á ti?» ¿Puede imaginarse una contradicción mas evidente? Porque sin verdad no hay acción, no hay voluntad, no hay vida; y si la razón retiene una verdad, sola una, esta será necesariamente una verdad creída sin demostrarse, una verdad de fe, y por tanto todas las que se deduzcan no tendrán otro

fundamento, otra certeza que esta misma fe.

¿ Se supondrá que el hombre nace con ciertas verdades impresas en su entendimiento, las cuales fecundadas luego por la razón vienen á ser el principio de sus conocimientos posteriores? Esto sería reproducir, bajo otro aspecto, la hipótesis de los sentimientos innatos, hipótesis absurda y refutada completamente por la experiencia. Sea cual fuere la modificación que se la dé, reduciendo el número de verdades de sentimiento y concediendo á la razón el privilegio de deducir las otras verdades necesarias, no haría más que añadir nuevos embarazos y nuevas contradicciones; porque este sistema mixto, sin desha- cer ninguna dificultad, estaría sujeto á todas aquellas que presenta cada uno de los otros dos. Se exigiría siempre al sentimiento se manifestase de un modo uniforme, general, invencible, y á la razón que diese la prueba de su infalibilidad.

Mas consideremos al hombre tal cual es, formado por la sociedad, enriquecido por los conocimientos, é ilustrado por las verdades que recibe de ella. Apenas ha establecido su razón individual juez de estas verdades, cuando todas sucesiva-

mente se le huyen *. La razón quiere al punto concebir, y es muy justo, puesto que se hace de la razón el fundamento de las creencias. De aqui su primera regla, que es no creer mas que lo que concibe. Oigamos á Rousseau.

« Con respecto á los dogmas me dice mi razón que deben ser claros, luminosos, y de una evidencia palpable. Si la religion natural es insuficiente, es por la obscuridad que deja en las verdades grandes que nos enseña. A la revelacion toca enseñarnos estas verdades de un modo sensible al espíritu del hombre, ponerlas á su alcance, y *hacérselas concebir para que las crea* *.

Se sigue que, aun admitiendo que el hombre

* Un padre antiguo dice, hablando de los diversos sistemas de los filósofos sobre la divinidad: « No es de Dios de quien los tienen, sino que cada uno los ha imaginado á su gusto. He aqui por que se han extraviado, y dividido en tan varias opiniones sobre Dios, sobre la naturaleza y el mundo. » ATHENAG. *Apolog.* n. 7. *Epitilo*, lib. IV.—En otro lugar habla así el mismo Rousseau: « Cuanto mas me esfuerzo á contemplar su esencia infinita, la esencia de Dios, *menos la concibo*; pero ella existe, esto me basta; cuanto menos la concibo mas la adoro. » (*Ibid.*) Creia sin embargo en él pues que le adoraba, y creia en él sin concebirle. ¿ Qué lógica, ó qué buena fe!

puede concebir perfectamente un dogma cualquiera, es decir, concebir claramente lo infinito, ó conocer á Dios como él se conoce á si mismo; todavía no siendo los espíritus igualmente fuertes, igualmente rectos, ni estando igualmente cultivados, uno concebirá más y otro menos, y por consiguiente los dogmas y las obligaciones que de ellos se derivan, variarán para cada uno según la rectitud y extension de su razón. Este deberá creer lo que aquel debe desechár porque no lo concibe. A tantas razones corresponderán otros tantos símbolos, morales distintas y religiones diversas. Sin embargo, hemos visto que no hay más que una religión verdadera, y que fuera de ella no hay salud². He aquí pues la mayor parte de los hombres perdidos para siempre, por haber usado escrupulosamente del único medio que

¹ « Habiendo sido los hombres tan diversamente organizados, no se hubieran persuadido todos por los mismos argumentos, sobre todo en materia de fe. Lo que parece al uno evidente, no parece al otro ni aun probable: el uno, por su modo de pensar, no se siente movido sino por un género de pruebas, el otro no se mueve sino en sentido del todo diferente. » ROUSSEAU. *Letres écrites de la Montagne, lettr. III, p. 85. Paris, 1795.*

² Véase la part. III, cap. IV.

Dios les habia dado para descubrir las leyes que deben obedecer. No perderia su fuerza la objecion, cuando solo uno fuese el que se perdiese; y supuesto que la razon particular sea la regla de fe, no hay porque titubear al decir con Rousseau: « Si hubiese una religion en la tierra fuera de la cual amenazase pena eterna, y en cualquier lugar del mundo un solo mortal de buena fe no se hubiese convencido de su evidencia, el Dios de esta Religion seria el tirano, mas inicuo y cruel¹. »

Ahora bien, es cierto que el hombre muere ó padece una pena eterna, si viola esencialmente el orden moral ó las leyes de su naturaleza inteligente². Tambien es cierto, que luego que los

¹ *Emilio, libro IV.*

² Véase la part. III, cap. IV. — ¿Cómo sabemos que nuestro cuerpo morirá? Porque nos enseña el testimonio universal ser la muerte una ley de nuestra naturaleza física, de la que nadie se libra jamás. No tenemos otra certeza de ello; y es tambien cierto que estamos seguros de morir pronto, si tomamos un veneno, ó si de cualquier otro modo violamos la ley de nuestra organizacion. Ahora bien, un testimonio no menos unánime nos enseña que la muerte espiritual es una consecuencia inevitable de la violacion de las leyes de nuestra naturaleza espiritual. Supuesta esta violacion, la muerte espiritual es por

hombres comienzan á raciocinar sobre estas leyes, á someterlas á su juicio, se dividen, y ya no ven de un mismo modo su evidencia: rodeándolas, por el contrario, con las tinieblas de su entendimiento, las obscurecen, y desaparecen estas leyes en medio de sus vanas especulaciones. Luego el raciocinio no es el medio por donde han de llegar á conocerlas; si lo fuese sería necesario acusar á Dios de insensatez ó tiranía.

Para mas convencernos, recorramos los anales de la filosofía en los diversos pueblos; veamos qué luces debieron á esta poderosa razon que se nos presenta como guía.

Se encuentra entre los antiguos dos cosas que casi igualmente nos sorprenden, ó por mejor decir, dos doctrinas tan opuestas, que evidentemente no es posible tengan un mismo origen; las verdades mas sublimes y los errores mas monstruosos, los preceptos mas puros y las consiguientes tan cierta como la física: y que quien no cree la primera, no tiene motivo de creer la segunda. De aquí tal vez proviene que se haya imaginado Condorcet, llegarían los hombres á fuerza de saber hasta excusarse de la necesidad de morir. Véase su obra titulada *Bosquejo de una pintura de los progresos del entendimiento humano*.

máximas mas disolutas, creencias sociales y opiniones destructoras de la sociedad. Las unas venían de la tradicion, las otras de la razon; y cuando la tradicion se debilitó y la razon ocupó su lugar, el mundo se desplomó, y faltó poco para que se hundiese en el abismo.

Este fué el siglo de la filosofía, que no es en efecto mas que reemplazar la tradicion por la razon, como Diderot expresamente lo dice. « El hombre ha nacido para pensar por sí mismo.... No siendo la filosofía de los Caldeos, sino un monton de máximas y dogmas, que transmitieron por el conducto de la tradicion, no merecen de modo alguno el nombre de filósofos. No conviene este título en toda la fuerza del término mas que á los Griegos y á los Romanos, que los imitaron, siguiendo sus pisadas; porque cuanto á las demas naciones, se debe formar el mismo juicio que de los Caldeos, atendido reinaba en ellas el mismo espíritu de servidumbre que entre aquellos; en lugar que los Griegos y los Romanos se atrevían á pensar por sí mismos. No creían mas que lo que veían ó al menos lo que se imaginaban ver. » Y qué han ganado en esto? Oigase aun á Diderot: « Si el espíritu sistemático los ha precipitado en un gran número de errores, es porque no nos es permitido descubrir de repente, y como por una especie de instinto, la verdad. No podemos llegar á ella sino pasando por muchas imprecisiones y extravagancias; esta es una ley, á la que nos ha sometido la naturaleza. Pero apurando todas las necesidades que sobre cada cosa pueden decirse, nos han hecho los Griegos un servicio importante, por habernos como forzado á tomar casi al principio de nuestra carrera el camino de la verdad. » (*Philosophie des Chaldéens; OEuvres de Diderot, tom. I, p. 439. 460. Edic. de*

Hemos oído hablar tanto de paganismo, estamos desde la niñez tan familiarizados con su mitología y su culto, que esto impide nos llame la atención como debía, este grande desvario del espíritu humano; ¿Qué hacia la razón en estos siglos? Creía en Júpiter, en Marte, en Venus. No se ve haya protegido siquiera una verdad ni desechado un solo error. Y cuando las pasiones llegaron a disgustarla de sus estúpidas creencias; ¿trajo a los hombres á principios mas seguros, á opiniones mas sanas? ¿Dónde halláremos un pueblo, en el cual haya abolido la idolatría, cuyas costumbres haya reformado? En ninguna parte. ¿Qué hizo pues la razón? Dejó los vicios divinizados en posesion de sus templos, y combatió con todo su poder las verdades tradicionales, que en todas partes estaban mezcladas con los errores locales del paganismo. Creó las doc-

1775.) Ya sería algo estar en el camino de la verdad, pero para tener derecho á decir que se está en él, sería preciso por lo menos estar de acuerdo sobre lo que es verdad, y los filósofos no lo están. Cuanto á lo demás, siempre es bueno saber no se debe el título de filósofo, en toda la fuerza del término, sino á hombres, cuyo mérito único está en haber apurado casi todas las necesidades que se han podido decir sobre cada cosa.

trinas de la nada y las costumbres del siglo de Tiberio; formó á Petronio y Neron.

No referirémos aquí las innumerables opiniones de los filósofos, sus disputas, sus contradicciones acerca de los objetos mas importantes. ¿Qué dogma hay que ellos no hayan negado? ¿cuál es la obligacion que han respetado? La

¹ Casi todos los filósofos antiguos han admitido la eternidad de la materia, opinion que es incompatible con la existencia eterna de Dios. Los estóicos creían además en no sé qué necesidad fatal que todo lo arrastraba y hasta los mismos dioses. En cuanto á la moral sostenían que las mugeres debían ser comunes entre los sabios, y que el sabio podía si queria darse la muerte. Condenaban la compasion y piedad, y negaban los males no pudiendo escapar de ellos. (Véase la XIII^a Dissert. de Thomasius sur la Philosophie stoïcienne, et la rem. B sur l'article Chrysippe dans le Dictionnaire de Bayle. DIOG. LAERT. lib. VII, pág. 120 y 131.) — Antisteno y sus discipulos enseñaban que las leyes del matrimonio no eran mas que una sujecion inútil, que nada había vergonzoso, etc. (DIOG. LAERT., lib. VI. n. 72.) Aristipo, gefe de los cirenáicos, miraba las leyes civiles y costumbres como el fundamento único de lo justo é injusto. Hacia consistir el soberano bien en el deleite (*Ibid.*, n. 87, 88 y 93). — Aristóteles habla siempre dudoso acerca de la inmortalidad del alma y de la Providencia. Pretende, como observa Grocio, que el adulterio cometido por satisfacer el apetito, y un asesinato por efecto de cólera, no deben colocarse propiamente en el número de las injusticias. Quiere como Licurgo y Platón que no se críe á los niños que na-

historia de la filosofía es la historia de las dudas. Y no se crea por eso eran espíritus vulgares estos antiguos sabios; si la razón sola debía conducirnos á la verdad, ¿quién podía llegar á ella con mas facilidad que Platon, el talento mas sublime de la Grecia, ni con mas seguridad que Aristóteles que redujo á algunas reglas invariables los modos todos del raciocinio? Sin embar-

cen con algun defecto; y que si las leyes prohiben abandonarlos, se haga abortar á las mugeres cuando están en cinta, luego que ya tienen el número de hijos que pide el interes del Estado. (ARIST. *Polit.* lib. VII, c. XVI. PLAT. *de Republ.* lib. V. PLOTAR. *in Lyc.*) Justifica el robo y, de acuerdo en esto con Ciceron, hace de la venganza una virtud ó una obligacion natural. (ARIST. *de morib., ad Nicomach.* lib. IV, c. II. CICEB. *de Invent.* lib. II, c. XXII.)—Xenofonte cuenta tambien en el número de las ventajas de la dignidad real, el poder dañar á sus enemigos: *ικανώτατοι δ' ἐστὶ καλῶσαι μὲν ἐχθροὺς, θνήσκει δὲ φίλους (Hier.)*. Permite y aun aconseja el engañar á los desconfiados: *καὶ τὸ μὲν ἀπιστοῦντας ἐξαπατᾶν σοφὸν ἔκρινε τὸ δὲ πιστεύοντας ἀνόσιον (Ibid.)*. La muger que falta á su mayor obligacion, no siendo mas que por circunstancia, *κατὰ συμφορὰν*, no por eso deja de ser estimable, á su parecer, en tanto que permanezca fiel al que la sedujo: *Ἐπεὶ ὅταν γὰρ ἀπροδιστάσῃ κατὰ συμφορὰν τινα γυνή, κ. τ. λ. (Ibid.)*. Me canso de referir tantos horrores y locuras. He aquí al cabo el fruto de los trabajos de la razón en Roma y Grecia, en los siglos mas ilustrados.

go ellos no supieron mas que dudar y destruir como sus sucesores en la filosofía; y cuando, abandonando la tradicion, quieren substituir sus pensamientos particulares, dicen cosas tan extravagantes que se avergüenza el espíritu humano. Ciceron mismo hace esta observacion: « No hay « absurdo que no lo haya dicho algun filósofo ». Ahora bien ¿ la religion del hombre se ha de componer de todos estos absurdos?

¿ Y qué, nuestra razón no es mas que un ins-

« *Nihil tam absurdum dici potest, quod non dicatur ab aliquo philosophorum.* (CIC. *De Divinatione*, lib. II, n. 58.)—Hermias, autor cristiano, que vivió segun la opinion mas comun, al principio del siglo segundo, expone en un escrito muy corto pero ingenioso y divertido, las ridiculas visiones, como las eternas contradicciones de los filósofos, « quienes siempre y en todo « opuestos unos contra otros, se extravían en un vago inmenso, « sin jamas poder llegar á nada de útil ni de inteligible, por no « fundarse sus opiniones sobre algun hecho ni fundamento « sólido. »

« *Ταῦτα μὲν τοίνυν διεξήλθον, βουλόμενος δεῖξαι τὴν ἐν τοῖς ἀόγκμασι οὐσίαν αὐτῶν ἐναντιότητά, καὶ ὡς εἰς ἀπειρον αὐτοῖς καὶ ἀόριστον πρόβεισιν ἢ ζήτησις τῶν πραγμάτων, καὶ τὸ τέλος αὐτῶν ἀτέλεμαρτον, καὶ ἀχρηστον, ἔργῳ μὴδενὶ προδήλῳ καὶ λόγῳ σαφεῖ βεβατωμένον.*

HERM. *Irrisio gentil. Philos. ad calc.* TATIAN. *contr. Græc. orat.* p. 180. Lut. (Paris), 1615.

trumento de error? ¿es indispensable que renunciemos á todo uso de ella? No; pero es necesario someterla á la razon general, que no es otra que la razon del mismo Dios. En vez de comenzar por la duda debe comenzar por la fe, porque la duda no produce ni engendra mas que dudas, y toda certeza se apoya sobre la fe; y esto es tan verdad que el mismo raciocinio supone la fe en la razon, y en el filósofo que no quiere oír mas que la suya, esta fe debe ser ilimitada y sin pruebas, porque preferir su razon á la razon de todos, es declararla infalible ó infinita.

La razon individual se forma y desenvuelve con el auxilio de la razon general. Ella cree, este es su primer acto; y como nada hay en ella anterior á estas creencias, si pretende remontarse mas alto, vuelve á entrar en las tinieblas de donde la fe la habia sacado.

En el momento pues que la razon aspira á la independencía, camina hácia la muerte. Pero además es tanta su debilidad irreparable, que casi á cada paso se extravía, si no es de nuevo encaminada por una razon mas sublime. No

porque no exista entre ella y la verdad una relacion natural, pues que nuestra razon no es mas que la facultad de conocer, y nada se conoce realmente fuera de lo que es verdadero, ó lo que es: ¿Pero la razon nunca se engaña? ¿Ve siempre efectivamente lo que se figura ver? ¿No puede llegar á tener conviccion del error? ¿Y en qué se diferencia esta conviccion con respecto al hombre, de la conviccion de la verdad? Y si la razon algunas veces nos muestra como verdadero lo que es falso, y reciprocamente, nuestros juicios no pueden ser ya una regla segura de certidumbre; el edificio de nuestros conocimientos se hunde; nada podemos negar ni afir-

« El que conoce, ¿conoce algo, ú nada? — Ciertamente conoce algo. — Y ¿es lo que existe ó lo que no existe? Lo que existe: porque ¿cómo podría él conocer lo que no existe. Luego es constante que solo el Ser puede ser conocido, y que no seria posible conocer de modo alguno lo que no existe. »

ὁ γινώσκων, γινώσκει τί, ἢ οὐδέν; ἀποκρινόμενος ἔτι γινώσκει τί. Πότερον ὄν, ἢ οὐκ ὄν; ὄν. Ἰκανῶς οὖν τοῦτο ἔχομεν... ὅτι τὸ μὲν παντελῶς ὄν, παντελῶς γνωστόν, μὴ ὄν δὲ μηδὲμὴ πάντα ἀγνωστόν.

PLAT. de Rep., lib. V. tom. VII. Oper., p. 39 y 60. Edic. Bipont.

mar absolutamente, y la sabiduría no es otra cosa que una duda universal.

Peró puede ser que nosotros exageremos la flaqueza del espíritu humano. ¡Ay! todos sabemos si es fácil exagerarla, y cada uno, sin necesidad mas que de su experiencia, puede conocerlo.

Examinemos sin embargo lo que pensaron aquellos hombres á quienes de comun acuerdo se concede la superioridad mas elevada de razon. Yo quiero tambien oigamos con preferencia entre todos los antiguos á los gefes del dogmatismo. Aparece el primero, Platon que, atribuyendo solo á Dios la plenitud de inteligencia, declara que apenas poseemos nosotros un *pequeño fragmento*. Pero esta inteligencia tan corta ¿no podrá al menos abrazar con firmeza alguna verdad, y contemplarla cara á cara? No; responde Aristóteles: «Así como ciertos pájaros

* Es digno de observarse que una confianza grande en la propia razon se ha mirado siempre como un signo de estupidez, y el menosprecio de la razon general como una locura.

• Βραχυτι. In Tim.

no pueden soportar el brillo del sol, nuestro espíritu se deslumbra y ofusca con la luz de la «verdad». Hemos ya referido en otra parte la opinion de Plinio². Anterior á él, se espantaba Ciceron al verse como hundido «en no sé qué error ó en una prodigiosa ignorancia de la verdad³». Seria fácil citar muchos pasages semejantes; porque cualquiera que ejercita su razon no tarda en encontrar sus limites, y, engañado en la esperanza que habia concebido de ella, es casi siempre su último pensamiento desdeñoso, y su última palabra una queja amarga.

Cosa notable: los siglos vuelan, las verdades primitivas se desenvuelven y disipan los errores contrarios; la sociedad hace inmensos progresos, y el hombre individual no se muda, su razon ilustrada por una nueva luz, se queda

¹ ὡς περ γὰρ καὶ τὰ τῶν νυκτερίων ὄμματα κ. τ. λ. Sicut enim vesperilionum oculi ad lumen diei se habent, ita et animi nostri mens ad ea quæ omnia sunt clarissima. ARISTOT. *Metaph.*, lib. II, cap. I.

² Véase la part. III, cap. I, pág. 27.

³ Sed nescio qui nos teneat error, aut mirabilis ignorantio veri. Cic. *De Consolatione*; ap. Lactant. *Divin. Inst.*, lib. III, cap. XIV.

igualmente débil, igualmente impotente: ¡tan cierto es que nada es por sí misma! Acabamos de oír á Aristóteles y Platon llorar esta impotencia; oigamos ahora á Pascal y Bossuet.

«La naturaleza confunde á los pirrónicos, y la razon los dogmatizantes, ¿En qué pues pararás, ó hombre, que deseas conocer y buscas tu verdadera condicion por tu razon natural? No puedes huir de una de estas dos sèctas, ni substitir en ninguna. ¿Dirá que conoce ciertamente la verdad, este mismo que, por poco que se le estreche, no puede mostrar ningun título, y tiene por fuerza que soltar la presa, y darse por vencido?»

Así en la guerra continua que nos vemos obligados á sostener contra la ignorancia y el error, la razon que pelea sola, sucumbe infaliblemente. ¿Llega alguna vez á vencer? ¿Y qué adelanta, cuando no puede estar cierta de haber vencido, y que una noche fúnebre envuelve del mismo modo sus triunfos que sus derrotas? Esto es lo que han visto y conocido los espíritus mas fuertes, y esto es lo que les consterna cuando volviendo en sí mismos, se miran atentamente.

Entonces sale del fondo de estas grandes almas un grito como de angustia: «¿Conocemos la verdad entre las tinieblas que nos rodean? «¡Ay! durante estos dias de tinieblas vemos lucir de tiempo en tiempo algun rayo imperfecto. «Así nuestra razon incierta no sabe que hacer ni á que atenerse en estas sombras. Si se contenta con seguir sus sentidos, no ve mas que la corteza; si quiere penetrar mas adelante, su propia sutileza le confunde. ¿No se ven obligados á cada paso los mas doctos á quedarse en medio del camino? O evitan las dificultades, ó disimulan y ponen buen semblante, ó aventuran lo que se les presenta sin entenderlo bien, ó se engañan á las claras y caen bajo la carga. ¿Qué haré, dónde me moveré, sitiado de todos lados por la opinion ó el error? Desconfio de los otros, y yo mismo no me atrevo á creer en mis propias luces. Apenas creo yo ver cuanto veo y tener lo que tengo, por haber hallado á mi razon tantas veces errada.»

BOSSUET. *Sermon pour la Fête de tous les Saints*, tom. I, pág. 70. Edic. de Versailles.

No olvidemos es todo un Bossuet, quien se queja así de su razón. ; Y será la razón de cada hombre, la de aquel que nunca la ejerció, la del pobre ocupado solo en atender á las necesidades del cuerpo, la razón del mortal mas ignorante ó mas estúpido, la que deberá sondear la naturaleza de Dios y la del hombre, buscar las relaciones que los unen, y descubrir las leyes de la vida intelectual?

Finalmente la filosofía la confia este cuidado. Quiere que ella en materia de Religion sea el árbitro supremo, el juez soberano de la fe. « No atribuyamos nada, » dice, « al derecho del nacimiento, ni á la autoridad de nuestros padres y pastores, empero acrisolemos al exámen de la conciencia y la razón todo cuanto desde nuestra niñez nos enseñaron. Vano es clamar-me : Sujeta tu razón ; lo mismo me puede decir el que me engañe ; para sujetar mi razón necesito razones.... No siendo ningun hombre de otra especie que yo, todo lo que un hombre conoce naturalmente puedo yo tambien conocerlo, y otro cualquiera puede engañarse como yo : cuando creo lo que él dice, no es por-

« que él lo dice, sino porque lo prueba * . Luego el testimonio de los hombres en el fondo no es otra cosa que el de mi razón misma, y nada añade á los medios naturales que Dios me ha dado para conocer la verdad. ¿ Qué teneis pues que decirme, apóstol de la verdad, de que yo no quede hecho juez * ? »

Un apóstol de la verdad esperaria probablemente para responder á que se calmase algun tanto el parasismo del orgullo ; y luego no ten-

¿ Qué es conocer naturalmente? ¿ Es conocer por sí mismo, sin algun auxilio exterior? Entonces nada conoceria el hombre naturalmente, ó seria su naturaleza la de no conocer nada. Si por el contrario su naturaleza como la de ser inteligente es la de conocer, conoce el naturalmente todo lo que aprende por el testimonio, sin el cual su inteligencia no puede ni nacer ni desenvolverse. Pero por consecuencia es falso que cuando el hombre cree lo que otro le dice, no es porque él lo dice, sino porque lo prueba ; porque no se puede probar alguna cosa, sino al que ya conoce, y que, por consecuencia ha dado ya crédito sin prueba al testimonio. Luego el testimonio de los hombres, en el fondo no es el de mi razón misma ; tanto dista de añadir nada á los medios naturales (ó individuales) que Dios me ha dado para conocer la verdad, que jamas conoceria la verdad con solos estos medios naturales (ó individuales), y que el medio natural que Dios me ha dado para conocer, es precisamente el testimonio de los demas hombres.

* Emilio, libro IV.

dria qué hacer otra cosa sino escoger, entre los absurdos en que abunda este discurso, aquellos que fuese menos deshonroso refutar. Por lo que hace á mi, admito por ahora el principio filosófico, segun el cual cada hombre debe discernir la Religion verdadera por la sola razon.

Esto supuesto, ¿quién no pensará que la filosofia tiene una confianza ilimitada en la razon? ¿qué la cree capaz de discernir con certeza lo verdadero de lo falso, y de descubrir claramente todo aquello que importa al hombre conocer? Juzgue cualquiera.

« Nuestra razon, » Bayle es quien habla, « no es á propósito mas que para embrollarlo todo, y hacer dudar de todo; apenas ha edificado una obra cuando ya nos presenta los medios para arruinarla. Es una verdadera Penelope que por la noche deshace la tela que trabajó durante el dia. Así el mejor uso que puede hacerse de la filosofia, es conocer que ella es un camino de extravios, y que debemos buscar otra guía que es la luz revelada ».

¹ Dictionn. crit., art. *Bunel*, p. 740, col. 1. Edic. de 1720.

Segun Voltaire, « todo cuanto nos rodea está bajo el imperio de la duda ». D'Alembert le escribia sobre el *Sistema de la naturaleza*: « Este es un libro terrible. Sin embargo yo os confieso que acerca de la existencia de Dios, el autor me parece demasiado firme y demasiado dogmático, y á mi parecer en esta materia lo mas racional es el escepticismo. ¿Qué sabemos nosotros? esta es, á mi ver, la respuesta á casi todas las cuestiones metafísicas ».

Este mismo filósofo miraba como insolubles las objeciones de Berkeley contra la existencia de la materia que tambien parecia dudosa á Helvecio y á Condoreet. Diderot todo lo niega, lo cree todo y de todo duda, segun y como se le antoja á su imaginacion ardiente y voluble.

Mas para no citar sino los deistas solos y entre estos solos los gefes, ¿en qué simbolo comun, en qué moral comun, han podido nunca convenir? Recordemos lo dicho sobre sus contradicciones é incertidumbres, cuando examinamos los fundamen-

¹ *Lettre de Voltaire à d'Alembert du 12 Octobre 1770.*

² *Lettre du 23 Juillet 1778.*

tos del segundo sistema de indiferencia ¹. Ellos no pueden estar seguros ni aun de los principales dogmas en que necesariamente se apoya toda religion. « La razon, » dice Rousseau, « puede dudar de la inmortalidad del alma ². » Voltaire va mas lejos; en su opinion « este sistema: no hay alma, el mas atrevido y asombroso de todos, en el fondo es el mas simple ³. »

El autor del *Emilio* admitia dos principios coexistentes de toda eternidad, Dios y la materia. Nunca se separó de esta opinion ⁴ que directamente conduce al ateismo. Por lo demas no dejaba de encontrar mucha dificultad en establecer la existencia de Dios por sola la razon. « No es negocio de poca monta, » dice, « conocer que existe Dios, y cuando hasta aqui hemos llegado, cuando nos preguntamos: ¿ Quién es? ¿ Dónde está? se confunde y se descarria nuestra inteligencia y no sabemos que pensar ⁵. »

¹ Véase la part. I, cap. IV y V.

² *Lettre à Voltaire du 18 Août 1736.*

³ *Lettre de Memnius.*

⁴ Véanse sus *Confesiones*; en el *Emilio* deja esta cuestion en duda.

⁵ *Emilio*, libro IV.

Si nuestro talento se confunde, se descarria, cuando nos preguntamos *que cosa es Dios*, no podemos formarnos de él ninguna nocion cierta. ¿ Cómo afirmaremos que es bueno, justo, poderoso, inteligente, *si no sabemos que pensar?* El raciocinio no deja en nuestro espiritu mas que ideas confusas de la Divinidad ¹, vos sois quien lo decis; añadis que vuestro espiritu se descarria cuando trata de resolver esta cuestion ¿ qué cosa es Dios? y que por tanto no podemos conocer ninguno de sus atributos. Estos atributos forman sin embargo parte de las *verdades eternas que vuestro espiritu concibe*, pues que segun vos, solo por ellos concebimos la *esencia divina* ². ¿ Qué concluirémos pues de vuestros principios? Quiero que respondais vos mismo: « Si las verdades eternas que mi espiritu concibe pudiesen padecer algun género de duda, ya no habria para mí ninguna especie de certidumbre, y lejos de estar seguro de que me hablais de parte de Dios, ni aun estaria seguro de que

¹ *Emilio*, libro IV.

² *Ibid.*

existe ¹. » Se ve pues que la lógica arrastra, y, á pesar de vuestra resistencia, os impele hasta el escepticismo absoluto.

Por lo demas no tenemos necesidad de largos raciocinios para refutar vuestro sistema; nos basta con vuestras concesiones. ¿ Qué pretendéis? Que sujetemos al examen de la razon todo cuanto se nos enseñó desde la niñez. He aqui lo que nos pedis, oid lo que contestamos: « Con mucha frecuencia la razon nos engaña; demasiado derecho hemos adquirido para recusarla ². »

« Decirme, » añadís, « que sujete mi razon, es ultrajar á su autor ³. Necesito razones para sujetar mi razon ⁴. La fe se asegura y afirma por el entendimiento. ⁵ Vos mismo no pensáis así seguramente pues que decis. « Sin la conciencia, nada siento en mi que sobre los brutos me encumbra, como no sea el privilegio triste de descarriarme de errores en errores en pos

¹ Emilio, libro IV.

² Ibid.

³ Ibid.

⁴ Ibid.

⁵ Ibid.

« de un entendimiento sin regla, y de una razon sin principios ¹. »

¿ No son estas, dos admirables guias para dirigirnos en las importantes indagaciones de que depende nuestra salud eterna? Porque al fin, « entre tantas religiones diversas que recíprocamente se proscriben y se excluyen una sola es la buena, si hay alguna que lo sea. Para reconocerla no basta con examinar una, es preciso examinarlas todas, que en materia ninguna debemos condenar sin oír; es preciso comparar las objeciones con las pruebas; es preciso saber lo que opone cada uno á los demas, y lo que les responde. Cuanto mas demostrada nos parezca una opinion, tanto mas debemos inquirir en que se fundan tantos hombres para no contrarla tal. Solo siendo muy tonto se puede creer basta oír á los doctores de su partido, para instruirse en las razones del partido contrario..... Se luce cada uno en su partido; empero tal hay que en medio de los suyos está muy ufano con sus pruebas, y que haria un papel muy tonto con estas mismas pruebas entre los

¹ Emilio, libro IV.

« de otro partido. Quereis instruiros por medio
 « de los libros, ¿ cuánta erudicion es necesario ad-
 « quirir, cuántas lenguas es preciso aprender,
 « cuántas bibliotecas que registrar, qué inmensa
 « lectura es indispensable! ¿ Quién me guiará
 « en la eleccion? Con mucha dificultad se encon-
 « trarán en un pais los mejores libros del parti-
 « do contrario, y con mayor los de todos los parti-
 « dos; aun quando se les hallase, estarian muy
 « pronto refutados. El que está ausente, siempre
 « pierde, y algunas malas razones, presentadas
 « con firmeza, borran fácilmente las buenas ex-
 « puestas con desprecio. Por otra parte muchas
 « veces los libros nos engañan y no trasladan
 « fielmente los sentimientos de los que los escri-
 « bieron..... Para juzgar bien de una religion no
 « se debe estudiar en los libros de sus sectarios,
 « es necesario aprenderla entre ellos; hay mu-
 « cha diferencia. Cada uno tiene sus tradiciones,
 « sus sentidos, sus usos, sus preocupaciones,
 « que forman el espíritu de su creencia, y que
 « es indispensable unir á ella para juzgar bien.»
 « ¿ Cuántos pueblos grandes no imprimen li-
 « bros, ni leen los nuestros! ¿ Cómo han de for-

« mar juicio de nuestras opiniones? ¿ cómo juz-
 « garémos nosotros de las suyas? Nos burlamos
 « de ellos, y ellos de nosotros: no conocen nues-
 « tras razones, ni nosotros las suyas, y si nues-
 « tros viageros los ridiculizan, ellos harian otro
 « tanto si viajasen entre nosotros. ¿ En qué pais
 « no se hallarán hombres sensatos, hombres de
 « buena fe, hombres de bien, amigos de la ver-
 « dad que solo esperan conocerla para abrazar-
 « la? Sin embargo cada uno la ve en su culto, y
 « mira como absurdos los de las demas nacio-
 « nes; luego ú estos cultos extraños no son tan
 « extravagantes como á nosotros nos parece, ó
 « la razon que hallamos en los nuestros nada
 « prueba... De donde se sigue, que si no hay
 « mas que una religion verdadera, y si todo
 « hombre está obligado á seguirla so pena de
 « condenacion, es necesario emplear la vida en
 « estudiarlas todas, profundizarlas, comparar-
 « las, y recorrer los paises en que están esta-
 « blecidas. Ninguno está exento de la primera

De donde se sigue que buscando como lo quiere Rousseau la verdadera religion por el raciocinio, se ve uno forzado a concluir

« obligación del hombre; ninguno tiene derecho para fiarse en el juicio de otro. El artesano que no vive mas que de su trabajo, el labrador que no sabe leer, la doncella delicada y tímida, el enfermo que apenas puede salir del lecho, todos sin excepcion deben estudiar, meditar, disputar, viajar, recorrer el mundo; no habrá ya pueblo fijo ni estable, la tierra toda estará cubierta de peregrinos que irán y vendrán á toda costa y con grandes fatigas, á verificar, comparar, examinar por si mismos los diversos cultos que en cada pais se siguen. Entonces adios oficios, adios artes, adios ciencias humanas y toda ocupacion civil, no podrá ya haber otro estudio que el de la religion; y con mucho trabajo aquel que haya gozado de la salud mas robusta, empleado mejor su tiempo, usado mejor de su razon, vivido mas años, sa-

lo primero: que entre tantas religiones diversas, una sola es la buena ó la verdadera, si hay alguna que lo sea; y lo segundo: si no hay mas que una religion verdadera, es imposible á los hombres distinguirla. Esto es lo que dice Rousseau en términos formales. ¿Cómo se puede ya dudar á vista de esto de la excelencia del método en el raciocinio?

« brá en su vejez á que se ha de atener, y no será poco, si logra conocer antes de morir el culto en que debió vivir¹ ».

Si cada uno está obligado á buscar la Religion verdadera por su sola razon, esto es indudablemente lo que sucederá^{*}, y Rousseau no podia

¹ Emilio, libro IV.

^{*} Celso queria como Rousseau no se admitiera algun dogma, antes que la razon le juzgase verdadero. Origenes refuta con mucha fuerza este peligroso principio de la filosofia epicurea. « Pues que la debilidad del hombre, » dice, « y las necesidades de la vida hacen impracticable este medio para la muchedumbre, ¿ podia imaginarse uno mas seguro, que el escogido por Jesus? Pregun- » temos á ese pueblo fiel, en otro tiempo sumergido en el cieno de los vicios, lo que le era mas ventajoso, ó corregirse, creyendo sin exámen, que algun dia tendria el vicio su castigo, y la virtud su premio, ó esperar para mudar de vida, con desprecio de la fe sencilla, hasta que hubiese profundizado los principios de la doctrina que se le anunciaba. Es claro que á excepcion de un pequeño número, ninguno de ellos habria llegado á fuerza de razon, donde la fe sola los ha conducido á todos, sino que hubieran quedado envueltos en sus desórdenes.... Por esta fe simple, contra la que nuestros adversarios se esfuerzan á clamar, confesamos que no dejaremos de inculcarla, convencidos de su necesidad para un gran número de hombres, que no podrian abandonarlo todo, por aplicarse á la investigacion de la verdad. Nuestros mismos filósofos no obran de otro modo pero se guardan muy bien de convenir en ello. » (ORIG. *contr. Cels.*, lib. I, n. 9 y 10.) Por lo demas, es digno de notar, que des-

hacer mas palpables los inconvenientes, mas clara la extravagancia del sistema que defiende. Figuráos un apóstol de este sistema, penetrado de su importancia, y lleno de celo por su propagacion. Héle aquí, corriendo de ciudad en ciudad, de choza en choza; dirige á cuantos encuentra, sean ricos, pobres, sabios ó ignorantes, este discurso patético.

« Hasta ahora habeis creído en ciertos dogmas, en ciertos preceptos que, á lo que entiendo, pueden ser verdaderos ó falsos, buenos ó malos; pero que en ningun caso debisteis admitir por la autoridad de vuestros padres y de vuestros pastores. Daos prisa por tanto á sujetar al examen de la razon todo cuanto os han enseñado desde la niñez. Suponed por un momento que nada creéis, que nada sabeis, y para saber, racionad y concebid antes de creer. La fe se asegura y afirma por el entendimiento.

pues de haber sentido el mismo principio que Rousseau. Celso saca la misma consecuencia. Segun él, « todos los pueblos no podrían hacer cosa mejor, que observar exactamente sus leyes, sus usos, su religion, sus ritos, sean los que fueren. » *Ibid.*, lib. V. n. 25.

« Por consiguiente subiendo á los primeros principios de las cosas, examinaréis antes que nada si hay alguna cosa; por que hay alguna cosa; si sois ó existis, y lo que sois, y si fuera de vosotros hay algunos otros seres. De aquí pasaréis á la gran cuestion de la existencia de Dios; os preguntaréis á vos mismo: ¿Quién es? ¿dónde está? Y vuestro espíritu se confundirá, y se descarriará y no sabréis que pensar. En seguida volviendo á vosotros mismos será conveniente examinar si teneis un alma; porque si por casualidad no la teneis, esto abreviaría mucho vuestras indagaciones acerca de la Religion, la que al cabo no interesa mas que el estado futuro de esta alma problemática. Pero

« ¿Por qué hay alguna cosa? Terrible cuestion, » dice d'Alembert, « y acerca de la cual los filósofos no han llegado todavía á asombrarse lo bastante. » (*Mélanges de Philosophie*). — Diderot hace la misma reflexion: « La pregunta por qué existe alguna cosa es la mas embarazosa que podia proponerse la filosofía, y no hay sino la revelacion capaz de responder á ella. » (*De l'Interpretation de la Nature*, pág. 144.) — Pláton se hace una pregunta semejante: « ¿Por qué el autor de todas cosas hizo el universo? » Su respuesta nos parece sublime: ἀγαθὸς ἦν, *el era bueno.* PLATON. *In Tim., Oper.*, tom. IX, p. 505. Edic. Bi pont.

« el sistema mas sencillo es que no hay tal alma,
 « y aun cuando la hubiese, la razon puede dudar
 « de su inmortalidad. Con todo, como, por lo
 « que hace á mi, yo admito la existencia de Dios
 « y la del alma, inmortal ó no, presumo que la
 « admitiréis tambien. ¿ Pero qué consecuencias
 « se deben deducir? ¿ Qué mas hay que creer?
 « ¿ Dios ha impuesto obligaciones al hombre?
 « ¿ Cuáles son? Esto es sobre lo que es necesari-
 « o ratiocineis de nuevo. Habeis nacido cris-
 « tianos, yo tambien; pero este es un nuevo mo-
 « tivo para que desconfiemos de todo lo que se
 « nos enseñó en nuestra niñez. Así, insisto y os
 « digo otra vez, ratiocinad y examinad. Os con-
 « fieso que la magestad de las Escrituras me asom-
 « bra, la santidad del Evangelio habla á mi cora-
 « zon. Con todo, este mismo Evangelio está lleno
 « de cosas increíbles, de cosas que repugnan á la
 « razon y que es imposible á todo hombre sensato
 « concebir ni admitir *. Sobre todo, vosotros juz-
 « garéis: porque ¿ qué se os puede decir de que
 « vosotros al fin no haya s de ser los jueces? Pero

* Emilio, libro IV.

« no olvideis este punto esencial. Entre tantas re-
 « ligiones diversas que reciprocamente se proscri-
 « ben y se excluyen, una sola es la buena si hay
 « alguna que lo sea. Para reconocerla no basta
 « con examinar una, es preciso examinarlas todas;
 « es preciso comparar las objeciones con las prue-
 « bas; es preciso saber lo que o pone cada uno á los
 « demas y lo que les responde *. Dando pues de
 « mano á cualquiera otra ocupacion, porque na-
 « die está exento de la primera obligacion del hom-
 « bre, nadie tiene derecho para fiarse en el juicio
 « de otro; formad bibliotecas, sentaos despacio y
 « leed. Decis que no sabeis leer, pues aprended,
 « no hay otro remedio. Y despues, cuando ha-
 « yais leído algunos millares de libros en la len-
 « gua en que originariamente se escribieron;
 « porque quien os podrá asegurar que estos libros
 « están traducidos fielmente, ni aun que es posible
 « lo estén? despues de esto, digo, corred de
 « pueblo en pueblo, de reino en reino, averiguan-
 « do en cada lugar las tradiciones, el sentido, los

* Emilio, libro IV.

Ibid.

« usos, las preocupaciones que forman el espíritu
 « de la creencia, que es indispensable unir á esta
 « para juzgarla¹. Y cuidado con no pasar por
 « alto el aduar mas obscuro, ni el rincon mas
 « pequeño de la tierra habitada; no se debe con-
 « denar sin oír, y allí puede ser que esté la ver-
 « dad. De muy buena gana, si esto fuese posible
 « acortaria yo y aligeraria vuestros viages. Pero
 « bien conocéis que es necesario de toda necesidad
 « que corráis la Europa, el Asia, la Palestina,
 « para examinarlo todo por vuestros mismos ojos,
 « y, solo siendo rematadamente locos dariais oído
 « á nadie antes de esto². Si esto os parece largo
 « y molesto, no sé que se pueda hacer. También
 « os advierto, que al menos la mayor parte de
 « vosotros perderán ciertamente los pasos que
 « den, los costos del viage y sus racionios.
 « Con mucho trabajo aquel que haya gozado de la
 « salud mas robusta, empleado mejor su tiempo,
 « usado mejor de su razon, vivido mas años, sabrá
 « en su vejez á que se ha de atener, y no será po-

¹ Emilio, libro IV.

² Ibid.

« co, si logra conocer antes de morir el culto en
 « que debió vivir. Confieso que esto es un poco
 « molesto, y que despues de haber examinado,
 « y corrido el mundo por espacio de cincuenta ó
 « sesenta años, quisiera uno en sus últimos dias,
 « descansar en una creencia fija y cierta. Sin em-
 « bargo no os desanimeis por esto, permaneced
 « firmes en los verdaderos principios; leed, ra-
 « ciocinad, viajad. Si intentáis suavizar este méto-
 « do, y dar la menor cabida á la autoridad de los
 « hombres, al punto se lo abandonais todo¹.

¿ Quién creyera fuese posible burlarse hasta
 este punto de los primeros intereses de un ser
 inmortal; que se pudiese bajar, y con orgullo, á
 esta profundidad de insensatez? Pero era neces-
 sario que la razon, en el momento en que se de-
 claraba soberana, se mostrase tan imbécil que
 causase lástima á un niño nacido apenas á la in-
 teligencia.

La Religion es una ley, y la primera de todas
 las leyes. El error de los deistas consiste en no
 ver en ella mas que una opinion; y este error

¹ Emilio, libro IV.

que se extiende como una espesa sombra sobre el entendimiento humano, no es mas que un desarrollo del principio fundamental de la Reforma.

Así como entre los antiguos, cuando la razón abandonó la tradición universal ó dejó de obedecer la autoridad del género humano, se vió aparecer una multitud innumerable de sectas que negaron sucesivamente todos los dogmas y todas las obligaciones¹, del mismo modo, algo mas tarde, cuando ciertos hombres abandonaron la tradición del Cristianismo, ó dejaron de obedecer la autoridad de la Iglesia católica, nacieron innumerables sectas unas de otras, y negaron sucesivamente todos los dogmas y todas las obligaciones.

Quebrada la regla de fe, fué necesario buscar otra, fué preciso indagar y saber como los hombres, en medio de tantas doctrinas diversas, reconocerian la verdadera, como llegarían á asegu-

¹ *Sunt non nullæ disciplinæ, quæ propositis bonorum et malorum finibus, officium omne pervertunt.* Cic. *De Officiis*, lib. I, cap. II, n. 5.

rarse de que eran cristianos. Algunos, como hemos hecho ver, imaginaron la regla del sentimiento, que abandonaron muy pronto por su extravagancia y peligros. No quedó ya mas que la razón, y cada hombre se vió obligado á remitir á la suya el juicio de todas las cuestiones controvertidas y confiarla su suerte eterna. Decir que tenían por regla la Escritura era olvidar que esta como todo lo demas estaba sometida á su juicio; que debía examinar por sí mismo la autenticidad, la inspiración y que finalmente él venia á ser el único intérprete*. Esto es lo que Bossuet con toda la fuerza de su lógica aterradora, no cesaba de hacer palpable á los protestantes: « Cada uno, » decia, « se ha formado en sí mismo

* Así aquellos protestantes que conocieron mejor las consecuencias de su doctrina, se vieron obligados á sostener, « que los libros de la Escritura no son el objeto de su fe, y que un hombre puede salvarse sin creer que estos libros son la palabra de Dios. » *The books of Scripture are not the objects of our faith,.... and a man may be saved, who should not believe them to be the word of God.* (CHILLINGWORTH. *Relig. of Protest.* c. n.) Hemos citado en otras partes estas palabras del mismo escritor: « La Biblia, la Biblia sola es nuestra Religión. » Así, según él, la Biblia es toda la Religión, y es posible salvarse, sin creer en la Biblia.

« un tribunal, y en él se ha declarado árbitro de
 « su creencia: y aun cuando los novadores ha-
 « yan querido al parecer contener los espíritus,
 « ciéndolos en los límites de la Santa Escritura,
 « como esto no ha sido sino con la condicion de
 « que cada fiel será su intérprete,..... no hay
 « particular que no se crea autorizado por esta
 « doctrina para adorar sus invenciones, consa-
 « grar sus errores, y llamar Dios todo lo que
 « piensa¹. »

La Reforma lo conocia bien. Así mientras que
 retuvo algunas verdades, bregó contra su pro-
 pio espíritu, no quiso confesar tenia por su guía
 la razon que, dominándola á pesar de su resisten-
 cia, la arrastraba para sepultarla viva en el abis-
 mo de la irreligion. Se habia establecido al hom-
 bre por juez de la fe, y la fe desaparecia. Se le
 habia dicho: Examina; y ninguna doctrina resis-
 tia á este exámen. Se caminaba velozmente
 por una senda cubierta de destrozos, para llegar
 á la última ruina, á la del mismo Dios. Se hor-
 rorizó entonces la Reforma de las consecuencias

¹ *Oraison funebre de la reine d'Angleterre.*

de sus máximas, y se vió á sus gefes enseñar
 que la discusion no es necesaria ni á aquellos que
 están ya en la Iglesia, ni á los que quieren entrar
 en ella; y que ellos no pueden aconsejarla ni á los
 unos ni á los otros². Jurieu añade tambien en
 términos formales que un *hombre simple no es*
*capaz de esto*³; y todavía mas expresamente:
Este camino para hallar la verdad no es el del exá-
men; porque yo supongo con Mr. Nicole que es
absurdo, imposible, ridiculo, y que excede enteramente
*el alcance de los simples*³.

Se lee muchas veces la misma confesion en un
 gran número de teólogos protestantes. No cita-
 rémos mas que al Dr. Balguy archidiacono de
 Winchester, y uno de los escritores mas distin-
 guidos que la iglesia anglicana ha producido en
 estos últimos tiempos. « Las opiniones del pue-
 « blo, » dice, « están y deben estar fundadas en la
 « autoridad mas que en la razon. Los padres, los
 « maestros, los superiores determinan en gran

¹ *Le vrai Syst. de l'Eglise*, lib. II, c. xxii, p. 401, 405 y sig.

² *Ibid.*, lib. III, c. v. p. 472.

³ *Ibid.*, lib. II, cap. xiii, p. 357.

« parte lo que él debe creer y lo que debe obrar.
 « Las mismas doctrinas enseñadas uniformemente, los mismos ritos constantemente observados, hacen tal impresion en su espíritu, que tan poco se detiene en recibir los artículos de su fe como en admitir las máximas mejor establecidas de la vida comun. — ¿Quisierais que pensase por sí mismo? ¿que se dedicase á examinar y decidir las controversias de los sabios? ¿que penetrase las profundidades de la crítica, de la lógica, de la teología escolástica? Esto equivaldría á encargarle calculase un eclipse, ó decidiese entre la filosofía de Descartes y la de Newton. Pasaré mas adelante, y diré sin reparo que son mas los hombres capaces de entender hasta cierto punto la filosofía de Newton, que los que pueden formar un juicio cualquiera sobre las cuestiones intrincadas de la metafísica y teología * . » Pero veamos

** The opinions of the people are and must be founded more on authority than reason. Their parents, their teachers, their governors, in a great measure, determine for them what they are to believe and what to practise. The same doctrines, uniformly taught, the same rites constantly perfor-*

cuales son algunas de estas cuestiones intrincadas sobre las cuales la mayor parte de los hombres no pueden formar juicio alguno. « ¿ El Cristo * bajó del cielo ó no? ¿ Murió, ó no murió por los pecados del mundo? ¿ Envió, ó no, su Espi-

med, make such an impression on their minds, that they hesitate as little in admitting the articles of their faith, as in receiving the most established maxims of common life. — Would you have them (the people) think for themselves? Would you have them hear and decide the controversies of the learned? Would you have them enter into the depths of criticism, of logic, of scholastic divinity? You might as well expect them to compute an eclipse, or decide between the Cartesian and Newtonian philosophy. Nay I will go farther: for I take upon myself to say, there are more men capable, in some competent degree, of understanding Newton's philosophy, than of forming any judgment at all concerning the abstruser questions in metaphysic and theology. Discourses on various subjects, by T. Balguy, D. D., p. 257.

* No sé si M. de La Mennais al traducir del ingles esta palabra *Christ* la ha añadido en su idioma el artículo *le*. El cristiano y sabio vizconde de Bonald, hablando de los puritanos que querian á fuego y sangre establecer lo que ellos llamaban el reino de Cristo, hace esta curiosa observacion que me parece confirma las ideas de La Mennais, en cuanto á la indiferencia religiosa que hoy domina en la pretendida Reforma. « Los católicos dicen *le Christ*, los reformados *Christ*, sin artículo. Esta diferencia no es puramente gramatical, es dogmática: porque el artículo « enuncia la realidad. » *Pensées diverses*, t. I, pág. 19. Edic. de Paris de 1817. (N. D. T.)

« ritu Santo para asistirnos y consolarnos ? »
 « ¿Quién no ve aquí las principales bases del Cristianismo, aquellos dogmas sin los cuales es imposible concebirlo? Y he aquí justamente lo que el pueblo es incapaz de juzgar, ni aun con el auxilio de la Escritura; porque oigamos lo que añade el Dr. Balguy: « Abrid vuestras Biblias: escoged la primera página que se os presente, sea del antiguo sea del nuevo Testamento, y responded con franqueza; ¿no encontráis nada que sea superior á vuestra inteligencia? Si todo es para vosotros claro y fácil podeis dar gracias á Dios por haberos dado el privilegio que ha negado á millares de sinceros creyentes ».

1 Whether Christ did, or did not come down from heaven? Whether he died, or did not die, for the sins of the world? Whether he sent his holy Spirit to assist and comfort us, or whether he did not send him. Discourses on various subjects, by T. Balguy.

2 Open your Bibles: take the first page that occurs in either Testament, and tell me, without disguise, is there nothing in it too hard for your understanding? If you find all before you clear and easy, you may thank God for giving you a privilege which he has denied to many thousand of sincere believers. *Ibid.*, p. 135.

Para combatir á los *disidentes*, es necesario que renuncie al principio fundamental del protestantismo: « Ya hace mucho tiempo, » dice, « que ellos sostienen que la Escritura es la regla para discernir lo que prescribe la Religion, y que la autoridad humana debe ser excluida enteramente. No se hubieran visto poco embarazados, á mi parecer, sus antepasados con tal máxima, si no hubiesen tenido un talento singular para ver en la Escritura lo que se les antojaba ver. Casi todas las sectas encontraban en ella su forma particular de gobierno eclesiástico; y se figuraban ejecutar las órdenes del cielo cuando no hacian otra cosa que realizar sus imaginaciones ».

1 It has long been held among them that Scripture only is the rule and test of all religious ordinances; and that human authority is to be altogether excluded. Their ancestors, I believe, would have been not a little embarrassed with their own maxim, if they had not possessed a singular talent of seeing every thing in Scripture which they had a mind to see. Almost every sect could find there its own peculiar form of Church-government; and while they enforced only their own imaginations, they believed themselves to be executing the decrees of heaven. Discourses on various subjects, by T. Balguy, p. 216.

Así, luego que se adopta la via del exámen, algunos espíritus inquietos se forjan una religion á medida de sus caprichos; y el pueblo sigue á la ventura al primero que lo llama.

No obstante, lejos de salir de esta senda absurda, imposible, ridicula, la Reforma no cesa de repetir á sus discípulos: «*Sondead las Escrituras, examinad, reflexionad, juzgad vosotros mismos de lo que digo*»; no os dejes dominar por ninguna autoridad, ni por los Padres, ni por los Concilios, ni por vuestros abuelos, ni por los reformadores mismos, imperfectos como vosotros, falibles como vosotros; ni tampoco por sus confesiones de fe y sinodos¹, cuando se trata de sí, de sus reflexiones, de su juicio, de su propia responsabilidad, ¿qué significa este respeto irreflexivo á la antigüedad²?» Así habla la Reforma. Pero considérense las consecuencias: apenas ha conferido á

¹ *Causes qui retardent chez les Réformés les progrès de la Théologie, par M. Chenevière, pasteur et professeur de théologie à l'Académie de Genève, 1819.*

² *Ibid.*, p. 24 y siguientes.

³ *Ibid.*, p. 52.

la razon individual el juicio de todas las verdades y obligaciones, cuando la Religion, perdiendo su carácter de ley, no es ya á sus ojos otra cosa que una ciencia* susceptible siempre de nuevas perfecciones, y sujeta á todas las reformas que obran el buen sentido y el talento¹. De aquí es, que se ve forzada á reconocer que la Religion, concebida así, está fuera del alcance de la mayor parte de los hombres², y á condenar á Jesu-

* La ciencia substituida á la fe, he aquí el principio de todo error; y no hace otra cosa la heregia que repetir á los hombres estas palabras del tentador: «*Seréis como Dioses, sabiendo*»; — *Eritis sicut Dii, scientes.*

¹ *Causes qui retardent chez les Réformés, etc.*, par M. Chenevière, pasteur, etc., p. 29 y 41.

² Un obispo anglicano, el Dr. Watson, dirigiéndose á su clero, confiesa ingenuamente que le es difícil decir cual es la verdadera doctrina cristiana; nada sabe, y en este punto cree que otro tanto le sucede á la Iglesia, y lo que aparenta temer es, que los pastores á quienes debe dirigir, se figuren saber mas. Sus palabras merecen citarse: «*Yo creo lo mas seguro deciros donde se contiene la doctrina cristiana que no lo que ella es. Se contiene en la Biblia; y si leyendo este libro, vuestros sentimientos son diferentes, en cuanto á las doctrinas del Cristianismo, de los de vuestro vecino, ó de los de la Iglesia, estad persuadidos por vuestra parte que la infalibilidad os pertenece tan poco como á la Iglesia.*» *I think it safer to tell you, where they are contained (the christian doctrines), than what they are. They are*

cristo cuyas lecciones se dirigian á todo el pueblo sin distincion, declarándose contra los teólogos que buscan y se atraen partidarios en las clases menos instruidas y entre los que son incapaces de juzgar; y quieren obligar á tomar partido acerca de doctrinas profundísimas, al simple artesano y al hombre iliterato, los cuales no hacen mas que repetir palabras que no pueden comprender.

contained in the Bible, and if, in reading that book, your sentiments concerning the doctrines of christianity should be different of those of your neighbour, or from those of the Church, be persuaded, on your part, that infallibility appertains as little to you, as it does to the Church. (Bishop WATSON'S charge to his clergy, in 1793.) — « Los que bien discurren, » dice Rousseau, « son los únicos que pueden tener una fe sólida y segura. » (Lettres de la Montagne, p. 89.) Quisiera yo saber como se puede tener certeza de que uno discurre bien. Por lo demas los protestantes avanzan hoy mucho mas que Rousseau; pues que dice el obispo Watson, quien sin duda se tenía por hombre que discurre bien, pensaba tan poco sobre lo que bastaria para tener una fe sólida y segura, que él mismo no sabia cual era su fe. Causes qui retardent chez les Réformés, etc., par M. Che-nevière, pasteur, p. 30, 31. — Los anglicanos están obligados como los calvinistas á negar la mayor parte de los dogmas cristianos, á causa de las dificultades que presentan á la razon particular. Confiesan expresamente la imposibilidad, en que se hallan casi todos los hombres, de reconocer, por el método protestante, la verda-

¿Qué hay que añadir á estos testimonios, ni qué podríamos decir que hiciese mas fuerza para demostrar la impotencia en que se halla la razon humana para conducir los hombres al conoci-

dera doctrina de Jesucristo, ó la verdadera Religion. Así se expresa en esta materia Eduardo Ryan, vicario de Donoghmore en Irlanda. « Las cuestiones, agitadas en los Países-Bajos, relativas á la trinidad, á la predestinacion, á la gracia, la reprobacion, la satisfaccion, á la salvacion de los niños, eran demasiado obscuras para decidirse alguna vez; y sería fácil agitarlas de nuevo, cuando lo exigiera la ocasion. Es diabólico dividir á los hombres por controversias de poca importancia, ó aunque fueran importantes; cuando la materia es demasiado abstracta, ó difícil para el comun de los hombres. Los que disputaron con ardor sobre semejantes cuestiones, debieron estar impelidos por algun motivo de interes personal, debieron ser enemigos del Cristianismo, ó estar muy separados del espíritu del mismo. La discusion de tales materias era mas propia de demonios, que de predicadores de la paz. » (Bonsuets de la Religion chrétienne, tom. II, cap. vi, p. 196, 197.) Jamas cristiano alguno escribió algo de mas pasmoso que estas palabras, desde el origen del Cristianismo. Es estar muy separado de su espíritu, debieron ser enemigos del Cristianismo los que se ocuparon en tratar los principales misterios de la fe. O ellos son de poca importancia, ó en todo caso no debian inquietarse los hombres, porque son demasiado abstractas, para el comun de ellos. La discusion de tales materias era mas propia de demonios, ellos son pues los que deben decidir cuanto á lo que se debe creer sobre la satisfaccion del Salvador, la gracia y la Trinidad. Obstupescite caeli super hoc!

miento de la verdadera Religion y de la verdadera Iglesia? Y nadie se sorprenda de oír á la Reforma hablar así. Los novadores, separándose de la Iglesia católica, debían necesariamente negar toda autoridad espiritual, y por una consecuencia inmediata fundar su fe en el exámen, ó someter la ley divina al juicio de cada individuo. Al punto multiplicándose al infinito las opiniones, y no pudiendo convenirse los mas doctos en un simbolo, se vió con evidencia que en medio de tantas disputas y tinieblas, siendo incapaz el pueblo de examinar, lo era tambien de juzgar, ó, en otros términos, que la Religion no estaba al alcance del pueblo: terrible pero inevitable consecuencia del sistema de los deístas y protestantes.

Resulta de lo dicho, que la razon individual, abandonada á sí misma, va necesariamente á sepultarse en el escepticismo absoluto; que los mayores talentos de todos los siglos unánimemente han conocido su impotencia, y la imposibilidad de alcanzar por medio de ella alguna certidumbre, acerca de los objetos que mas nos interesan; que aquellos mismos que someten la

Religion á su juicio, confiesan que no sirve mas que para crear dudas, como lo demuestra tambien la experiencia universal, y confiesan además que el pueblo es incapaz de juzgar: de lo que se sigue, que el camino del racionismo, exámen ó discusion, *absurdo, imposible y ridiculo* segun Jurieu y segun Rousseau, que en otros términos hace la misma confesion, no es el medio general dado á los hombres para discernir con certeza la verdadera Religion.

No tememos decirlo, nada hay que responder á las pruebas sobre que hemos establecido esta verdad. Pero aun cuando todas sufriesen contestacion, todavia no dejaria la cuestion de estar perentoriamente decidida por el testimonio del género humano. ¿Qué pueblo hubo jamas que pensase que la Religion estaba sometida al juicio de cada hombre; que se podia dudar legitimamente de sus dogmas y preceptos? Cítese una religion que no se apoye, en la opinion de sus sectarios, sobre una revelacion divina, y por consiguiente sobre una autoridad á la cual debe someterse la razon humana; una religion en la que no se diga *yo creo* antes de haber concebido

y examinado; una religion que se propague y conserve por otros medios que una enseñanza positiva; la cual determina las creencias del pueblo. Esta enseñanza se halla en las sectas mas independientes, y sin ella no habrian podido formarse, se conserva en tanto que duran, y cuando el principio contrario llega á prevalecer, se acaba toda religion como hoy dia lo vemos entre los protestantes.

¿Acusaréis de error todos los siglos y todas las naciones? ¿Diréis al género humano: Perpetuamente has estado engañado desde tu origen? En tal caso no busqueis ya mas la verdadera Religion, declarad que no existe ó que es imposible reconocerla; declarad que la razon á quien apelaís no es mas que una palabra vana, que no se puede creer ni en la de los pueblos todos, ni mucho menos en la suya propia; negad á Dios, negad al hombre y las relaciones que los unen; ó mejor será que os calleis, porque el que desecha la razon, ni aun derecho le queda para ne-

• El culto de los Dioses, dice Séneca, está arreglado por leyes. • *Quomodò sint dii colendi, solet præcipi. Ep. 95.*

garla; solo le pertenece la duda. La duda pues es vuestra propiedad única; gozad de ella, espesad sus tinieblas al rededor de vuestra inteligencia rechazada lejos de cuanto es ó existe, y desterrada á sí misma, preguntándose sobre su propia vida inútilmente, duérmase ya cansada entre Dios que ha perdido, y la nada que no podrá encontrar por mas que quiera.

CAPITULO VIII.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

LA AUTORIDAD ES EL MEDIO GENERAL DADO A LOS HOMBRES PARA
DISCERNIR LA VERDADERA RELIGION, DE MODO QUE LA RELI-
GION VERDADERA ES INCONTESTABLEMENTE AQUELLA QUE
SE APOYA EN LA MAYOR AUTORIDAD VISIBLE.

La proposición enunciada en el título de este capítulo está ya probada: porque si hay una Religión verdadera; si ella es necesaria á los hombres; si no se la puede conocer sino por uno de estos tres medios, el sentimiento, el raciocinio y

a autoridad; si el sentimiento y el raciocinio lejos de conducirnos á ella, nos alejan, cuando está cada uno de nosotros abandonado á la debilidad de su juicio: es evidente, sin mas exámen, que la autoridad es el medio general que buscamos. No dejaremos sin embargo de fortificar esta conclusión con pruebas directas y nuevas consideraciones.

Tratando de descubrir el fundamento de la certeza, hemos reconocido dos verdades importantes: la primera, que todos los sistemas de filosofía vienen á parar en una duda absoluta; la segunda, que la duda absoluta es imposible al hombre: por manera que su razón, cuando no consulta mas que á ella sola, le pone en un estado contra naturaleza, pues que le obliga á dudar, y la naturaleza le fuerza á creer.

Ahora bien, creer no es otra cosa que deferir á un testimonio, ú obedecer á una autoridad; y todo espíritu en efecto comienza por obedecer. Recibimos el habla por la autoridad de aquellos que nos hablan, y con ella nuestras primeras ideas ó las verdades necesarias á nuestra conservación. No hay pueblo alguno en que no se reconoz-

can estas verdades : al punto que Dios sacó al hombre de la nada , se las reveló , manifestándosele por su poderosa palabra ; y la vida intelectual , cuya ley es la obediencia , no es mas que una participacion de la razon suprema , un pleno consentimiento en el testimonio que el Ser infinito ha dado de si mismo á su criatura *. Todas las

* Uno de los talentos mas grandes de la antigüedad, Tertuliano, habia visto claramente las verdades , que vamos explicando aqui. Ellas son el fundamento del método, con el que combate á los hereges en su admirable obra *De præscriptionibus*, el mismo de que se sirve aun contra los mismos paganos en el libro *De testimonio animæ*, donde muestra la conformidad del Cristianismo con nuestra naturaleza , por la conformidad de las creencias universales con los dogmas cristianos. « Estos testimonios del alma son , » dice, « tanto mas verdaderos quanto mas sencillos, tanto mas sencillos quanto mas vulgares, tanto mas vulgares quanto mas comunes, » tanto mas comunes quanto mas naturales, tanto mas naturales quanto mas divinos... El maestro es la naturaleza, el alma su discípulo. Todo lo que aquella enseña, todo lo que aprende esta, ha sido revelado por Dios, el primero y supremo Maestro... Dios está en todas partes, y su bondad está reconocida en todas partes; el demonio está en todas partes, y le maldicen en todas partes; por todas partes invoca el juicio divino; en todas partes está la muerte, y el convencimiento de la muerte; y el testimonio se halla en todas partes. » *Hæc testimonia animæ quantò vera, tantò simplicia; quantò simplicia, tanto vulgaria; quantò vulgaria, tantò communia; quantò communia, tantò*

inteligencias creadas se animan con los rayos de la inteligencia eterna. La razon divina comunicándose por medio de la palabra, es la causa de su existencia , y la fe es el modo esencial †.

Siguese de aqui que el principio de certidumbre y el principio de vida son una misma cosa ; lo que no debe sorprendernos, pues que evidentemente la certeza debe pertenecer á la razon infinita que encierra toda verdad, y pues que la verdad no es mas que el ser †. Luego el que recibe el ser ó la vida recibe la verdad ; la recibe por medio de la palabra ó del testimonio, luego el testimonio ó la palabra son el principio de

naturalia; quantò naturalia, tantò divina.... Magistra natura, anima discipula. Quicquid aut illa edocuit aut ista perdidicit, à Deo traditum est, magistra scilicet ipsius magistra... Deus ubique, et bonitas Dei ubique; dæmonium ubique et maledictis dæmoni ubique; mors ubique, et conscientia mortis ubique, et testimonium ubique. TERTUL. De Testim. animæ, lib. adv. Gent., cap. v y vi.

† La fe dice S. Agustin es la salud del alma. *Fides sanitas mentis.*

‡ Lo verdadero es lo que existe, y lo falso lo que no existe. BOSSET. *Traité de la conaissance de Dieu et de soi-même.* p. 76.

nuestra razon, de nuestro ser intelectual¹; por la palabra somos y por el testimonio estamos ciertos de ser, ó de poseer la verdad; cuanto mas general sea la autoridad ó razon que da testimonio, mayor será la certeza, y siendo el testimonio en que se apoyan las verdades primordiales que constituyen nuestra razon y vida, necesariamente, el testimonio del autor mismo de esta vida, es decir, de la mas elevada autoridad ó de

¹ « La declaracion de vuestra palabra ilustra: da entendimiento á los pequeñuelos. » *Declaratio sermonum tuorum illuminat et intellectum dat parvulis.* (Ps. CXVIII.)—Luego es necesaria una declaracion de la verdad, ó un testimonio, á fin de que nazca la inteligencia; lo que hizo decir á san Agustín, con la sagacidad y sabiduría de juicio que le son propias: « El orden de la naturaleza exige que cuando aprendemos algo, la autoridad preceda á la razon. » *Naturæ ordo sic se habet, ut cum aliquid discimus, rationem præcedat auctoritas.* (*De moribus eccles. cathol.*, cap. II.) Y además: « Creemos para conocer, no conocemos para creer.—No trates de entender para que creas; sino cree, para que entiendas.—La fe debe preceder á la inteligencia, para que sea la inteligencia el premio de la fe. » *Credimus ut cognoscamus, non cognoscimus ut credamus.—Noti quærere intelligere ut credas; sed crede ut intelligas.—Fides debet præcedere intellectum, ut sit intellectus fidei præmium.* (S. AUGUST., *Tract. XX in Joan.* Ps. CXVII y en *Isai.*) Véase tambien *De liber. arbit.*, lib. II, cap. II, y THEODORET. *De curand. græc. affect.* *Ibid.* *Sermo. de fide.*

la razon infinita, tiene una certeza absoluta¹.

Se ve además que las primeras ideas, cuya expresion en lo esencial es el lenguaje, no podrian perderse, sin que el mismo lenguaje se perdiese tambien, y sin que la inteligencia se destruyese. Privado el hombre de estas ideas tradicionales caeria en una impotencia absoluta de obrar, ó de pensar, pues que ya no tendria en sí instrumento para obrar, ni cosa alguna sobre que pudiese obrar. Así, cuando circunstancias particulares separan á algunos hombres de los demas, y las verdades primitivas se oscurecen, ó, como habla admirablemente la Escritura *se disminuyen*² en su razon; desprovistos en parte de estos elementos de todo pensamiento, tienen una lengua sumamente pobre, y un número muy reducido de ideas secundarias. Todos los salvages están en este caso.

Combinar las nociones que recibió en su origen, deducir consecuencias, he aqui á lo que se

¹ « Los pensamientos antiguos son verdaderos; así es: » *Cogitationes antiquas fideles, amen.* (*Isai.* XXV, 4.) Vuestra palabra es verdad: *Sermo tuus veritas est.* *JOAN.* XVII, 17.

² *Diminutæ sunt veritates à filiis hominum.* Ps. XI.

reducen las operaciones de nuestro entendimiento. Y como la razon humana está hecha para la verdad, pues que no vive sino por ella, la razon general no puede errar ó destruirse á sí misma; de otro modo se daría en Dios contradiccion de voluntades ó defecto de poder.

No sucede lo mismo á la razon individual. Aislándose, pierde el apoyo de la tradicion. Quedándose incapaz desde este punto de remontarse á su principio, no ve en ella mas que un efecto sin causa. La duda la devora por todas partes. No halla en ella certeza alguna, porque nada encuentra necesario. Pudiendo del mismo modo ser ó no ser, su existencia viene á ser para ella un problema eternamente indisoluble¹; porque el testimonio es el único medio por el cual podría resolverse, y ella no puede darse testimonio á sí misma. Y esto nos facilita la comprension de estas profundas palabras de la razon suprema, del Verbo eterno revestido de nuestra naturaleza. *Si yo me doy testimonio á mí mismo, mi testimonio no es verdadero. Hay otro que da testimo-*

¹ Véase la parl. III, cap. 1.

nio de mí. Por tanto la razon, por el solo hecho de separarse de la sociedad, muere; viola la ley del testimonio ó de la autoridad que, para los seres inteligentes, es la ley de la vida.

No hay ley mas general; no admite excepcion alguna, y abraza la duracion toda de nuestra existencia. Si el hombre ciego y corrompido no pretendiese substraerse á ella, se cumplirian sus magnificos destinos sin esfuerzo. Por lo que toca á la vida presente, se resigna fácilmente en obedecer á la autoridad, porque lo primero de todo que quiere es vivir, y ve que la muerte viene tras de la desobediencia. Mas lo que interesa á la vida eterna, á la vida del alma, no le mueve, ni le llama tanto la atencion. Como no sabe lo que es esta vida, como no tiene el sentimiento de ella, tampoco experimenta el mismo horror de su privacion ó de la muerte eterna. Inclinado naturalmente á no reconocer dueño ó señor al-

¹ *Si ego testimonium perhibeo de me ipso, testimonium meum non est verum. Alius est qui testimonium perhibet de me.* (JOAN. V. 31 y 32.) Jesucristo habla aquí como hombre, y *verum* es sinónimo de *certum*.

guno, busca en sí mismo la ley del orden, cuya noción ha recibido de la sociedad. Se la pide al pronto á su razon, y su razon le responde: ¿Qué sé yo? Se dirige en seguida al sentimiento, y este no le responde porque no tiene language; y si se toma por respuesta el apetito que arrastra hácia ciertos objetos, ó la aversion que inspiran, la verdad y el orden vienen á ser tan inciertos, tan variables como nuestros amores y odios. Así el hombre que no puede mas que pensar y sentir, se dirige ya á la razon por menosprecio del sentimiento, ya al sentimiento por desprecio de la razon. Sigue ansiosamente, y atormentado por un deseo violento, la verdad que le huye, y cuan-

« No consiste nuestra enfermedad sino en nuestra pasion por discurrir. Nuestra desarreglada sabiduria, distante de toda sobriedad, es la que nos hace padecer, como la fiebre violenta nos hace delirar. Es la curiosidad vana del entendimiento, que siempre quiere intentar lo imposible y que ni puede salir de su ignorancia, ni soportarla humildemente en paz. No nos avergonzamos de llamar noble indagacion de la verdad á esta desazon y delirio de un enfermo... Quiere el hombre á fuerza de discurrir curarse de una dolencia que es la destemplanza del mismo discurso: curaremos nuestra razon, deteniendo nuestro racionio temerario. » FENELON, *Lettre II au P. Lamy. OEuvres*, tom. III, p. 349. Edic. de Versalles.

do se cree muy cercano á abrazarla, sus ojos se oscurecen, vacila, y no encuentra mas descanso ni apoyo que la duda en una noche profunda.

El orgullo, principio eterno de desobediencia, el orgullo, siempre en revolucion contra el poder, es la primera causa de este gran desorden, por el cual el hombre, fijándose en sí mismo, queda como suspenso entre la luz y las tinieblas, entre la vida y la muerte. Se persuade que es exigirle el sacrificio de su razon, obligarle á obedecer la autoridad; cuando por el contrario, no siendo la autoridad otra cosa que *la razon general manifestada por el testimonio*, es soberanamente razonable deferir y acomodarse á él, pues que, aun dejando á parte las consideraciones que demuestran la infalibilidad, ella tiene al menos en su favor las presunciones mas fuertes. Si someterse á sus decisiones fuese renunciar á la razon, el hombre no haria un solo acto que no fuese irracional; porque todas sus acciones como ser fisico y como miembro de la sociedad, suponen una fe total en el testimonio y una obediencia perfecta á la autoridad; y, sin buscar otro ejemplo, observemos que el hombre no debe el

uso de la palabra á su razon; sino que le ha recibido y le emplea tal cual se le ha dado, y hablar es obedecer.

Asi por todas partes nos sale la autoridad al encuentro; anima y conserva el universo que ha creado. Sin ella no hay existencia, no hay verdad, no hay orden. Como principio y regla que es de nuestros pensamientos, de nuestros afectos y deberes, reina sobre toda nuestra alma, que vive únicamente por la fe, y que muere al punto que deja de obedecer. Y esto no debe sorprendernos, pues que el imperio de la autoridad no es mas que el imperio de la razon manifestado por la palabra. El que no la ha oido, nada sabe, ni nada conoce. La inteligencia no tiene otro fundamento, la certeza no tiene ni puede tener otra base que este gran testimonio originariamente dado por Dios mismo, razon universal, inmutable é infinita.

No se puede por tanto hallar en otra parte la certeza de la Religion, y Bossuet insiste en esta verdad en los términos mas enérgicos. « Digo no hubo jamas tiempo alguno; en que no haya habido en la tierra una autoridad visible y que

« habla, á la que es preciso ceder.... Digo, ser necesario un medio externo para resolverse en las dudas, y que este medio sea *cierto*. »

En otros términos: es necesario que la Religion sea *cierta*. Ahora bien; siendo el hombre incapaz de adquirir por su sola razon, por su juicio individual la certeza de algun conocimiento, ni aun del mas sencillo, ¿cómo hallaria él en esta misma razon la certeza de los mas elevados dogmas, de los mas incomprensibles misterios; misterios de que no tiene alguna idea sin que antes le sean revelados, y que no conoce, sino porque se los enseña la autoridad que le manda creerlos.

Mas la Religion no es solamente un conjunto de conocimientos; es tambien y principalmente una ley, pues que comprende toda verdad y todo orden, ó todo aquello que debe arreglar la razon, el corazon y las acciones del hombre, en una palabra, todo lo que debe creer y practicar. Mas no hay ley si no hay autoridad; estas dos

¹ Conférences avec M. Claude. Oeuvres de Bossuet, t. XXIII, p. 294, 295. Edic. de Versalles.

ideas son correlativas. Luego la Religion se apoya necesariamente en la autoridad, y la verdadera Religion en la mayor autoridad; porque á no ser así, los hombres no podrian reconocerla, ó saber á quien les mandaba Dios obedecer.

Todos, como ya hemos hecho ver¹, deben llegar al conocimiento de la verdadera Religion. Luego debe haber un medio general que esté al alcance de todos para discernirla. Mas la Religion es verdad, y el único medio que tenemos para discernir con certeza la verdad del error es la autoridad; luego la autoridad es el único medio, el mediogeneral de discernir la Religion verdadera; de modo que aquella es cierta ó necesariamente la verdadera que se apoya en la mayor autoridad.

La Religion es el conjunto de las leyes que resultan de la naturaleza de los seres inteligentes. Pereceria el género humano, si fuera necesario que cada uno descubriese ó comprendiese clara-

¹ Véase la part. III, cap. v. « Dios quiere que se salven todos los hombres y alcancen hasta el conocimiento de la verdad. » *Omnes homines vult salvos fieri, et ad agnitionem veritatis venire.* Ep. I ad Timoth., II. 4.

mente las leyes naturales, las que sin embargo no puede quebrantar sin morir: luego debemos estar instruidos en ellas por el testimonio^{*}; luego la autoridad es el único medio, el medio general de conocer las leyes de la inteligencia ó de discernir la verdadera Religion; de modo que aquella es cierta ó necesariamente la verdadera que se apoya sobre la mayor autoridad.

La Religion finalmente es la expresion de la voluntad de Dios, pues que quiere que el hombre viva¹, y este no puede vivir con la vida del

^{*} Unicamente por este medio es como los hombres se instruyen en las leyes de su conservacion fisica. Creen en el testimonio, y viven: ¿qué sucederia si no le admitiesen? Luego la vida del alma se conserva del mismo modo que la vida del cuerpo, obedeciendo la autoridad. ¿Se dirá que estamos de acuerdo en cuanto á las leyes fisicas; pero no en cuanto á las de la inteligencia? Yo responderé que tanto en las unas como en las otras hay opiniones particulares y errores. ¿Todos los hombres, en todos los países, están de acuerdo sobre los buenos ó malos efectos de tal ó cual substancia, sobre las reglas de higiene y mil otras cosas semejantes? ¿No se engañan nunca sobre lo que es mas á propósito para mantener la salud y conservar la vida? Seguramente no hay cosa mas comun. ¿Qué hay pues cierto en este género? ¿lo que atestigua la autoridad general? Otro tanto sucede con respecto á la inteligencia.

¹ « Vine para que tengan vida, y que la tengan mas abundan-

alma sino conformándose à las leyes de la Religion: luego hay obligacion de someterse à ella; es asi que toda obligacion supone una autoridad que manda: luego la autoridad es el único medio, el medio general para asegurarnos de nuestras obligaciones como seres inteligentes, ó para discernir la verdadera Religion; de modo que aquella es cierta ó necesariamente la verdadera que se apoya en la mayor autoridad.

Y obsérvese como se encadena todo en el orden establecido por el Criador.

La inteligencia no se desenvuelve sino por la palabra ó el testimonio; el testimonio no existe sino en la sociedad:

Luego el hombre no puede vivir sino en la sociedad; luego hubo necesariamente sociedad entre Dios y el primer hombre; luego Dios le ha hablado, ó le ha dado testimonio de su ser.

La necesidad del testimonio envuelve la nece-

« te: » *Ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant.*
JOAN. X, 10.

« Su mandamiento es la vida eterna. » *Mandatum estus vita eterna est.* JOAN. XII, 50.

sidad de la fe, sin la cual el testimonio quedaria sin efecto:

Luego la fe está en la naturaleza del hombre, y es la primera condicion de la vida.

La certeza de la fe depende de su conformidad con la razon, ó de la grandeza de la autoridad que da testimonio:

Luego el testimonio de Dios es infinitamente cierto, pues que no es otra cosa que la manifestacion de la razon infinita, ó de la mayor autoridad.

No es posible haya ó se dé testimonio sino en la sociedad:

Luego no hay autoridad ni certeza sino en la sociedad.

Ninguna sociedad humana puede existir sino en virtud de la sociedad establecida originariamente entre Dios y el hombre, ó por las verdades y leyes que su palabra ha manifestado primitivamente:

Luego estas verdades no pueden perderse en ninguna sociedad, sin que esta se destruya; luego se deben hallar siempre en todas las sociedades.

Estas verdades necesarias á la sociedad no se conservan sino por el testimonio, el cual no tiene fuerza ni efecto sino por la autoridad; ya que el motivo para dar crédito al testimonio depende de su certeza, la cual depende de la fuerza de la autoridad que atestigua:

Luego, así como no hay autoridad sino en la sociedad, la sociedad no existe sino por la autoridad, luego donde quiera que no hay autoridad no hay sociedad.

El hombre tiene relaciones respectivas al tiempo con sus semejantes; y eternas con Dios y las demas inteligencias:

Luego hay dos sociedades, la sociedad política ó civil relativa al tiempo, y la sociedad espiritual relativa á la eternidad; luego hay dos autoridades, y estas dos autoridades son infalibles cada una en su orden.

La sociedad política atestigua las verdades contingentes ó los hechos en que se apoya, como son sus instituciones, sus leyes, etc.; y su testimonio, que es la expresion de la razon general, es cierto.

La sociedad espiritual atestigua las verdades

inmutables en que se apoya, sus dogmas, sus preceptos, etc.; y su testimonio, expresion de la razon general, es cierto.

Abrazando esta sociedad general, á todos los hombres y todos los tiempos, las verdades que la constituyen, ó las verdades necesarias al hombre para conservarse como ser moral é inteligente, deben estar atestiguadas por el género humano, ó apoyarse en la mayor autoridad visible.

Mas debiendo el hombre como todos los seres llegar á su perfeccion, y no pudiendo perfeccionarse sino con el auxilio de la verdad, está en el orden, es decir, es natural ó necesario que las verdades primitivas se desenvuelvan; y no podrian desenvolverse sin que la sociedad espiritual por sí misma se desenvuelva ó se perfeccione.

Si las verdades primitivas se han desenvuelto realmente, se las debe encontrar todas en la sociedad espiritual perfeccionada, la que debe hacerse reconocer ella misma por el carácter de la mayor autoridad, pues que ella impondria al espíritu del hombre, á su corazon y sentidos

nuevas obligaciones, y el hombre no debe la mayor obediencia sino á la mayor autoridad. No habria pues autoridad alguna visible igual á la de esta sociedad; y en efecto, segun lo que acabamos de decir, ella se compondria de la autoridad del género humano que atestigua las verdades primitivas, y de la autoridad posterior, que atestiguaría á un mismo tiempo estas verdades y aquellas que son consecuencias ó la manifestacion de ellas. Y asi como, de esta manifestacion conocida con certeza, se podria deducir ó concluir rigorosamente la existencia de la sociedad espiritual perfeccionada, asi tambien de la existencia cierta de esta sociedad, se debe concluir el desarrollo ó la manifestacion perfecta de la verdad, única causa posible de perfeccion.

Todo, en la eleccion de una religion, se reduce pues á saber si hay en alguna parte una autoridad tal cual la hemos definido, ó, en otros términos, si existe una sociedad espiritual y visible que declare que ella posee esta autoridad. Decimos en primer lugar una sociedad visible, porque todo testimonio es exterior; decimos en segundo lugar, que este testimonio probaria con

certeza la autoridad de que se trata, porque él seria la expresion de la razon mas general*.

Si no existiese sociedad alguna que tuviese estos caracteres, la única y sola Religion verdadera seria la religion tradicional del género humano, es decir, el conjunto de los dogmas y preceptos, consagrados por la tradicion de todos los pueblos, y en su origen revelados por Dios.

Si existe una sociedad semejante, la Religion verdadera es el conjunto de los dogmas y preceptos conservados por la tradicion en esta sociedad, y manifestado perpetuamente por su testimonio. Estos preceptos y dogmas no son mas que el desarrollo ó una aclaracion extensa de los dogmas y preceptos que forman la creencia general del género humano.

Todo hombre á quien cualesquiera circuns-

* El testimonio particular ó la negacion de alguno ú de algunos hombres no añade ni quita grado alguno de valor al testimonio de la sociedad. Por lo mismo, cuando Bossuet y Newton afirmaron que Dios existe, y cuando Espinosa y Diderot dijeron que no, no era ni mas ni menos cierta la existencia de Dios atestiguada en todos los siglos por el género humano. Sola una autoridad, superior al testimonio de la autoridad puede debilitarle ó corroborarle segun el sentido riguroso de las palabras.

tancias pusiesen en la imposibilidad de conocer la sociedad espiritual desenvuelta ó perfeccionada, no estaria obligado á obedecer otra autoridad que la que él conociese, ó la autoridad del género humano.

Todo hombre que pudiese conocer la sociedad espiritual desenvuelta ó perfeccionada, estaria obligado á obedecer su autoridad, porque esta seria la mayor autoridad visible.

En una palabra, el hombre está siempre obligado á obedecer la mayor autoridad que le sea posible conocer; porque la razon es su regla, y porque una mayor autoridad no es ni puede ser otra cosa que una razon mas elevada.

Existe pues para todos los hombres un medio de discernir la verdadera Religion: solo algunos pueden no estar en proporcion de conocerla en toda su perfeccion, ó de conocer toda su extension.

Este medio es universal, pues que tiene su principio en la naturaleza del hombre, que en todas partes cree al testimonio, ú obedece la autoridad.

Este medio es fácil, pues que el hombre á

cada instante hace uso de él, y por él fija sus juicios y arregla sus acciones, en todo lo que tiene relacion con su existencia presente.

En fin, como ya lo hemos demostrado, este medio es seguro, pues que él es la ley misma de la certeza y de la vida.

Aquí podemos tambien apelar al testimonio universal. ¿Hubo jamas alguna religion que no se apoyase en la autoridad? ¿No han creido todos los pueblos, porque se les ha dicho: Creed; porque se les ha hablado en nombre de una razon superior? No se hallará uno en el que no se encuentren las tradiciones primitivas; luego obedecieron la autoridad del género humano. Es verdad que un gran número de ellos, conservando estas tradiciones, las han alterado mas ó menos por los errores que han mezclado con ellas; pero estos mismos errores no se han establecido sino por la autoridad, no subsisten sino por ella, ó por una falsa aplicacion de la regla, que, mejor empleada, los haria reconocer como invenciones humanas, y llevaria los espiritus á abrazar de nuevo la verdad.

Así unos, confundiendo la sociedad politica

con la religiosa, han recibido sus creencias del poder civil, ó han obedecido una autoridad que carecia de derecho. Otros malhallados con las obligaciones que la autoridad general de la sociedad espiritual imponia á su razon y á su corazon, se rebelaron contra ella, y obedecieron la autoridad particular de uno ó de algunos hombres: pero siempre han obedecido; y cualquiera que no obedece alguna autoridad no tiene religion ni aun falsa.

Siendo conocido de todos los hombres el medio general de discernir la verdadera, cuando se extravian, á nadie deben culpar sino á su voluntad. Distruidos por las pasiones, dominados por el orgullo, ó no buscan la autoridad mas elevada, ó se niegan á obedecerla. Indiferencia ó rebelion, he aquí su crimen; y ve aquí las dos grandes causas de muerte para los seres inteligentes. ¡ Infeliz de aquel que cierra sus oidos al testimonio! ¡ Infeliz de aquel que se separa de la sociedad! *Vae soli*!. Al salir de la nada nos repite esta aquella sentencia que el primer hombre oyó de

la boca del Criador. El tiempo se abre para recibir la nueva inteligencia, que, por un solo acto toma posesion de lo pasado y de lo por venir. Ella cree, y la fe la une á la suprema razon; nace, y adora, porque creer es adorar. Entrando, si puedo decirlo asi, en el Ser infinito, se alimenta en él con la verdad, oyendo siempre, obedeciendo siempre; y así la vida eterna no es mas que una eterna obediencia.

Asegurados del medio, por el cual podemos discernir la verdadera Religion, nos será ahora fácil descubrirla; sin discutir dogma alguno, se trata únicamente de saber cual es la sociedad espiritual y visible que posee la mayor autoridad. Reconocida una vez esta sociedad, toda incertidumbre se desvanece. Disputar su testimonio, negar lo que ella atestigua, es abjurar la razon; desobedecer á sus leyes es un crimen. Desenvolvendo pues las consecuencias del principio establecido en este capítulo, probaremos:

1.º Que antes de Jesucristo existia una sociedad espiritual y visible, sociedad universal, pero puramente doméstica que conservaba el depósito de las verdades necesarias, de modo que

la verdadera Religion se componia de los dogmas y preceptos revelados en su origen por Dios y atestiguados por la tradicion de todas las familias y de todos los pueblos; que esta Religion que se podia desde luego distinguir fácilmente de los errores particulares y de las supersticiones locales, se apoyaba evidentemente en la mayor autoridad, ó en el testimonio del género humano que es la manifestacion permanente de la razon general.

2.º Que habiéndose desenvuelto ó aclarado la Religion primitiva segun la esperanza universal fundada en promesas divinas, la sociedad espiritual se ha desenvuelto ó aclarado igualmente; que perfeccionada en su constitucion y leyes, ha venido á ser sociedad pública; que desde este instante ó desde Jesucristo, la sociedad cristiana tuvo siempre incontestablemente la mayor autoridad; de lo que se sigue que todo hombre que pueda conocerla, debe obedecer sus mandatos y creer en su testimonio, el cual, con respecto á las tradiciones antiguas, se confunde con el testimonio del género humano, y no es en cuanto á lo demas, otra cosa que el testimonio de Dios mismo.

5.º Que entre las diversas comuniones cristianas, el carácter esencial de la mayor autoridad pertenece visiblemente á la Iglesia católica; de modo que, en ella sola residen todas las verdades necesarias al hombre, el conocimiento completo de las obligaciones ó de las leyes de la inteligencia, la certeza, la salud, la vida.

Del principio de autoridad se ven salir, como consecuencias rigurosas, las pruebas particulares del Cristianismo. Demostraremos que solo en él se encuentran todas las notas ó señales de la verdadera Religion, así como no se encuentran tampoco sino en la Iglesia católica, las notas y señales distintivas de la sociedad depositaria de esta verdadera Religion. Estas notas ó señales, que son condiciones necesarias de la mayor autoridad, pertenecen igualmente ya á la doctrina cristiana considerada en sí misma, ya á la Iglesia que la conserva y perpetúa por invariable enseñanza; cosa natural, pues que estas notas no son en el fondo mas que los caracteres inherentes al ser mismo de Dios, el cual, en su inmensa unidad y en las relaciones que ha querido

establecer entre él y sus criaturas inteligentes, es toda la Religion.

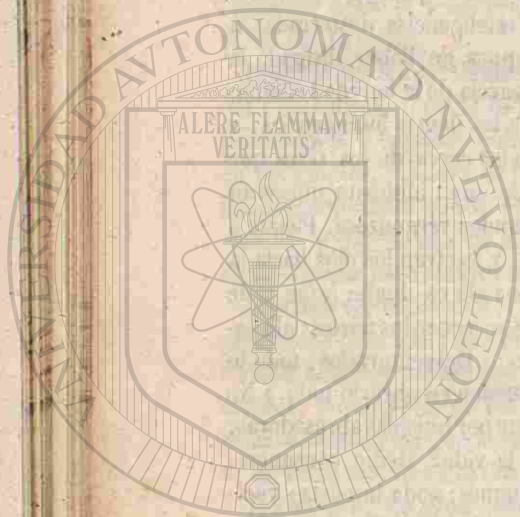
Despues de haber demostrado asi la verdad del Cristianismo ó de la Religion católica, responderemos á algunas objeciones sobre la fe de los simples, y acerca de la intolerancia de la Iglesia, objeciones que se reproducen con frecuencia, y mucho mas de lo que convendria en un siglo que se jacta tanto de su espíritu filosófico.

Harémos ver finalmente, reasumiendo nuestro argumento principal, que el principio de la autoridad conduce necesariamente á la Religion católica, y que su negacion conduce al escepticismo absoluto, sin que la razon pueda detenerse sin tocar uno de estos dos términos extremos.

Hecho esto, quedará probado que la indiferencia en materia de religion es absurda en sus motivos. Probarémos del mismo modo que tambien es funesta en sus efectos; lo que completará en toda su extension el plan que nos habiamos propuesto desempeñar.

Ojalá que aquellos cuya razon, fatigada por la duda, se adormece en una seguridad engañosa, busquen al fin la verdadera paz, que no existe

ni puede hallarse sino en la posesion cierta de la verdad. Pobres inteligencias desterradas á regiones lejanas despues de haber disipado la porcion que las pertenecia de la heredad comun, huyen la sociedad de las demas inteligencias, y se duermen extraviadas cerca de los seres que carecen de razon, de cuyo alimento quisieran participar en su desnudez vergonzosa. Plegue á Dios que despierten, y vuelvan los ojos hácia la casa en que nacieron; allí es donde están y de donde les vienen tantos recuerdos tristes; allí estaban sus esperanzas; ¡Desventurados! todo lo han perdido: pero pueden recobrarlo todo. ¿No han errado ya bastante por tinieblas abrasadoras, lejos de la luz y de la vida? Medio consuntas, casi apagadas y exánimes; nada importa; vuelvan á entrar en el seno de la familia, de la sociedad eterna de donde salieron. Dios las espera; ¿por qué tardan? En volviendo á su Padre, gozarán de una dicha y reposo, que desde que se separaron de él no hallaron ni podrían hallar jamas, ni aun conocerla.



INDICE

DEL TOMO TERCERO.

ADVERTENCIA sobre la cuarta edición.

PROLOGO. xv
PARTE TERCERA.

CAPITULO I. — Del fundamento de la certidumbre. 4
CAPITULO II. — De la existencia de Dios. 54

CAPITULO III. — Consecuencias de la existencia de Dios con respecto al origen y certeza de nuestros conocimientos. 404

CAPITULO IV. — Hay una Religion verdadera, no hay mas que una sola, y es absolutamente necesaria á la salud. 445

CAPITULO V. — Reflexiones generales sobre la posibilidad y los medios de discernir la verdadera Religion. 479

CAPITULO VI. — El sentimiento ú la revelacion inmediata no es el medio general dado á los hombres para discernir la verdadera Religion. 499

CAPITULO VII. — La senda del raciocinio ó de la discusion no es el medio general dado á los hombres para discernir la verdadera Religion. 227

CAPITULO VIII. — La autoridad es el medio general dado á los hombres para discernir la verdadera Religion, de modo que la Religion verdadera es incontestablemente aquella que se apoya en la mayor autoridad visible. 282

